

Si te fijaras en mí



KARLEE DAWA

SI TE Fijaras en mí

KARLEE DAWA

Título: Si te fijas en mí
© 2024, Karlee Dawa.
De la maquetación: 2024, Roma García.
De la cubierta: 2023, Mireia Martínez y Ash Quintana.

Para que la trama goce de más realismo y se ajuste a mi idea de ficción, he tomado ciertas licencias sobre determinados lugares. Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Para todas aquellas personas que se sienten o se han sentido invisibles; aquellas que suspiran o han suspirado por ese chico que veían inalcanzable o aquellas que han sido privadas de su luz.

No dejes que trunquen tu sueño ni que te apaguen, eres absolutamente genial y nada ni nadie te puede hacer pensar lo contrario.
Lucha, sueña, ama, vive y sobre todo... brilla. Y si no sabes cómo hacerlo espero que esta novela te ayude a dar el empujón.
Eres una persona maravillosa y especial. No lo dudes jamás.

Aviso especial antes de leer:

Esta novela se divide en dos partes. En la primera encontrarás escenas duras que tratan sobre el *bullying*, las relaciones tóxicas y el abuso. No se romantizan, pero si eres sensible a esos temas puede que te afecten.

Si es así puedes pasar directamente a la segunda parte, la primera sirve para conocer a Clara y entender todo lo que ha pasado y cómo le ha influido.

Tras eso, te agradezco mucho el apoyo y espero que disfrutes de la lectura.



Prólogo

Matías era como el sol: Brillante, poderoso, caliente.

Aun alejada como estaba de la cancha de fútbol, donde él y otros chicos jugaban un partido, no podía dejar de notar su presencia y el brillo que irradiaba su mirada. Llevaba el jersey característico del uniforme, lo que destacaba el color oscuro de su pelo.

Me encantaba cómo se remangaba las mangas y sus ojos se achinaban al reír. Sus mejillas adquirirían un color rosado, dándole un aspecto tierno. No era de extrañar que fuera el capitán y todos orbitaran alrededor de su fuerza gravitacional, incluso cuando no estaba en posesión del balón.

Abrí la libreta encuadernada que llevaba encima para distraerme y pasar el tiempo rápido y leí por encima todo lo que tenía escrito. Era patético, pero a nivel literario no me parecía que estuviera mal. Suspiré y acto seguido miré el reloj que tenía atado a mi muñeca, faltaban cinco minutos para que la ruidosa sirena de la pared sonara, indicando la vuelta a clases.

Sonreí ligeramente al observar cómo había metido un gol en la portería contraria y todo su grupo corrió en su dirección para abrazarle y tirarle al suelo entre gritos y ovaciones. Contuve la risa por miedo a que alguien me observara al ver cómo el bando contrario resoplaba y él les sacaba la lengua, riéndose con una actitud despreocupada.

En ese momento la sirena sonó, destrozando mis pobres tímpanos, y todos fueron pasando por mi lado para entrar en sus respectivas clases, incluido él, que conversaba con un amigo suyo que iba a mi aula sin percatarse de mi existencia.

Subí las escaleras seguida por una oleada de alumnos y me dirigí al aula. Ya en mi asiento, adelante del todo y pegada a la ventana, me refugié en mi mundo mientras el profesor de Lengua decidía aparecer. Continué escribiendo el párrafo que me faltaba para completar mi relato, titulado “Si te fijaras en mí”, mundialmente conocido —por mí— como “La chica invisible que se fijó en el sol, pero él en ella no”.

—Si te fijaras en mí... —continuó escribiéndole por mensaje privado, consciente de que era la forma más fácil y vergonzosa por si recibía una negativa— te apoyaría en todo lo que haces, aunque me pareciera una locura, una de esas que tanto te gusta hacer; Si te fijaras en mí... accedería a salir de fiesta contigo, a pesar de que no me haría mucha ilusión, pero solo por ver tu cara de felicidad lo compensaría todo; Si te fijaras en mí... Recibirías la mejor y más amplia de mis sonrisas al celebrar que has metido el gol que definía el partido en el último minuto; Si te

fijaras en mí... me despertaría feliz cada día porque me has demostrado que soy alguien importante, que existo en tu mundo; Si te fijaras en mí...te haría feliz, como nunca nadie lo ha hecho; Si te fijaras en mí... me fundiría contigo en un abrazo y lo disfrutaría, saboreándolo como un niño lo hace con su helado favorito. Me fundiría como lo hace el aire con los rayos del sol, produciendo caricias cálidas sobre tu piel, pero sé que eso nunca sucederá porque somos completamente opuestos. Aun así, yo continuaré como siempre, observándote entre la multitud, porque yo sí me he fijado en ti. Solo en ti.

Ebony suspiró observando el mensaje que acababa de redactar y cómo la red social le indicaba que él estaba en línea. Su corazón latía acelerado pensando en lo que sucedería si él leyera eso y le pusiera cara. Seguramente se reiría y lo borraría sin responder, porque ella no era nadie y él lo era todo. Temerosa e insegura, decidió hacer lo mejor: borrar el mensaje. Todavía no estaba preparada para pegar los trozos de un futuro corazón roto, así que continuó haciendo lo que mejor sabía hacer: ser invisible y observar al sol, consciente de que un día terminaría desapareciendo, convirtiéndose en polvo de estrellas.

Fin.

Suspiré y cerré la libreta con pesadez, intentando contener una lágrima que quería brotar por mi ojo ante la impotencia de algo que nunca iba a llegar. Porque que el chico popular se fije en la chica invisible es algo que solo sucede en los libros y las películas. Y esta es mi...

la vida real.

Primera parte

*Ojalá poder mostrarte la manera en que me miro,
Si tan solo pudieras ver lo mucho que desconfío,
Notar que las sonrisas han desaparecido,
Pues no hay motivos ya para ser feliz.
La oscuridad hace rato que me ha invadido,
Ni siquiera ha servido que me acuerde de ti.*

CAPÍTULO 1: LA LLEGADA

*El espejo es tu enemigo y tu reflejo tu castigo; te valoras poco, amigo mío.
(Espejito, espejito de Shinoflow)*



Viernes 14 de septiembre, 2012.

—Claraaaaaa, ¡levántate de una vez y date prisa! Vas a llegar tarde y es tu primer día —chilló mi madre asomándose por la puerta.

—Vivimos al lado, mamá —gruñí entornando los ojos mientras me llevaba una mano hasta la frente—. Además, no me encuentro muy bien.

—No cuela, hija. Tu hermana también comenzará en el colegio y no pone tantas pegas.

—Porque ella no tiene problema en hacer amigos nuevos —murmuré, angustiada—, en cambio yo... no consigo tenerlos por mucho que me esfuerce.

Entonces recordé el día de la reunión, una semana antes. Mi hermana y yo fuimos al colegio nuevo que teníamos a escasos metros de casa para escuchar las normas y conocer, aunque fuera de vista, a nuestros profesores.

El centro era enorme, mucho más grande que en donde asistía anteriormente, lo que facilitaría que me perdiera. Las paredes eran altas y pálidas y las verjas verdes, simulando una cárcel. El color amarillo de la fachada acentuó los latidos de mi corazón, alertándome de que mi ansiedad no había hecho más que despertar.

Recordé cómo ese día miré hacia mi alrededor, observando a un montón de alumnos y alumnas abrazarse después de un verano sin verse. Algunos gritaban de felicidad y otros se daban golpes en la espalda o se reían por algo que estuvieran contándose. ¿Qué sentiría al vivir algo así? ¿Qué se siente cuando alguien te ha echado de menos y se alegra de verte?

Mi hermana se mostraba feliz, con su eterna sonrisa y el brillo característico que adornaban sus ojos, aunque el temblor nervioso de sus piernas la delataba. A sus doce años nunca había tenido ningún tipo de problema para socializar y tenía un grupo de amigas en el lugar que habíamos tenido que dejar al mudarnos a la capital, pues nuestros padres se habían divorciado, pero eso no quitaba que le hubiera dejado secuelas, como la inseguridad por su físico, efecto colateral de que tu padre se vaya de casa con la maleta a cuestas.

Pero yo, con quince años, tuve que superar un complejo de Electra impresionante y aprender, a base de golpes, que mi padre no era ese superhéroe que me imaginaba. Me había defraudado y me había producido una gran inseguridad, más de la que ya tenía.

En mi colegio anterior se reían y se burlaban de mí, me hacían el vacío y me criticaban cualquier aspecto o detalle que me encontraran. Eso me hacía sentir pequeña y vacía. Un fantasma. ¿Por qué los niños tienen que ser tan crueles? ¿Por qué tienen esa necesidad de pisar a los demás? Es algo que a día de hoy me pregunto.

No tenía amigos, ninguno. Había crecido desde la etapa Infantil sin nadie con quien jugar en el parque y nadie a quien contarle mis problemas e inquietudes. Era la chica rara, la solitaria. Y al final me lo había creído. No era nadie.

Mi estómago se encogió al recordarme que tendría que volver a poner un pie en el nuevo colegio, esta vez para cumplir el horario escolar. Me tendría que exponer delante de todos, conocer caras, ser la nueva, escuchar murmullos y cotilleos. No me sentía preparada.

Me revolví en el amplio asiento color borgoña, situado en medio del gran salón de actos. Me gustaba colocarme al lado del pasillo para no tener a nadie a mi lado que no fuera mi hermana. Era vergonzoso que me sintiera protegida por tener su presencia cuando era tres años menor.

Pasé la charla de la presentación con nervios y muchos sudores fríos, intentando respirar con asiduidad y no hacer algún ruido extraño que llamara la atención de alguien y decidiera burlarse. La directora explicaba las normas del centro y presentaba a los profesores y las asignaturas que llevaba cada uno con voz monótona, ralentizando el tiempo.

Sobre todo refunfuñé para mis adentros al escucharla hablar sobre la ropa. Tendríamos que llevar uniforme y consistía en una falda grisácea larga y plisada junto a unas medias azul marino, una camiseta o polo blanco con una chaqueta oscura encima que llevaba el emblema del colegio y unos zapatos oscuros que hacían juego con el jersey. Ese día intenté consolarme pensando que así no podrían burlarse de mí por la ropa que llevaba.

Removí la cabeza, desechando esos recuerdos, y tragué saliva. Necesitaba arrastrar hacia mi interior la ansiedad que amenazaba con salir de nuevo, asfixiándome. Salí de la cama que me garantizaba un refugio seguro y me dirigí hasta la cocina, donde mi madre nos había dejado galletas y una taza de leche preparada para echar dentro el cacao en polvo.

Miré la taza entre largos bostezos mientras mis ojos se empañaban. Mi estómago me atizó varias veces, recordándome que se había cerrado con solo pensar que el día de hoy tendría que conocer a mis nuevos compañeros y no sabía cómo iban a tratarme. ¿Sería invisible también o llamaría su atención y no pararían de hablar sobre mí y mis rarezas? ¿Me aceptarían? Suspiré. Tenía que intentar no pensar en ello.

Bebí la taza de leche sin comer nada y volví hasta mi habitación para ponerme el uniforme e ir al baño a cepillarme los dientes. Cuando lo hice intenté no mirarme mucho en el espejo, no me gustaba lo que reflejaba. Mi pelo era un híbrido entre liso y rizado y se encrespaba con la humedad del ambiente, dándole un aspecto de leona. Además, tenía el típico acné adolescente y usaba gafas desde los cuatro años.

Me enjuagué la boca y salí del baño después de cerrar la llave del grifo. Miré el reloj que llevaba en la muñeca derecha y comprobé que tenía que salir ya de casa. Avisé a mi hermana para que me acompañara y cogí la mochila gris que tenía tirada por el suelo para colgarla a mi espalda. Juntas pusimos rumbo a un sitio nuevo donde no sabía cómo nos iban a recibir.

Marta caminaba con una sonrisa en la cara, mientras que la mía había sido tragada y pisada con el paso del tiempo, dejándome una expresión seria y neutral.



Cuando llegamos a la zona principal, donde una mujer mayor abría un inmenso portón verde para que la masa de alumnos entrara, me paralicé. Mirara donde mirase el colegio estaba lleno de gente. Venían continuamente de todos los lados posibles y conversaban ajenos a la cascada de emociones que había brotado en mi interior.

Mi hermana me miró con cara rara y me sujetó del brazo para que me moviera, obligándome a caminar a su lado. Fue entonces cuando escuché una voz masculina con un tono curioso, diferente. Era una voz ronca con ligeros intervalos chillones.

Al mirar donde sonaba su procedencia me fijé en dos chicos que estaban hablando de forma despreocupada, apoyados contra la pared de la fachada amarilla del edificio. Eran altos, los dos tenían el pelo oscuro y la tez blanca, pero se notaba que eran amigos, no hermanos.

No pude evitar centrar la atención en el chico de la voz especial, su pelo era corto y sus cejas oscuras y pobladas. Sus ojos eran grandes y oscuros, casi negros, y tenía las mejillas ligeramente sonrosadas. Me parecía adorable, sobre todo cuando formaba unos pequeños hoyuelos al sonreír.

Entonces su amigo hizo un gesto en mi dirección y sus ojos se encontraron con los míos. En ese momento mi corazón se paralizó durante unos instantes para pasar a golpearme el pecho en un ritmo frenético. Mis piernas empezaron a temblar como si fueran de gelatina y mis mejillas ardieron en respuesta. Parecía que el tiempo se había detenido a mi alrededor.

—Vamos a llegar tarde. Clara, muévete.

Meneé la cabeza luchando por salir del efecto hipnótico que, sin quererlo, él me había provocado y entré en el centro escolar mirando hacia el suelo, pero con un poco menos de ansiedad. Era increíble lo que ese chico había generado en mi interior sin hacer nada, solo por observarle.

Minutos más tarde entré en la clase que me habían asignado y me senté en uno de los primeros asientos, para que así se redujeran mis posibilidades de verme abordada por mis nuevos compañeros. Era una clase de tamaño estándar, con una larga pizarra verde en la pared central y las otras con cuadros y papeles sin importancia que intentaban dar vida, sin éxito, al pálido color que estas tenían.

Había llegado bastante temprano, así que pude ver de soslayo cómo mis nuevos compañeros iban entrando de a poco entre risas y conversaciones y se iban sentando en sus respectivos asientos. Algunos me miraron con aparente curiosidad y no pude evitar que mi cuerpo se tensara. Intenté pensar en otra cosa y mirar por la ventana, cuyo paisaje era básicamente un bloque de edificios y el patio central con varios árboles frondosos, mientras esperaba que el profesor apareciera pronto, aunque temía que me hiciera levantarme y presentarme delante de todos. No confiaba en mi seguridad y me preocupaba que la ansiedad me consumiera, formando un escándalo que me hiciera visible de una forma indeseada.

Mientras tanto, para matar el tiempo e intentar relajarme, decidí abrir una libreta y darle la vuelta para empezar a escribir una historia que llevaba tiempo pensando narrar. Por el momento había decidido titularla “La chica invisible” y en ella contaría la historia de una chica que había sufrido *bullying* y quería conocer a alguien que quisiera ser su amigo. Así podría desahogarme y soñar con una vida paralela, una vida mejor.

Ese era mi sueño, ser escritora, o al menos entrar en el mundo editorial para corregir novelas y poder dar oportunidades a personas que, como yo, soñaban con publicar algún día y ver sus libros en las estanterías, obteniendo el cariño de los lectores.

Solo llevaba una frase escrita cuando sentí las pisadas del profesor entrando en el aula. Levanté la cabeza para observarle y me permití dar un vistazo rápido a la clase, en búsqueda del

chico que había hecho que mi mundo se detuviera.

Por desgracia, eran bastantes personas y me daba pánico que alguien se sintiera atacado por mirarlo y la tomara conmigo, así que solo me dio tiempo a encontrar a su amigo, ubicado entre los últimos asientos.

—Buenos días, chicos. La gran mayoría ya me conocéis, pero hay una persona que no, así que me presentaré —dijo el profesor con voz grave, elevando sus gafas con el dedo—. Me llamo Alberto y seré vuestro tutor, además de vuestro profesor de Lengua y Literatura.

No tardaron en llegar los murmullos y los comentarios entre los compañeros, hasta que escuché la voz del amigo del chico misterioso sobresalir por encima de las demás.

—¡Berto *for president*! —exclamó levantando la mano, ganándose la ovación de unos cuantos compañeros.

—Sí, sí. Calmaos, que acabará llegando la directora y nos reñirá a todos por el escándalo. No quisiera verme con el sueldo reducido —advirtió revolviendo su cabello canoso y rizado mientras trataba de disimular una sonrisa—. Yo también te echaba de menos, Héctor, pero ahora pasemos a conversar sobre dos asuntos realmente importantes, y como esta es la asignatura de Lengua, me viene como anillo al dedo para practicar mis habilidades lingüísticas y comunicativas.

»Este es vuestro último curso y es muy importante, pues es vuestra primera toma de contacto con las ramas que podéis seguir durante el año siguiente en otro centro. En este descubriréis vuestra valía, si es que todavía no la sabéis, y os hará decantaros por un ámbito u otro. Como sabéis, en este centro disponemos de tres rutas diferentes: La rama científica, la rama tecnológica y la rama de humanidades y ciencias sociales. Según las asignaturas que dominéis mejor, o la carrera, si es que ya tenéis alguna noción sobre cuál queréis hacer, vuestro camino os llevará hasta vuestra rama deseada. ¡Mucha suerte mis queridos *muggles*, la universidad de *Hogwarts* os espera!

Sonreí ligeramente al escuchar la frase con la que había cerrado el discurso y no pude evitar enternecerme por ese profesor, parecía que amaba su trabajo. Además, por su físico no podía evitar recordarme a Einstein y parecía que, igual, algún día, podría mostrarle alguno de mis escritos para saber su opinión. Por desgracia, mi buen humor se desvaneció al escuchar la segunda parte de su discurso y mi estómago comenzó a contraerse y apretarse a causa de la ansiedad, impidiéndome respirar.

—Bien, escuchadme, el segundo punto que quería abordar hoy, a parte de explicar en qué consistirá la asignatura y los objetivos que aspiro a conseguir juntos, es mi deber como tutor presentar a una nueva alumna. Ponte de pie y preséntate a tus compañeros, Clara.

En ese momento mis oídos comenzaron a pitar y varios escalofríos recorrieron mi cuerpo, haciéndome sudar. Me había quedado inmóvil y rígida, mis músculos no querían ayudarme a levantarme del asiento. Podía sentir todos los pares de ojos clavados sobre mi espalda y mi perfil, incluso escuchaba algunos murmullos de fondo, preguntándose por qué no me levantaba.

Las palabras empezaron a atorarse en mi garganta y mi corazón empezó a latir desenfrenado, haciendo que se me nublara la vista. Los pequeños mareos que comenzaba a sentir por la presión se hicieron más grandes, hasta que terminé cumpliendo mi mayor miedo: Estaba siendo el centro de atención de toda la clase.

Entonces caí al suelo desplomada, perdiendo el conocimiento.

CAPÍTULO 2: POPULARIDAD INDESEADA

*Todos los sueños yacen rotos en el fondo de las estrellas.
(Solo se trata de prosperar de Shé)*



—¿Clara? ¿Estás bien?

Parpadeé intentando recordar dónde me encontraba y ante mis ojos apareció el rostro preocupado de mi nuevo tutor.

—Sí...

Tragué saliva al escuchar mi voz temblorosa y percatarme de la cantidad de miradas y murmullos que había a mi alrededor. No estaba preparada para los posibles comentarios y burlas que iba a recibir por haber armado semejante espectáculo el primer día. No quería verlos, así que cerré los ojos de nuevo con fuerza, deseando que la tierra me tragara.

—Está muy pálida —le escuché decir al profesor—. Sara, hazme el favor e indícale dónde está el baño para que se eche agua en la cara. Parece que no ha sufrido un golpe fuerte, pero será mejor que avises a Elena para que la mire.

—Claro.

—¿Puedes levantarte?

—Su-supongo... —carraspeé abriendo los ojos de nuevo.

Me quedé sentada sobre el frío suelo del aula, obteniendo una mejor vista de lo que sucedía a mi alrededor. La chica que había mencionado el tutor me miraba con curiosidad, pero al fondo un grupo de alumnos cuchicheaba mientras me observaban y se reían. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal.

Todavía sentía pequeños mareos, pero me podían más las ganas de alejarme del aula y encerrarme en el baño. Quizá, con suerte, podía quedarme allí hasta que finalizara la jornada escolar. Necesitaba desaparecer.

Me levanté con cautela, ignorando mis piernas de gelatina, y seguí a Sara intentando mirar al frente, sin desviar la vista hacia mis nuevos compañeros. Al llegar al pasillo el oxígeno regresó a mis pulmones.

—Te has dado un buen golpe.

—Ya... —respondí jugando con las mangas del jersey escolar.

—Que... A ver, obviamente lo siento por ti, pero a mí me has hecho un favor. Odio Lengua, aunque Berto es guay.

Asentí con la cabeza y me callé la opinión que tenía sobre la asignatura, pues era mi favorita. Quizá si lo decía esa chica la tomaba conmigo y se unía a los demás para burlarse de mí. Nadie sabía acerca de mi pasión por la escritura.

Mientras caminábamos la observaba de reojo, intentando no incomodarla. Me servía para distraerme un poco y no pensar en lo sucedido. Sara era una chica alta y morena, con el cabello negro rizado y unos grandes ojos oscuros. Con su manera de andar, erguida y despreocupada, desprendía gran seguridad en sí misma. Seguro que nadie se atrevía a meterse con ella.

—Como puedes ver, aquí están los baños. Espérame, voy a avisar a la secretaria para que venga y te mire. No tardo. Bueno... —rectificó—. Quizás un poco, sino seguro que me manda volver a clase. Pero tú quédate aquí.

Asentí de nuevo y miré las puertas que se alzaban a ambos lados. Mi estómago rugía, amenazando con devolver lo poco que había comido. Dos puertas, dos opciones para escoger, pero ninguna señal. No había ningún cartel que me indicara cuál era el baño de las chicas y cuál pertenecía a los chicos. Mis piernas temblaron.

No quería quedarme parada como una tonta y armar otro espectáculo, así que me decidí por la izquierda. Ambos parecían vacíos.

Aproveché para echarme agua en la cara y las muñecas, tratando de quitar el calor que irradiaba mi piel, y me encerré uno de los pequeños habitáculos. Solo así podría reducir mi nivel de ansiedad y mis ganas de vomitar.



Unos minutos más tarde escuché unos ruidos, incluso podía percibir una sombra colándose por la rendija del habitáculo donde estaba escondida.

Pensé en Sara. Seguramente ya había avisado a la secretaria y los ruidos eran para avisarme de que saliera, así que decidí adelantarme para no ser una molestia. Abrí la puerta y alcé la vista cuando choqué con un cuerpo fuerte que no parecía para nada femenino.

—Lo siento, no te vi.

Mi cuerpo se erizó al escuchar esa voz. No me hizo falta levantar la vista para saber que se trataba de él. Mi corazón empezó a latir desbocado al ver sus ojos oscuros y mi labio inferior comenzó a temblar sin saber qué decir. Me había quedado rígida.

Quería irme, pero mis piernas no reaccionaban, se habían transformado en un flan. Tuve que apoyarme contra la puerta del cubículo para no terminar en el suelo. «Genial, absolutamente genial», pensé. «Que la tierra me trague ya, por favor».

—Por cierto, estás en la zona equivocada, aunque ya te habrás dado cuenta. Siempre se olvidan de indicarlo el primer día. Eres nueva, ¿verdad?

Asentí con la cabeza, incapaz de balbucear algo que pudiera entenderse, y sentí cómo el rubor inundaba mis mejillas. Estaba empezando a ponerme roja como un tomate y me sentía realmente patética. Los molestos escalofríos llegaron de nuevo y me amenazaron con desmayarme otra vez. «No, por favor...»

Observé cómo movía los labios para decir algo más cuando Sara irrumpió en el baño y me miró incrédula, posando finalmente sus ojos sobre el chico que aceleraba mis pulsaciones.

—¡Clara! ¿Qué haces en el baño de chicos con Matías?

La vergüenza y los nervios me impidieron pronunciar algún tipo de sonido audible, pero él intercedió por mí.

—Se equivocó. Todavía no han puesto los papeles plastificados indicando cuál es cuál.

Mis oídos escuchaban su peculiar voz como si tuvieran necesidad de ella. Era extraña, pero eso era precisamente lo que la hacía especial. Ese deje ronco, con algunos intervalos chillones, tenía una capacidad de atracción sobre mí que nunca antes había conocido.

—En fin. Perdona, Mati. Es que la pobre se desmayó delante de toda la clase y...

Mis oídos dejaron de escuchar la conversación, envolviéndome con un pitido intenso que trataba de disminuir la humillación que estaba sintiendo. Si el destino había logrado que se dirigiera a mí, aunque fuera para disculparse por haber chocado, ahora ya sería imposible que lo hiciera de nuevo. Había quedado catalogada oficialmente como la rara que arma espectáculos en su primer día de clase, y eso no era algo agradable y positivo para alguien tan popular como tenía pinta de serlo él.

Cuando Sara me llevó hasta la secretaria intenté convencerla para que llamara a mi madre y viniera a por mí, pero no surtió efecto, pues me hizo volver a clase. Tuve que lidiar con la ansiedad y la vergüenza de tener que soportar cuchicheos sobre mí y miradas de burla. No me conocían y ya había sido catalogada como la rara. Mi mayor miedo se había cumplido.

Al escuchar el timbre que anunciaba el momento del recreo respiré, aliviada. Luego recordé que no tenía nadie con quien juntarme y un golpe atizó mi estómago; todos me mirarían, incluido Matías.

Esperé en el asiento fingiendo que buscaba algo por la mochila mientras todos mis compañeros salían y cuando el aula se quedó vacía me apresuré para acercarme a la profesora de Dibujo. Jugueteé con mis mangas mientras esperaba que se diera cuenta de mi presencia, dudando sobre si estaba haciendo bien en preguntar.

—Mmm... ¿sí? —preguntó al alzar la vista.

—Dis-Disculpe... Yo... Me preguntaba dónde está la biblioteca.

—¿La biblioteca? En el primer piso. ¿Por qué?

—Yo... Me gustaría pasar el tiempo del recreo ahí. Si... si no es molestia.

—¿En la biblioteca? —inquirió arrugando el ceño—. No está permitido ir en el recreo, así que, venga, baja al patio para que te dé el aire. Estás muy pálida y no te viene mal socializar.

—Gracias —musité bajando la cabeza, girándome para salir del aula.

Ni siquiera se molestó en decir nada más. Bajé las escaleras lamentando mi mala suerte y al llegar al patio sentí que la respiración me faltaba, mi garganta se oprimía al observar la masa de estudiantes moviéndose de un lado hacia otro. Unos chillando, otros hablando, comiendo, riéndose. Miré de un lado a otro buscando alguna esquina, algún hueco donde poder refugiarme y que nadie se diera cuenta de mi existencia. Solo quería que el tiempo pasara rápido.

—¡Clara!

Al mirar hacia el sitio donde había venido la voz aprecié que Sara y varias compañeras de clase estaban sentadas en el suelo, en semicírculo. Me acerqué lentamente sintiendo mis mejillas arder y toqueteé mis dedos de forma inconsciente, sin saber qué decir. Algunas me analizaron de arriba abajo arrugando el ceño y no tardaron en susurrar algo entre ellas, haciéndome sentir incómoda.

—Siéntate —me sugirió Sara antes de desenvolver el tentempié que había traído.

Obedecí como si fuera un robot y me senté a un lado del semicírculo, intentando no acercarme demasiado a ninguna por si le molestaba, y bajé la mirada hasta el suelo sin saber qué más hacer. ¿Por qué era tan difícil encajar? ¿Por qué sentía que solo estaba haciéndoles perder el tiempo?

—Bueno. Como os estaba diciendo, este viernes iré a Kudhabi. Daniel me ha dicho que también van a estar Héctor y Matías —dijo una de las chicas—. Vais a venir, ¿verdad?

—Piden el DNI, Victoria —respondió Sara antes de dar un mordisco a su sándwich.

—¿Y? Dejan pasar a las chicas que van arregladas y maquilladas, así que no va a haber problema.

Me tomé el atrevimiento de apreciar su rostro, era ovalado y con la barbilla marcada. Sus cejas estaban ligeramente arqueadas y tenía el mentón elevado. Sus labios eran gruesos y pequeños, sus ojos grandes y redondos, con ese color café que desprendía energía. Estaba sentada de forma recta y el recogido de su cabello dorado tensaba sus facciones, endureciéndolas.

—¿Y ellos? —preguntó otra— ¿Cómo van a entrar?

—El hermano de Daniel trabaja ahí y los cuela, así que no hay excusa. Os quiero ver a todas en Kudhabi a las once.

—¿Vas a ir a por Matías? Seguro que consigues que babee por ti. Aunque Héctor...

—Cállate, Mónica —gruñó Victoria mirándome fijamente—. Eso es privado.

—Pero si somos las de siempre —protestó su amiga encogiéndose de hombros.

—Ella sobra —respondió apartando su cabello con la mano—. No sé qué hace aquí.

—¿Vas a venir a la fiesta, Clara? —preguntó otra esbozando una sonrisa burlona—. Pero tendrás que tener cuidado, no queremos que te desmayes.

—Seguro que nunca se ha emborrachado.

—Yo... Gracias, pero no me gustan las fiestas —musité sin levantar la vista del suelo.

—Tampoco estabas invitada —respondió Victoria con tono desagradable.

Miré hacia otro lado deseando irme, pero si me levantaba seguramente Victoria se metería más conmigo y mi cuerpo se había quedado inmóvil, preso por el pánico. Aunque me esforzaba en evitarlo, a mis oídos llegaban los murmullos de sus amigas llamándome rara y riéndose de mí. Estaba claro que no era bienvenida.

Mis ojos se deslizaron observando el patio cubierto, que se encontraba cerca de donde estábamos sentadas, hasta que mis pupilas encontraron a Matías acercándose con Héctor y un ligero sonrojo cubrió mis mejillas al verle sonreír.

Parpadeé al darme cuenta de que me había quedado inmóvil y mis ojos seguían su camino a medida que caminaban hasta llegar a la cancha, donde varios chicos jugaban al fútbol. Nerviosa, volví la vista hacia las chicas para evaluar que no se hubieran dado cuenta de mi interés por Matías. Eso sería mi perdición.

Sara tenía la vista puesta en su sándwich y las chicas que la rodeaban hablaban entre ellas sobre una película. Entonces miré a mi derecha y mis ojos se dieron de bruces con los de Victoria. Su rostro esbozó una mueca y sus ojos brillaron con rabia. Ella sí se había dado cuenta y estaba claro que no le había gustado mi atrevimiento.

Bajé la mirada, avergonzada, esperando que ese gesto no me trajera problemas con ella. Ya me había dejado claro que no le agradaba.

Pero me equivoqué.



Al llegar a casa cerré la puerta de mi habitación y tiré la mochila en el suelo, deseando sumergirme en mi cueva. Desde hacía unos años había aprendido que los juegos del ordenador me servían para hacerme desconectar, olvidándome durante un rato de los problemas que me asfixiaban. Pasaba las horas fingiendo ser otra persona, una más fuerte, más valiente, más decidida. Podía ser todo eso y más mediante personajes virtuales que tenían que enfrentarse a

monstruos y seres mágicos. Allí no era invisible ni insignificante, me podía camuflar y, lo más importante, podía disfrutar. Podía ser yo misma sin el miedo a ser juzgada.

Llevaba ya un rato desconectada del mundo cuando la vibración del móvil sobre la mesa me hizo volver. Al mirar la pantalla mi cuerpo se tensó.

Era mi padre.

Me retorcí en el asiento y apreté el botón de colgar. Entonces respiré. No quería hablar con él.

CAPÍTULO 3: MYRTLE LA LLORONA

*Nadie me comprende, nací diferente, pero tengo una misión: Escapar de esa gente que no entiende cómo soy.
(Nadie me comprende de Shé)*



La semana avanzó lenta. Demasiado para mi gusto. Seguía sin adaptarme al nuevo colegio y desde que Victoria se percató de que estaba mirando a Matías había decidido hacerme su blanco de burlas y cuchicheos, generándome un malestar mayor. Lo único que me impulsaba a levantarme de la cama era mirarle en secreto jugando al fútbol en el recreo y poder ver esa sonrisa que hacía que mis piernas temblaran como si fueran gelatina.

Ya era lunes y Berto se encontraba hablándonos de cómo analizar una frase sencilla sintácticamente. Victoria aprovechaba los momentos libres para hablar con una de sus amigas sobre su reciente novio, al parecer se había liado con Matías en la fiesta que hicieron el primer día de curso. Y eso dolía. Dolía mucho, aunque no entendía el porqué.

Pero no era ese el motivo por el que me estaba sintiendo fatal. La ansiedad se apoderaba cada día de mi cuerpo y me amenazaba con volver a hacer un espectáculo. Llevé las manos hasta la zona de mi vientre para apretarlo, intentando frenar las arcadas que ascendían hasta mi garganta. «Por favor, no vomites», rogué, mirando con pánico a los compañeros que estaban a mi alrededor, deteniéndome en el profesor.

—Clara, ¿estás bien? —preguntó, frenando la explicación— Tienes mala cara.

—¿Puedo ir al baño? —pedí, intentando ignorar los murmullos que se habían formado por parte de mis compañeros.

—Ve —respondió girándose hacia la pizarra para continuar analizando una frase.

No tuvo que decírmelo dos veces. Me apresuré en levantarme de la silla y avancé hasta la puerta para refugiarme en el baño. Me detuve para asegurarme que iba a la zona correcta y me escondí en uno de los habitáculos, dejándome caer en el frío suelo.

Suspiré, iba a perderme parte de la clase, pero tampoco quería regresar pronto sintiéndome así de mal. Era consciente de que estarían diciendo cualquier cosa de mí, tratándome de fantasma o algún mote peor que encontrasen, así que escondida estaba mejor. A salvo.

Apoyé las manos en el suelo y me aproximé hasta el váter, entonces cerré los ojos, intentando no oler el baño; donde ya me sentía indispueta, el olor del lugar me revolvía aún más. Debía de estar tan blanca como un cadáver.

Devolví los dos trozos de tostada que había sido capaz de comer unas horas antes y me limpié los labios con el dorso de la mano. Me arrastré apoyando la espalda contra la pared y dejé caer la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos para intentar serenarme.

La sensación que sentía era horrible. Solo quería volver a casa y refugiarme en la cama, pero mi madre trabajaba y no había nadie más, así que tendría que aguantar el malestar e intentar seguir adelante.

Me mantuve así un par de minutos más, intentando asimilar que tendría que levantarme y volver al aula antes de darles más motivos para burlarse de mí. Entonces me incorporé y salí del pequeño espacio, dirigiéndome hasta el lavabo para enjuagarme la boca y lavarme las manos.

Suspiré al sentir la sensación del agua fría sobre mi piel, eso me aliviaba, y me miré al espejo, dándome de bruces con la realidad. Mi rostro estaba pálido, casi fantasmal; mis ojos pequeños, oscuros, con un punto frío por lo que había vivido, y mi acné, junto a mis gafas, no me ayudaba a verme mejor.

Cerré el grifo y suspiré, debatiéndome si volver a clase o no. Con solo pensar en pasar de nuevo por la puerta y mirar los rostros expectantes y feroces de mis compañeros me generaba ansiedad. Hubiera dado lo que fuera por poder aislarme, pero sabía que no podía perder más clase.

Me aproximé hasta la puerta del baño y dejé la mano en el manillar, en ese instante se me congeló. Mi cuerpo se había paralizado por el miedo, el temor a esa exposición constante que generaba ser nueva. La rara. Ya lo había vivido en mi anterior centro, había sido etiquetada y no se podría eliminar, pues ahora ya me sentía así, pensaba así y vivía así, como una persona rara.

Continué cavilando unos minutos más, esperando que nadie más entrara, pues me daría de bruces contra la puerta. Por desgracia, la mala suerte me perseguía y mi peor presagio se hizo realidad: La madera terminó golpeándome.

Tensé la mandíbula de forma inconsciente mientras frotaba mi zona herida y retrocedí unos pasos. Esperaba a cualquier persona, el compañero que fuera, menos a ella. El rostro malicioso de Victoria apareció frente a mí, cruzándose de brazos mientras me analizaba de arriba abajo.

—Berto me mandó venir a buscarte. La clase está a punto de acabar, así que tienes que volver —dijo en tono cortante—. ¿Vives en el baño o qué?

Mi labio inferior comenzó a temblar en respuesta y mi estómago se encogió, amenazando con hacerme devolver de nuevo. No quería problemas, así que desvié la mirada con rapidez hacia el suelo y me apoyé como pude contra la pared para intentar controlar el escalofrío que recorrió mi espina dorsal. Estaba a punto de hiperventilar.

—¿También eres muda? Parece que sí. Por desgracia no eres ciega, así que aprovecharé a advertirte que dejes de mirar a Matías —continuó con expresión amenazante—. Es mi novio y tú no eres nada. Si no lo dejas en paz me convertiré en tu infierno personal. No me gustan las mosquitas muertas.

Las palabras se me atascaron en la garganta, tan asustadas como yo al escuchar su amenaza. Los sudores fríos no tardaron en expandirse por mi cuerpo y sabía que lo siguiente sería desmayarme. Por suerte, Victoria se marchó por donde había entrado y pude refugiarme de nuevo en uno de los pequeños cubículos, tirándome de rodillas en el suelo para abrazar el váter, apoyando la cabeza contra la tapa.



Para una estudiante debilucha como yo no había un tormento peor que la sufrida clase de gimnasia, y ese momento tuvo que llegar. Me aferré al saco de tela que usaba para guardar el chándal oficial del colegio mientras sentía que los pasillos que me conducían hasta el gimnasio se estrechaban más y más.

El resto de compañeros iban delante conversando entre ellos de forma despreocupada mientras yo me quedaba rezagada detrás, mirando a mi alrededor como si tuviera la mínima esperanza de encontrar una salida o alguien que me salvara.

Mis pulmones se encogieron, dificultándome respirar con normalidad. Cada paso que daba me acercaba más hasta la zona en el patio que estaba destinada para el vestuario y al lado la sala de torturas.

Una vez dentro contemplé, asustada, que las chicas empezaban a cambiarse y algunas aprovechaban para hacerse fotografías con el móvil en el espejo. En algunas ocasiones sentía la mirada hostil de Victoria clavarse sobre mi espalda y no pude evitar revolverme.

No me gustaba cambiarme frente a nadie porque eso me exponía más. Me exponía a que criticaran mi cuerpo, mi ropa interior, mis inseguridades. Cuando veía a mis compañeras me sentía pequeña, invisible, así que me encerré en uno de los cubículos. Allí no me podrían juzgar.

—Es la chica de los baños, como Myrtle la llorona —le escuché decir a una de mis compañeras.

Tragué saliva e inspiré con fuerza mientras trataba de luchar contra el temblor de mis manos, que me dificultaron ponerme el chándal. Una vez lista esperé a dejar de escuchar sus voces, pero sin perder demasiado tiempo. Temía que me encerrasen o el profesor me pusiera una falta que me bajara la nota y no podía permitirme perder puntos cuando era consciente de que no iba a sacar una buena calificación.

Al abrir la puerta aprecié que el vestuario estaba vacío y me apresuré en entrar al gimnasio, donde casi todos estaban sentados en los bancos alargados de madera que había colocados frente a las espalderas. El espacio era largo, pero pequeño. El color verde de las paredes me generaba nerviosismo, el cual se vio incrementado al contemplar la colchoneta azul que había colocada frente a nosotros. Muchos comenzaron a especular de qué podía tratar la clase.

Pero mi pesadilla comenzó cuando vi aparecer al viejo y desgarrado profesor con unos folios que contenían el *planning* del trimestre. Mi tensión se incrementó a medida que pasaba lista, anotando los nombres de todos los compañeros. Cuando llegó mi turno levanté la mano y murmuré «presente» mientras sentía mis mejillas encenderse por la vergüenza. Todos los ojos estaban puestos sobre mí.

—¿Clara Ruiz? ¿No está?

—S-sí —respondí intentando hablar algo más alto.

—Pues responde a la primera, chica, no te duermas en los laureles.

Las risas y cuchicheos no tardaron en llegar. Bajé la cabeza e intenté desconectar del mundo, aunque sabía que era imposible. A cada minuto que pasaba me sentía más tensa. Si había algo peor que ser invisible era convertirme en el centro de atención.

—Bien. Este trimestre me centraré en evaluar vuestras destrezas físicas, abarcando actividades como volteretas, saltos, abdominales, resistencia física corriendo y la prueba del test de Cooper.

Cada palabra que salía por su boca elevaba mi ansiedad. Mi creatividad era tan amplia que disfrutaba mostrándome diferentes escenas donde los demás se reían de mí al comprobar mi escasa condición física. Y, en efecto, no me equivoqué.

La clase de ese día consistió en dar volteretas sobre la colchoneta y cuando llegó mi turno los demás empezaron a reírse a carcajada limpia al ver que era incapaz de mover mi cuerpo para girar.

Me aterraba.

La presión del profesor hizo mella en mí de mala manera pues, al escuchar las quejas de los

compañeros que esperaban en la fila que se había formado, me ordenó que me pusiera la última para volver a intentarlo. Si no lo conseguía me habría ganado mi primer cero.

¿Y qué pasó? Lo obvio. En mi segundo intento las risas y burlas volvieron a rodearme, asfixiándome. La ansiedad congeló los músculos de mi cuerpo y mis piernas fueron incapaces de elevarse. La poca paciencia del profesor se agotó y sus manos se aferraron a mi piel de mala manera para empujarme, haciéndome tambalear. En lo que duró un parpadeo acabé haciendo un intento de voltereta, haciéndome daño en el cuello.

—Patética —le escuché decir a una de las amigas de Victoria mientras me alejaba de la fila con el rostro rojo.

—Tendrás que esforzarte para la recuperación —añadió el profesor, terminando de hundirme.

Odiaba gimnasia, sí, pero odiaba aún más sentirme una completa inútil.

CAPÍTULO 4: CLARA LA RARA

*Dime qué ves en el espejo cuando empieza un nuevo día y piensas que nunca más volverá a ti aquella alegría. Qué sientes en tu pecho cuando escuchas las palabras que te dicen, y duelen, como un jarro de agua fría.
(Tú no estás sola de Shé)*



Las semanas pasaron, pero mis ganas de desaparecer no. Cada día era una tortura más, convirtiendo los fines de semana en mi salvavidas particular. Anhelaba los viernes como si fuera el oxígeno que me permitía seguir viviendo; el minuterio del reloj que había situado en la pared, encima de la pizarra, se movía con extrema lentitud, y cuando daban las dos de la tarde respiraba aliviada, apurándome en guardar todo para poder refugiarme bajo las cuatro paredes que conformaban mi pequeña casa.

Pero aquí estaba. Otro martes más y no había conseguido quedarme en casa, alegándole a mi madre que estaba enferma. Había puesto tantas veces esa excusa que ya no me creía, a pesar de que para mí era real. Nada más abrir los ojos mis ganas de vomitar golpeaban mi estómago y la vista se me nublaba al sentir mi corazón latiendo de más.

No se lo decía a mi madre ni a mi hermana. No sabía si se olían algo, pero estaban tan metidas en su propia vida y problemas que no me lo pareció, aunque no se lo reprochaba. Mi hermana lidiaba con tener que ir de una casa a otra con la maleta a cuestas y mi madre había empezado a formarse en el cuidado de ancianos, así que tenía que asistir a clases y el tiempo que nos podía dedicar era escaso. Aún trataba de asimilar el divorcio y haber tenido que mudarnos.

Entré por la puerta para dirigirme a mi asiento cuando las miradas de mis compañeros no tardaron en llegar. Mi cuerpo se tensó mientras avanzaba hasta la silla, quería que mis pies se apresuraran, pero veía mi alrededor ralentizado. Las risas y murmullos de todos se filtraban en mis oídos, aturdiéndome. Casi había pasado un mes y seguía sin acostumbrarme. Cada ruido que salía de su boca era como una bala atacándome en el pecho. Hice una barrera con mi pelo para evitar mirarlos, a pesar de que seguía manteniendo su atención. Era horrible el tiempo de espera hasta que el profesor apareciera.

—¿No te miras en el espejo o qué te pasa? —le escuché decir a una voz masculina cerca de mí.

Mis mejillas se sonrojaron mientras la frente se perlaba debido a los sudores fríos que atacaban a mi piel. Deseé que el profesor me salvara, nunca había tenido tantas ganas de tener una clase de Dibujo.

—Eh, rara, estoy hablando contigo. Llevas el jersey al revés.

Miré con disimulo el jersey y mi corazón bombeó con fuerza mientras la presión en la garganta me asfixiaba. Todos se estaban riendo por mi culpa, por ser tan inútil que ni me había dado cuenta. Ahora ya era tarde para frenarlo, se había encendido una mecha en mi interior que resultaba imposible de parar.

Para ellos no era nada, solo diversión. Disfrutaban viendo a una persona retorcerse con incomodidad en el asiento, con las mejillas ardiendo por la vergüenza y el cerebro trabajando a mil por hora, preparado para el momento de escapar.

El sonido de la puerta me hizo pegar un bote sobre la silla, la profesora ya había aparecido y eso significaba que tenía un respiro. Un pequeño momento de alivio donde la atención de los estudiantes estaba puesta sobre la pizarra, o al menos disimulaban.

Entonces aproveché para quitarme el jersey. Le di la vuelta y lo puse correctamente mientras la banda sonora de risas y miradas burlonas me acompañaban. Deseé con fuerza que todo eso pasara, que me dejaran tranquila. Y lo hicieron durante unos minutos al escuchar la advertencia de la profesora. Suspiré y bajé la mirada hacia mi cuaderno, esperando que la mañana pasara pronto.



Cuando la alarma anunció el recreo no me quedé más tranquila. Si hay algo peor a exponerse en una clase es aguantar el tiempo que dura esa jungla. Ese espacio sin profesores que muestra a los demás tu «estatus social», tu nivel de amigos, tu popularidad. Es decir, un espacio donde la palabra «rara» se ve subrayada en color fosforito a ojos de los demás.

No sabía dónde ponerme. Si me quedaba en una esquina era bastante cantoso, pero deambular esquivando compañeros tampoco ayudaba. Podía sentir todos los pares de ojos puestos sobre mi espalda, aunque seguramente a la mayoría le daba igual. No podía evitarlo. Sus risas y burlas se habían quedado presas dentro de mis oídos, recordándome que no era como los demás.

Y, sin embargo, allí estaba él. Seguramente quede patético decir que la persona que me hacía levantarme con cada caída era una con la que solo había cruzado dos palabras. Bueno, ni eso, más bien solo las había cruzado él. Yo era tan inútil que ni siquiera era capaz de balbucear algo entendible, pero ¿para qué? Con solo mirarle se podía ver que era un chico aclamado por su clase, alguien popular, alguien querido. Era una persona que no tendría ningún interés en entablar conversación con alguien como yo.

Aun así, no pude dejar de mirarlo, pues todos sus movimientos acaparaban mi atención. Miré a ambos lados esperando que nadie se hubiera percatado de mi atrevimiento. Solo pensar que alguien se diera cuenta de mi interés hacia él terminaría de hundirme. No quería ser más blanco de burlas, darle más motivos para hacerme más y más pequeña. ¿Acaso era posible? ¿Sentirse así de vacía? La ansiedad no dejaba de ahogarme, taladrando mi pecho.

Me sentía desnuda sin mi cuaderno. No me atrevía a bajarlo por si alguien se daba cuenta y me lo quitaba. Mi mente disfrutaba torturándome con mil y una escenas donde tenía que aguantar más risas y humillaciones. Me sentía como un mono de feria, con la diferencia de que yo no hacía nada para entretenerlos. Al menos no lo hacía queriendo.

Por eso seguí mirándolo. Sin ánimo de ser una acosadora, grabé en mi mente cada paso que daba, cada gesto, cada sonrisa. Capturé el hoyuelo que le salía y cómo se le achicaban los ojos al sacarle la lengua a Héctor, uno de mis compañeros de clase. Memorice las arrugas que le salían en la nariz cuando algo no le gustaba, cómo se rascaba la nuca al pensar y el baile de sus cejas

con cada cambio de expresión. De sus ojos salía un brillo alegre al marcar un gol, pero había otro mayor cuando terminaba de escribir algo en su cuaderno. Eso era lo que más me generaba interés. ¿Qué escribiría? ¿Por qué a veces le gustaba quedarse sentado en una esquina del patio cubierto con bolígrafo y papel en mano? Podía pasarse todo el recreo escribiendo sin parar, sin hablar con nadie, abstraído del mundo que giraba a nuestro alrededor. Envidiaba que pudiera conectar de esa manera con el folio, sin importarle lo que pudieran pensar los demás.

Miré hacia otro lado cuando levantó la cabeza para exhalar un suspiro, pues sus ojos conectaron con los míos. No fui capaz de gestionar las emociones que explotaron en mi estómago, como si fuera un huracán. Jugueteé con las mangas del jersey para intentar disimular el rubor que teñía mis mejillas y conté hasta tres antes de volver a atreverme a mirar. Pero no fueron sus ojos los que me volvieron a atrapar, sino los de Victoria.

Ella apretó su hombro para captar su atención y aprovechó el momento de distracción para besarlo. Al separarse de él me volvió a mirar y mi cuerpo se tensó. Miré hacia el suelo deseando que no se hubiera dado cuenta, que no pensara que era una mirona. Ni siquiera sabía por qué lo hice. Bueno, sí, porque sentía envidia de que pudiera mirarlo sin miedo, de que pudiera contarle cualquier cosa y él sonriera, de poder disfrutar la sensación de probar sus labios. Dolía. Dolía mucho. Aunque no tendría por qué, pues nadie tenía la culpa. Aun así, tragué saliva y empecé a contar las rayas que conformaban el suelo donde estaba sentada para ganar tiempo y disimular.

Cuando la alarma indicó el fin del recreo no pude evitar sentirme aliviada. Dejé que la masa de estudiantes empezara a subir las escaleras para poder ir detrás, absorta en mis pensamientos. Al quedarme frente a la puerta de madera que indicaba mi aula tragué saliva e intenté mentalizarme. Mis piernas habían comenzado a temblar como un flan. La moví e intenté enfocarme en llegar hasta mi asiento ignorando al resto, pero mis ojos se desviaron hacia la pizarra. Hacia lo que estaba escrito.

Clara la rara babea por Matías.

Seis palabras. Seis golpes directos a mi estómago. No recuerdo qué fue peor, si el ardor que bañó mi piel, confesando la realidad, o el estallido de risas del resto de la clase. Me hundí en el asiento intentando controlar las lágrimas mientras mi respiración se descontrolaba. Empezaba a ver todo desenfocado y los sudores fríos que mojaban mi frente me advirtieron que lo mejor sería correr. Y eso hice, hui hasta el baño para que nadie me viera vomitar.

Pero algo en el pasillo me hizo detenerme. Un golpe seco me hizo levantar la vista, encontrándome con la mirada curiosa de Matías. La respuesta por parte de mis compañeros no tardó en llegar.

—Uhhh, la rara no pierde el tiempo.

—Matías ten cuidado, no te vaya a vomitar.

Corrí hasta el baño mirando hacia el suelo, incapaz de poder decirle nada. Incapaz de decir nada a nadie. Por dentro estaba gritando que me dejaran en paz, que se metieran en sus asuntos, que pararan; pero por fuera solo pude tambalearme hasta llegar a la puerta que tapaba el váter y me encerré.

Entonces vomité todo lo que había tragado.



Ya en casa dejé la mochila en mi habitación antes de lavarme las manos y sentarme en la silla de la cocina para comer junto a mi madre y mi hermana. Estaba contenta de que hubiera encontrado algo para estudiar y mi hermana tenía una nueva amiga. Cuando llegó la temida pregunta diaria

me tensé y apreté el tenedor, clavando con fuerza un trozo de patata hasta terminar deshaciéndola. No quería preocuparla ni ser una chivata, temía que de contarle mi situación querría hablar con el tutor y no quería más problemas de los que ya tenía. Además, ¿cómo decirle a tu madre que no estás a gusto? ¿Que echas de menos el refugio de tu anterior casa porque la nueva te resulta extraña? ¿Que eres tan inútil que no tienes ni un solo amigo? Daba igual donde fuera porque nunca tendría uno. Era la rara.

—Bien, mamá. Estoy bien.

—Me preocupas, hija. Ha pasado un mes desde que empezó el curso y no te he visto quedar con nadie. No me gusta que te encierres en tu habitación y pases tantas horas en el ordenador. No es sano.

Suspiré. Su mirada inquisitiva analizaba cada gesto de mi rostro, así que bajé la mirada en dirección al plato.

—Estoy bien así. Es complicado ser la nueva porque todos tienen a sus amigos. Ya me llegará el momento. —Me encogí de hombros.

—Me ha llamado papá, dijo que quiere hablar contigo, pero no le coges las llamadas —respondió Marta, cambiando la conversación.

Mi cuerpo se volvió a tensar. Bastaba con pronunciar esas cuatro letras para recordar todo lo que habíamos vivido, el motivo por el que nos habíamos mudado y nos había tocado empezar de cero. Le odiaba.

Apreté los nudillos mientras intentaba recordar que mi hermana no tenía culpa de nada. Ella ya hacía suficiente yendo y viniendo de una casa a otra sin quejarse, como si estuviera en un partido de tenis.

—Es que no quiero.

—Pues el viernes va a esperarme fuera del cole —murmuró—. Creo que quiere hablar contigo.

Miré a mi madre, que turnaba su atención de una a otra, aunque sabía que su mayor preocupación estaba puesta sobre mí. No quería hablar con él, no quería verlo, no quería saber nada. Pero él se empeñaba en lo contrario.

—Genial... Me voy a mi habitación, no tengo hambre.

Me levanté del sitio y recogí mis cosas antes de volver a mi refugio, donde tenía ese escape que tanto anhelaba por las mañanas. Pero antes abrí Tuenti^[1], consciente de que era una tontería porque nunca tenía nada. Aun así nunca perdía la esperanza.

Cuando vi las letras verdes que me indicaban las novedades el vello de mis brazos se erizó. Tenía solicitudes de amistad, entre ellas la de Victoria y sus amigas. Dudé qué hacer. Si las rechazaba igual se metían en clase conmigo, pero si las aceptaba estarían entrando en mi rincón de privacidad. Tampoco tenía muchas fotografías, pero sí algunas de cuando era pequeña y otras donde aparecían mi madre, mi hermana o mi prima.

Suspiré. Sentía el peso de la presión sobre mis hombros. Quizá que me mandaran una solicitud significaba algo bueno. Un paso hacia adelante.

Entonces acepté.

Ojalá alguien me hubiera dicho en su momento que ese iba a ser el principio del fin. Que cada acto iba a sumar.

CAPÍTULO 5: EL ENCIERRO

Trato de seguir luchando, pero a veces paso. Es tan duro despertar y ver que nada cambia, que todo cuanto hagas será tan solo un fracaso.
(A solas de Shé con Gema)



Otra semana. Otro lunes más con la ansiedad a flor de piel y una revoltura en el estómago que me dificultaba salir de la cama. Lo primero en lo que pensaba siempre al despertar era qué me tocaría vivir ese día, qué burla se les ocurriría o cuántas miradas tendría que aguantar.

Ese nudo que sentía al abrir los ojos se transformaba en miedo y ese sentimiento es tan aterrador que se encargaba de paralizar cada centímetro de mi cuerpo. Y me daban ganas de vomitar. Tenía que encerrarme en el baño durante varios minutos para intentar tranquilizarme, aunque no servía de nada, pues cuando salía de casa y avanzaba hacia el colegio todo se magnificaba. Esa vorágine de emociones me explotaba en la cara.

Desde el encontronazo la semana anterior, dedicaba unos minutos antes de salir para comprobar que tuviera el jersey bien puesto. Había desarrollado una especie de obsesión porque todo estuviera bien, intentar ahorrar todos los comentarios posibles, pero nunca era suficiente.

Caminaba por los pasillos mirando hacia el suelo, intentando no chocar con nadie ni mirarlos a los ojos para evitar problemas. Era algo que había desarrollado en el colegio anterior, pero ahora había aumentado. Una defensa, un escudo para intentar ponerme a salvo de todos los ataques que me iban haciendo cada vez más pequeña, amenazándome con hacerme desaparecer. Me senté en el asiento intentando hacer el menor ruido posible y observé el reloj colgado en la pared, deseando que el profesor apareciera pronto.

Al abrir mi cuaderno para intentar escribir un par de frases —pues últimamente me sentía bloqueada, parecía que los párrafos se me atascaban entre los dedos, con miedo a ser creados—, escuché un ruido. Giré la cabeza en dirección a la fuente del sonido y mi corazón se contrajo al ver a Victoria apoyada contra la pared de la entrada, besándose con Matías delante de los alumnos que ya estábamos dentro.

Volví la mirada de nuevo al folio en blanco que tenía delante, aunque mi cuello estaba tan tenso que me había costado un gran esfuerzo. No sabía si era porque Victoria me causaba miles de tormentos y era uno de los principales motivos por los que no quería ir al colegio, pero me dolía verlos juntos. A él no lo conocía lo suficiente, pero al menos no se había metido conmigo en ningún momento y me dejaba tranquila.

No podía parar de darle vueltas a la cabeza sobre qué podría decirle Victoria de mí, si en

algún momento le habría contado lo rara que era o que alguna vez me había atrapado mirándolo. Ni siquiera me podía olvidar de la frase escrita en la pizarra. Héctor también iba a mi clase y era su amigo, estaba claro que le habría contado todo. A esas alturas seguro que Matías sabía que Clara la rara babeaba por él. Qué vergüenza.

Durante las primeras clases intenté pasar del tema. Ya le había dado suficientes vueltas desde entonces y lo único que conseguía era torturarme. Cada mirada que un alumno me daba, cada sonrisa burlona, cada cuchicheo... mi cabeza lo relacionaba todo conmigo. Daba igual que estuvieran hablando de algún programa nuevo, sobre alguna fiesta o sobre algún chico que les gustara; mi cabeza solo repetía *rara, rara, rara*. Por eso cuando el timbre anunció la hora del recreo no pude evitar sobresaltarme. Estaba tan ensimismada en mis problemas que ni siquiera lo había escuchado.

Recogí las cosas con lentitud, esperando que todos salieran del aula, y decidí llevar conmigo el cuaderno para distraerme. Necesitaba sacar a la luz mi inspiración, aunque me diera miedo que alguien lo leyera y se dieran cuenta. Era más sencillo sobrellevar lo que estaba viviendo expresándome en un papel.

Me senté en una esquina donde podía mirar a Matías haciendo lo mismo que yo sin que se diera cuenta. No podía evitar envidiar su manera de abstraerse, incluso se había traído unos auriculares y tenía el rostro semitapado gracias a la capucha de su sudadera amarilla. La manera en que sus piernas se movían, siguiendo el ritmo de la canción que estaba oyendo, me hizo esbozar una pequeña sonrisa. El bolígrafo que sostenía su mano gastaba tinta sin parar, línea tras línea. Sin duda, estaba más inspirado que yo.

Me sobresalté al ver a Héctor haciéndole un gesto para preguntarle qué hacía. Matías se quitó uno de los auriculares de la oreja y se encogió de hombros. Cuando le mostró la libreta y la cerró acto seguido para cantar algo gesticulando me sorprendí. Héctor seguía el ritmo de la canción con la cabeza y una sonrisa plasmada en el rostro. Maldije no estar más cerca para poder escucharlo, desde donde estaba solo alcanzaba a escuchar los gritos de la cancha de fútbol y la conversación de unas chicas que estaban a mi lado sobre temas que no me interesaban.

Resignada, cerré el cuaderno sin ningún avance relevante y me dirigí hasta el baño. Otra manía que había empezado a adquirir era ocultarme durante un rato para no quedar a ojos de los demás, para que nadie murmurase que estaba sola y era una rara. De esa manera pasaba los minutos mirando a una pared fría y blanca. Escuchaba las conversaciones de las chicas que se amontonaban para acicalarse frente al espejo como si fuera una espía. Así mis miedos se evaporaban, les daba una tregua durante unos minutos. Lo necesitaba, pues sino la situación me sobrepasaría.

Mis piernas se tambalearon mientras intentaba recordar alguna canción que hubiera escuchado recientemente. Necesitaba distraerme con urgencia para que el tiempo pasara con más rapidez, porque esa era la principal desventaja, los minutos avanzaban con la lentitud de un caracol.

Escuchar el timbre anunciando el fin del descanso me provocaba una sensación agri dulce. Por un lado podía salir del escape que había creado para protegerme, pero por otro debía exponerme de nuevo a las miradas acusatorias del resto, a sus palabras hirientes, a sus gestos violentos. Y eso lo odiaba. Me producía tristeza.

Tragué saliva, ya no escuchaba a nadie en el baño y tampoco ruidos fuera, pues los gritos y conversaciones de la gente solían ser constantes. Me apresuré en abrir para no quedarme sola en el patio, pero un ruido provocó que mi cuerpo se tensara. Había sonado como si alguien hubiera trabado la puerta.

Salí del cubículo con rapidez y llevé las manos hasta el pomo de la puerta del baño, pero nada. Por más queforcé el picaporte parecía que la puerta se había quedado atrancada.

Miré tras el cristal translucido sin saber muy bien qué hacer. Por más que aporreaba la madera nadie parecía darse cuenta. Aunque, ¿quién iba a ayudarme? Seguro que el patio estaba vacío.

Repasé el baño esperando encontrar algo para salir, una ventana, una palanca. No sé, algo que pudiera servirme para abrir la puerta, pero no había nada. Estaba a merced de que alguien se percatara de mi ausencia y bajara para liberarme.

Pasé varios minutos dando vueltas por el pequeño espacio. El corazón me latía a mil por hora y mi mente trabajaba a máxima velocidad. No tenía ningún momento para respirar de mí misma, solo podía pensar en la vergüenza que iba a pasar cuando todos se enteraran de que me había quedado encerrada, de que era tan inútil que ni siquiera sabía abrir una puerta. ¿Sería cuestión de fuerza?

Volví a intentar abrirla con mi pulso tembloroso, pero era imposible. Di una patada a la madera y solo conseguí que esta vibrara ante el contacto con mis zapatos.

No sabía cuánto tiempo había pasado encerrada, pero, justo cuando me iba a dejar caer contra la pared para echarme a llorar, un ruido hizo que mi cuerpo se tensara. Una voz masculina propició que mis terminaciones nerviosas se dispararan y la saliva se quedó atascada en mi garganta. De todos los alumnos posibles el que menos esperaba que apareciera era él.

—¿Clara?

Miré a ambos lados sin saber qué hacer. Quería salir de ahí, pero no que todos se enteraran. Mi mente ya estaba imaginándose a un grupo de estudiantes a su alrededor, esperando verme para poder contárselo al resto. Deseaba que la tierra me tragara.

—Sí —respondí con un hilillo de voz—. Soy yo.

—Por Dios... —le escuché decir a una profesora—. Ve a pedir la llave del baño a secretaria. Que alguien la saque de aquí.

Me abracé el cuerpo y cerré los ojos, presa por la vergüenza. Si también estaba una profesora era porque mi encierro había llegado a boca de muchos. Me había ganado otra nueva burla y no sabía si podría soportarlo.

Dejé pasar el tiempo en silencio salvo para responder a las preguntas de la profesora. Me insistía en que le dijera quién me había hecho eso, pero no sabía decirle, no había visto a nadie y, aun así, no era ninguna chivata. Era consciente de que, aunque barajaba algunas opciones en la cabeza decir un nombre equivalía a sacrificarme. Me harían la vida mucho más imposible de lo que ya lo hacían, y no quería eso. Suficiente infierno estaba viviendo sin necesidad de darles más motivos para hacerme arder.

Cuando escuché el sonido de la llave incrustarse en el cerrojo no pude evitar soltar un suspiro. Una sensación agridulce se apoderó de mí al verme expuesta a una nueva situación. Por suerte solo estaban Matías y la profesora mirándome. Salí del baño como si me hubieran liberado de una cárcel, con cautela, mirándolos a ambos sin saber muy bien qué decir. Las mejillas me ardían y no pude evitar bajar la cabeza. Necesitaba ir a algún lugar donde nadie me viera, algún sitio donde no viera reflejado en los ojos de nadie lo penoso que era.

—Bueno, ahora debéis regresar a vuestras clases. Si te enteras quién ha sido o sucede algo más házmelo saber.

Asentí con la cabeza y di unos pasos con la esperanza de que todo terminara ahí y pudiera olvidarlo pronto, pero Matías me sujetó por el brazo cuando la profesora nos dio la espalda y me hizo mirarle a los ojos durante un instante, lo suficiente para quedarme atrapada en ellos y que

una bandada de mariposas revolviere mi estómago. Mis piernas temblaron como si estuvieran hechas de gelatina y no pude evitar temblar. Me aparté como pude. Sus cejas arqueadas y la inclinación de sus labios me hicieron ver que sentía lástima, y eso me avergonzó. Era doloroso quedar ante él como la chica rara a la que dejan encerrada en el baño.

—Lo siento —musitó.

Le vi alejarse mientras luchaba contra mis ganas de llorar, incapaz de preguntarle por qué lo sentía, ¿acaso había sido él? Me parecía imposible. Alcé la cabeza y vi a varios estudiantes mirando hacia el patio. Hacia donde estaba. Apreté los puños y tragué saliva antes de caminar en dirección a clase. Nunca había tenido tantas ganas de huir, me sentía presa por dentro y por fuera, con unas cadenas que lentamente me ataban cada vez más, hasta el punto de hacerme marcas en la piel.

Entonces vi algo tirado en el suelo. Al agacharme me di cuenta de que era un mp4. Miré mi alrededor como acto reflejo y me apresuré en tomarlo. ¿Podía ser el de Matías? No estaba donde se había sentado antes. Aun así, me dejé llevar por la curiosidad. Después lo dejaría en secretaría para que se lo dieran a su dueño.



Viernes 23 de noviembre.

Había pasado algo más de un mes y seguía igual de estancada. O no, más aún. Ya no sentía ganas de escribir, cada palabra que soltaba en el papel me asfixiaba y me daban ganas de llorar. No podía dejar que mi madre ni mi hermana me vieran así. No podía ser tan egoísta cuando mi madre llegaba cansada a casa después de esforzarse estudiando para sacarnos adelante y mi hermana lidiaba con la ansiedad que le producía ir con nuestro padre.

Estábamos en una casa donde todas nos tragábamos nuestros problemas; por fuera todo era una aparente normalidad entre nosotras, cuando por dentro nuestros miedos se transformaban en monstruos. Sentía que se había formado un muro, una barrera donde podíamos conversar de temas cotidianos, pero no nos parábamos a preguntar cómo estábamos realmente, qué se pasaba por nuestra mente, qué nos preocupaba, así que mi mochila se estaba llenando de piedras y en cualquier momento me caería debido al peso de estas.

Aun así me aliviaba llegar a casa. Una vez ponía un pie en el felpudo, el peso de esas piedras se aligeraba. Por fin podía sumirme en otras cosas, como jugar en el ordenador, y todo mi alrededor desaparecía. Era mi oxígeno particular, lo que me ayudaba a resistir. Pero la tranquilidad siempre se desvanece y en esa ocasión no sería menos, pues mi madre había golpeado la puerta para llamar mi atención, así que dejé el juego a medias para ver qué quería.

—¿Por qué no vas con tu padre, Clara? Sabes que no me gusta que te quedes siempre aquí metida. No quiero que piense que te obligo a estar conmigo. —Suspiró, mirándose con preocupación.

—No quiero ir, mamá. No estoy cómoda allí.

Me giré para volver la vista hacia el juego, pues por mí la conversación estaba zanjada. Mi padre me había defraudado y no tenía ninguna intención de verle la cara. Las pocas veces que intentaba hablar conmigo terminábamos discutiendo y sentía la rabia fluyendo por mis venas, atascándose en mi garganta. No quería ponerme así de nuevo, no quería saber de él. Lo único que quería era desconectar, que todos me dieran un respiro.

—Hija... es tu padre.

—Que lo hubiera pensado antes de irse con otra —repliqué apretando los nudillos—. Déjalo, mamá. Eso es algo entre él y yo, no quiero que estés en medio.

—Sigue siendo tu padre —murmuró cerrando la puerta con cautela—. No lo olvides.

Suspiré cuando por fin me dejó sola. Necesitaba bloquear los pensamientos que atacaban mi mente, por eso apagué el ordenador y me mordí el labio inferior al ver el mp4 que había encontrado hacía algo más de un mes. Sé que es un acto horrible pero el día que lo recogí se me olvidó ir a secretaría. Había tenido que aguantar burlas durante el resto de la mañana por lo sucedido en el baño y me sentía avergonzada. Lo único que tenía ganas era de regresar a casa y poder desconectar. Por eso no pude hacerlo.

Y si a eso le sumamos que lo encendí en la habitación por curiosidad y conocí un mundo nuevo, pues... no pude entregarlo. A muchos quizás le parezca una tontería, pero nunca había escuchado canciones de rap. Desde la primera canción que sonó y el cantante empezó a rapear me di cuenta de que mi corazón se había acelerado. Varias lágrimas descendieron por mis mejillas al sentirme identificada con las letras.

Eran canciones de superación, de lucha, de entendimiento. Canciones que gritaban respeto, admiración, empatía. Palabras que vibraban y suplicaban amistad, amor, lealtad... todo lo que me faltaba. Recuerdo que ese día comprendí qué era lo que había hecho Matías sin necesidad de escucharlo. Entendí que el mp4 era suyo, y ese fue otro motivo para no darlo. Parecerá estúpido, pero tenía algo suyo, algo que me permitía entenderlo y conocerle mejor sin miedo a ser juzgada, a que se riera de mí, a que fuera humillada por querer saber lo que giraba en su mundo, lo que le interesaba.

El simple hecho de saber que eso era lo que él escuchaba, lo que le hacía emocionarse, lo que ocupaba parte de su mente, me produjo un cosquilleo placentero en el vientre. Para mí era como si, de una forma loca, Matías me cantara, como si estuviera pidiéndome directamente que me esforzara en seguir adelante, en luchar, en aguantar hasta que el curso terminara.

Aunque siempre me preguntaba lo mismo. ¿Después qué? Sin ánimo de parecer una víctima, había sufrido *bullying* en el primer centro, ahora en este también. No pude evitar pensar qué me depararía el Bachiller. Tendría que cambiar de colegio y seguramente también me pasaría lo mismo. No sabía por qué, pero el resto de personas captaban mis rarezas y me apartaban por ello. Nada de eso cambiaría, daba igual las veces que me cambiara de centro.

Suspiré y dejé que las canciones taparan los problemas. Subí tanto el volumen que la voz de los distintos cantantes era lo único que escuchaba. Junto al ordenador, era lo único que aliviaba la vocecilla que me atormentaba día tras día. Y era liberador. Escuchando rap me sentía feliz.

Especial.

Valiente.

CAPÍTULO 6: VERDADES EXPUESTAS

*Tengo la sensación de que no seré feliz nunca, temo que ese miedo me persiga hasta la tumba.
(Solo en mi locura de Shé)*



Otro mes. Otro momento oportuno para que Victoria me dejara claro que no le caía bien, que deseaba que me fuera lo más lejos; que desapareciera. Y yo me preguntaba ¿hasta cuándo? El infierno no hacía más que aumentar.

Ese jueves veinte de diciembre llegué a clase con un atisbo de esperanza, con una dosis de alegría porque era el último día de clase y por fin tendríamos las vacaciones de Navidad. Eso significaba poder jugar más, poder estar en casa sin miedo de que nadie me dijera nada, no me sentiría pequeña.

Por eso mi mente me regaló un minuto de suspiro y alcé la cabeza unos centímetros, lo suficiente para poder contemplar el mobiliario del aula, y no el suelo, que ya lo tenía muy visto. Atisbé a los compañeros que ya estaban en sus asientos, algunos hablaban entre ellos, otros estaban pegados a las ventanas para tener el calor que desprendía el radiador. Algunos miraban directamente por el cristal y otros iban llegando con cara de sueño, como si las sábanas de la cama se hubieran adherido a su piel.

Me permití sentarme en mi sitio de siempre y soltar un suspiro, saboreando esos minutos en los que era tan temprano que todos estaban metidos en sus propios asuntos y no se molestaban en resaltar los míos. Era agotador estar siempre en estado de alerta, con la ansiedad fluyendo por cada vena de mi piel, preparada para la huida. Cada gesto, cada palabra, cada risa... mi cerebro registraba cada acto como una burla, como un motivo para recordarme lo que era para ellos, lo que nunca sería. Me subrayaba que era diferente y eso no les gustaba. Pero en ese momento no, esa mañana solo era una alumna más, por eso me permití sacar la libreta donde escribía mis historias e intentar avanzar la parte en la que me había estancado. Porque ya no solo escribía historias, desde que había descubierto el rap entre mis páginas había espacio para crear poesías.

Hasta que llegó ella.

Esa mañana Victoria entró en clase como si fuera un animal desbocado. Empujó la puerta con tanta furia que rebotó contra la pared, llamando la atención del resto de estudiantes. Su cara estaba roja como un tomate y sus ojos eran un radar analizando cada rincón de clase, hasta que sus iris marrones me encontraron. Entonces su cuerpo se tensó y sus manos se apretaron en un puño.

Me sobresalté al verla venir avanzando a gran velocidad. Todos a su alrededor se fueron

apartando sin decir palabra, clavando sus ojos en la escasa distancia que nos separaba. Mi cuerpo empezó a temblar. Cerré los ojos esperando algún golpe y giré la cabeza en dirección a la ventana en un vano intento por defenderme. Mi corazón estaba latiendo tan deprisa que temía que se me fuera a salir del pecho. No entendía qué había hecho para que fuera así a por mí, pero fuera lo que fuese me estaba haciendo sentirme fatal.

Pero unos gritos me hicieron abrirlos de nuevo. Entonces vi cómo Matías había entrado en clase para sujetarla por la cintura mientras ella se removía, queriendo liberarse. Sus ojos no se despegaban de mi rostro.

—¡Déjame, Matías! —exclamó.

Empecé a palidecer. Sabía que era temprano, pues tenía la costumbre de llegar antes a clase porque odiaba llegar tarde a los sitios, pero necesitaba que algún profesor apareciera y la calmara. Nunca había llegado al punto de pelearme y pensarlo me hacía sudar.

—Pero ¿qué haces, Vicky? ¿Acaso quieres que te expulsen?

Héctor se apresuró en ayudar a su amigo y entre ambos la impidieron llegar más lejos. El resto de compañeros solo hablaban entre ellos y me señalaban sin hacer nada. No pude evitar suspirar, sentía los músculos tan tensos que me dolían. Los sudores fríos me atacaban, amenazándome con hacerme desvanecer.

—¡Es una zorra! Igual que su madre —escupió. Sus ojos destellaban una gran rabia acumulada—. Joder, soltadme. No soy estúpida.

Eso hizo que ambos accedieran y un gran silencio nos rodeó. Era incapaz de mirar hacia otro lado. Empecé a temblar al ver que se acercaba y entonces sucedió. Victoria me quitó la libreta de entre las manos y leyó algunas líneas con rapidez mientras una sonrisa de satisfacción iba creciendo en su rostro.

—Además de zorra, patética —dijo mientras la ansiedad se atascaba en mi garganta.

Quise suplicarle que parase, que no leyera nada de lo que había en la libreta, pero las palabras no me salieron. Era incapaz de verbalizar algo comprensible, solo movía los labios en un temblor nervioso. Mientras, Victoria iba pasando las páginas como si esa libreta fuera suya, como si le hubiera dado el permiso de poder hojear mi intimidad, mis pensamientos, mis secretos más profundos.

—*Si te fijas en mí...* —empezó a leer y un pitido agudo atacó mis oídos, impidiéndome escuchar más porque no era necesario, sabía lo que iba después.

Mis mejillas ardieron en respuesta y bajé la mirada hacia el suelo. Era incapaz de mirar a Matías a la cara porque eso me delataría aún más. ¿Por qué nadie detenía esto? ¿Por qué nadie me ayudaba? Esa pregunta me atacó mientras la voz de Victoria vibraba, satisfecha por el espectáculo que estaba creando, porque sabía cómo hacerme bajar la cabeza, sabía cómo controlarme.

—Ya vale, Victoria. Joder —respondió Matías.

Alcé la mirada un segundo, lo suficiente para verle acercarse hasta ella e intentar quitarle la libreta, pero ella no se detuvo. Le apartó de un manotazo y continuó con la tortura.

—*...accedería a salir de fiesta contigo, a pesar de que no me haría mucha ilusión, pero solo por ver tu cara de felicidad lo compensaría todo. Si te fijas en mí...*

—¡Victoria! Te estás pasando.

—¿Por qué la defiendes? ¿Acaso te gusta? ¿Te importa?

Los murmullos no se hicieron esperar. Todos juzgaban las palabras de Victoria como si fuera un sacrilegio que al chico popular le gustara la chica rara, la chica que estaba siendo humillada delante de toda la clase y parte de las aulas de al lado. Pero las palabras de Matías no

se hicieron esperar, porque nadie quiere que lo junten con el apestado.

—No, joder, pero esto es cruel. Si sigues te van a expulsar y eso no les va a gustar a tus padres. ¿Vas a jugarte el curso por esto? ¿De verdad?

Victoria expulsó el aire que tenía retenido en los pulmones y se giró para mirarme directamente, dándole la espalda a su novio.

—Eres patética soñando con alguien que se fije en ti, porque, mírate, ¿cómo van a hacerlo? Eres tan fea que nadie se atrevería a tocarte ni con un palo, ni siquiera sabes peinarte. Así que hazte un favor y deja de escribir, porque a nadie le gusta —dijo y empezó a romper la página del cuaderno, junto a otras hojas más—. Es una mierda.

Cada trozo roto era un pedazo de mi corazón. Victoria no solo estaba rompiendo páginas de una libreta, estaba rompiendo mis sueños, mis ilusiones, la poca creatividad que me quedaba y me atrevía a plasmar en el papel. Estaba anulándome delante de todos, subrayándome lo que durante tantos años había ido forjando en mi mente:

No era nadie.

No valía para nada.

No era importante.

Las lágrimas empezaron a hacer acto de presencia, deslizándose por mis mejillas. Quería apartar la mirada de los compañeros porque habían hecho un corrillo y no dejaban de mirarnos, señalar, juzgar... quería apartar la mirada de los papeles rotos, esparcidos por el suelo, y de Matías, que se apresuró en quitarle la libreta de entre las manos, y justo en ese momento el profesor entró.

A sus ojos lo que vio fue a Matías con una libreta y sujetando del brazo a Victoria, así que no dudó en echarlo, avisándolo de que hablaría con él más tarde, y le entregó mi libreta a ella, a la persona que me había hecho tan pequeña que amenazaba con hacerme desaparecer. Nadie dijo nada, nadie intercedió por la persona que me había defendido, ni siquiera su propia novia.

Durante la clase no pude concentrarme. Además de los temblores nerviosos que me atacaban, era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera hablar con el profesor para decirle que Matías solo había intentado ayudarme. Entonces los «pero» aparecieron.

«Pero Victoria me hará la vida más complicada porque eso implicaría delatarla».

«Pero tengo que hacerlo porque Matías ha sido culpado injustamente».

«Pero ¿qué me hará Victoria si termina ella castigada o expulsada? ¿Qué más puede hacer?».

Los minutos transcurrían con lentitud mientras mis pensamientos chocaban unos con otros, como si estuviera en un partido de tenis. Los nombres de Victoria y Matías se repetían en una constante, incapaz de hacerme pensar en nada más. ¿Qué era lo mejor? ¿Ser valiente y enfrentarme a las consecuencias que eso traería? ¿O seguir siendo una cobarde y bajar la cabeza, dándole la razón a ella? Hiciera lo que hiciese, Victoria se llamaba así con razón. Ella había ganado.



Por fin llegó la última hora, ese ansiado instante en el que podía rozar la libertad con la punta de los dedos, pero también ese temido momento en el que tendría que enfrentarme a mis notas, y sabía que no iban a ser buenas, al menos no como me hubiera gustado, pues no lograba concentrarme para estudiar.

Repiqueeté el bolígrafo contra la mesa tratando de no hacer ruido, todo para intentar aliviar

la tensión que mi cuerpo tenía mientras el tutor iba entregando el boletín de notas a cada alumno y alumna. Iba por apellido, así que yo estaba cerca del final, lo que prolongaba mi agonía. No quería verlas, no quería defraudar a mi madre y a mí misma, pues no estaba acostumbrada a tener malas notas.

Por desgracia, no pude librarme durante mucho más tiempo. Cuando escuché mi nombre alcé la mirada y me di de bruces con el rostro descontento de Alberto. Me entregó el boletín con gesto de reproche. Podía notar por sus facciones que esperaba mucho más de mí.

Al tener el papel en mis manos él continuó con su trabajo y yo sumí la vista en esas letras y números que reflejaban el mal trimestre que había tenido. Salvo en la asignatura de Lengua y Literatura, que tenía un notable, en el resto eran un montón de cincos y seis raspados. ¿Y sabes lo peor? Que dolía. Me dolió saber que esa no era la realidad, que sabía los temas y me esforzaba, pero era incapaz de concentrarme y rendir bien en los exámenes. Y lo peor era que sabía lo que mi madre iba a pensar, que era culpa de pasar tanto tiempo en el ordenador. ¿Cómo le iba a contar la realidad? No quería preocuparla ni involucrarla, no quería ser una chivata ni que ella hablara con los profesores. No podía.

Así que seguí con la mirada fija en el papel deseando que el tiempo se detuviera, aunque fuera durante solo un instante. Por desgracia, los minutos avanzaban y cada vez estaba más cerca de regresar a casa.

Cuando llegó la hora de marchar me apresuré en recoger todo con rapidez para poder escapar de Victoria. No sabía de lo que sería capaz y más en la salida, cuando ya no estamos bajo la tutela de los profesores, sino de la calle.

Por el camino vi a Matías saliendo de secretaría y a Héctor corriendo detrás de él, pero no me detuve, solo esperaba no haberle metido en algún lío o me sentiría peor de lo que ya lo hacía. Con ese pensamiento salí del colegio intentando mentalizarme de que lo más probable era que acabara castigada durante las vacaciones.

Y, para mi suerte o desgracia, pues no sabía cómo sentirme al respecto, me bastaron cinco minutos para llegar al minúsculo portal de mi edificio y poder respirar. Por fin descansaría de las clases y los compañeros, aunque fuera por menos tiempo del que me gustaría.

Subí las escaleras con lentitud, pensando qué discurso darle para suavizar la situación. Contarle la verdad estaba descartado, pero tampoco quería mentirla. No sabía muy bien cómo explicarme. Pero no pude pensar en nada más, pues mi tiempo se detuvo cuando la puerta de mi casa se abrió y salió la persona que menos me esperaba ver. Entonces todos los cabos sueltos se unieron y comprendí que Victoria actuara así. Apreté los puños al darme de bruces con su padre y ver a mi madre con una sonrisa de enamorada en el rostro.

Joder.

CAPÍTULO 7: ESPERANZA

*Mi cabeza está tan rota que no puede más, y mi corazón tan negro que no puede amar. Una lágrima se escapa y rueda por mi piel. La culpa es tan solo mía, no de los demás.
(Me iré de Shé)*



—¿Mamá? —pregunté mirándolos a ambos sin comprender nada.

—Hija, has llegado temprano —respondió ella sin un ápice de arrepentimiento.

—¿Qué hace él aquí? —la ignoré, señalándolo directamente.

El padre de Victoria tensó el cuerpo e hizo una mueca de desagrado. Estaba claro que recordaba quién era yo debido a la reunión que hubo al inicio de curso donde teníamos que venir con nuestros padres para hablar del cambio de centro y la importancia del Bachiller.

—¿Qué sucede, Clara? No entiendo.

Miré a mi madre. Arrugaba el ceño mientras nos observaba a ambos y se cruzó de brazos.

—Es el padre de una compañera de clase.

—¿Y? Está divorciado, no veo el problema.

—Bueno, será mejor que me marche —intervino él haciendo un ademán para marcharse.

—Está casado, mamá —siseé mirando al padre de Victoria y cerré los dedos en un puño.

Ella abrió la boca, pero la volvió a cerrar al empezar a asimilar la situación. Entonces su labio inferior empezó a temblar y arrugó la nariz. La conocía lo suficiente para saber que estaba a punto de estallar.

—No quiero volver a verte —gruñó y tiró de mí para meterme en casa—. Debería darte vergüenza ocultar que estás casado. Búscate a otra idiota.

El portazo resonó en todo el edificio. Mi corazón latía acelerado al entender la situación. Por eso Victoria había actuado así, seguramente los había visto juntos y se había enterado de alguna forma. Aun así, yo no tenía la culpa, y mi madre tampoco, tendría que soltar su furia contra él.

—Por eso estabas tan contenta últimamente. —Suspiré dejando caer la mochila en el suelo.

—Te prometo que no lo sabía, hija, de haberlo sabido no me hubiera ni acercado. Me aseguré que se había divorciado y no le vi ningún anillo. Yo... en fin. —Negó con la cabeza—. Lo siento, de verdad.

—Está bien, mamá —murmuré. Deseaba estar en mi habitación y sumirme en el juego que tanto me enganchaba—. Creo en ti, no te preocupes.

Esboqué una débil sonrisa al ver que su cuerpo se relajaba y me dedicó una sonrisa amplia.

Asintió con cautela, quedándose con la mirada pensativa, hasta que el silencio se vio interrumpido por la pregunta que menos ganas tenía de escuchar.



—¿Qué tal las notas? Sé que mudarnos y cambiar de vida ha sido raro para todas, pero el año que vienes empezarás Bachiller y tienes que ir pensando en la carrera que quieres hacer.

—Yo...

Me mordí el labio, ni siquiera sabía cómo empezar. ¿Cómo decirle a la persona que más espera de ti que las notas han sido bajas? Bajé la cabeza al sentir que mis mejillas empezaban a encenderse, pues sabía que si la miraba directamente a los ojos no tardaría en echarme a llorar.

—Clara, ¿qué pasa?

Hice el atrevimiento de alzar la cabeza y observar sus ojos. Sabía que no tenía escapatoria, así que no merecía la pena alargar el sufrimiento más.

—Toma —murmuré acercándome hasta la mochila para sacar el trozo de papel que revelaba la realidad. Ni siquiera me atrevía a quedarme frente a ella mientras leía los números junto a las asignaturas correspondientes.

Me fui a la habitación y arrimé la puerta. No fue mucho tiempo el que tuve de libertad, pues a los pocos minutos apareció tras ella y desvaneció mi plan de vacaciones.

—Estás castigada sin ordenador. Ya puedes aprovechar el tiempo para ponerte las pilas.

Suspiré asintiendo con lentitud. Se avecinaban tres semanas muy largas, pero al menos estaba en casa.

Abrí los ojos al escuchar un ruido martilleando mis oídos, entonces volví a cerrarlos. La realidad me golpeó de lleno, recordándome que las vacaciones se habían terminado y había llegado el momento de regresar a clase.

El dolor de cabeza y las náuseas en el estómago fueron inminentes. Cientos de pensamientos me atacaron, alterando mis nervios. No quería regresar a un sitio donde me sentía incómoda, con personas que me trataban como si fuera una diana para poder disparar sus dardos envenenados.

Lo único que me aliviaba, aunque fuera un poco, era saber que volvería a ver a Matías. No entendía por qué me había defendido si solo habíamos cruzado un par de palabras, pero me reconfortaba. Además, durante esas semanas no había hecho más que pensar en él. Mientras dejaba pasar el tiempo escuchando canciones de rap la idea de que podía haber terminado perjudicado por interceder por mí delante de Victoria me torturaba.

Suspiré y me levanté de la cama intentando mentalizarme de que quizá el descanso les había servido para olvidarse de mí. Entre ser un fantasma o el centro de sus burlas prefería la segunda opción, pero el lado sensato de mi mente me recordó que tres semanas no bastaban para que eso sucediera, pues la habían tomado conmigo por ser diferente, rara.

Apenas fui capaz de desayunar, cada trozo de tostada que había intentado comer se atragantó en mi garganta y me supo a papel, así que no me quedó de otra que tirarla a la basura y beber la taza de cacao, que me había quedado fría. Después terminé de prepararme y me dirigí hasta el colegio con la mochila a cuestas.

Allí las horas pasaron bastante rápidas, al menos hasta la hora después del recreo. Todos estaban ocupados contando a sus amigos cómo habían pasado las vacaciones, así que podía relajarme un poco, aunque la tensión de mi cuerpo no se desvaneciera. Cada risa, murmullo o ruido que escuchaba provocaba que mi corazón latiera acelerado y mi estómago se contrajera,

esperando un nuevo golpe emocional.

Pero en el momento en que regresamos del recreo y vi a nuestro tutor acomodado en su mesa sentí un escalofrío en la nuca. Al mirar hacia la pizarra me di cuenta del motivo, las palabras «viaje de estudios» estaban escritas con tiza y subrayadas.

Me senté en mi pupitre pensando en la opción de ir. Mi madre me había insistido tantos años en que me relacionara con los compañeros e hiciera amigos que estaba segura de que trataría de convencerme en que me animara. El problema era yo. El problema era que no quería ir a un sitio donde no me sentía cómoda e iba a estar sola, desprotegida. Nunca había estado lejos de mi casa ni de mi familia, me daba miedo no saber llevarlo bien.

—Bueno, como habéis visto, quiero tratar el tema del viaje de estudios. Sé que muchos queréis ir a Italia, pero ese viaje se hace con los alumnos de Bachiller, así que tendréis que conformaros con viajar por el país. El centro ofrece tres opciones: Por un lado, Galicia, para conocer Lugo y A Coruña; por otro Andalucía, para visitar Sevilla y Granada; y, por último, la opción preferida en años anteriores, ir hasta Valencia y Barcelona, donde haremos una parada en PortAventura.

El debate no se hizo esperar. Algunos alumnos querían visitar Andalucía, pero otros tantos querían continuar con el viaje tradicional, atraídos por la idea de poder ir a un parque de atracciones. Yo me quedé callada escuchando las opiniones dispares de mis compañeros. Sara era una de las que no se dejaba pisar y alzaba la voz para que el resto la oyera.

El profesor se quedó quieto mientras sus ojos se dirigían de un lado a otro, escuchando las opiniones de todos. Aunque más bien parecía una jauría, pues era complicado discernir lo que decían, así que no tardó en hacer un gesto con las manos para que se callaran y se ajustó las gafas moviéndolas con el dedo.

—Me alegra que las opciones hayan generado tanto debate, pero solo tenemos esta hora y también hay que discutir sobre quiénes vais a ir, la elección de habitaciones y el tema de las papeletas. Somos conscientes de que cada persona tiene un nivel económico diferente y un viaje así tiene bastantes gastos, como el transporte, los hoteles, los museos...

Algunas protestas no tardaron en hacerse llegar. Era bien sabido que la mayoría de los alumnos querían aprovechar el viaje para ir de fiesta, no para ver cuadros o estatuas.

—Sí, ya lo sé —continuó el profesor intentando contener una sonrisa, pero las arrugas en el rostro le delataron—, seguro que os parece una idea horrible y vuestro sueño era un viaje lleno de fiesta y desmadres, pero os recuerdo que sois menores de edad y tendremos vuestra tutela. Dicho esto, centrémonos en lo importante. Los de ciencias y diver han decidido la opción de Valencia y Barcelona, pero los de tecnología han optado por el pack andaluz, así que en vuestra mano está que haya que desempatar o que todos vayamos a Barcelona.

—¿Tú a dónde quieres ir, Berto? —preguntó Héctor apoyando las manos sobre la nuca.

—¿Yo? —rio el profesor—. A mí no me miréis porque estaré lejos de vosotros, pequeños gremlims. Demasiada responsabilidad para la paciencia y fuerzas que me quedan.

—¿No vas a ir? —insistió de nuevo el amigo de Matías—. Yo quería ir de fiesta contigo. Seguro que eres el alma de la fiesta.

—Seguro, seguro —negó nuestro tutor con la cabeza—. Tendrás que conformarte con Isabel, Carbone y Susana.

—¿Carbone? No me jodas.

—Esa boca, Héctor. —Suspiró—. Sí, este año les toca a ellos.

—Pues qué mierda —murmuró haciendo una mueca con los labios.

El debate se incrementó debido a las discordancias que había entre los compañeros, así que

el profesor terminó optando por levantar la mano. Siempre era la mejor opción para decidir algo.

—Bien. Que levanten la mano los que quieren ir a Galicia.

Nadie quiso esa opción. Yo había decidido no votar, pues no quería influir en ninguna decisión y que el resto se me echara encima. Esperaba que no hubiera empate entre los sitios que quedaban.

—Bueno, está claro los sitios entre los que estáis. Levantar la mano los que queráis ir a Valencia y Barcelona.

Y, como en muchas ocasiones, las primeras manos que se alzaron fueron las de las personas que más peso tenían en la clase. Héctor, Victoria y Pedro, otro compañero de clase, no mostraron un atisbo de duda. Seguidas a ellos, levantaron las manos las amigas de Victoria y los amigos de ellos. Estaba claro que la mayoría había decidido esa opción por el parque de atracciones.

Entonces mandó levantar la mano a la opción restante y la mayoría fueron levantadas con timidez, salvo la de Sara, pues esa chica nunca se dejaba intimidar, por nada ni por nadie.

—¡No es justo! Yo quería ir a Andalucía —dijo al hacer un recuento rápido de los votos que tenían.

—El pueblo ha hablado, Sara.

Las discusiones entre los compañeros no se hicieron esperar. Mientras, el profesor se giró en dirección a la pizarra para escribir la opción escogida, pero la voz de ella le detuvo.

—¡Espera! Clara no levantó la mano ninguna de las veces y si la levanta en esta opción empatamos.

—Si no va a ir su opinión no es válida —objetó Victoria.

Todos los pares de ojos se clavaron en mí. No sabía cómo lo hacía, pero siempre acaba metida en líos cuando lo menos que quería eran problemas. Me retorcí en el asiento y miré en dirección a las mangas de mi jersey para ocultar mis manos. No quería hacer enfadar a ninguna.

—¿Clara? —preguntó el profesor.

—Yo... No sé.

Me sonrojé. La presión de la clase estaba provocando que mi frente se perlara por el sudor. Inspiré con fuerza para intentar calmar los latidos acelerados de mi corazón, lo que menos necesitaba ahora era desmayarme.

—No tenemos todo el día —gruñó Victoria cruzándose de brazos.

Miré al tutor esperando que me salvara de alguna manera, pero solo la regañó con la mirada y se cruzó de brazos, esperando mi respuesta.

—Yo... —Tragué saliva sin despegar la vista de mi pupitre. Era incapaz de mirar a Sara a los ojos—. Su-Supongo que a... Barcelona.

Dejé de respirar durante unos segundos, hasta que el profesor asintió sin decir palabra y escribió el lugar escogido. Pude escuchar las quejas de Sara por haber perdido, pero intenté ignorarlas. Por suerte, nuestro tutor continuó con la conversación explicándonos el funcionamiento de las papeletas para pasar al último apartado, las habitaciones.

—Van a ser de dos la gran mayoría y algunas de tres personas, así que me gustaría que fuerais pensando quiénes vais a ir y con quién queréis dormir para poder organizar el número de habitaciones y el presupuesto. Os dejaré la media hora que queda para que podáis hablarlo.

Todos asintieron y comenzaron a hablar y a mirarse entre ellos para asegurar la pareja de habitación. Era en momentos como ese cuando más sola me sentía, pues la incomodidad me envolvía al no saber hacia dónde ni quién mirar. ¿Me merecía la pena? Lo mejor sería decirle al profesor que no iba a ir, aunque parecía que iba a ser la única de clase, pues todos conversaban entusiasmados.

Observé cómo Alberto escribía desde su asiento, despreocupado, sin detenerse a escuchar qué comentaban sus alumnos. Miré el camino y calculé cuánto tardaría en llegar hasta él. Me avergonzaba levantarme y que el resto me observara. No quería ser juzgada.

Dejé que los minutos pasaran mientras controlaba la hora. Tampoco quería decirlo delante de todos, así que tenía que hacer algo pronto. Miré a ambos lados esperando que todos siguieran sumidos en sus cosas y me levanté del asiento para dirigirme hasta la mesa del profesor.

Él se dio cuenta de mi presencia, pues no tardó en levantar la cabeza y mirarme con el ceño fruncido. No era muy dada a hablar con los profesores en privado.

—¿Ha pasado algo?

—No. Yo... no puedo ir —respondí bajando la cabeza y tiré de la manga del jersey de forma inconsciente.

—Clara. —La levanté de nuevo para mirarle de reajo, presa por la vergüenza. Era incapaz de mirar en dirección a la clase—, sabes que si hay algún problema me lo puedes contar, ¿verdad?

Asentí sin decir palabra, pues todas estaban atascadas en mi garganta. Era frustrante querer decir tantas cosas y que todo quedara en nada, pero el miedo a empeorar todo era superior. Ya había tenido suficientes problemas con Victoria.

—Obviamente, no me quiero meter en terrenos personales, pero me gustaría que te lo pensaras. Estoy seguro de que te lo pasarías bien. Piénsatelo y mañana me respondes.

Mis mejillas se encendieron de nuevo y volví a asentir, mordiéndome el labio inferior. Si había algo peor a no decir nada, era la presión de que me insistieran, no sabía decir que no. Así que volví a mi asiento y me hundí en él, rendida.

Los minutos continuaron avanzando más lento de lo que me gustaría mientras me debatía qué hacer. Miré a Héctor de reajo, estaba hablando con un amigo suyo y no paraba de reír, haciendo que sus ojos se achinaran. Eso me llevó a pensar en Matías. Quizás él también iría y tendría una oportunidad de verle más tiempo, aunque eso implicase verlo junto a Victoria. Desde donde estaba podía escucharla hablar con una amiga sobre las habitaciones y hacer visitas nocturnas. Fingí estar escribiendo algo en la libreta mientras mi oído retenía la información. Al parecer Victoria quería perder la virginidad en el viaje de estudios, colándose en la habitación de Matías.

«Entonces va a ir», pensé mientras hacía un garabato con un bolígrafo negro. «¿Debería animarme?». Esa pregunta se repitió en mi mente hasta que el timbre avisó del fin de clase y tuvimos que prepararnos para dar la siguiente. Al menos tenía un día para pensarlo.



Respiré aliviada al llegar a casa y posé la mochila en el suelo. Le había prometido a mi madre que pasaría menos tiempo en el ordenador y lo primero que haría al volver de clase sería la tarea, pero necesitaba distraerme, así que lo encendí y me puse los auriculares para escuchar el *playlist* de Matías.

Como durante las vacaciones de Navidad había estado castigada había pasado el tiempo leyendo y escuchando las canciones, ya me sabía el repertorio de memoria. Incluso me había tomado el atrevimiento de añadir otras que había encontrado curioseando por YouTube.

Al ver la pantalla del juego sonreí, ya echaba de menos poder desconectar. Pasé un rato yendo con el personaje de un lado a otro, pero me detuve al ver que me había llegado un mensaje privado.

Arrugué el ceño al ver que se trataba de un nombre masculino, pero respiré al ver que solo necesitaba ayuda en una misión. Accedí y decidí acompañarle con su grupo, así que acepté su invitación.

Mientras nos dirigíamos a la cueva que nos había indicado un personaje creado por el juego fui leyendo la conversación que estaban teniendo los miembros del grupo. Al parecer la mayoría era de España y el chico que me había hablado era de Asturias, como yo, pero de otra ciudad.

Tentada porque no me veía y no me conocía de nada, decidí saber más de él. Me sentía tan sola fuera del juego que poder conversar con gente sin miedo a sentirme expuesta me quitaba un gran peso. Me hacía sentir bien.

Astury: Yo también soy de Asturias, de la capital.

Esperé su respuesta repiqueteando los dedos contra el escritorio. Un minuto más tarde vi el icono de un sobre parpadeando y sonreí. Mi corazón latió acelerado.

Alcard: Qué guay. No suelo conocer muchas personas de por aquí, la mayoría son de Madrid.
☺

Me sonrojé al ver la solicitud de amistad. No entendía el motivo, pero me estaba poniendo nerviosa. Aun así, acepté. Quería saber más de él.

Astury: ¿Cómo te llamas? ¿Y qué edad tienes? Tengo curiosidad jaja

Miré hacia la ventana, sintiéndome estúpida. No quería agobiarlo con preguntas, pero me sentía impaciente. Esperé mientras nos adentrábamos en la cueva y controlé la conversación del grupo. Por desgracia, en pocos segundos iniciaríamos la misión.

Alcard: Me llamo Jorge y tengo 17. ¿Tú? :P

Sonreí, aliviada, y le contesté. Mis horas de juego pasaron volando ese día y un revoloteo extraño nació en mi vientre, generándome una sensación placentera. Por fin estaba conociendo a alguien.

CAPÍTULO 8: PATÉTICA

*Yo estaba bien, o eso pensaba, pero he vuelto a caer de nuevo al agujero en el que estaba.
(Habla el corazón de Shé)*



El viernes veinticinco de enero fue agri dulce para mí. Ese día nuestro tutor iba a contarnos cuál sería la distribución final de las habitaciones y estaba nerviosa por saber con quién me iba a tocar. Hasta donde sabía, mis compañeras estaban emparejadas con alguien, así que me encontraba en tensión. Por otro lado, había escuchado que por la tarde Matías iba a dar un pequeño concierto en el parque San Francisco para atraer la atención de la gente y vender las papeletas con mayor facilidad y quería que todos fueran para dar apoyo.

Moví las piernas con rapidez debajo de mi asiento mientras debatía si ir o no. Quería escucharle. No. Me moría de ganas por escucharle cantar, pero sabía que Victoria iba a estar y no quería más problemas con ella. Aunque, pensándolo bien, si iban a ir más alumnos quizás podía pasar desapercibida y escucharlo desde la lejanía.

Garabateé en la libreta mientras esperaba a nuestro tutor; seguía sin inspiración ni creatividad para escribir algo decente, todo me parecía una mierda. Él no tardó en aparecer, así que cerré la libreta con disimulo y la guardé en el pequeño hueco que teníamos en el pupitre. Mi corazón empezó a acelerarse cuando se sentó y se aclaró la voz para atraer nuestra atención y que todos se callaran.

—Bueno. Hemos conseguido organizaros a todos en parejas y tríos para que nadie quede solo. Las habitaciones quedan así...

Con cada nombre que decía mi corazón se detenía durante un instante para luego volver a acelerar. Una a una se iban descartando las personas con las que menos me disgustaría estar, y los nombres restantes empezaron a inquietarme. Miré a Victoria de reojo, tenía varias amigas en clase, así que dudaba mucho que me tocara con ella, pero aun así... un escalofrío recorrió mi nuca al llegar a mi nombre.

—Clara compartirá la habitación con Victoria.

En ese momento un pitido desagradable llegó a mis oídos. No podía creerme lo que acababa de escuchar y, por la cara que estaba poniendo, ella tampoco. Me temí lo peor. Estaba segura de que no lo iba a dejar así. ¿Estaría a tiempo de echarme atrás? Suspiré. No. Ya era demasiado tarde.

Me removí en el asiento y volví la vista hacia la ventana. Me negaba a observar una bomba a punto de estallar. El tono rojizo que habían adquirido sus mejillas al escuchar nuestros nombres

juntos me lo había confirmado.

—¿No hay otra opción? ¿Cualquier otra?

Miré a nuestro tutor esperando una llamada celestial o algo que me salvara de esa situación. No era la única que iba a estar incómoda.

—No, Victoria. El resto de personas están emparejadas y erais las únicas que quedabais libres —respondió el profesor con hastío.

—¿Y dormir cada una en una habitación? ¿O meterme en alguna de dos? ¡Tiene que haber una solución!

—¿Hay algún problema con Clara?

Tragué saliva al escuchar el bufido que salió por sus labios. Nuestros compañeros empezaron a murmurar, pero nadie dijo nada de forma abierta. Me sorprendía la capacidad que tenían los profesores para no enterarse de nada. O, si lo hacían, estaba claro que se hacían los ciegos y sordos. Aunque en el fondo era lo mejor, pues ¿qué iban a hacer por molestarme? ¿Expulsarla unos días? No serviría de nada.

—No, ninguno, solo que no nos llevamos, no tenemos nada que ver la una con la otra.

—Pues será una oportunidad genial para conoceros.

El timbre del colegio sonó, avisando del fin de la clase. El tutor no dudó en marcharse con una sonrisa en el rostro mientras Victoria se quedaba inmóvil en el asiento. La miré durante unos segundos, pero no tardé en escapar hasta el pasillo para dirigirme a la siguiente clase. Mejor no tentar a la suerte.

—Eh, gente.

Me detuve al escuchar esa voz; aunque estuviera de espaldas sabía de quién se trataba. Al girarme me di cuenta de que tenía a todos a su alrededor, no le intimidaba tener a tantos pares de ojos mirándolo directamente.

—Aprovecho ahora antes de que me regañen. Hoy haré un concierto pequeño a las seis en el San Fran para conseguir unos pavos. Espero veros allí haciendo ruido —dijo con una sonrisa y mis piernas temblaron al ver sus iris clavados en los míos.

Me mordí el labio. Saber que era oficial el concierto me generó unas ganas locas de ir a verlo, pero sabía lo que eso significaba. Me encontraría con una Victoria deseosa de vengarse y yo sería su víctima principal. Pero, aun así...

¿Sería capaz de armarme de valor?



Las cinco y media. Faltaba media hora para que su actuación empezara y seguía dándole vueltas sobre qué hacer. Sentía una gran impotencia, pues sabía que iba a disfrutar escuchándole y esa conexión que había nacido al escuchar su *playlist* aumentaría. Suspiré. Si me escondía por el parque no tendría por qué pasarme nada.

Me acerqué hasta el espejo del baño y me cepillé los dientes mientras el reflejo me torturaba. No me gustaba mirarme, así que me paseé por el minúsculo espacio. Mi corazón latía acelerado pensando que iba a estar cerca de él. En el colegio solo le veía en el recreo y trataba de ir a lo mío, pues Victoria vivía pegada a él. El único momento en que Matías estaba solo era cuando jugaba al fútbol con Héctor y los demás.

Al acabar repasé mentalmente que estuviera preparada y cerré la puerta con cuidado. Me daba tiempo a verlo y poder hablar un poco con Jorge después. Tenía que admitir que me había aficionado a jugar con él, aunque fuera de forma ficticia. Ya sabía que no tenía hermanos, sus

padres estaban separados y no tenía novia. También le había aceptado en Tuenti y me había dicho que le parecía guapa, lo que me hizo sonreír durante todo un fin de semana. A alguien le parecía guapa. Era... una sensación que nunca había experimentado.

El camino no fue largo, vivía a unos veinte minutos caminando, pero el momento en el que crucé el paso de cebrá de Uría que me llevaba hasta el parque mi corazón se contrajo. Ya no había vuelta atrás.

Subí el camino esquivando a las parejas que paseaban de la mano, chicos con perros y matrimonios con hijos, hasta llegar a la parte alta del parque, donde estaban los columpios para los niños mayores y la pequeña biblioteca. Miré a mi alrededor sin creérmelo. Además de muchos compañeros de clase, también había algunas personas curiosas sentadas en bancos cercanos murmurando entre ellos y señalando la zona donde se amontonaban los estudiantes y varios chicos con sudaderas y gorras tapándoles los rostros.

Por si acaso, decidí mantenerme a una distancia prudencial. Mi corazón se detuvo cuando vi a tres figuras acercándose. En el medio se encontraba Matías con una sudadera amarilla y blanca, junto a unos pantalones de deporte. Por la expresión de su rostro parecía relajado, pero al fijarme en sus puños apretados y su nuez descendiendo por la garganta me di cuenta de que era pura fachada. Sus ojos hicieron un barrido por todas las personas que estábamos esperando y eso le hizo detenerse un segundo y parpadear más de la cuenta. Entonces miró hacia Héctor y este le susurró algo antes de darle una palmada en la espalda.

Sonreí al ver que continuó caminando hasta llegar al centro e inspiró con fuerza antes de avanzar un par de pasos y prepararse para hablar.

—No me esperaba tanta gente, pero muchas gracias. Espero dar la talla y que os mole lo que voy a cantar, porque llevo semanas preparándolo y estoy de los nervios —rio, negando con la cabeza—. Si os gusta solo os pido que compréis alguna papeleta^[2] que vende mi amigo para el viaje de fin de curso. En fin. Allá vamos, gente.

Las personas comenzaron a murmurar, llenando el silencio. Me dieron ganas de aplaudirle y darle ánimos, pero mi timidez era superior, así que me detuve y esperé rezando para mis adentros para que todo saliera bien. Matías se merecía que todos se dieran cuenta de lo especial que era.

Intenté contener una sonrisa nerviosa al escuchar el comienzo de una canción que conocía bien, era de mis favoritas. Un calor extraño recorrió mi piel hasta teñir de rojo mis mejillas y me sujeté al tronco de un árbol cercano al ver que las piernas comenzaban a fallarme. ¿Cómo era posible que su presencia tuviera ese efecto sobre mí?

Todo iba bien. El grupo de chicos con gorras y sudaderas movían la cabeza al son del ritmo y la mayoría de personas se habían quedado a escuchar, incluso alguna se acercó a comprarle papeletas a Héctor. También había que admitir que otros se habían marchado con cara de asco, incluso algún señor se había quejado con que eso no era música. Pero estaba contenta, a la mayoría les gustaba.

El problema llegó cuando se trabó. A la mitad de una canción se detuvo y miró a todos antes de relamerse el labio y despeinar su pelo. Las personas empezaron a hablar entre ellos y pude escuchar algunos abucheos y risas por parte de los raperos.

Héctor le miró con preocupación, pero Matías cerró los ojos e inspiró antes de disculparse y continuar. Eso no quitó que varias personas se fueran, porque así es la vida, por un descuido ya te tachan y pierdes la oportunidad. Siempre se quedan con tus fallos antes que con tus aciertos y no dudarán en recordártelos cada vez que tengan ocasión. Nadie te dice lo que haces bien, pero todos te señalan lo que has hecho mal, y eso es complicado de gestionar.

Aun así, Matías continuó. Si le habían molestado esos minutos de angustia tratando de

recordar la letra mientras el resto se reía o se burlaba no lo había exteriorizado. Se había recompuesto y movía las manos intentando expresar la fuerza de la canción. Palidecí cuando sus ojos oscuros se encontraron con los míos, aunque no estaba segura de si me había visto realmente o su mirada se había perdido entre la gente para concentrarse mejor.

Miré de nuevo hacia las personas del parque, asegurándome de que no hubiera nadie que me delatara, en especial Victoria. Matías me hacía sentirme expuesta con solo una mirada, como si realmente pudiera ver a través de mí, como si de verdad me conociera.

Moví la cabeza con timidez mientras susurraba la letra de la canción. La ventaja de haber encontrado su mp4 era que conocía el repertorio y estaba disfrutando de poder escuchar el rap naciendo de sus labios, tanto que los minutos pasaban volando y sin darme cuenta las canciones se fueron enlazando como si fuera una tela de araña, dejándome atrapada.

Cuando quise darme cuenta había perdido la noción del tiempo y mis sentidos estaban entregados a la voz peculiar de mi *crush*, de ese chico que con su carisma y su pasión había conseguido vender la mayoría de papeletas. No necesitaba más, con su mera presencia era capaz de brillar.

Estaba tan hipnotizada que al sentir una mano firme posarse sobre mi hombro y apretarlo pegué un pequeño bote. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal al encontrarme con el rostro de Victoria, sus ojos echaban chispas y los pliegues formados en su frente me advirtieron que poco tardaría en estallar.

—¿No te cansas de acosarlo? Eres patética —gruñó.

—Yo... Yo no... —balbuceé retrocediendo unos pasos.

Miré a ambos lados esperando que alguien se acercara a ayudarme, pero la mayoría de los que quedaban me daban la espalda, pendientes de Matías. Y otros simplemente pasaban. Me sentí acorralada y la respiración se entrecortó, estrechando mi garganta.

—¿Por qué no nos haces un favor a todos y te quedas en tu casa? —insistió haciéndome daño al hundir sus uñas en mi piel. Su rostro había adquirido un tono rojizo—. No pienso ser tu compañera de habitación. Además, no tienes amigos, estás sola. ¿Para qué mierda vas a ir? No dudaré en humillarte si lo haces.

—Me... me haces daño —murmuré. Sentía pinchazos en mi pecho al ver que era incapaz de liberarme.

—Y más que te haré si no me haces caso. Y aléjate de Matías de una jodida vez.

La miré sin entender nada. Por más que movía la boca para intentar defenderme las palabras se me escapaban. Y, por si eso no fuera poco, mi estómago se contrajo, generándome ganas de vomitar. Aun así, no me dio tiempo a reaccionar, Victoria aprovechó mi aturdimiento para darme un empujón que me dejó tirada en el césped. Entonces aprovechó y me quitó las gafas para aplastarlas con el zapato.

El sonido de los cristales rompiéndose provocó que los ojos me picaran y mordí mi mejilla interna para no llorar. Aunque me sintiera humillada no quería poner la situación peor, solo desaparecer.

—A ver si así dejas de mirarlo —escupió antes de darme la espalda para alejarse.

Por suerte no pudo irse muy lejos, pues Matías se acercó y la detuvo.

—¿Qué cojones has hecho, Victoria?

Sus ojos se turnaron entre ella y yo, atónito. Yo seguí tirada en el césped, incapaz de mover un solo músculo debido a la tensión que estos tenían. Sentía que mi cuerpo pesaba como si estuviera hecho de piedra.

—¿Yo? Nada. Se tropezó y se cayó. ¿Verdad, Clara?

Asentí con la cabeza mientras tragaba saliva. Bajé la mirada hacia sus zapatos, incapaz de mirarlo a la cara. ¿Por qué no me tragaba la tierra ya?

—¿Te crees que soy idiota? Te has pasado. ¡No te ha hecho nada! —exclamó elevando el tono—. Pídele perdón.

—¡Me haces daño, Mati!

Las lágrimas cada vez estaban más cerca. Mi corazón no podría seguir soportando esa escena, así que intenté levantarme, pero me resultó imposible. Parecía que mi cuerpo se había anclado al césped.

—Además, ya me iba. El rap es una mierda, a ver si te centras en estudiar y dejas esas tonterías, porque eso es de pordioseros y yo no salgo con macarras. Avergonzarás a mi familia —contestó sin un ápice de remordimiento—. Y no me vuelvas a decir lo que tengo que hacer. Eres mi novio y tienes que apoyarme.

El crujido que hizo Matías al tensar la mandíbula no me pasó desapercibido. Al alzar un poco la mirada me fijé que había apretado los puños y miraba a Victoria con cara de pocos amigos, pero esta no tardó en darse la vuelta y empezó a caminar en dirección a una gran fuente que había al fondo del parque.

—Yo... Perdónala —dijo él extendiendo el brazo para darme la mano y levantarme. El vello de mi piel se erizó al sentir el tacto de su piel. Un chispazo me hizo apartarla de golpe, era una sensación demasiado intensa. Había tocado su mano—. Lo que ha hecho es horrible.

Asentí con la cabeza al quedar frente a él. Sus ojos oscuros me miraban con preocupación y parecía vacilar sobre qué hacer. De haber sido otro momento, otra situación, hubiera disfrutado que me estuviera hablando y mirando, que fuera buena persona, pero solo quería desaparecer.

—Gracias —murmuré.

Ni siquiera esperé a escuchar su respuesta. Aunque me preguntaba por qué estaba con ella si le hablaba así, me agaché para sostener mis gafas rotas y comencé a alejarme mientras de fondo escuchaba la voz de Victoria llamándolo. Ni siquiera entendía por qué lo trataba así si era su novio, yo me sentía orgullosa por lo que había hecho hoy.

Entonces me giré y lo que vi me rompió el corazón. Matías me miró por última vez antes de suspirar e ir tras ella, dejando a Héctor y los amigos que quedaban junto a él tirados.



—¿Estás bien? —preguntó mi madre al verme entrar. Solo bastó un minuto para que arrugara el ceño y se cruzara de brazos—. ¿Y tus gafas?

—Eh... tropecé y se me cayeron al suelo. Se rompió el cristal —respondí sin atreverme a mirarla.

La escuché resoplar, pero no dijo nada, así que aproveché para refugiarme en la habitación y encender el ordenador. Necesitaba hablar con Jorge con urgencia. Solo él me comprendería y me haría sentir bien. Había pasado todo el camino llorando, tragando la poca dignidad que me quedaba mientras trataba de contenerme para no armar un escándalo mayor. Algunas personas de la calle me miraron, pero apresuré la marcha. Quería llegar a casa cuanto antes.

Cuando logré entrar al Tuenti traté de ignorar los mensajes privados de algunas compañeras de clase, amigas de Victoria. Su mayor afición era dejarme comentarios hirientes que me hacían mucho daño. Pero ver uno de Jorge preguntándome si estaba disponible me hizo esbozar una sonrisa. No dudé en abrir el chat para hablarle.

Hola ☺ ¿Qué tal todo?

Su respuesta no tardó en llegar y por un instante todos mis males desaparecieron. Cuatro palabras fueron suficientes para que mi alrededor se desvaneciera y solo estuviera él.

Te echaba de menos.

Esa frase fue la llave para soltarle todos mis problemas. Ya le había contado el tema por encima, pero no de forma tan directa por miedo a espantarlo o que él también me tachara de rara. Jorge era el único que se había fijado en mí más allá de la apariencia.

Le conté lo vivido ese día, mi ansiedad por ir al colegio cada día, mis problemas familiares, mi fracaso académico, mis miedos e inseguridades... Me desahugué como nunca antes había hecho porque no había tenido oportunidad.

Él me escuchó y me llenó de palabras bonitas y tranquilizadoras. Con cada cosa que me decía sentía que mi corazón se hinchaba de orgullo y satisfacción. Por fin me sentía especial. El problema principal llegó cuando, tras eso, vino una pregunta importante que me aterraba, pues no sabía si estaba preparada.

¿Por qué no quedamos mañana? Ya llevamos unas semanas hablando y quiero conocerte. Esto de hablar todo el rato por el Tuenti no me gusta.

¿Te animas? ;)

Dejé que el cursor tintineara, cavilando una respuesta. Sabía que era un chico de mi edad por las fotos que había visto, incluso me había molestado en cotillear los comentarios de sus amigos. Parecía un chico normal y encima le gustaba. ¿Debería hacerlo?

Suspiré y escribí la respuesta. Ya no podía echarme atrás. Las mariposas de mi estómago se hicieron tan grandes y fuertes que me causaron dolor, haciendo que tensara la mandíbula. Solo esperaba no espantarlo cuando me viera en persona.

CAPÍTULO 9: LA CITA

*Amar es algo más que un «te quiero», y se muestra cada día, no un 14 de febrero.
(El drama de amar de Shinoflow con Teko)*



Me miré al espejo y contuve la respiración durante unos segundos. Odiaba ver mi reflejo, ese que me subrayaba las imperfecciones: Acné, mis nuevas gafas agrandando mis ojos, mi cara redonda como si fuera un balón, mi pelo castaño e indomable, mi aparato en los dientes... Nada de lo que veía me parecía bien. No veía ningún detalle a destacar ni que me pareciera bello. Todo en mí gritaba rara, fea, insignificante.

Aun así, me tomé la molestia de rizarlo con una plancha de mi madre que hacía ondas. Estuve un rato luchando para que los mechones no se convirtieran en los tentáculos de un pulpo y después me eché sombra de ojos, también de mi madre, por primera vez.

Al mirarme de nuevo me asaltaron más dudas. ¿Debería maquillarme más? ¿Pintarme las uñas? Quizás le gustaría más así. Tomé un pintalabios y apreté, deslizándolo por mi labio inferior. Hice una mueca al ver el resultado. Parecía un payaso. Molesta, lo quité todo y suspiré. Por mucho que me pintara no podría camuflar la realidad. No podría borrar quien era.

Salí del baño y comprobé la hora. Iba a venir él a Oviedo, así no tendría que tomar el transporte público y perderme por una ciudad que no conocía. La orientación no era lo mío. Además, había tenido que mentir a mi madre diciéndole que había quedado con una amiga para ir al centro comercial. Si le contara la verdad seguramente me dejaría encerrada en mi habitación. Incluso yo pasé la mañana debatiéndome si había hecho una locura.

Traté de disipar los pensamientos centrándome en lo importante. Íbamos a vernos, podía gustarle de verdad y convertirse en mi novio. Mi primer novio. No podía evitar sentirme presionada por el resto al escuchar tantas conversaciones donde muchas se habían liado con otros. Me sentía una niña a su lado.

Me despedí de mi madre y de mi hermana y me apresuré en acercarme a la parada que estaba frente a mi casa para tomar el autobús que me llevaría al centro comercial más importante de Asturias, Parque Principado. Habíamos quedado en la bolera para romper el hielo y poder hacer algo más aparte de hablar.

Cuando me senté en un asiento del fondo y me puse los auriculares para evadirme del mundo me di cuenta de la realidad. Estaba terriblemente asustada. Mis piernas eran incapaces de estar quietas y ya me había mordido unas cuantas veces las uñas. Sin olvidarme de las mangas de mi jersey, las había estirado de tanto jugar con ellas.

Pero el momento llegó y a medida que las escaleras mecánicas me llevaban hasta la zona donde estaba la bolera mi corazón fue latiendo cada vez más deprisa. Mis ojos iban y venían de un lado a otro, buscándolo entre la gente. La ansiedad me recordó que aún estaba a tiempo de escapar, pero apreté los puños y avancé. No podía dejarme vencer por el miedo.

Cuando lo encontré un escalofrío recorrió mi nuca. Era alto, muy alto. Eso fue lo primero que pensé. Lo siguiente que me llamó la atención fue su cabello oscuro despeinado y lo bonitos que eran sus ojos azules.

Mis pies se quedaron anclados en el suelo, por lo que él tuvo que tomar la iniciativa y me saludó con un beso en cada mejilla. No me atreví a mirarle más, por lo que mi mirada se quedó congelada en sus zapatillas de deporte. ¿Qué estaría pensando sobre mí?

—¿Vamos a jugar una partida y cenamos algo en el búguer? Invito yo.

—¿E-Estás seguro? Yo... tengo dinero —me sonrojé.

—Da igual, quiero hacerlo. Ya me recompensarás después.

Ladeé la cabeza de forma inconsciente al escucharle. No sabía a qué se refería con eso, pero me crucé de hombros y asentí con las mejillas sonrojadas. Nos dirigimos hasta la bolera, al fondo de una sala repleta de juegos. Allí decidí sentarme en un taburete mientras Jorge se encargaba de alquilar los zapatos y una calle para jugar.

Contemplé mi alrededor mientras jugueteaba con las mangas. Se notaba que era sábado porque el sitio estaba lleno de grupos de amigos pasando el rato y familias con hijos correteando al otro lado, yendo a distintas direcciones. Al mirar a las parejas que había cerca me puse más nerviosa. ¿Estaba preparada para tener una relación? ¿Sabría hacerlo bien? ¿Qué sentiría él?

A cada poco le miraba de reojo y, cuando me pillaba, bajaba la vista al suelo, sin saber qué decir. Esa situación era extraña para mí, no sabía cómo gestionarla y las emociones vibraban a flor de piel. ¿Me besaría? ¿Se habría arrepentido de haber quedado? ¿Le parecía rara? Suspiré e intenté centrarme en otra cosa. Al mirar a una pantalla que había colgada en una de las paredes vi que estaba sonando una canción extraña, con una coreografía peculiar. Era un chino con gafas de sol que se movía dando saltitos. No entendía las modas musicales, pero al fondo pude ver a un grupo de chicos imitándolo.

—¿Estás bien? —preguntó de repente Jorge posando su mano en mi hombro.

Pegué un bote en el asiento al escuchar su voz tan cerca de mi oreja y asentí. Al mirarle vi que ya tenía los zapatos preparados.

—Tenemos que ir al número cinco. La chica ya ha preparado la pantalla con nuestros nombres.

—Vale —respondí colocando un mechón de pelo sobre la oreja.

Nos dirigimos hasta la calle en silencio, pues me centré en observar a los distintos jugadores lanzar la bola y a sus compañeros aplaudir. Era un espacio cubierto por unos grandes sofás granates y un zapatero alargado al fondo para dejar nuestros zapatos y que no molestaran en medio. Al observar la máquina con las bolas me di cuenta de que iba a ser un desastre. Sería mi primera vez.

—Vamos a hacer más interesante la partida, ¿quieres?

—¿Más interesante? —pregunté sentándome en el sofá para cambiar el calzado.

—Sí —dijo mostrando una sonrisa maliciosa—. Si gano tendrás que besarme.

—¿Be... Besarte?

Mis piernas comenzaron a temblar al verle asentir. La sonrisa que tenía plasmada en el rostro no se había desvanecido, todo lo contrario, y por el brillo de sus ojos se veía que estaba disfrutando por mi reacción. Se cruzó de brazos mirándome fijamente.

—Pero... tú sabes jugar —murmuré.

La vergüenza se apoderó de mi cuerpo. Solo el hecho de pensar en posar mis labios sobre los suyos me hizo temblar. Aunque quería saber lo que se sentía, saber cuál era la sensación de estar besando a alguien, el miedo era mayor. Definitivamente, no estaba preparada para hacer algo así.

—No te creas —respondió encogiéndose de hombros—. Solo jugué una vez y fue un desastre, quedé último. Mis amigos me estuvieron llamando paquete durante todo un mes. Así que... ¿te animas?

En ese momento fui demasiado tímida como para decir que no o echarme atrás. Ni siquiera me dio la cabeza para pensar en que no habíamos quedado en nada si ganaba yo. Jorge estaba seguro, sabía que tenía mayor posibilidad.

Él era el primero en jugar, así que me hice a un lado y observé cómo elegía una bola de color rosa. Al fijarme me di cuenta de que cada una tenía un peso distinto, por eso también eran de diferentes tamaños. Los músculos de su brazo se tensaron al acercarse hasta la pista y se arqueó ligeramente para ajustar el tiro. Contuve la respiración cuando vi la bola rodar hasta derribar la mayor parte de los bolos.

Jorge se giró, complacido, y me guiñó un ojo, aún le quedaba otro turno. Esperó a que la bola volviera a su lugar y se preparó para lanzar. Segundos más tarde los había derribado todos.

—Menudo golpe de suerte, ¿eh?

Asentí con el corazón atascado en la garganta. Me aproximé hasta la máquina y vacilé qué bola escoger. Me decidí por una de color azul, pero al sostenerla me di cuenta de que pesaba demasiado. Me mordí el labio esperando acertar y me decidí por una de color verde. A simple vista era la más pequeña, aunque también pesaba, no me quedaba otra opción.

Me acerqué hasta la pista esperando acertar el tiro. Traté de colocar bien los pies en el suelo y retrocedí un poco con el brazo para ganar velocidad. Lo que no me esperaba era que la bola se me escapara de la mano por el peso y avanzó por la calle a velocidad de tortuga, terminando por meterse en el camino lateral que la condujo hasta el vacío.

Suspiré e intenté concentrarme para la última oportunidad que tenía de acercarme a su número en el marcador, pero no fue fácil. El segundo tiro fue mejor en velocidad, pero la bola decidió volver al mismo lugar. Era una experta en no poder derribar ningún bolo.

—Parece que tienes tantas ganas como yo de besarme. —Sonrió antes de volver hasta la pista canturreando la canción que estaba sonando por los altavoces.

Veinte minutos más tarde la partida había llegado a su fin y su puntuación en el marcador indicó el desastre que había sido para mí. Estaba claro que Jorge había ganado y parecía dispuesto a obtener su premio. Pero yo no estaba cómoda, solo quería ir a cenar al búrger.

—¿Y bien? —preguntó sentándose a mi lado y mis terminaciones nerviosas se dispararon. El vello de mi piel se erizó cuando apoyó la mano en mi pantalón— ¿Puedo canjear mi premio ya?

—Yo... —murmuré pensando cómo explicarle que no podía. Era un gesto atrevido que mi timidez me impedía llevar a cabo.

—Chicos, tenéis que salir ya. Acaba de llegar un grupo y sois los únicos que habéis acabado. Lo siento mucho —dijo una chica con el uniforme de la bolera.

Miré a Jorge esperando su respuesta y este asintió antes de suspirar, indicándome con un gesto para que le acompañara. Nos apresuramos en calzarnos de nuevo y salimos del pequeño recinto hasta terminar en la entrada de la sala de juegos.

—¿Te apetece jugar un poco a las canastas? O a ese que hay que rodar la bola por una

rampa y meterla en el agujero. Podemos hacer otra apuesta. —Sonrió.

—¿Otra? —pregunté retrocediendo unos pasos de forma inconsciente.

—¿Por? ¿No te gustan? —Frunció el ceño.

—Yo... Es que...

—Bueno, pues sin apuestas —dijo encogiéndose de hombros—. Aun me debes el premio de la anterior.

Tragué saliva, pero él se dio la vuelta y me hizo un gesto para que le acompañara. No entendía esa insistencia por un beso, pero me dejaba incómoda. No estaba acostumbrada a tomar la iniciativa y, aunque para muchos seguramente no era nada, me hacía sentir presionada.

«No es para tanto», pensé intentando tranquilizarme mientras comenzaba a andar tras él. «Así lo único que voy a conseguir es que se dé cuenta de que soy rara y se canse de mí. No tendré más oportunidades de que alguien quiera que lo bese».

Resoplé. Sentir que nadie te va a querer es como tener un agujero negro que te va consumiendo poco a poco hasta hacerte desaparecer, anulándote como persona, pues te fuerza a hacer cosas que en el fondo eres consciente de que no quieres o no estás preparada.

Las horas pasaron rápido. Jorge tenía un gran carisma y era muy divertido. Me iba llevando de un juego a otro sin apenas darme cuenta, invitándome. Habíamos acumulado tantos *tickets* al final que pudimos canjearlos por un pequeño peluche de unicornio. Le había contado mi pasión por las criaturas mitológicas, así que no había dudado al encontrarlo. Lo aferré entre mis manos, contenta porque lo sumaría a la colección que guardaba encima de la cama.

Al mirar la hora nos dimos cuenta de que ya eran las nueve, así que aprovechamos para ir al búrguer. En sitios y a esas horas así si no nos apurábamos en ponernos a la cola íbamos a tardar demasiado en cenar y el último autobús pasaba a las once. No quería arriesgarme a llegar tarde y preocupar a mi madre.

Jorge me aconsejó que me quedara sentada en un cómodo sofá verde que estaba frente a las cajas, guardando sitio. Desde ahí podía observarle y estar pendiente de si necesitaba ayuda para traer las bandejas. Aproveché la tardanza para curiosear por mi Blackberry. Hacía ya un año que la gente había dejado de usarlas, pero yo no podía permitirme comprar otro teléfono.

Me dediqué a revisar el Tuenti y me detuve al llegar a una foto a la que habían sido etiquetada bastantes personas de clase. Era una foto de Matías cantando el día anterior en el parque, la había subido para agradecer a todos por haber ido a apoyarlo. Posé el dedo pulgar sobre la pantalla y suspiré. Yo no estaba etiquetada porque no me había atrevido a mandarle una petición de amistad por miedo a las posibles consecuencias, pero me moría de ganas de curiosear su perfil y ver sus fotografías.

Estaba tan ensimismada viendo fotos y estados que no me di cuenta de que Jorge había llegado. Al escuchar el ruido que hizo la bandeja sobre la mesa pegué un bote en el asiento.

—Estabas en la luna. —Sonrió antes de rebuscar en la caja de cartón su bolsa de patatas fritas.

—Un poco —me sonrojé y guardé el móvil en el bolso.

—¿Te lo has pasado bien? No sé si es la primera cita que esperabas, pero para la siguiente puedo currármelo más.

—¿Primera cita? —pregunté sin dejar de mirarlo—. No pensé que quisieras quedar de nuevo. Pensaba que te había asustado.

—Qué dices, tonta —rio—. Eres guapa y muy dulce. Me gusta lo callada que eres y el gesto que haces cuando dudas. ¿No te gustaría ser mi novia?

La palabra «novia» hizo que mi corazón se acelerase. Cinco letras que provocaron que un

escalofrío recorriera mi espina dorsal. Un revuelo de emociones se almacenó en mi estómago, impidiéndome cenar. Estaba demasiado nerviosa.

—Yo...

—Ah, claro, espera. Sé que puedo hacerlo mucho mejor.

—¿Qué vas a...? —Mi pregunta se quedó en el aire al verle abrir una bolsa de aritos y salir de su asiento para clavar una rodilla en el suelo.

Miré a mi alrededor esperando que nadie se diera cuenta. Salvo unas personas que estaban cerca de nosotros la mayoría estaba sumida en sus propios asuntos. Aun así, empecé a temblar y un tic atacó mi ojo derecho.

—Clara, ¿te gustaría ser mi novia? —Su invitación quedó flotando en el aire mientras extendía su mano para ofrecermelo un arito.

Asentí con la cabeza y le pedí en un susurro que se sentara de nuevo, antes de que más personas tuvieran curiosidad y empezaran a hablar de nosotros. Bueno, de él. Al escuchar unos aplausos cercanos mi cuerpo se tensó.

—Hasta que no te pongas el arito en el dedo no pienso levantarme. Tienes que acceder a ser mi novia de forma oficial.

Suspiré y le quité el arito para ponérmelo en el dedo. Solo entonces accedió a volver a su asiento y saludó a las personas que habían aplaudido, llamando la atención del resto. Me revolví en el asiento e intenté centrarme en el trozo de pollo que tenía en frente. Había sido un gesto bonito, pero no me gustaba ser el centro de atención. Aun así, no podía quejarme, seguro que nadie más habría hecho eso por mí. Estaba viviendo mi propio cuento de hadas.

—Soy tu primer novio, ¿verdad? —preguntó de repente, haciéndome levantar la mirada.

—Sí, ¿por?

—Por nada. —Se encogió de hombros y sonrió—. Me parece guay ser el primero. No me gustaría que otro te hubiera besado antes.

—Ah —dije con las mejillas sonrojadas y le di otro mordisco al trozo de pollo.

En ese momento el rostro de Matías apareció en mi mente. No sabía por qué, pero me imaginé que era él el que estaba frente a mí. Me recreé fantaseando que se había fijado en mí y quería ser mi novio. Mi mente me advirtió que él no habría hecho lo mismo y eso estaba ¿mejor? Suspiré y negué con la cabeza, desechando los pensamientos. Matías nunca se fijaría en mí como yo me había fijado en él. Éramos polos opuestos, ni siquiera sabía entonces por qué motivo Jorge sí lo había hecho.

—¿No quieres saber si yo tuve alguna novia antes? —preguntó guiñándome un ojo.

—Yo... No lo sé —confesé. ¿Era necesario saberlo?

—Tuve una, pero solo llegamos a darnos algunos besos, incluso una vez me dejó tocarle las tetas. La dejé porque llevábamos ya tres meses y no me dejó hacer nada más. Era una monja —protestó haciendo una mueca de desagrado—. Luego estuvo un mes acosándome a llamadas y mensajes privados en Tuenti. Estaba loca —rio e hizo una pausa para mirarme—. ¿Estás celosa?

Me revolví en el asiento. No me gustaba cómo había hablado de la chica y no sabía cómo interpretar el dolor punzante que sentía en el pecho. ¿Lo estaba? Parpadeé y abrí los labios, calibrando la respuesta. Me daba miedo ser insuficiente para él, no sabía si estaría a la altura de dejar que me tocara las tetas o llegar más lejos. Ni siquiera me había atrevido a tocarme yo misma para saber qué se sentía. Nunca había escuchado a nadie decir que una chica tuviera que hacerlo y no quería ser una guarra. ¿O podíamos hacerlo? Tenía la mente hecha un lío.

—Un poco, has hecho más que yo —me sonrojé de nuevo. Sentía calor debido a la vergüenza.

—Bueno. Así te puedo enseñar, no te preocupes. Seré tu profesor y tú mi alumna —rió y comió un trozo de su hamburguesa—. Tendrás que esforzarte si no quieres que te suspenda.

Asentí sin saber qué decir. Intuía por dónde iban los tiros, pero no me hacía gracia el hecho de ser castigada. Aun así, le seguí el juego, no quería que pensara que era una monja como su ex o que me daba miedo entrar en un terreno sexual. Solo esperaba que me diera tiempo para sentirme preparada.

Nos mantuvimos un rato en silencio, hasta que me contó acerca de su pasión por la música. Habló sin parar destacando sus gustos musicales y me explicó que tenía una guitarra eléctrica que le había comprado su madre a base de mucho esfuerzo. Adoraba la música heavy y pasaba el tiempo libre aprendiendo a tocarla para poder formar una banda.

En algunas ocasiones abrí la boca para intervenir, pero la cerré porque estaba demasiado entusiasmado dándome su opinión y no quería entrometerme. Me gustaba ver el brillo de sus ojos al hablarme de sus grupos favoritos y la sonrisa plasmada en su rostro. También me habló de su pasado; sus padres estaban divorciados y su padre se había encargado de irse con otra y dejarle a él y su madre en la calle. Por suerte, habían encontrado a una persona que se encargó de ayudarlos ofreciéndoles una casa.

Eso me dio pena. Pensar en él siendo niño, sin mucho dinero para poder comprar sus caprichos y con su madre destrozada sin saber qué hacer, encogió mi corazón. Me hizo recordar que todos teníamos problemas, aunque intentáramos ocultarlos. También me explicó que de niño se habían metido con él porque le salían manchas por su piel debido a su enfermedad, eso hizo que le trataran deapestado y había pasado mucho tiempo solo.

Eso me dolió. Me hizo ver que, aunque tuviéramos diferencias, había aspectos que nos unían. Por eso Jorge me entendía y me apoyaba. Había pasado por lo mismo que yo. En un gesto de valor, le acaricié la mano y le susurré:

—Te mereces ser feliz.

—Tú me haces feliz —respondió—. Le hablé a mi mejor amigo de ti. Se mudó hace unos años a una casa que está a cinco minutos de la mía.

—Oh, ¿y qué te dijo? —Jugueteé con mis mangas, no quería caerle mal a sus amigos.

—Que le gustaría conocerte. En otra ocasión le invitaré.

Accedí y miré la hora en la pantalla de mi móvil. Con la conversación faltaban quince minutos para que llegara el último bus, así que debíamos apresurarnos. Corrimos escaleras abajo hasta salir por una de las puertas principales y respiré aliviada al ver que aún quedaban cinco minutos.

Jorge se sentó en uno de los bancos de piedra que había cerca de la parada y me hizo un gesto para que me sentara a su lado. Acepté y me acerqué. Entonces él aprovechó y tiró de mí para sentarme su regazo. Mi cuerpo se tensó al sentir una dureza contra mi trasero.

—Aún me debes un beso, preciosa —susurró cerca de mi oreja.

Le miré. Estábamos tan cerca que podía ver el brillo de sus ojos y cómo había humedecido sus labios con la lengua. Los observé con cautela y mis piernas temblaron. No podía hacerlo. No podía.

—Tu autobús está llegando, Clara —me recordó, sacándome del trance.

—Yo... Es que no...

—Es solo un beso. ¿Acaso te da miedo? No te voy a morder.

Pensé en sus palabras. Solo era un beso, pero ¿entonces por qué mi cuerpo se echaba para atrás? Contuve la respiración al ver que se acercaba y metía una mano en el bolsillo trasero de mi pantalón. Podía sentir las miradas de las personas que esperaban el bus junto a nosotros clavarse

sobre mi espalda.

Al escuchar un ruido miré y me di cuenta de que el autobús había comenzado a abrir sus puertas. Si no me apresuraba me dejarían ahí.

—Por el ordenador eras más valiente, no te imaginaba así —siseó frunciendo el ceño—. Quizás deberíamos dejarlo aquí.

El miedo a que se estuviera echando atrás y se estuviera arrepintiendo de salir conmigo se disparó, así que cerré los ojos e impulsé el cuerpo para estampar mis labios contra los suyos, chocando con su nariz. El tacto húmedo de su boca y su lengua buscando la mía me asustó y me separé de golpe. Ni siquiera fui capaz de decirle nada, me levanté y corrí hasta entrar en el autobús.

Al ver las puertas cerrarse tras de mí y cómo su figura confusa empezó a tornarse borrosa, suspiré. Mis piernas seguían temblorosas y mi mente seguía confundida, no encontraba ninguna explicación lógica a lo que había terminado de hacer. Solo esperaba que pudiera perdonarme por haberlo dejado tirado sin disculparme.

Pero debí imaginarme que eso no terminaría ahí.

Cuando te metes en la boca del lobo es imposible salir ilesa.

CAPÍTULO 10: LA JUNGLA PROHIBIDA

*Qué injusta es la vida, ¿verdad? Que gana siempre la maldad.
(Profundo de Shé)*



Una semana más tarde volví a quedar con Jorge para distraerme. En el colegio las cosas se habían calmado un poco, pero no lo suficiente. Victoria parecía un volcán a punto de entrar en erupción y temía arder con su lava. Intentaba esquivarla todo lo que podía, aunque era complicado, pues a veces se ponía en medio para darme empujones y aprovechaba su amistad con algunas personas para que se burlaran de mí. Al menos tenía a Jorge y en cada momento que podía trataba de conversar con él por Tuenti. Escondía el teléfono en el cajoncito que tenía la mesa.

Respecto a mi relación con él me sentía más aliviada. Esa misma noche le había escrito para explicarle lo que había pasado y se lo había tomado bien, así que todo había regresado a la normalidad. Era un chico amable y atento que se preocupaba por mí y me daba ánimos para superar cada día de clase.

Lo del beso había sido una tontería, presa por el agobio y la vergüenza por no saber qué hacer. Siempre pensé que el primer beso debía de ser bonito y especial, tal y como se relataba en los libros. Y hacerlo así de apresurado... me bloqueó por completo.

Y qué decir de Matías... seguía saliendo con Victoria, pero no comprendía su relación. Ella le buscaba de forma continua para estar juntos en el recreo, pero él trataba de evadirse jugando al fútbol con sus compañeros o se quedaba en una esquina del patio escribiendo en la libreta. Aun así, intentaba no mirarlo mucho para ahorrarme problemas y me sentía confusa pues estaba a gusto con Jorge y tenía sentimientos por él, pero ese chico se colaba siempre en mi mente y era incapaz de sacarlo.

Intenté apurarme para arreglarme, disimulando para que mi madre no me atrapara. Últimamente me notaba extraña, pero era incapaz de contarle la verdad por miedo a lo que pudiera decir. No quería defraudarla y decirle que su hija había quedado con un chico que había conocido por un juego del ordenador no ayudaba. Lo mejor sería guardarlo para mí.

Miré la hora y comprobé que todavía me quedaban unos minutos hasta tener que ir a la parada y tomar el autobús urbano, así que cerré los ojos durante unos segundos y suspiré. Habíamos quedado en volver a ir al centro comercial pero esta vez para ir al cine.

Cuando lo encontré apoyado frente a una pared de la entrada del centro comercial me aproximé para saludarlo y él me correspondió con un beso en la boca. Jorge estaba a punto de

profundizar enterrando sus dedos por mi pelo, pero me aparté al percibir las miradas de la gente sobre nosotros. No me gustaba sentirme así de observada.

Le hice un gesto con disimulo y él arrugó el ceño al darse de bruces con la realidad. Pensé que lo iba a dejar ahí, pero la sangre que fluía por mi cuerpo se congeló al verle abrir la boca.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no habéis visto a nadie besarse? Panda de amargados.

—Jorge... —susurré tirando de su brazo—. Vamos.

Su cuerpo seguía tenso, como si hubiera decidido que eso no había quedado ahí, pero respiré aliviada al ver que empezó a girarse para seguir mi paso. Las personas de alrededor no habían dejado de murmurar y pude escuchar a un señor diciendo que era un maleducado.

Continuamos nuestro camino hasta la zona del cine, donde nos pusimos en la cola para ver una película que había salido hacía poco. Yo quería ver una de romance, pero Jorge había dicho que eso era una cursilada y que no quería pagar una entrada del cine para dormir, así que al final accedí a ver una de terror, aunque no me gustaran y no pudiera pegar ojo esa noche. No quería decepcionarle.

Durante la película pasó algo que había visto mucho en las propias películas, pero no en la realidad. Jorge había decidido escoger dos asientos que estaban en la fila final, en una de las esquinas, a pesar de que yo prefería un poco más abajo y centrado para poder verla mejor. No entendí el motivo, pero más adelante fue inevitable atar cabos.

Jorge había aprovechado la oscuridad para poner con disimulo su brazo sobre mi asiento y había empezado a acomodarse mejor, acercándose hasta mí. Un revuelo de emociones empezó a formarse en mi vientre. Estaba la sensación de calor y de vergüenza, un poquito de nervios por saber si solo se iba a quedar así o iba a terminar besándome, o incluso si aprovecharía algún momento de tensión para asustarme colocando su mano en mi hombro. Pero también tenía una sensación molesta, como una presión que me susurraba que no estaba preparada para avanzar.

En algunas películas las parejas aprovechaban para toquetearse al estar sumidos en la oscuridad, pero no era algo que yo quisiera. El cine estaba bastante lleno y, a pesar de estar en una esquina en todo lo alto, no podía evitar sentir que todos los pares de ojos estaban fijos sobre nosotros y que, ante cualquier ruido extraño, íbamos a acabar expulsados de la sala.

Aun así, Jorge, al ver que no había dicho nada ante su gesto, continuó su andadura bajando su mano hasta uno de mis pechos con disimulo, pero ante el simple contacto y sentir cómo lo apretaba, como si fuera una naranja preparada para exprimir, no pude evitar tensarme. No era una sensación agradable, aunque tampoco sabía si me tenía que resultar placentero. Tensé la mandíbula por el dolor al apretármelo más fuerte pero no dije nada. Era incapaz de decirle que no me gustaba por el temor a que se molestara o le resultara una niña. ¿Y si pensaba en dejarme de nuevo? Eso no era nada, ¿no? ¿Tendría que acostumbrarme a esa sensación, como si un pulpo moviera sus tentáculos para atraparme?

No quería sentirme como una naranja exprimida, no era agradable. Aun así, suspiré e intenté relajarme, concentrándome en la película. Si no decía nada igual se detenía.

Pero, obviamente, eso no funcionó. Si algo aprendí años más tarde es que la comunicación con tu pareja es muy importante, y si algo no te gusta debes decirlo, pues ambos debéis estar cómodos. Y, ante todo, no puedes callarte si algo te molesta por miedo a que no te quieran o quedarte sola porque, como dice el refranero español: «más vale sola que mal acompañada». Esa frase se grabó en mi piel el día que conocí a Jorge, pues fue el encargado de hacerme más pequeña de lo que ya era, acabando por destruirme por completo.

El intento de insinuación con el ataque a mi pecho no fue suficiente para él. No se quedó conforme con toquetear una parte importante de mi cuerpo sin ni siquiera preguntarme si me

gustaba, sin comprobar mi reacción, sin percatarse de que me había costado hasta respirar. Jorge continuó su objetivo liberando su mano para, acto seguido, descender hasta la cremallera de mi pantalón vaquero. Al sentir que el botón desaparecía del agujero y bajaba la cremallera mi tensión fue aún mayor, al punto de explotar.

Recuerdo que lo primero que pensé fue: «¿De verdad va a meterme mano? ¿Aquí, en el cine? Pero si apenas es nuestra segunda cita». Todas las alarmas posibles resonaron en mi mente y no pude evitar revolverme en el asiento, esperando que con ese movimiento su mano se soltara y comprendiera, sin necesidad de verbalizarlo, que no quería que lo hiciera.

Pero no se detuvo. Sus dedos comenzaron a tocar mi vello púbico para luego salir como si se hubiera quemado. Le miré sin comprender nada y la expresión asqueada de su rostro me congeló. ¿Qué había pasado? No sabía si debía sentirme aliviada o avergonzada.

—¡Tienes una puta jungla ahí abajo! Joder, qué asco.

El tono elevado de su voz hizo que alguien cercano nos chistara. Mis mejillas se encendieron debido a la humillación que estaba sintiendo e intenté hundirme en el asiento, esperando desaparecer.

Una serie de pensamientos aterrizaron en mi mente, bombardeándome como granadas a punto de explotar. «¿Tenía que haberme depilado? ¿Es normal que reaccione así? ¿Debí haberme preparado? ¿Qué hago ahora? ¿Me dejará? Supongo que tendré que depilarme. Si a Jorge le gusta así...»

—Perdón —musité observando el brillo molesto de sus ojos.

—Vamos a ver la película.

Esas fueron sus únicas palabras. Tardó unos segundos en reacomodarse sobre su asiento y colocar las manos lo más alejadas posibles de las mías. Ese gesto me dolió. Admito que verlo tan alejado, con la atención fija de manera forzada sobre la gran pantalla, me hizo sentir fatal, una completa mierda. No entendía su reacción o si eso era lo normal. Lo que me llevó a pensar si el resto de chicas se depilaban y dejaban que sus novios las toquetearan. O, una pregunta con un peso mucho mayor, ¿y si Jorge quería llegar a más sin sentirme yo preparada? ¿Debería dejarle?

Spoiler: NO. Pero eso lo comprendí unos años más tarde, así que mejor vayamos poco a poco; os enseñaré el camino que me condujo hasta el abismo más profundo, hasta el punto de devorarme con los tentáculos de su oscuridad.



El resto de la película fue una pesadilla para mí. Entre que no era mi género favorito, más bien lo aborrecía, y a cada dos minutos miraba a Jorge de reojo esperando que su enfado se hubiera pasado, parecía que el tiempo se había quedado atascado y vivía anclada en ese momento de rechazo de manera constante.

Cuando llegaron los ansiados créditos y las luces comenzaron a aparecer por la sala recordé que llevaba la bragueta del pantalón bajada, así que subí la cremallera y acomodé el botón de nuevo. Entonces miré a Jorge por decimoquinta vez y mi cuerpo se tensó.

¿Ahora qué? ¿Tenía que disculparme de nuevo? ¿Debía hacer algo? ¿Recompensarle de alguna manera? Me sentía impotente, frustrada ante su actitud molesta. ¿Tan malo había sido?

—Jorge... —comencé a decir con el corazón martilleando mi pecho— Perdóname. Yo no sabía que tenía que...

Dejé las palabras en el aire. Él empezó a caminar, bajando los escalones como si hubiera venido solo al cine. Le seguí con la cabeza baja, calibrando qué tenía que hacer ahora. Me sentía

una carga para él. ¿Tendría que ir a la parada del autobús? ¿O tendría que acompañarle como si fuera su sombra?

Al llegar al pasillo del cine, donde colocaban las novedades que había ese mes y los carteles de las próximas películas que iban a salir, Jorge se detuvo y me miró. Sí, me miró. En ese momento el corazón me dio un brinco, como si hubiera vuelto a la vida. Respiré aliviada.

—¿Me perdonas? —pregunté, ansiosa por saber su respuesta.

—Perdóname tú por haberme puesto así. He jodido la cita ¿verdad? Soy un idiota. Lo siento, Clara —dijo tirando hacia debajo de la comisura de sus labios.

—Va-Vale —respondí, sorprendida por su reacción.

—No, tienes razón, mi disculpa es una mierda.

Abrí la boca al verle arrodillarse en el suelo y bajar la cabeza para pedirme perdón. Miré a mi alrededor, avergonzada por la situación. Por suerte, no había muchas personas por el pasillo, pues la mayoría ya se habían ido, pero aún quedaban algunos grupos que habían aprovechado a ir al baño y otros que recién llegaban para ver otra película.

—Jorge, levanta —susurré con las mejillas ardiendo—. Nos están mirando todos.

—No hasta que me perdones. Dime que me perdonas, Clara, si no seguiré sintiéndome una mierda por haberte hecho sentir mal.

El murmullo de la gente no se hizo esperar, así que asentí con la cabeza de forma descontrolada. Pero eso no era suficiente.

—¡Sí! Te perdono —exclamé, expectante porque se levantara.

Al ver que había surtido efecto y se volvió a poner a mi lado respiré. Me sentía cansada del cúmulo de emociones. No sabía que tener novio significaba sentirme en una montaña rusa que se movía a tal velocidad que me resultaba imposible aguantar el ritmo. Era agotador.

El camino hasta la parada del autobús fue más ameno. Jorge volvía a hablarme y el bache había quedado relegado a un segundo plano. Salimos del centro comercial con nuestras manos entrelazadas. Fuera llovía y la temperatura había descendido mucho gracias al frío de la noche. Me abracé el cuerpo para intentar entrar en calor, incluso mi respiración se había convertido en una pequeña estela de humo blanco.

—¿Tienes frío?

Asentí, intentando calentar mis manos frotándola una con otra, pero Jorge me las apartó con cuidado y me empujó hasta una pared cercana para ponerse contra mí, envolviéndonos en la oscuridad.

—Yo te ayudo a entrar en calor.

Entonces sus labios se unieron a los míos y comenzaron una danza en la que él era el bailarín principal. Intenté seguirle el ritmo a pesar de que mis dientes a veces chocaban. Era extraño acomodarme al ritmo frenético de sus besos, como si intentara succionarme el alma, pero más extraño fue que enredara sus dedos por mi pelo y diera un pequeño tirón, haciendo que le mirara directamente a los ojos durante unos segundos.

—Eres muy guapa, Clara.

Me sonrojé al escucharle. Sus ojos azules brillaban gracias al reflejo de la luna como si intentaran hipnotizarme. Entonces volvió al ataque, moviendo su mano restante por mi cuerpo, anclando sus dedos en la parte baja de mi cintura. Mi piel se erizó, provocándome un escalofrío. El calor que emanaban sus yemas contrastaba con el frío que nos envolvía. El roce de nuestros cuerpos hizo que la dureza de su entrepierna aumentara y empezó a moverse contra mí, haciendo fricción.

—Eres mía —susurró cerca de mi oído al separarnos—. Dímelo. Quiero oírlo de tus labios.

—Sonrió.

—Soy... —Me sonrojé. Estaba acostumbrada a leerlo en los libros, pero decirlo en voz alta era algo de otro nivel. Algo demasiado fuerte—. Soy tuya.

Esa respuesta fue todo lo que necesitó para seguir besándome y continuar el camino de caricias por mi piel. Su mano descendió por mi trasero y apretó una de mis nalgas, volviendo a frotarme contra su evidente erección. Mis mejillas se sonrojaron al sentir el contacto, recordándome que se estaba emocionando demasiado, pero las hormonas son una jaula peligrosa que te va atrapando poco a poco, inhibiendo toda capacidad de pensar con claridad.

Por eso, el momento en que su mano volvió a intentar rozar la cinta de mis bragas la alarma de mi mente me recordó la escena del cine. Me avisó de que *no estaba preparada para él*.

—N-No... —Me aparté ligeramente por la vergüenza—. No estoy... depilada.

—Es verdad —bufó—. Para la siguiente vez que quedemos lo estarás, ¿verdad? Es que tocar pelo... me corta un poco el rollo.

—Cla-Claro —respondí acomodando un mechón de pelo en la oreja.

—Vamos, te acompaño hasta la parada del autobús.

Asentí aliviada al ver que lo había entendido y le acompañé feliz, sujeta de su mano. Me gustaba perderme en el azul de sus ojos, como un océano que me bañaba. Gastamos los minutos restantes sentada en su regazo mientras los besos iban y venían, cargándome de caricias y palabras bonitas. A Jorge se le daba muy bien hablar y susurrar promesas en mi oído; esas que, lentamente, iban colocando una venda sobre mis ojos para impedirme ver la realidad. Una venda de falsa calma y seguridad.

Cuando el autobús llegó y me subí, sentándome en uno de los asientos que me llevaría hasta casa, miré por el cristal, contemplando a Jorge verme ir. Mi corazón latió acelerado hasta que su figura se convirtió en una mancha difusa. Lo último que pensé antes de meterme en la cama para dormir fue: «Soy feliz, a pesar de todo le gusto a Jorge. A pesar de todo soy...suya. Eso me convierte en importante. Eso me hace especial».

El amor puede llegar a ser un castigo que te destruye si lo persigues de la mano de la persona equivocada.

CAPÍTULO 11: SIN RETORNO

*La primera vez fue la más dolorosa, te regaló una infidelidad por cada rosa, y es que el perdón será tu debilidad, pero lo que pasa una vez siempre sucede una vez más.
(La bella y la bestia de Porta con Norykko)*



La semana continuó avanzando hasta llegar finales de febrero. No había podido volver a quedar con Jorge porque ambos estábamos liados con todos los trabajos, deberes y exámenes pendientes. Aun así, seguimos hablando, pues al día siguiente de mi cumpleaños recordó que no me había felicitado y se pasó el día pidiéndome perdón.

Continuaba siendo ese chaleco salvavidas que evitaba que naufragara en un océano de problemas. El divorcio de mis padres se mezclaba con las situaciones que tenía que vivir en el colegio, como si no hubiera tenido suficiente con lo que viví en el centro anterior.

A veces sentía la necesidad de tener una amistad con la que desahogarme y eso me hacía acercarme y querer más a Jorge, pues era el único que me escuchaba y trataba de animarme dándome palabras de aliento. Si no era por él me hubiera sentido sola y vacía. Ellos habrían ganado, pues me hubieran hecho desaparecer, y yo no quería eso; quería que la luz que permanecía oculta bajo mi pecho, titilando como podía, sobreviviera.

Pero costaba. Vaya si costaba.

Oviedo es una ciudad gris debido a la cantidad de días que llueve o está nublado, pero el veintidós de febrero fue especialmente oscuro. Para empezar, Victoria había retomado sus advertencias y amenazas para evitar que fuera al viaje de estudios, se acercaba la fecha de pago y por nada en el mundo quería que yo tuviera que ir a su lado. Eso me generaba ansiedad. Volvía a tener que refugiarme en el baño para tranquilizarme y poder respirar, si no sentía que me desvanecía.

En algunas ocasiones pasaba al lado de Matías o lo veía de reojo jugar en el recreo y eso me daba pequeñas dosis de esperanza. Puede parecer una tontería, pero solo con su presencia conseguía darme un motivo para levantarme y continuar aguantando los golpes. Y sí, sé que me podía haber defendido, pero cuando tienes dieciséis años y has vivido situaciones donde te apartan y se meten contigo desde que tienes uso de razón es imposible aunar fuerzas y carácter. Por eso yo solo pude tragar.

El *bullying*... esa palabra que ahora está tan en auge. Para alguien que no lo ha sufrido decirlo es muy fácil, pero para alguien que lo ha vivido cada letra se te atasca en la garganta y hace que cada trocito de piel arda. Todos se llenan la boca diciendo que te defiendas, que no te

calles, que te hagas valer, pero nadie se para a pensar en que te hacen pequeño, que te acorralan, te hacen sentir tan insignificante que bloquean cualquier capacidad de poder defenderte. Saben qué puntos tocar para trastocar tu mente y hacerte sentir culpable y, sobre todo, tener miedo.

Miedo a contarlo, miedo a expresarte, miedo a defenderte, porque ¿quién te va a ayudar? ¿Hasta dónde pueden llegar? ¿Qué más van a hacer? La dura realidad de la mayoría de los centros es que el profesorado mira hacia otro lado, se lo toman como que es un momento que pasará, que es cosa de niños, que no es para tanto. Y el mundo sigue girando, pero no para todos, porque esa persona que sufre *bullying* se ha quedado anclada en el pasado, atada con una cadena de acero, esperando que alguien le ofrezca una mano y la rompa para poder caminar.

Por eso es tan importante tener algún pilar en el que aferrarse, un sostén, un refugio que te ayude a sobrellevar lo que estás viviendo. Para algunos son los libros, para otros los juegos del ordenador, para el resto una persona... cualquier cosa es digna si consigues animarte en avanzar. Cualquier cosa es válida e importante si consigues sacarte una sonrisa, una de esas que cuestan tanto porque no ves ningún motivo para ser feliz. Aférrate a ellas si te ayudan, busca una razón, cualquiera, y aguanta porque, incluso después de la pesadilla más fuerte, puedes despertar y tener una nueva oportunidad.

Además de ese problema que me asfixiaba y me hacía pequeña, la relación que mantenía con mi padre era difusa, un hilo deshilachado que amenazaba con romperse si tiraba más de él. ¿Cómo puede un superhéroe convertirse en el villano de la noche a la mañana? Pues es posible, y eso también hace tambalear todos los pedazos de tu vida, te hace cuestionarte cómo alguien es capaz de renunciar a su familia por la presencia de otra persona que acaba de conocer.

Mi madre seguía insistiendo en que debía ir con él para no perder la relación, para que no pensara que ella intercedía entre ambos para no ir a su casa. Pero a mí me daba igual. Ya tenía suficientes problemas con los que lidiar sin falta de aumentarlos. Si el simple hecho de verlo ya me causaba una gran rabia no quería pensar que sentiría si tuviera que estar encerrada bajo esas cuatro paredes que conformaban la casa a la que un día llamé hogar. Esa casa cargada de recuerdos, pero también de fantasmas. Esa casa que un día acogió a un grupo llamado familia, pero que al final decidió romper.

No. No quería eso. Así que esa mecha de problemas se fue acelerando y mi única manera de no explotar era contarle todo a Jorge. Qué ciega fui al no darme cuenta de que él era el dueño de esas bombas y no dudaría en pulsar el detonador.

Ese día decidimos quedar para vernos, pues el sábado mi padre iría hasta nuestro edificio para recogernos a mi hermana y a mí. Sí, ellos habían ganado y yo no podría hacer nada para evitarlo. Me sacarían de casa por la fuerza si era necesario y nadie parecía dispuesto a escucharme. Me sentía un juguete roto por el cual se esforzaban en manejar, un pájaro que volaba para intentar no quedar atrapado en una jaula, pero los captores fueron mucho más rápidos.

Por eso fui al centro comercial con la sensación de que la luz que permanecía oculta bajo mi pecho se apagaba un poco más y esperaba que mi novio la cargara. Necesitaba que hiciera lo posible para recuperarla, pues sin ella me sentía cansada, sin esperanza.

Cuando le vi todo lo malo se desvaneció y me fundí en sus labios, centrándome en él. Mi mente se había encargado de hacerme ver que él era todo lo que yo necesitaba. Y, a través de mis palabras y mis gestos, Jorge lo sabía.

Pasamos parte de la tarde paseando, entrando en algunas tiendas y jugando un poco en la sala de juegos que pertenecía a la bolera. El tiempo pasaba tan rápido que cuando miré el reloj ya eran las ocho de la tarde, solo me quedaba una hora para regresar a casa.

—Solo me queda una hora. Después tengo que volver a casa y preparar la maleta. —Suspiré —. Todo es una mierda.

—Bueno, sabes que estaré conectado al Tuenti por si me necesitas.

—Gracias —respondí apretando su mano y esboqué una sonrisa sincera.

Sus ojos azules brillaron complacidos y segundos más tarde fue él quien dibujó una sonrisa, pero la suya era diferente, maliciosa. Cuando eso sucedía era porque se le había ocurrido una idea que le entusiasmaba de manera especial.

—Ya que estaremos un tiempo sin vernos, ¿por qué no buscamos un sitio íntimo para despedirnos?

—¿Un sitio íntimo? —pregunté frunciendo el ceño.

—Sí, ven.

Con esa escueta respuesta le seguí. Mi mente fantaseaba con algo especial, alguna situación romántica y bonita para sorprenderme, pero no encajaba por dónde me estaba llevando, pues nos estábamos acercando hasta la bolera.

Al llegar, Jorge fue hasta el mostrador y se acercó hasta uno de los trabajadores. Yo me quedé apartada deseando saber qué hacíamos ahí, pues no nos iba a dar tiempo a echar una partida.

—Perdone, ¿los baños? —le escuché preguntar.

—A la derecha.

Cuando le agradeció se acercó hasta mí y tiró de mi mano para que le siguiera. Le miré sin entender nada, pero no abrí la boca. Solo bajé la mirada hasta el suelo y caminé tras él hasta meternos en el baño de chicas.

Tras meternos en uno de los pequeños cubículos él se sentó sobre uno de los váteres y me puso sobre su regazo para comenzar a besarme.

—Jorge, ¿qué haces? —susurré al apartarme.

—Despedirnos —respondió encogiéndose de hombros—. Clara, ya llevamos un mes juntos. ¿No has pensado en perder la virginidad? Mi ex a estas alturas ya me la había chupado.

—¿Qué?

Mis ojos se abrieron al escuchar esas palabras y no pude evitar retroceder, pero él me sujetó por la cintura, bloqueándome. Sus ojos me miraban con una notoria excitación, esperando algo de mí que yo no podía permitirme darle aún. No estaba preparada.

—Jorge, yo...

—Venga, Clara, vamos. Todo el mundo lo hace y tengo ganas. ¿Tú no?

Su insistencia empezó a hacer mella en mi cerebro, llenándome de preguntas sobre si estaría siendo muy tímida, si tendría que ser más valiente y hacerlo por él. Claro que sentía las hormonas alborotadas y una parte de mí sentía curiosidad y deseo, pero por encima de ella había otra que me susurraba que no era un buen momento, que estábamos en un baño público y tenía los sentidos puestos en si alguien venía y nos pillaba, que no quería vivir un momento tan único y especial así, quería algo mejor. Pero... ¿tenía que hacerlo? Mi función era hacerle feliz, ¿no?

—Clara... —insistió al ver que no respondía—. Venga, vamos a intentarlo. Si no funciona lo dejamos y ya buscaremos otro sitio. Es que mira cómo me tienes.

Pegué un bote al ver cómo sujetaba mi mano para llevarla hasta la zona donde se encontraba su erección para que la acariciara. Al segundo no pude evitar soltarla, era la primera vez que hacía algo así y era una sensación extraña. ¿Era absurdo sentir miedo? ¿Sentir vergüenza?

—Que no muerde, eh —rio—. Madre mía, si pareces una monja.

Mis mejillas se sonrojaron al escucharle. Quizás me estaba pasando de tímida reaccionando

así, pero ¿qué hacía entonces una chica cuando veía o tocaba la parte íntima de su novio la primera vez? Tenía dieciséis años, ni siquiera me había tocado yo misma por pudor. Nunca había escuchado a ninguna chica que lo hiciera y pensaba que sería sucio, pero qué equivocada estaba.

—Bueno, vale... —respondí al final poniéndome de pie y me mordí el labio—, pero si me duele paramos.

El pánico se hizo presente al verle asentir y recordar lo poco que había escuchado sobre sexo a algunas chicas de clase. Habían dicho que dolía pero que luego se pasaba. ¿Sería así?

El sonido de la cremallera al bajarla me sobresaltó y mis piernas comenzaron a temblar. Jorge expuso su dureza como si nada y me quedé rígida, sin saber qué hacer. Ni siquiera era capaz de mantener fija la mirada en su parte, me sentía una intrusa.

—Bájate los pantalones, Clara. ¿Si no cómo lo hacemos? —preguntó con un toque irritante.

—Y... ¿Y el preservativo?

—No tengo, joder, pero no va a pasar nada. No te preocupes. Cuando vea que me falta poco me salgo.

—Pero...

—Venga, Clara, que se me va a bajar —insistió.

—Vale...voy.

Me acerqué con inseguridad y toqueteé la cremallera mientras mi mente se debatía qué era lo mejor. Aun sonaba esa alarma que me decía que tenía que esperarme, no quería este sitio, no quería esa incomodidad, quería usar condón... y no tenía nada de eso. Solo había frialdad y prisa a mi alrededor.

Pero también resonaba esa vocecilla que me susurraba que Jorge estaba esperando, que su ex ya había hecho más que yo, que otras chicas ya lo habían hecho, que no quería que se enfadara y me dejara. Que... todo *que*. Mi corazón latía acelerado mientras me decidía a bajar el pantalón y me quedé en bragas, mirándole sin saber qué hacer.

—Reclínate sobre el váter, será más fácil.

Hice lo que me indicó con las piernas temblorosas y un sudor frío recorriendo mi nuca. Tenía los sentidos tan desarrollados por la adrenalina y el miedo que cada sensación que recorría mi cuerpo la sentía el doble. Ambos nos sobresaltamos al escuchar una puerta abrirse y unos tacones resonando contra el suelo.

Jorge me hizo un gesto para que me quedara callada y mi rostro se encendió por la vergüenza. No era la mejor posición y escuchar a una mujer haciendo sus necesidades en el cubículo de al lado no ayudaba.

Cuando se fue respiré aliviada y miré a mi novio esperando el siguiente paso. Era como un robot que esperaba instrucciones para llevar a cabo su función.

—Joder, se me ha bajado —farfulló—. Venga, Clara, bájate las bragas ya.

Hice lo que me indicó. Me sentía absurda y expuesta ante un chico que tenía tal prisa por hacerlo que apretaba su parte íntima contra la mía, esperando encontrar una abertura. Ni siquiera se había dado cuenta de que me había depilado para él, esperando complacerlo. Estuvo así varios minutos hasta que desistió. Yo tenía las piernas tan tensas y temblorosas que agradecí mentalmente que se apartara. Intenté respirar con normalidad.

—Déjalo, no entra y se me ha bajado. Así es imposible.

Asentí sin decir nada, poniendo atención a su rostro por si se había enfadado conmigo. Dudosa, empecé a vestirme, deseosa de salir de ahí, era un espacio pequeño y maloliente que no inspiraba nada bueno.

—¿Nos vamos? —pregunté, esperando su autorización, como si fuera mi dueño.

—¿Y dejarme con el calentón? Al menos podías chupármela.

Me estremecí ante sus palabras. ¿Tenía que hacerlo? ¿Eso estaba bien? Le miré con cautela, cualquier cosa en referencia al sexo me asustaba y su dureza al hablar no ayudaba. Ese no era el chico del que me había enamorado. Era otro completamente distinto.

—Yo...

—Que no te va a doler ni nada, no es para tanto. Mi ex disfrutaba haciéndolo. Venga, Clara.

Esas palabras me golpearon como si fueran un látigo. «Su ex es mejor que yo, soy una niña». Ese pensamiento resonó en mi mente y me hizo asentir y arrodillarme en el frío suelo baldosado.

Desde esa posición todo cambió. Me acerqué con cautela y la introduje en mi boca como mejor pude. Al hacerlo Jorge se quejó, apartándome con poca delicadeza.

—Ten cuidado, me has rasgado con los dientes.

La tensión se me acumuló en la garganta, pero volví a intentarlo teniendo cuidado en acomodarla mejor. Moví la lengua tanteando el terreno, pero no sabía muy bien cómo hacer el movimiento. El sabor que empezó a desprender me hizo arrugar la nariz y mi estómago se contrajo, pero intenté ignorarlo. Lo peor fue cuando su parte íntima empezó a lubricar y ese regusto ácido empezó a expandirse por mi lengua, impidiéndome avanzar.

Traté de detenerme, pero Jorge me sujetó por el cabello y empujó mi cabeza más adentro, ahogándome. Le hice un gesto con la mano para que se detuviera, pero él no se detuvo, todo lo contrario, me instó a que me moviera con ímpetu. La firmeza que ejercía para cumplir su objetivo provocó que la respiración comenzara a fallarme debido al ahogo mezclado con el miedo y al sentirla tan adentro de mi garganta consiguió que una arcada estremeciera mi cuerpo, amenazando con vomitar.

—Ya casi estoy —susurró con voz ronca.

Esas tres palabras me hicieron contener la respiración. No lo haría en mi garganta, ¿no? Me daba miedo cómo sería eso, si me gustaría, si no. Un montón de inseguridades y tabúes me bloquearon, pero el temblor de mi cuerpo no hizo más que aumentar.

Al poco un gruñido brotó de su garganta y un líquido caliente me invadió, provocándome taquicardias. Fue una sensación tan extraña y tenía un sabor tan agrio que mi garganta se cerró, impidiéndome hacer nada. Me aparté como pude y como él no se movía del váter no me quedó más remedio que escupir en una papelera metálica que había al lado, ganándome una expresión de repulsa por su parte.

—Qué asco, podías habértelo tragado —argumentó mientras subía el cierre del pantalón.

—No podía —susurré bajando la cabeza.

«El lavabo. Ve al lavabo» era lo único que podía pensar en ese momento. Necesitaba limpiarme la boca de alguna manera y beber agua para quitar ese sabor amargo que me atormentaba.

Pero lo peor no era eso. Era esa sensación que no terminaba de irse, ese sentimiento de desilusión. Había hecho algo tan íntimo en un sitio tan poco apropiado que no podía evitar sentirme sucia. Aun así, no dije nada. Al menos lo había hecho, no le había decepcionado.



La vuelta a casa fue agradable. Jorge había recuperado su buen humor habitual y me había llenado de palabras bonitas, subiendo mi autoestima hasta las nubes. Eso me hizo sentirme satisfecha, pues me gustaba hacerle feliz. Era un circuito adictivo, yo hacía algo por él a pesar de

que no me gustaba y él me recompensaba dándome lo que necesitaba, esa droga transformada en palabras, esa carga de luz que en realidad era oscuridad camuflada. Pero no supe verlo. Con dieciséis años y sin hablarlo con nadie no era capaz.

Ese día me dormí contenta pensando que había dado un paso más hacia el camino a la madurez. Qué contradictoria es la vida, pues el paso que había dado fue hacia el camino del arrepentimiento, porque nadie puede obligarte, forzarte o insistirte a hacer algo que no quieres.

CAPÍTULO 12: EL VIAJE MÁS AMARGO

No puedo estar contento todo el rato, ¿entiendes? Tengo un infierno dentro, no estoy para cuentos. Regálame el silencio si ayudar pretendes. Y si te quieres ir, lo entenderé, lo siento.
(No puedo de Shé con Norykko)



Un remolino de nervios golpeó mi estómago con fuerza. Me sentía tan mal que no había sido capaz de desayunar, pero al menos ya tenía la maleta hecha. No había vuelta atrás, había llegado el día de irnos de viaje de estudios a Valencia y PortAventura, cuatro días en los que iba a estar lejos de mi madre y de mi hermana, pero cerca de Matías. Eso me daba fuerzas para tomarlo con algo más de ánimo. Solo esperaba que, al estar entre profesores, Victoria me dejase en paz.

Caminé hasta el colegio. Por suerte, me llevaba tan poco tiempo que apenas tendría dos minutos escasos para echarme atrás. Aun así, no podía. Jorge me había animado diciendo que si me quedaba en casa solo conseguiría que Victoria ganara y además todo estaba pagado. Apenas había salido de Asturias porque mi familia no era de viajar, así que tenía muchas ganas de conocer sitios nuevos y diferentes.

Al llegar al pequeño camino que conducía al enorme portón vi un largo autobús y a los profesores preparados. Un grupo de alumnos se arremolinaba alrededor y entre ellos fui capaz de ver a Matías junto a Héctor, ambos hablaban y reían. Mis piernas temblaron al apreciar su sonrisa y no pude evitar suspirar. ¿Por qué seguía con Victoria? Había visto que no era una buena persona y aun así... Negué con la cabeza intentando desechar los pensamientos. Era su problema, era *su* vida. Yo no tenía ningún derecho a opinar o juzgarlo.

Me acerqué un poco más, acompañada por mi madre. Tenía la mañana libre, así que me sentía más reconfortada teniendo su presencia. Arrastré la maleta mientras la vorágine de sonidos y conversaciones llegaba a mis oídos, aunque estos se centraban de forma inevitable hasta Matías. Reconocí la voz de Victoria antes de girarme y ver cómo se ponía a discutir con él. Arrugué el ceño al notar que no llevaba maleta.

—¿Y me vas a dejar tirada? No me jodas, Mati.

—No puedo ir. —Se encogió de hombros—. Tengo que cuidar de la enana, mi madre trabaja y lo sabes.

—¿Y qué? ¡Era nuestro viaje! ¿Qué hago yo ahora? Encima me toca con la rara —bufó—. Qué mierda.

—Bueno, va Héctor.

El vello de mi piel se erizó al escuchar el tono molesto de la que iba a ser mi compañera. No

estaban al lado precisamente, pero pude ver la mueca de sus labios y sus manos apretadas en un puño. Eso solo podía significar una cosa: Problemas.

—¡Y a mí qué me importa Héctor! Tenías que ir tú. ¡Tú!

Su rostro empezó a ponerse rojo y su tono era tan agudo que sabía que estaba cerca de ponerse a llorar. Matías la miraba con expresión preocupada y Héctor con cara de póquer, incluso arrugó la nariz y le hizo un gesto a Matías para que le siguiera.

Me sentía una intrusa contemplando la escena, pero no era la única. Otros estudiantes hablaban entre ellos y miraban en dirección a la pareja. Estaba claro que esa discusión iba a ser la comidilla del viaje. Miré a mi alrededor, incluso Héctor tenía a sus padres cerca, pero a los de Victoria no los veía por ningún lado. ¿Y por qué su mejor amiga no iba al viaje? Seguía sin comprender por qué le había tocado conmigo cuando siempre tenía a alguna persona a su alrededor. Aun así, tendría que callarme y continuar con mi mar de dudas, no le iba a preguntar por eso.

—Ve con tus padres, yo voy ahora —le dijo a Héctor.

Este asintió y se fue con ellos, dejando a la pareja en un segundo plano.

—Mira —suspiró Matías—, sé que es una mierda, pero no puedo ir por mi madre y tú lo sabes mejor que nadie. No me hagas esto, Vicky, por favor.

—Por favor nada —gruñó—. Ya hablaremos, pero esto me lo vas a pagar. ¡Me mentiste! No me puedes dejar tirada. ¿Ahora qué hago yo?

—¿Pasártelo bien? Es solo un viaje.

—No es solo un viaje —bufó ella—. Y lo sabes. ¡Lo sabías! Joder, que si necesitabas que te lo...

—Déjalo —respondió de golpe, cortándola—. De verdad. Son solo cuatro días, a la vuelta te recompenso. ¿Vale? No te enfades, anda.

Me tensé al ver su rostro preocupado. Matías de verdad estaba preocupado por la reacción de su novia. No entendía por qué la había mentido, pero verlo dándole un abrazo y besarla me hizo girarme. Esas imágenes me hacían daño.

Miré a mi madre. Había estado tan concentrada en su discusión que me había olvidado por completo de ella. Escuché a uno de los profesores que ya debíamos acercarnos para dejar las maletas y hacer el recuento de personas. Aproveché que todos estaban a lo suyo para darle un abrazo y le prometí que le dejaría mensajes contándole cómo estaba. La preocupación de su rostro era tan palpable que no pude evitar sentirme culpable por dejarla sola. Desde el divorcio de mis padres nunca me había separado de su lado.

Dejé la maleta en el autobús y miré de soslayo hacia donde estaba Matías con Victoria, ahora había llamado a Héctor y este se acercó con rapidez, pues no tardaríamos en subir. Habían empezado a llamar pasando lista.

Me lamenté no ser capaz de escuchar la conversación desde donde estaba. Había tanto revuelo cerca del autobús por subirse y marchar que era imposible distinguir sus voces. Aun así, hubo un momento en que los dos miraron en dirección a donde estaba y no pude evitar sonrojarme. Mis piernas débiles temblaron al conectar con sus ojos, aunque mi mente me recordó que seguramente estarían mirando en dirección a Victoria. Estábamos todos tan cerca que era imposible que estuvieran pendientes de mí. Suspiré, aliviada, pero la intriga me carcomió. ¿Qué sería lo que habían hablado?

Me sobresalté al escuchar la voz de nuestro tutor diciendo mi nombre y miré por última vez a mi madre para despedirme con la mano antes de subir los escalones y buscar algún asiento libre. Lo malo de no haber hecho ninguna amistad era que, de manera inevitable, me tocaría

pasar sola unas cuantas horas, pero en el fondo lo agradecía.

Teníamos dos autobuses debido a que éramos cuatro aulas las que nos juntábamos y el nuestro iba algo más vacío. Aproveché a sentarme en uno de adelante porque sabía que los grupos con los que menos encajaba, como el de Victoria y Héctor, se pondrían atrás. Entonces saqué el mp4 de Matías con disimulo y miré a mi alrededor. Todos estaban tan emocionados por viajar sin padres que no paraban de hablar y de chillar. Suspiré y me concentré en buscar alguna canción que me interesara, aunque el conductor decidió distraerlos para que se callaran y puso la canción *Lovumba* de Daddy Yankee.

Subí el volumen de mi mp4 y esperé no dormirme en todo el viaje. Sabía que por atrás se sacaban fotos dormidos para subirlos a Tuenti, y era lo que menos quería. Aunque me reconfortaba saber que estaba lo suficientemente lejos de ellos. Esperaba tener un viaje ameno.



Cuando el autobús paró cerca del hotel donde nos íbamos a alojar no pude evitar respirar aliviada. Habían sido muchas horas de viaje y solo habíamos hecho una parada para comer algo y mover un poco las piernas. Por eso haber llegado a nuestro destino era reconfortante, luego recordé que me tocaría compartir habitación con Victoria y se me hizo un nudo en el estómago, presa del pánico.

Aun así, fuimos bajando poco a poco todos para ir recogiendo las maletas y nos dividimos por clases, yendo con nuestro tutor hasta la entrada. El edificio era sencillo, cuadrado de color crema con seis hileras de tres ventanales rectangulares.

Una vez estuvimos todos en la recepción del hotel, admiré la gran cafetería que tenía y las escaleras que conducían hasta las habitaciones. También contaban con dos ascensores y una zona de descanso con algunos sofás. Héctor y sus amigos no tardaron en aprovechar en echarse en ellos, ganándose una riña por parte de una de las profesoras.

El tutor de ciencias fue llamando por parejas mirando la lista donde tenía anotados los nombres para entregar la tarjeta que abría la puerta de la habitación. Mis nervios se incrementaron de tal forma que cuando dijo mi nombre junto al de Victoria un escalofrío recorrió mi nuca. Aguanté la respiración para intentar controlarme, lo que menos necesitaba ahora era armar un espectáculo delante de todos.

Victoria fue la primera en acercarse hasta el profesor mientras los murmullos no tardaron en llegar. Que le hubiera tocado compartir habitación conmigo no era algo que había sorprendido solo a los de mi clase, también al resto de aulas. Cuando llegó mi turno sentí su mirada hostil sobre mi espalda y tragué saliva. Me apresuré en tomar la tarjeta y me alejé del grupo arrastrando la maleta para colocarme cerca de una profesora. Por suerte, fue todo bastante rápido y no tardaron en dejarnos descubrir cómo serían los lugares donde íbamos a dormir. No sin antes recordarnos que solo sería dejar la maleta y avisar a nuestras familias que estábamos bien, pues nuestra primera visita iba a ser la Ciudad de las Artes y las Ciencias junto al Oceanográfico.

Dejé que fuera ella quien abriera la puerta y me mordí la mejilla interna al contemplar la habitación. Era amplia, con dos camas individuales, un ventanal camuflado gracias a unas largas cortinas y un armario con las puertas acristaladas a modo de espejo. También contábamos con un pequeño sofá cerca de la ventana y un mueble alargado con un televisor pequeño. En un lateral había una pequeña puerta que conducía a un baño sencillo.

Esperé a que se decidiera por una cama y dejara la maleta mientras posaba la mirada en el suelo. No quería incomodarla más de lo que me sentía yo, así que aproveché a mandarle un

mensaje a mi madre para avisarla de que había llegado y estaba bien. Al alzar la vista Victoria se encontraba frente a mí con expresión amenazante. Retrocedí unos pasos con las piernas temblorosas, terminando por chocar contra la pared.

—Vamos a dejar las cosas claras. No me caes bien y lo que menos necesito es tener que verte la cara y respirar el mismo aire. Tenías que haberte quedado en tu casa como te advertí, pero como parece que estás sorda habrá que mostrarte las consecuencias.

Quise abrir la boca para defenderme, decirle que ella no era nadie para amenazarme y decir dónde podía estar, pero no pude. Su mirada de odio y el veneno que desprendían sus palabras fue suficiente para mantenerme en silencio. El miedo se expandía por mi cuerpo a una velocidad tan alta que mi mente solo podía pensar en qué iba a hacer. ¿De verdad se iba a arriesgar a complicar la situación estando todos los compañeros cerca y los profesores?

Tras su advertencia se fue de la habitación dando un portazo, dejándome hecha un mar de dudas e inseguridades.

CAPÍTULO 13: ¿POR QUÉ?

*Y todo por no ser como todos; lo que te hace ser único aquí también
te hace estar solo.*
(Voces en mi interior de Santaflow con Porta)



La tarde pasó sin mayores complicaciones. Me preocupé en dejarle suficiente espacio a Victoria para no darle más motivos para odiarme mientras me entretenía pensando qué pensaría Matías sobre ella, si sabría el ensañamiento que su novia tenía conmigo cuando yo no le había dado razones para hacerlo. No me gustaba ser el blanco de su diana y que apuntara hacia mí todas las flechas, pues era muy hábil para dar en el centro.

Cuando regresamos al hotel me sentía agotada. Había disfrutado de la tarde haciendo fotografías a los animales marinos del Oceanogràfic y admirando la belleza de la ciudad, pero tantas horas de autobús y caminar durante tanto rato hizo mella en mi condición física. Tenía tantas ganas de darme una ducha y dormir que cuando todos acabamos de cenar en la cafetería del hotel mi mente solo era capaz de visualizar la puerta de la habitación.

Lo malo de los viajes de estudios es que tienen el horario tan apretado y hay tanto que ver que te hacen madrugar bastante y la mayoría de estudiantes no están dispuestos a acostarse pronto, pues prefieren hablar y estar divirtiéndose hasta las tantas.

Eso no era para mí, así que traté de apresurarme para llegar hasta la puerta, aunque sabía que Victoria había llegado antes que yo, pues a medida que se acercaba el momento de regresar había estado vigilándome de reojo para ir ella primero. Eso no quita que en el momento en que posé la tarjeta en la ranura y vi que la luz no se volvía verde me sorprendió. ¿Por qué no funcionaba? Miré la tarjeta con el ceño fruncido barajando la posibilidad de que la hubiera colocado mal o demasiado cerca. Lo volví a intentar de nuevo y moví el manillar, pero seguía sin conseguir nada.

Estuve así varios minutos mientras la vergüenza que recorría mi cuerpo aumentaba, pues los estudiantes iban y venían pasando por mi lado, algunos preguntándose qué estaba haciendo. Lo intenté de nuevo tratando de empujar la puerta, pero no conseguía nada. Golpeé la puerta con cautela esperando llamar la atención de Victoria, hasta que escuché su voz.

—No te voy a abrir, así que no te esfuerces. Búscate otra habitación.

La rabia comenzó a fluir por mis venas, mezclada con la desesperación. Golpeé la puerta de nuevo mientras repetía su nombre, esperando que cambiara de idea, aunque, para qué engañarme, sabía que no iba a hacerlo.

Miré a mi alrededor con expresión derrotada sin saber qué hacer. El cóctel de sentimientos negativos que tenía en ese momento hizo que mis ojos comenzaran a abnegarse en lágrimas. ¿De verdad me iba a dejar fuera de la habitación? ¿Qué podía hacer ahora?

Bajé la mirada hasta la alfombra que cubría el pasillo en el que me encontraba. No tenía fuerzas para enfrentarme a ella e ir hasta un profesor para delatarla solo me traería más problemas. ¿Qué se hacía en casos como ese?

Los murmullos y conversaciones entre los compañeros que había cerca generaron que mi cuerpo se tensara. Si no era suficiente humillación estar aporreando una puerta sin poder abrirla mientras Victoria se jactaba al otro lado, escucharlos desató la caja de Pandora. Un par de lágrimas empezaron a deslizarse por mis mejillas.

—¿No sabe abrir una puerta o qué le pasa?

—Déjala, no ves que es rara —dijo otra.

—Pobre Victoria, qué putada que le haya tocado compartir habitación con ella.

—¿Y si la grabamos y nos echamos unas risas? Podemos subirlo a Tuenti cuando volvamos a casa.

Un escalofrío recorrió mi nuca al escuchar la última sugerencia y me alejé de ellos, dándoles la espalda. Seguí avanzando mientras escuchaba algunas risas de fondo, deseosa por encontrar un sitio en el que refugiarme. Un escape de la realidad. Sorbí la nariz y limpié el rastro de lágrimas que había quedado en mi piel, venir había sido una mala idea. Tenía que haberme quedado en casa, bajo las cuatro paredes que conformaban mi habitación.

Respiré al bajar hasta la entrada y ver un baño al fondo. La revoltura de mi estómago y los sudores fríos me indicaron que si no llegaba a tiempo terminaría perdiendo el conocimiento. Caminé con mayor rapidez con cierta dificultad, pero al conseguir cerrar la puerta y desaparecer me permití desplomarme.

Entonces me permití desahogarme, convirtiéndome en un mar de lágrimas.



—¿Clara?

Mi cuerpo se tensó al escuchar una voz masculina al otro lado de la puerta. No sabía cuánto tiempo llevaba encerrada en el baño, pero el suficiente para sentirme agotada. Me dolía el cuerpo de tanto llorar, de que los nervios se quedaran atascados en mi garganta y me hicieran tener pequeños espasmos. Además, hacía frío y la soledad que me invadía era mortal, pues nunca me había visto en una situación así, replanteándome dónde iba a dormir. ¿Aquí, en el baño? Oír esa voz rebotando contra las frías y blancas paredes hizo que me abrazara el cuerpo, aun estando sentada contra el cubículo con las piernas inclinadas.

—Clara, sé que estás ahí, te escucho respirar.

Me sorbí la nariz. Tenía los ojos irritados y la moquera amenazaba con aumentar. Eso hizo que me resultara imposible controlar la respiración, mi pecho subía y bajaba agitado, deseando tener el suficiente oxígeno para calmarme. Por un lado, quise responder, pero por más que mis labios se movían era incapaz de pronunciar una sola palabra.

Por la voz intuía que era Héctor y eso no me generaba confianza. Nunca habíamos tenido relación, nunca habíamos hablado, no tenía ningún motivo para ayudarme. Estaba más segura aquí dentro. Y, aun así... ¿por qué había ido a buscarme? ¿Se quería burlar más de mí?

—Mira, ra... —Suspiró y un golpe cercano me hizo pensar que había apoyado la cabeza contra una pared cercana—, Clara. Sé que nunca hemos hablado, pero me han contado lo que ha

pasado y quiero ayudarte.

—¿Por qué?

Cerré los ojos al escuchar el hilillo de voz que brotó de mis labios. Si la escena ya era suficientemente humillante, interesarme por la aparente amabilidad del mejor amigo de Matías lo complicaba mucho más. Pero la curiosidad... fue superior, y no poder verlo gracias a la puerta que nos separaba me ayudaba a ser un poquito valiente.

—Porque... Porque Victoria se ha pasado, la verdad. Venga, sal de ahí.

Me sorbí la nariz de nuevo mientras sopesaba esa opción. Me sentía agotada de estar ahí metida y necesitaba descansar, pero ¿qué iba a hacer? Salir de ahí implicaba exponerme de nuevo delante de todos. ¿Y si estaban Victoria y sus amigas detrás y pretendían humillarme otra vez? No podía hacer eso. Limpié las lágrimas que corrían por mis mejillas mientras escuchaba lo que sucedía a mi alrededor, aunque lo único que logré captar fue mi respiración agitada y los suspiros molestos e incómodos de Héctor.

—Joder, chica, que no tenemos todo el día —resopló y a los pocos segundos escuché un golpe en la pared, sobresaltándome—. Mierda, perdón. Joder... Mira, yo no valgo para esto. De verdad que intento ayudarte y no vas a estar toda la noche ahí metida porque... porque no. Sal y podré echarte una mano, pero desde ahí no puedo.

—¿No me vas a hacer nada? —pregunté en un sollozo— ¿No hay nadie cerca?

—¿Qué? ¡No!

Me sorprendí al escuchar el tono ofendido de su voz. No necesitaba ver la expresión de su rostro para entender que, por algún motivo sorprendente y extraño, estaba siendo sincero. Héctor quería ayudarme de verdad.

Miré el pestillo que bloqueaba la puerta mientras los latidos acelerados de mi corazón hacían que la adrenalina siguiera dominando mi cuerpo, el cual permanecía en alerta ante la posible presencia de cualquier peligro. Toda esta situación y la hora que fuera estaban propiciando que el cansancio me amenazara con flaquear. Así que cedí.

Me levanté con cuidado, apoyando una mano contra la pared para evitar que el temblor de mis piernas me hiciera caer al suelo. Quité el pestillo y entreabrí la puerta con cautela, dándome de bruces con los ojos verdes de Héctor y su pelo oscuro. Él arrugó el ceño al verme, pero no dijo nada, solo extendió la mano para ofrecérmela. Lo miré dudosa, pero la acepté y tiró de mí hasta sacarme de mi refugio.

—Así mejor —dijo y se giró para empezar a caminar.

Me quedé inmóvil analizando mi alrededor. Al ver que solo estábamos él y yo respiré aliviada. Héctor se dio cuenta de que no le seguía el paso y se detuvo para mirarme con el ceño fruncido.

—Vamos. No vas a quedarte aquí metida.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté cruzándome de brazos.

Una cosa era acceder a salir del cubículo que me protegía y otra bien diferente era acompañarle a hacer Dios sabía qué. No me fiaba de él ni de nadie, por muy sincero que hubiera sido en querer ayudarme.

—Vamos a hablar con Victoria.

—¿¡Qué!? —exclamé retrocediendo unos pasos—. N-No, no voy a hacerlo. No.

No podía dejar de mirarlo. Ni de broma iba a exponerme de nuevo, delante de todos. Ya había salido bastante escaldada por haber decidido venir al viaje de estudios. No quería arriesgarme a enfadarla todavía más.

—¿Y qué vas a hacer, quedarte aquí a dormir? No seas tonta.

Me estremecí al escuchar sus palabras. Todo empeoró al acercarse a mí para sujetarme del brazo y sacarme del baño. El miedo volvió a hacer acto de presencia y la vista se me empañó. Traté de sujetarme a algo, pero no pude, y al ver el ascensor que nos llevaría hasta las habitaciones me derrumbé, incapaz de asumir lo que iba a suceder ahora.

—Por favor, Héctor, no lo hagas —supliqué—. No puedo hacerlo.

—No armes un drama, que no es tan difícil. El que va a hablar con ella soy yo, tú solo tienes que estar detrás.

—Pero es que yo... Yo...

Héctor negó con la cabeza y me metió dentro del ascensor. Mi cabeza en ese momento era un hervidero de dudas y miedos, de inseguridades y de temores. Cientos de escenas llegaban a mi cerebro, torturándome de mil y un formas distintas sobre las posibles consecuencias de esa acción. Ninguna era positiva.

Fueron los minutos más angustiosos de mi vida. El silencio incómodo entre ambos se camuflaba bajo los latidos acelerados de mi corazón y mi respiración agitada. Los escalofríos sobre mi nuca no hicieron más que aumentar. La situación me estaba desbordando.

El camino por el pasillo no mejoró. Se escuchaban voces y risas de fondo, tapadas por las distintas puertas que nos rodeaban. El ruido no hizo más que agobiarme y provocó que mi cuerpo se tensara. En el momento en que Héctor golpeó la puerta de la habitación que me pertenecía me estremecí y bajé la mirada hacia el suelo.

Su voz insistiendo en llamarla alteró mis nervios, pues varias puertas se abrieron. Al mirar de reojo pude ver varias caras asomadas mirándonos a ambos con gesto de sorpresa. Cerré los ojos deseando desaparecer.

—Abre la puñetera puerta, Victoria. Me estoy cansando ya.

—Vete a la mierda —se escuchó al otro lado.

—¡Victoria!!

Estaba haciendo tanto ruido aporreando la puerta que no tardó en llegar hasta nuestros oídos la voz de una de las profesoras. Temblé temiéndome lo peor.

—¿Qué estás haciendo, Héctor? Son las once y media de la noche, tendrías que estar en tu habitación —advirtió llegando hasta nosotros—. ¿Clara?

Levanté la cabeza y la miré tragando saliva. No tenía fuerzas para explicarle lo que estaba sucediendo. Ni siquiera que él solo estaba intentando ayudarme.

—Victoria se encerró y no dejaba entrar a Clara para dormir —respondió él dando una patada con rabia a la puerta.

La profesora abrió la boca para hablar, pero se detuvo al escuchar el sonido de la tarjeta incrustándose al otro lado y un pitido nos alertó. Victoria había intentado desbloquear la puerta para hacerle quedar de mentiroso, aunque no le funcionó. Miré a la profesora de nuevo y esta hizo una mueca y le pidió a Héctor apartarse y a mí la tarjeta.

Al abrirla cerró la puerta tras ella y entonces una avalancha de estudiantes apareció a nuestro lado, colocándose cerca para escuchar. Todos hablaban en murmullos haciendo gestos sobre lo que se le avecinaba a Victoria. Abrumada, decidí apartarme sentándome en el suelo lejos de la multitud. Solo quería que todo pasara.

Los minutos trascurrieron con lentitud para mi gusto, hasta que muchos escucharon un ruido dentro de la habitación y corrieron a meterse en las suyas para evitarse un lío mayor.

Tragué saliva al ver el rostro serio de la profesora acercarse hasta mí; Victoria seguía dentro.

—Gracias, Héctor. Ya puedes ir a tu habitación.

Este me miró por última vez antes de asentir y desaparecer. Me quedé estática y vulnerable, temiéndome lo peor.

—Ven, Clara. Creo que lo mejor será hablar y aclarar las cosas entre las dos. Esta situación es bochornosa y no puede repetirse.

Asentí jugueteando con las mangas de la camiseta. No sabía qué estaba queriendo decir con esa respuesta, ¿le habría dicho Victoria que todo había sido provocado por mí? ¿Que era mi culpa? No pude evitar sentirme expuesta y juzgada.

—Es-Está bien... —balbuceé.

Caminé seguida por ella y miré a ambos lados antes de entrar en la habitación y encontrarme a Victoria sentada sobre su cama mirándome con cara de pocos amigos. El odio que mostraban sus ojos era tan claro que un escalofrío recorrió mi piel. En ese momento deseé haberla hecho caso en su momento y no haber venido al viaje. Deseé volver atrás y refugiarme bajo las cuatro paredes que conformaban mi habitación y, por encima de todo, deseé tener a Jorge para protegerme. No pude evitar sentirme perdida y sola.

El ruido de la puerta al cerrarse me hizo sudar. Ya no tenía escapatoria.

Tenía que enfrentarme cara a cara con Victoria, delante de nuestra profesora, y no esperaba salir viva de esa situación.

CAPÍTULO 14: LAS PESADILLAS NO DEJAN DE AUMENTAR

Cada momento es cada vez más lento y es que cuando duele tanto respirar no pasa el tiempo; no pasa nada, sentir se ha vuelto nulo, indago en mi interior, en el dolor hoy solo encuentro nudos.
(Tiritas de alambre de Naiara)



—¿Y bien? —insistió la profesora arrugando el ceño y miró en dirección a Victoria.

—Hice mal. Estaba enfadada y fue lo que se me ocurrió, pero iba a abrirte al final —respondió encogiéndose de hombros.

Asentí con la cabeza mientras jugueteaba con las mangas de la camiseta. Por el tono hosco de su voz sabía que era una excusa tonta, una mentira para salir del paso y quitarse de encima a la profesora, que nos trataba como si tuviéramos cinco años. Yo no necesitaba una disculpa por su parte, sino que la profesora buscara una solución. No me iba a quedar tranquila teniendo que compartir habitación con ella.

—¿No te falta añadir algo más, Victoria?

Contuve la respiración. La tensión que se estaba formando en la habitación podía cortar más que un cuchillo. Mi compañera arrugó el ceño e hizo crujir los nudillos, provocando que mi cuerpo se pusiera en alerta.

—Lo siento.

Nuestra profesora sonrió como si acabara de conseguir que el presidente de Estados Unidos cerrase un acuerdo de paz con el de Rusia, y miró en mi dirección buscando algún gesto de complicidad por mi parte. ¿Debería creerme su disculpa mascada como si hubiera mordido un chicle? Aunque por la expresión de su rostro más bien parecía que había chupado un limón.

—Va-Vale...

—Bien, pues ya me retiro porque es tarde; no quiero más problemas. Ambas tenéis ya una edad y hay que gestionar los conflictos hablando, no haciendo estas cosas —respondió la profesora antes de levantarse y abandonar la habitación, dejándonos solas.

El sonido de la puerta al cerrarse me puso nerviosa. Supe que Victoria no había terminado conmigo en el momento en que su rostro esbozó una amplia y maléfica sonrisa. Traté de darle la espalda, pero ella me detuvo sujetándome por el brazo.

—Esto no ha acabado aquí. No tenías que haber metido a Héctor e ir de víctima delante de todos, porque no lo eres. Sé muy bien cómo actuáis las mosquitas muertas. Yo que tú me quedaría despierta esta noche —dijo con una expresión de satisfacción.

Mi cuerpo empezó a temblar en respuesta, pero no quise darle el placer de verme así, por lo que decidí coger el pijama y meterme en el baño. Una vez dentro me senté sobre la tapa del váter

y suspiré. Decidí mandarle un SMS a mi madre y a Jorge. A ella para decirle que estaba bien, aunque fuera mentira, y a él para contarle la verdad. El viaje estaba siendo una mierda y me estaba arrepintiendo de haber venido. Tecleé lo mucho que le estaba echando de menos y limpié una lágrima que descendía por mi mejilla antes de pulsar el botón de enviar.

Al terminar aproveché para cambiarme de ropa y me lavé los dientes. No escuchaba ningún ruido al otro lado, pero no quería salir y encontrarme de nuevo con una compañera que me odiaba por alguna razón que desconocía, aparte de por mi interés hacia su novio y el encontronazo que había tenido su padre con mi madre. Pero de eso yo no tenía la culpa. ¿Seguiría sin perdonarme por eso?

Miré el techo sin saber qué hacer. Mi cuerpo me pedía a gritos tirarme en la cama y mi mente me suplicaba desconectar, pero el miedo a que me hiciera algo era mil veces superior, un sentimiento tan fuerte e incontrolable que me aconsejó quedarme ahí refugiada. Al menos encerrada dentro del baño no podría hacerme nada. ¿Debería hacer eso? ¿Debería dormir en el suelo? Podía usar toallas a modo de almohada y manta, aunque la falta de colchón iba a resentirme. Tragué saliva yforcé el oído para escuchar el otro lado, se había abierto la puerta principal y escuchaba voces susurrando.

Por las risas intuí que eran las amigas de Victoria y al escuchar mi nombre me estremecí. Estaba claro que fuera corría peligro. Me senté en el suelo y me rompí en silencio, tratando de contener los sollozos lastimeros que salían de mis labios. Esta situación era una auténtica pesadilla.

Las horas pasaron, pero era incapaz de dormir. El suelo estaba frío y el ambiente no ayudaba, ni siquiera la toalla me tapaba demasiado. Pude escuchar cómo hablaban, aunque no entendía bien lo que decían porque susurraban para que los profesores no las atraparan. Escuché sus risas y después pasos hasta desaparecer de la habitación. Luego se hizo el silencio. Uno que no ayudó, pues era el mismo que hay en las películas de terror cuando la protagonista está cerca de la muerte.

Me mantuve en alerta un rato; los segundos se convirtieron en minutos y los minutos en horas. Nunca me parecía el momento adecuado para salir de mi burbuja y tirarme a dormir en la cama. Nunca me llegaba la ocasión para ser valiente y enfrentarla. No estaba preparada.

Y así fue como me acabé durmiendo, presa del cansancio. Mis ojos se cerraron como si fueran losas de mármol y al escuchar unos ruidos secos me costó abrirlos. Me dolía todo el cuerpo y había empezado a moquear. Me toqué la frente esperando no ponerme mala. Al escuchar la voz apremiante y hostil de Victoria me incorporé. Seguía en el baño con la puerta atrancada.

—Oye, rara, necesito entrar en el maldito baño, así que abre de una jodida vez —resonó sin dejar de golpear la puerta.

Me apresuré en despejar la cara con el agua fría del lavabo y abrí con miedo. Tuve que apartarme ligeramente porque ella dio un empujón para entrar y que me quitara. Ni siquiera le dio pena haberme hecho dormir en esas condiciones.

Ya fuera aproveché para cambiarme de ropa y cargar el teléfono móvil. Se me había apagado por culpa de todo ese lío. Al encenderlo vi la hora y calculé el tiempo que me quedaba antes de bajar a la cafetería para desayunar. Al menos había logrado sobrevivir al primer día, aunque me sintiera hecha una completa mierda. Entonces pensé en Héctor, ¿por qué tuvo ese arranque de amabilidad? No era típico en él. Suspiré, de todas formas, no podría averiguarlo.

Terminé de prepararme y dejé a Victoria duchándose. Cuanto más me distanciara de su presencia mejor. Ya solo me quedaba aguantar un par de días más.



A la mañana siguiente me apresuré en desayunar rápido para terminar de prepararme. Ya nos tocaba ir a PortAventura, así que no tardaríamos en tomar un autobús y aprovechar la mañana para al día siguiente regresar a casa. No veía el momento de volver pues, aunque Victoria parecía más calmada y había podido dormir en mi cama, no conseguía pegar ojo pensando en lo que podría hacerme. No descansaba bien, no era capaz de aprovechar bien el viaje, puesto que mi mente estaba centrada en vigilarla de reojo, era muy cansado.

Abrí la puerta de la habitación con alivio, pues sabía que Victoria siempre tardaba un rato en desayunar. Aproveché en preparar la ropa de recambio y me metí en el baño. Siempre había disfrutado ducharme escuchando música, me ayudaba a desconectar del mundo, por eso estaba tan ensimismada que no escuché la puerta de la habitación abrirse.

Fue el sonido de unas risas cercanas y la puerta del baño lo que me sobresaltó, dejando mi cuerpo en tensión. Me quedé quieta mientras unas voces femeninas llegaban hasta mis oídos a pesar de seguir con la música puesta. Asustada por lo que fueran capaces de hacer, me protegí el cuerpo con la cortina de la bañera y asomé la cabeza. No había nadie.

Tragué saliva y me metí prisa para salir y envolver el cuerpo con una toalla. Al mirar hacia la tapa del váter me di cuenta de lo que había sucedido. No estaba mi ropa donde la había dejado.

«Cálmate, Clara», pensé. «Seguro que la han dejado en la habitación, esta solo es otra de sus bromas». Mis dientes chirriaron al temer lo peor. Conocía lo suficiente a Victoria como para saber que era capaz de llegar al extremo con tal de hacer mi vida un tormento. Los pensamientos positivos se fueron a pique en décimas de segundo.

Abrí la puerta del baño y me dirigí hasta la habitación. Allí estaba sentada sobre su cama con una sonrisa de satisfacción plasmada en el rostro. Miré en dirección a donde tenía colocada la maleta y mi sangre se congeló al ver que no estaba.

—¿Dónde está mi ropa? —pregunté mordiéndome la mejilla interna para evitar llorar. Estaba cansada de hacerlo y demostrar debilidad.

«Tonta», me recriminé. «No tenía que haber venido. Ha sido un error».

—Fuera. Donde tendrías que estar tú —respondió sin un ápice de arrepentimiento. Se estaba mirando las uñas como si la cosa no fuera con ella.

Tragué saliva de nuevo y miré hacia la puerta que me separaba del resto de estudiantes. Estaba protegida por la toalla, pero saber que iba a exponerme y que se podía caer me daba mucha vergüenza. ¿Y si se reían? ¿Y si hacían fotografías? Además, habían sacado mi maleta para dejarla a la vista de todos. Mis sujetadores, mis bragas, mis objetos personales... Me aferré a la toalla que me cubría tratando de no pensar en ello y abrí la puerta.

Estaba en lo cierto.

Toda la ropa, todas mis cosas... absolutamente todo estaba tirado por el suelo mientras que el resto se reía y hacían fotografías. ¿De verdad nadie iba a ayudar? ¿Era lo único que sabían hacer? Mis mejillas se encendieron mientras intentaba recoger los pedazos de mi dignidad rota, entremezclada con las prendas de ropa.

Por si eso no era suficiente tortura, iba demasiado lenta. Solo usaba una mano porque con la otra intentaba sujetar bien lo único que me protegía. Era incapaz de levantar la cabeza y mirar al resto, solo quería que la pesadilla finalizara ya. Además, Victoria había cerrado la puerta, impidiéndome volver a entrar.

—Venga, daos prisa, que en poco tenemos que ir hasta... —le escuché decir al profesor—.

¿Clara? ¿Qué ha pasado aquí?

Al levantar la cabeza no pude evitar aferrarme más a la toalla y mi labio inferior empezó a temblar, avisándome de que estaba cerca de echarme a llorar.

—Vete a la habitación. Ahora mismo recogemos todo esto —continuó al ver que no respondía—. Quiero todos vuestros teléfonos móviles ya. De aquí no se va nadie hasta que borréis las fotografías que hayáis hecho.

—No puedo —susurré. Era imposible pronunciarlo en voz alta.

—¿Qué?

—Que no puedo —dije, esta vez con la voz rota por estar abnegada en lágrimas—. Ha cerrado la puerta.

El rostro del profesor se tornó rojo y empezó a aporrear la puerta de nuestra habitación, llamando la atención de más estudiantes. La profesora que había mediado la primera noche apareció y enseguida se puso a requisar los teléfonos al entender la situación. Al ver que Victoria había abierto la puerta me apresuré en meterme y me encerré en el baño. No quería saber nada de nadie más, pero las voces del profesor y mi compañera fueron imposibles de bloquear.

—¡Te has pasado veinte pueblos, Victoria! ¿Acaso tienes tres años?

—Era una broma, profe. No es para tanto.

—¿Una broma? Has llegado demasiado lejos. Susana me avisó de la situación del primer día y te advirtió que si volvía a suceder algo así tendría consecuencias.

—Solo dejé la maleta fuera, no le he hecho nada.

—Hablares con tus padres para que vengan a recogerte y a la vuelta tendrás que ir a dirección —le advirtió.

—¿Qué? —chilló—. ¡No podéis hacerme eso!

—No estás en situación de protestar. Ahora coge la maleta y ve al autobús.

El portazo resonó hasta en el baño. Mi cuerpo temblaba debido al frío, tenía los pies congelados por tocar el suelo, pero no me importó. Me sentí un poco mejor al saber que Victoria no continuaría el viaje, pero eso no quitaba que mi mente pensara en la de fotografías que habrían hecho. Me aterraba pensar que se pudieran quedar alguna y que acabara en Tuenti.

—Clara —le escuché a la profesora al otro lado de la puerta—, solo estoy yo. Puedes abrir y cambiarte, tranquila. Te dejamos unos minutos para que puedas terminar de organizar todo y bajar, ¿vale? Y no te preocupes por los demás. Hemos revisado que todos cumplieran borrando lo que hubieran sacado.

—Va-Vale, gracias —respondí agachando la cabeza. Aunque no pudiera verme seguía sin asimilar todo.

Al escuchar la puerta cerrarse respiré. Me aferré a la toalla por si acaso y asomé la cabeza hasta la habitación, asegurándome de que fuera verdad. Al ver la maleta de nuevo sin nadie a mi alrededor me apresuré en trabar la puerta principal por si Victoria decidía volver. Entonces aproveché para vestirme de una vez y terminar de organizar lo que ella había destrozado.

Esperaba que lo sucedido fuera suficiente para que me dejara en paz. Era lo único que quería. Una vez vestida y preparada, tomé mi teléfono y abrí los mensajes con rapidez para dejarle uno a Jorge. Ambos coincidimos en que al regresar a Asturias volveríamos a quedar. Le necesitaba.

Con ese pensamiento abandoné la habitación con la maleta a cuestas y me subí al autobús que nos llevaría hasta ese parque de atracciones que no me motivaba mucho visitar. No me gustaba el riesgo, así que sabía que me iba a limitar a pasear. Al menos ya solo me quedaba un día más y todo eso se quedaría reducido a una pesadilla amarga, una que esperaba no repetir.

CAPÍTULO 15: EL ERROR

*El dolor que hoy me apaga me ha convertido en un monstruo.
(Una lágrima de Shé)*



Por fin había regresado. En el momento en que vi el rostro de mi madre entre la multitud de familiares que se almacenaban cerca del colegio, esperando llegar a nuestro autobús, pude respirar, aliviada. Tenía que reconocer que también ayudaba que Victoria ya no estaba cerca, el ambiente ya no estaba tan tenso.

Al bajar y llegar hasta ella con la maleta a cuestas la abracé, quién me iba a decir que la iba a echar tanto de menos, que su presencia me iba a transmitir tanta calma, la misma que sentía cuando desconectaba leyendo o jugando al ordenador, aunque cada vez tocaba menos un libro. Era como si la luz de mi creatividad se estuviera apagando poco a poco.

—¿Qué tal todo, cielo? ¿Has visto muchas cosas? ¿Te has divertido?

—Sí, ha estado bien —mentí. Mis mejillas se encendieron al recordar los amargos días en el hotel.

Empecé a caminar tras ella mientras me iba hablando de sus estudios. A raíz del divorcio y tener que mudarnos a otro lugar, había tenido que buscarse las castañas del fuego para mantenernos y eso implicaba formarse para buscar un trabajo. Mi madre dejó de estudiar al conocer a mi padre y se dedicó a cuidar la casa y a nosotras, por eso al acabar la relación con él se quedó con una mano delante y otra detrás. Desde ahí nos inculcó que nunca dejáramos de estudiar, que lo más importante es tener una estabilidad económica y no depender de nadie. Por eso me hacía feliz verla bien. Verla sonreír por sentirse más libre, realizada.

Al alejarnos de la multitud pude ver a Matías apoyado contra el tronco de un árbol cercano. Mi cuerpo se tensó y empecé a mirar de un lado a otro deseando no encontrarme de bruces con Victoria, pero respiré al ver que quien se estaba acercando hasta él era Héctor, a quien le dedicó una sonrisa sincera.

—¿Clara? ¡Venga! Tengo que ponerme a estudiar para un examen.

—Ya voy, mamá —respondí mientras seguía observándolos de soslayo.

En cierto modo debía admitir que les tenía envidia. Me gustaba la relación de amistad que tenían, no cualquiera se quedaría esperando para ver a su amigo, pues la inmensa mayoría eran padres o madres. ¿Por qué no podía tener una amistad así? Al menos me reconfortaba pensar en que tenía a Jorge.

Ambos desaparecieron de mi vista al cruzar la esquina para llegar a mi portal, pero la curva

que hicieron los labios de Matías al formar una sonrisa provocó que mi corazón se encogiera y mis piernas flaquearan. Daba igual todo lo que pasara o con quien estuviera, esa reacción solo conseguía sacarla él.



Me miré al espejo lo suficiente para poder maquillarme. Entre los objetos que tenía el neceser de mi madre había un pintalabios que llamaba mi atención, pero no sabía si sería buena idea. Nunca antes había usado uno e igual era demasiada exposición para mí, pero ¿y si eso le gustaba a Jorge? Esa noche quería sorprenderlo, ponerme guapa para él, puesto que iba a salir de fiesta por primera vez en mi vida y quería causar buena sensación.

¿Tendría que beber alcohol? ¿Qué tipo de música habría en esos sitios? ¿Habría mucha gente?

Al final decidí arriesgarme y pintarme los labios. Me quedaba poco tiempo, pues habíamos quedado para dentro de media hora. Me buscaría donde casa e iríamos hasta un *pub* cerca de la catedral, en la Mon, donde salía la mayoría de personas de mi edad. Jorge aprovecharía a quedarse a dormir en casa de un amigo por ser viernes, así que tendríamos algo más de tiempo para estar juntos.

Repasé que todo estuviera en orden y salí, deseosa de encontrarme con él, pues los últimos días habían sido una mierda.

Al llegar al portal me apresuré en tirar de su brazo para alejarnos y darle un beso. Le había dicho a mi madre que iba a salir con una amiga de clase y con mi suerte seguro que se asomaba por la ventana para ver quién era. No estaba acostumbrada a mentir, pero no estaba preparada para hablarle de Jorge. Ni siquiera sabía cómo empezar y ya tenía ella bastante con lidiar con los estudios, el divorcio y nuestro sustento. Pero Jorge me detuvo y frunció el ceño.

—¿Por qué te has puesto pintalabios? Te van a ver todos los chicos, eso es de zorra. ¿Lo eres? ¿Te gusta que te miren?

Me quedé paralizada mientras sus palabras rebotaban por mi mente. Me hizo sentir culpable, vulgar. Yo no me había pintado para que nadie me mirara, sino para que él me viera bonita, y eso fue un error. ¿Estaba mal? No fue hasta meses más tarde que descubrí que había caído en la trampa que los ciegos denominaban amor cuando en realidad se llama dependencia y falta de confianza.

En ese momento me apresuré en borrar el carmín de mis labios y bajé la cabeza.

—No, yo... pensé que te gustaría.

—Joder, no. Además, no quiero acabar con eso en la cara, pareceré un payaso.

—Perdón —murmuré mientras sentía mi corazón acelerado. No me gustaba cuando hablaba así o hacía esos gestos de rechazo. Me generaba unos pinchazos en el estómago parecidos a cuando Victoria se metía conmigo delante de todos.

Subimos las calles conversando, pues a los pocos minutos se le había pasado. Normalmente solíamos hablar sobre sus temas, Jorge podía pasarse horas contándome aspectos relacionados con la música o su guitarra, incluso le brillaban los ojos y se ponía de un buen humor muy contagioso. Por eso la pregunta que me hizo mientras cruzábamos el paso de cebrá que había al final de Gascona me hizo detenerme un segundo.

—¿Qué te gusta hacer? Nunca me lo has contado.

«Porque nunca me has preguntado», tenía que haber contestado, pero, en cambio, sonreí, complacida.

—Desde pequeña me ha gustado mucho leer. Me gusta el olor que desprenden las páginas de los libros al comprarlos y poder sumergirme entre sus palabras. Cada libro es un viaje y a mí me gusta ser turista —divagué con una sonrisa amplia—. ¿Sabes? Mi madre me enseñó desde que empecé a escribir y leer a reseñar los libros que he terminado. Hace poco abrí un blog para hablar de ellos y...

—Qué rara eres —rio, cortando lo que iba a decir—. Eso es de frikis.

Sentí mis ilusiones romperse en pedazos, pero me tragué la decepción. Parecía que mi mente estaba de parte de Jorge, porque enseguida me hizo pensar que tenía razón. ¿Cómo eso iba a ser bonito o interesante? Su música era mucho mejor, así que me callé. Recordé las palabras de Victoria como espinas enraizándose en mi corazón, apretándolo hasta hacerlo sangrar: «Eres patética, a nadie le gusta. Es una mierda».

Tenía razón. Y Jorge no necesitaba a un lastre como novia, él quería a una chica divertida de la que estar orgulloso. Aun así, una minúscula voz me susurraba que eso no era verdad, la literatura era algo importante para mí, un recuerdo bonito de mi infancia y mi salvavidas en los momentos duros. ¿Me dejaría por eso? La presión empezó a atascar mi garganta, así que cedí.

—Es verdad. —Tiré de la comisura de mis labios hasta formar una sonrisa. Una que dolía—. Tienes razón, perdona.

—No haces algo como, no sé, ¿cantar, bailar, algún deporte? Mi ex hacía gimnasia rítmica. No veas cómo se abría de piernas —rio.

El sabor amargo de los celos tensó mi cuerpo. ¿Por qué tenía que hablar de su ex como si nos comparase? ¿Por qué lo hacía con ese tono jocoso e incidía tanto en los aspectos sexuales? Me hacía sentir rechazo, pero también inseguridad. Me hacía sentir inferior, inservible.

—No... no es lo mío —murmuré bajando la mirada, incapaz de ver su gesto de desaprobación.

—Bueno, si te pregunta algún amigo mío tú quédate callada —respondió agarrando mi mano en el momento en que empezamos a ver a toda la gente que había por la calle—. Y no te separes de mi lado.

—¿Van a estar tus amigos?

—Claro, vamos a aprovechar a beber.

—Pero me dijiste que... —balbuceé, luchando contra mis ganas de volver a casa.

—No seas aburrida, Clara. Todo el mundo bebe —rio—. Al final van a tener razón con que eres rara.

Asentí con la cabeza y me callé para no enfadarlo, aferrándome más a él. No estaba acostumbrada a meterme en aglomeraciones y el ruido que empezó a formarse a nuestro alrededor a medida que avanzábamos me hizo sentirme pequeña, una hormiga.

Al entrar en el *pub* me sentí dentro de una simulación. Las luces del techo iban variando mientras la música resonaba por todos lados. El espacio era tan escaso que era inevitable chocar unos con otros y la barra estaba tan llena que los camareros trabajaban sin parar para servir a su deshidratada clientela.

Me sorprendió que no nos pidieran el DNI, pero no me dio tiempo a pensarlo, puesto que Jorge tiró de mí para llevarnos hasta un grupo de chicos de nuestra edad. Escuché los nombres de milagro, la música estaba tan alta que era imposible conversar.

No tardaron en acercarse a pedir algo a la barra y cuando Jorge apareció con una jarra de cristal con un líquido oscuro me tensé. Nunca había probado el alcohol, mi madre nos había enseñado a mi hermana y a mí que no es necesario probarlo para divertirse y que nunca debemos hacer nada por presión social. No quería que bebiéramos tan pronto y fuéramos incapaces de

controlarlo.

Por eso cuando uno de sus amigos me ofreció un minúsculo vaso dudé. Era tan pequeño que no me parecía que fuera para tanto, así que, mirando a Jorge de reojo, buscando su aprobación, acepté. Vi que todos lo habían bebido del tirón, así que lo acerqué a mi boca e hice lo mismo. El problema llegó cuando el líquido empezó a descender por mi garganta y me detuve para toser. Raspaba.

—¿Qué es? —pregunté sosteniendo el vaso con el líquido sobrante. Me negué a seguir bebiendo, no sabía nada bien y no quería que mi garganta siguiera ardiendo.

—Jagger —respondió una de las chicas del grupo—. Creo que no es una bebida apta para principiantes. Yo he llegado a pillar unos ciegos... Joder, hasta lagunas he tenido —rio.

—Ah.

Me quedé sintiéndome tonta ante sus palabras, pero no seguí bebiendo, no quería terminar así. Vi cómo uno de los chicos le decía algo a Jorge al oído y este se empezó a reír, provocando que me tensara. ¿Estarían riéndose de mí? Me sentía invisible, sin saber qué hacer. Todos a mi alrededor bailaban y hablaban mientras que yo me había convertido en una estatua. Y a Jorge no pareció importarle, estaba muy entretenido compitiendo a beber con sus amigos.

Suspiré y cerré los ojos un momento para respirar. Tanto ruido ensordecedor y el estímulo de las luces estaba generando que mi alrededor empezara a dar vueltas. Si no salía pronto del *pub* terminaría desmayándome ahí mismo.

Miré a Jorge para avisarlo, pero estaba muy ocupado bailando pegado a una de las chicas, así que salí como pude chocando con gente que había cerca. Una vez fuera caminé unos pasos para alejarme de la multitud y me apoyé contra una pared cercana. El frío me ayudaba a pensar con claridad y relajar la tensión acumulada.

Me quedé así varios minutos, esperando que Jorge se diera cuenta de mi ausencia, pero fue en vano. Suspiré con molestia. No podía irme sin decirle nada, pero me moría de ganas de regresar a casa. Ese ambiente no era lo mío y no ayudaba sentirme un estorbo, pero como no podía dejarle tirado decidí armarme de valor y volver a entrar en el *pub*.

Dentro seguía siendo un hervidero de personas. Cada minuto que pasaba el local se llenaba más. Mi corazón latió acelerado al no ser capaz de encontrarlos, pero se detuvo en el momento en que encontré a una pareja besándose con pasión. Al principio me costó reconocer ese cabello oscuro, pero la ropa era idéntica. Eso, sumado a que el rostro de ella me sonaba de haberla visto en el grupo, me hizo acercarme. Mi mente suplicaba que fuera un error, que no fuera Jorge quien estaba desenfrenado toqueteándola, pero sus ojos azules me traspasaron al apartarse y darse de bruces con mi presencia.

Entonces me alejé en silencio.

Nada sería suficiente para transmitir el dolor que había hecho romper en dos mi corazón.

CAPÍTULO 16: LA CHICA DE LAS LETRAS

Abro los ojos, vuelvo a despertar sin ganas, sin nada; no puedo abrir la puerta y están tapiadas las ventanas. Yo siento que me ahogo, algo falla en mí; no sé qué he hecho mal, solo quiero salir de aquí.
(El sótano de Shé con Naiara)



—¡Clara! —chilló mientras yo bajaba corriendo por la calle.

Me negué a girarme y verlo detrás. Estaba demasiado dolida como para retroceder y tratar de escuchar lo que tenía que decirme. ¿Para qué? ¿Acaso había alguna justificación lógica tras la escena que había visto? Era imposible.

Su voz seguía resonando por la calle, casi desértica por la hora que era. Ni siquiera sabía si estaba yendo bien, pues me había marchado sin prestar atención en el camino y nunca había estado por esta zona antes. Aun así, no me detuve, pero él me alcanzó debido a su condición física, mejor que la mía.

—Joder, espera —gruñó sujetándome con fuerza del brazo.

—¡Suéltame! —protesté intentando zafarme—. Quiero volver a casa.

—Espera —suplicó y se arrodilló en el suelo, bajando la cabeza.

Me quedé estática, observándole sin saber muy bien qué hacer. Miré a ambos lados esperando que nadie pasara cerca, me daba mucha vergüenza cuando hacía cosas tan extrañas como esa y la gente nos miraba.

—Jorge, ¿qué haces?

Él siguió en su postura sin mediar palabra. Me revolví al no saber muy bien cómo actuar y mi cuerpo se tensó.

—¿Jorge? Levanta, anda. Esto no tiene gracia.

Pero seguía mudo, como si estuviera ido. Me agaché para ver mejor su rostro, no entendía si le estaba dando algo o qué le estaba sucediendo. ¿Habría bebido demasiado?

—Me estás asustando, Jorge. Levanta, por favor.

Los minutos pasaban y él seguía sin reaccionar.

—Joder —murmuré mirando a mi alrededor.

¿Qué hacía yo ahora? ¿Tendría que llamar a urgencias? Moví la mano frente a su rostro para ver si se movía, pero dio igual. Lo zarandeé un poco por ver si eso servía de algo, pero también fue en vano.

Rebusqué por el bolso mi móvil para llamar al 112, los dedos me temblaban debido al miedo mezclado con la preocupación. Entonces escuché una voz en la lejanía llamando a Jorge.

Colgué la llamada y le hice un gesto a la silueta para que se acercara, y él volvió en sí, aferrándose a mí mientras sus piernas se convertían en gelatina.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al llegar a nuestro lado uno de sus amigos.

—No lo sé —respondí mirando a ambos—. Parecía... ido.

—Joder... habrá pillado una cogorza buena —resopló mirándolo con enfado—. No te preocupes, yo me encargo de él.

—¿Qué vas a hacer?

—Clara, perdona —balbuceó Jorge con los ojos entrecerrados.

Asentí con la cabeza y miré a su amigo, expectante. ¿Cómo me iba a marchar y dejarle en ese estado? Me había dejado muy preocupada, pero también era tarde. Si no apuraba mi madre me regañaría y, conociéndola, se quedaría despierta hasta que volviera a casa.

—Lo voy a llevar a casa, a dormir la mona. Cualquier cosa te aviso desde su teléfono, pero no te preocupes. Seguro que después de que despeje se le pasará. Se ha pasado veinte pueblos bebiendo —dijo su amigo tirando de él—. Venga, *crack*, para casa ya.

Me quedé quieta viéndolos alejarse. Esa situación me había dejado en *shock*, sin saber qué hacer, y lo peor era que no me permitió fijarme que de repente había recuperado su estabilidad y había dejado de temblar. Claro que eso fue solo el principio, la manipulación psicológica para salirse con la suya y tenerme comiendo de su mano.

Y caí, vaya si caí.

Con ese malestar retomé la vuelta a casa y me metí en la cama. Lo último que retuve en mi mente antes de desconectar fue ese beso que lo había complicado todo; que me iba a meter directa en la boca del lobo.



Dos semanas más tarde lo habíamos arreglado, me generaba angustia estar sin él, volver a la vida donde estaba sola y no le importaba a nadie, así que tragué. Tragué todo lo que realmente sentía.

Aún seguía dándole vueltas al tema y me generaba inseguridades cada vez que entraba en su perfil de Tuenti, pero intentaba lidiar con ello. No podía evitar fisgonear los comentarios o estados que ponía y repasaba sus fotos una y otra vez, hasta que decidía apagar el ordenador e intentar distraerme haciendo otra cosa.

No me gustaban los sentimientos y pensamientos que me generaban mis miedos y dudas. Las inseguridades son una jaula que se va haciendo más y más estrecha, hasta llegar el punto de aplastarte. Cuando intentas reponerte ya nada es igual, pues te han quedado heridas, cicatrices, secuelas. Un gran monstruo negro que lo destroza todo a su paso.

Desde ese momento se había vuelto más asfixiante. Cuando estábamos juntos me pedía el teléfono para revisar mis mensajes privados de Tuenti, incluso sabía mi contraseña. También se había vuelto más celoso, se enfadaba cuando le hablaba de algún chico de clase y no permitía que sus amigos hablaran conmigo. Sin quererlo, me estaba metiendo en una cárcel de la que iba a resultar imposible escapar, puesto que él tenía la llave.

A eso había que sumarle su insistencia con el tema sexual. Ambos éramos vírgenes, así que sentía la presión por parte de sus amigos y, en consecuencia, me la traspasaba a mí. Esas dos semanas me habían provocado un auténtico dolor de cabeza porque estaba empeñado en que lo hiciéramos. Por más que intentaba explicarle que prefería esperar un poco más, terminábamos discutiendo porque pensaba que le estaba engañando con otro y volvía a armarme una escena donde se ponía ido.

Lo bueno era que habían expulsado a Victoria un par de días por su comportamiento en el viaje de estudios y con su regreso estaba más tranquila. Había decidido ignorarme y eso hizo que el resto de compañeros también lo hicieran. Si me daban a elegir entre ser invisible o el centro de atención en el mal sentido, prefería lo primero. Al menos siendo invisible no me hacían daño.

Por eso ese miércoles de abril estaba deseosa de regresar a casa y desconectar de todo. Me puse la mochila sobre la espalda y salí del aula. Había esperado a que saliera la gran mayoría para no chocar con nadie, así que estaba prácticamente sola.

Cuando estaba por el pasillo vi que la puerta de la clase de Matías estaba abierta y aún tenía luz dentro. Por curiosidad, decidí acercarme para espiar, asomando un poco la cabeza. Lo que menos me esperaba era encontrarme con él sentado en su asiento y un bolígrafo en la mano.

Intenté no hacer ruido para observarlo. Estaba ligeramente encorvado y escribía a gran velocidad, pero a cada segundo hacía chasquidos desaprobatorios y arrugaba la nariz, tirando el papel al suelo. Sus cejas oscuras y pobladas estaban fruncidas y sus ojos se movían de un lado a otro mientras sus piernas se mecían según algún tipo de compás. Me llevé las manos a la boca para intentar contener la risa al escucharle maldecir y resoplar. Incluso sus mejillas se habían encendido, presas de la rabia o la indignación.

Pero mis esfuerzos fueron en vano, puesto que mi risa quiso tener vida propia y el ruido provocó que Matías levantara la cabeza. Me alejé como pude, tropezándome con mis piernas, y me apresuré en bajar las escaleras, temerosa por si se asomaba y me reconocía. Suficientes problemas tenía ya.



Al llegar a casa comí con rapidez para poder ir al ordenador y entrar en Tuenti. No tardaron en llegarme las notificaciones y fotografías de compañeros de clase, pero me detuve en una en particular. Era una fotografía que mostraba el festival de fin de curso que se iba a realizar en junio y solicitaban personas para hacer alguna actuación, bien fuera cantar, bailar, alguna función cómica, tocar un instrumento o recitar alguna poesía.

Parecía interesante y me llamaba mucho la atención lo de recitar, pues desde pequeña mi madre me había hecho amar todo lo relacionado con la literatura y la poesía era un ámbito. Desde niña había aprendido a escribir poemas y me gustaba, pero este último año había perdido la ilusión y ponerme delante de todos... solo iba a conseguir que se rieran de mí, no podía ofrecerles nada que les dejara con la boca abierta, así que deseché las ilusiones tirándolas en la papelería más cercana.

Me fijé en los comentarios a ver cuáles eran las opiniones en general y mi corazón se detuvo al leer un nombre en particular.

Matías BV: Yo voy a participar cantando un rap, así que espero todo vuestro apoyo porque pienso petarlo, chavales!!

Si había algo que admiraba de él era su desparpajo y alta autoestima. Matías no tenía problema en anunciar cada cosa que hacía y apostar en grande, persiguiendo sus sueños. No se dejaba llevar por la vergüenza y daba un paso hacia delante mostrando a todos su talento, opinaran lo que opinasen.

Me recosté en la silla mientras recordaba cuando le había visto concentrado escribiendo en un papel. ¿Estaría componiendo el rap y no le salía nada? ¿Por eso había estado tan frustrado?

Seguí leyendo los comentarios, hasta que obtuve la respuesta.

Héctor Fernández: Ya la tienes echa? Vas a romperlo lokooo ;)

Matías BV: No. Estuve hoy intentando escribir pero no me salia nada. Quiero que sea algo potente, pero me quedo en blanco. Algo que haga que el colegio arda.

Héctor Fernández: Seguro que te acabara saliendo bro, no te ralles.

Matías BV: Ya te contare si me sale algo decente. Apuntaos genteeee, no seais gallinas. Yo quiero gallos para ser el puto amo del corral!!

Dejé de leer al acabar ese mensaje porque no pude evitar reírme. Se me hacía tan raro escuchar mi risa que me detuve a los pocos segundos, pero fue una sensación agradable. Sentir que las comisuras de mis labios se estiraban era liberador, extraño, y se lo debía a él.

Miré la libreta que tenía sobre la mesa del escritorio, al lado del teclado. En esa libreta tenía escritos algunos relatos y poemas sueltos que se me habían ocurrido meses antes, cuando Victoria no había mostrado mi privacidad delante de todos y me había ganado risas y abucheos. Desde ese momento no había sido capaz de plasmar ningún pensamiento ni idea sobre el papel.

Pero un gusanillo extraño se formó en mi estómago y comenzó a ascender por mi cuerpo, haciéndome coger un bolígrafo y empezar a hacer trazos sueltos sobre él. La sensación que tuve al empezar a escribir las primeras palabras fue tan gratificante como sonreír. Cerré los ojos durante unos segundos y me concentré en escuchar mis canciones favoritas, sacándolas de mi mente mientras una imagen comenzaba a formarse en mi mente.

Matías.

Sus ojos oscuros, su sonrisa ingrata, su picardía, su pasión al escribir, el brillo que desprendía su mirada al rapear, la singularidad de su voz al salir de su boca de esa forma tan sincera; tan real. Traté de conectar con todo eso y dejé que la creatividad saliera.

Estuve así media hora. Escribiendo, tachando, escribiendo de nuevo... la sensación de euforia acaparó cada poro de mi piel, haciéndome entregarme más. A día de hoy sería incapaz de transmitir lo que se siente al desnudar tu alma, al volcar en un papel todo lo que pasa por tu mente y notar que te has vaciado, que has dado a luz tu creatividad en forma de letras, de prosa y verso, de cuentos, melodías, diálogos o párrafos. Daba igual lo que fuera, el caso es conectar con el arte y la magia que reside en lo más profundo de tu interior.

Cuando terminé me estiré sobre el respaldo y sonreí. Me imaginé la cara de Matías al leer el rap que había compuesto y cómo sería escucharlo en el colegio, delante de todos. Mi *crush* era un pájaro con miedo a usar sus alas para volar y yo estaba deseando ser ese impulso que le ayudase a despegar. Así que pasé la letra al ordenador y lo imprimí, no sin antes firmar abajo bajo un pseudónimo que siempre me había acompañado.

La chica de las letras.

CAPÍTULO 17: ME ARREPIENTO

*Soy un juguete roto y no puedo arreglarme. Apenas tengo fuerzas para sostenerme.
(Juguete roto de Shé con Ambkor)*



Al día siguiente perdí el tiempo revolviendo por mi mochila, guardando las cosas con calma para que todos fueran saliendo al patio en el momento de descanso. Aún tenía los papeles con la letra que había preparado debajo de la mesa y los nervios a flor de piel. El ritmo enérgico de mis piernas era incesante, mi mente me torturaba con la idea de que no le gustase o los tirara en la papelera, por eso lo haría de forma anónima.

Lo tenía todo pensado. Letra hecha a ordenador, así no reconocería mi grafía, un pseudónimo y lo escondería cuando no hubiera nadie en su clase. Fácil, sencillo, directo. O eso me esforzaba en pensar, si no me animaba a mí misma no tardaría en echarme atrás y dejar los papeles hecho pedazos, como los anteriores que había escrito meses atrás.

Pero eso no era para mí, era para Matías. Quería echarle una mano, quería impulsarle para que se animara a volar, y no necesitaba gran cosa, solo mostrarle todo lo que podía ser capaz de hacer y conseguir gracias a su carisma.

Salí de clase con las hojas dobladas en cuatro partes, formando un bonito cuadrado. Miré por el pasillo en ambas direcciones, no había nadie cerca. Tragué saliva y me acerqué hasta la puerta que pertenecía al aula de Matías.

Me detuve analizando cada mochila que había tirada por el suelo, dudando si avanzar un poco más. No quería tardar mucho por si alguien me veía, no quería que se pensaran que estaba intentando robar algo, todo lo contrario, pero era complicado saber qué mesa era la suya.

Miré de nuevo el pasillo rezando para que nadie pasara en ese momento y me fijé en las mochilas. Recordaba que la suya era grande y negra, pero había varias parecidas. Entonces recordé que él llevaba una figurita colgada a modo de llavero. Me acerqué sin pensarlo y barajé unos segundos qué hacer. ¿La guardaba debajo de su mesa o en la mochila? Debajo de la mesa igual la perdía o se caía, pero dentro de la mochila sabría que alguien había hurgado en ella e igual se enfadaba. Resoplé, si seguía perdiendo el tiempo con mi suerte acabaría apareciendo alguien, así que me la jugué dejándola caer dentro de su mochila.

La miré por última vez y salí del aula esperando no arrepentirme. Me alejé hasta el patio deseosa por camuflarme entre el resto de alumnos y que nadie se hubiera percatado de que no estaba. Aunque, a quién quería engañar, nadie se iba a enterar de mi breve ausencia.

Mientras bajaba las escaleras recordé mi audacia. Nunca había llegado tan lejos y me daba

miedo haberme sobrepasado. Aun así, la euforia recorrió mi cuerpo, generándome un cosquilleo placentero que me hizo esbozar una tenue sonrisa. Ya estaba hecho, había logrado dar un paso para que Matías pudiera despegar y volar alto. Como solo él sabía. Como yo admiraba que hiciera.



Al llegar a casa suspiré. En poco tenía que ponerme a estudiar porque los exámenes se acercaban, pero no tenía muchas ganas. Desde que me había animado a hacer eso no podía dejar de pensar en cómo se lo tomaría Matías. Nunca había compuesto un rap, pero sí había hecho poemas y el rap no deja de ser poesía mezclada con melodía. Al menos en mi opinión.

Cuando acabé de comer me fui hasta mi habitación para sacar las cosas que necesitaba y ponerme a hacer los deberes. Odiaba Matemáticas, así que me pondría antes con Lengua y Literatura.

Entonces levanté la vista y miré el montón de papeles que tenía a un lado. Muchos eran de trabajos para el colegio, pero otros eran relatos y poemas que aún no había tirado. Arrugué el ceño al centrarme en esos, recordaba cuántos eran y cuáles eran porque los había releído hace poco, así que recopilé todos y los empecé a contar. Me detuve al llegar al final y levanté la cabeza.

Mierda.

Me faltaba uno.

Tragué saliva pensando en qué podía haber pasado. No era idiota y la opción que más barajaba era que había terminado en manos de Matías junto a la letra de su canción. Varios escalofríos me recorrieron, haciendo que mi cuerpo se tensara. Una cosa era darle una canción que hablaba de revolución y lucha y otra bien distinta darle un texto donde exponía mis sentimientos y desnudaba mi alma.

Mi corazón se empezó a acelerar. Sabía que Matías no era Victoria, pero me aterraba pensar que fuera capaz de reconocermelo y le mostrara a todos lo que había escrito. Ya había tenido suficiente una vez, así que tiré todos los papeles en la papelera. Ahí estarían mucho mejor.

Decidí no comerme la cabeza y centrarme en las tareas; ya era tarde para arrepentirme, no podía hacer nada, solo esperaba que no reconociera mi letra y dejara estar todo, si no estaría perdida.

Un par de horas más tarde suspiré y levanté la cabeza de delante de mis libros y libretas. Estaba cansada, así que abrí Tuenti y busqué a Jorge para hablar. Por suerte estaba conectado, así que me apresuré en saludarlo.

Me relajaba hablar con él, me gustaba poder distraerme y desconectar como cuando leía o jugaba al ordenador, pero últimamente él siempre acababa llevando la conversación al mismo terreno. El cursor quedó tintineando al leer su pregunta.

No quería hacerlo, pero las discusiones cada vez eran más constantes y él siempre conseguía que cediera, que me sintiera mal si seguía dándole evasivas o negativas. Jorge sabía qué punto tocar para hacerme flaquear y conseguir salirse con la suya. Y eso no me gustaba.

Vengaa, pásame una foto sexi. No es para tanto, además la veo y la borro.

Joe, venga, Clara. Que las novias de mis amigos lo hacen.

Si no siempre puedo pedírselo a Nerea, seguro que ella lo hace encantada.

Crují los nudillos mientras leía sus mensajes. ¿En serio me estaba diciendo que se lo iba a pedir a otra? ¿Me iba a dejar? ¿Tenía que hacerlo? Me mordí el labio sopesando las opciones. No quería hacerlo, pero tampoco decepcionarlo. Y quizás... pensaba que quizás tampoco sería para tanto, que una foto sugerente no haría daño a nadie y así estaría contento. Le haría feliz.

Esos pensamientos negativos me hicieron caer en la trampa. Cedí. Bloqueé las advertencias de mi cerebro, que me decía que no iba a ser una buena idea, que no dejaba de estar exponiendo una parte de mí íntima por una red social, a alguien que en el fondo no sabía cómo iba a actuar. Sí, quizás en ese momento no se la mostraría a nadie, pero ¿y después? ¿Y si cortábamos? ¿Y si se enfadaba? ¿Y si...? El problema es que esos pensamientos se desvanecieron; estaba cegada porque tenía que hacerle feliz, porque no podía perderlo, porque tenía el falso pensamiento de que si lo perdía me perdería a mí también.

Así que acepté. Le respondí que me esperase unos minutos y me dirigí con recelo hasta el baño. Puse el seguro para que ni mi madre ni mi hermana entrasen y me sorprendieran en el acto, y me quité la camiseta mientras el espejo me acompañaba, mostrando un reflejo con el que no estaba cómoda.

Miré la silueta que había frente a mí y me mordí el labio inferior, dudosa sobre lo que estaba a punto de hacer. No me gustaba mi cuerpo, veía mis pechos pequeños ocultos tras un sujetador rosado con dibujos. Mi vientre estaba redondeado y las curvas que tanto resaltaban en los anuncios de la televisión y las revistas brillaban por su ausencia.

¿Qué le iba a mostrar a Jorge? ¿Acaso le iba a gustar? Aún no nos habíamos acostado, no me había visto desnuda, pero con los comentarios que soltaba cuando estábamos rodeados de sus amigos me hacían intuir que no era su tipo. No era la chica perfecta, aquella persona con seguridad, carisma, carácter, una belleza explosiva y capaz de comerse el mundo con solo una mirada. No, yo solo era la chica invisible, esa que luchaba por no apagarse cuando el resto lo intentaba. ¿Qué tenía yo para aportar?

Me removí con incomodidad, luchando contra mis ganas de irme del baño y ponerme a hacer otra cosa. Mi mente no dejaba de repetirme que Jorge estaba esperando y que podía pedírselo a otra chica, a alguien con un cuerpo mejor que el mío; a alguien que le gustase más. Contemplé mi reflejo deseando saber qué hacer. ¿En sujetador estaba bien? ¿Debía de quitarme también el pantalón? La incertidumbre me desgastaba.

Suspiré mientras deslizaba mis pantalones por mi piel, quedándome aún más expuesta, más frágil, vulnerable. No tenía nada claro lo que estaba haciendo, era como si una venda me hiciera ir a ciegas, subida a una cuerda que colgaba de un precipicio. Un solo paso en falso y no habría vuelta atrás. Me habría perdido.

Analiqué mi silueta; mi ropa interior iba conjuntada en color, pero no me parecía suficiente. Hiciera lo que hiciese no lo veía apropiado, es más, me asustaba. De todas formas, sostuve el móvil entre mis manos y me acerqué lo suficiente al cristal para atrapar el momento en una imagen estática, una donde se me veía el rostro, donde la intimidad se había roto. Ya estaba hecho, había avanzado contra la cuerda.

Volví a vestirme y salí del baño con la sensación de que lo que había hecho estaba asfixiándome, estrechando mi garganta, pero la voz de mi mente intentó tranquilizarme recordando que a Jorge le iba a gustar, era lo que él quería; así me dejaría en paz, no me insistiría más. O eso pensaba yo.

Dudé un par de minutos. Dos minutos donde ambas opciones pasaron ante mis ojos como si

fueran un *flash*. Por desgracia, estaba tan ligada a él que me agarré a la desesperada a la opción errónea. Tragué saliva antes de contemplar por última vez la fotografía, esa que durante dos minutos fue mía, pero que luego pasó a ser compartida.

El problema era que en ese momento no me imaginaba cuánto; pues jugar con fuego siempre conlleva el riesgo de quemarte.

CAPÍTULO 18: DOSIS DE ESPERANZA

Le pesa la sonrisa demasiado. Le tiembla la mirada, casi siempre para abajo; se la tapa con su pelo largo, solo las canciones de tu grupo preferido te dicen algo, siempre sola con un walkman por el patio.
(Canción para Elisa de Shinoflow)



Por fin llegó el día.

Abril y mayo se fueron para dar paso a junio, ese maravilloso mes en el que los exámenes llegaban a su fin y tenía el suficiente tiempo libre para poder quedar más con Jorge. Ambos nos habíamos distanciado un poco debido a los estudios y eso me generaba ansiedad. Las discusiones eran constantes, su insistencia por dar otro paso en la relación había aumentado y sabía qué decirme para que cediera y aceptara resignada. Aun con esas yo tenía ganas de estar con él. Jorge para mí era como una droga y sus palabras de cariño, mi necesidad.

Era viernes. Ese mágico viernes que llevaba anotando en todas mis libretas y en mi agenda, rodeando el número diez con estrellas y corazones. Era el día en que Matías iba a actuar frente al colegio. Tendría que dar un paso hacia adelante y cantar delante de todos sus compañeros y profesores, algo muy importante para darse más a conocer. Todos los que asistíamos a ese colegio estaríamos ahí, eso implicaba a mucha gente.

Me desperté con un revuelo de mariposas en el estómago debido a la incertidumbre. ¿Qué cantaría al final? ¿Le habría gustado la canción o la habría tirado? ¿Habría compuesto otra? ¿No tendría nada? Todas las opciones se agolpaban en mi interior, generándome un amargo sabor a nervios. Pero por encima prevalecían las ganas de verlo, escucharle cantar era despertar la misma magia que sentía al escribir, al leer, al desarrollar la creatividad que ahora tenía encerrada bajo los barrotes que conformaban mi jaula de cristal, esa que opacaba mi capacidad de poder brillar.

Al llegar al salón de actos ese revuelo de mariposas se incrementó. Habían decorado el escenario poniendo una cortina rojiza, propia de los teatros. Los presentadores que habían asignado ya estaban preparados situados en un lateral y las personas que iban a participar haciendo algún baile, cantando o tocando algún instrumento ya estaban detrás.

Eché un vistazo entre los asientos libres y decidí situarme en medio, ni muy cerca ni muy lejos del escenario, para poder estar camuflada y que nadie analizara mis gestos cuando a Matías le tocara actuar. Jugueteé con las mangas de mi camiseta blanca mientras contemplaba mi alrededor. No me detuve mucho por si mi mirada chocaba con los ojos de otra persona, pero pude fijarme en los paraguas de cartulina y los globos que habían unido a las cortinas y la frase que habían pegado en la pared esperando motivar al alumnado a cumplir sus sueños.

Me sobresalté al escuchar el chirrido por parte del equipo de sonido al hacer la prueba de voz uno de los presentadores. Todos se quedaron callados mientras el chico de la clase de ciencias avanzaba hasta el centro del escenario, acompañado por una compañera de mi clase, que llevaba unos folios en la mano.

—Bueno. Bienvenidos todos al mejor festival de fin de curso al que hayáis podido asistir. Un escenario que esconde un abanico de artistas cuyo talento está a punto de ser descubierto.

—Comenzaremos por el grupo de baile de las chicas de cuarto A, para dar paso después a Álvaro, que nos dará un pequeño concierto con la gaita —continuó su compañera—. Y seguiremos con Ana, que nos va a recitar unos poemas, para terminar con Matías, que nos va a deleitar con dos propuestas musicales que harán que el escenario se rompa.

—Así que poneos cómodos en vuestros asientos y demos paso a la primera actuación, donde Lucía, Elena, Martina y Esther van a bailar *Don't stop the music* de Rihanna. Un fuerte aplauso para ellas.

Admiré en silencio su coreografía. Me avergonzaba reconocer que la primera vez que las escuché hablar de bailar una canción me acerqué hasta ellas y les pregunté si podía unirme. Lo único que conseguí fue que se rieran en mi cara y me dijeran que mejor me dedicara a otra cosa porque querían hacer una buena actuación y yo la estropearía.

Eso no quitó que admirase lo que estaban haciendo. Me gustaba fantasear con la idea de que tenía la misma coordinación que ellas y que el resto de personas enmudecía al verme bailar. Era un sueño inalcanzable, utópico, pero bonito. En el fondo estaba deseando hacerme ver, sobresalir. Quería que todos fueran conscientes de la magia y luz que escondía bajo capas de timidez y silencio. Esas que se morían de ganas por esfumarse. Por desaparecer. Pero no era valiente, no estaba preparada para dar ese paso hacia adelante y volar.

Iba disfrutando de cada actuación, pero cada minuto que pasaba mi nerviosismo se disparaba. Ansiaba ver ya a Matías, escucharle cantar, empaparme de ese magnetismo que desprendía al verle conectar con las letras que salían de sus labios. Esa boca que me hacía vibrar sin ni siquiera tocar la mía.

Por eso, en el momento en que el presentador anunció su nombre mi corazón latió desbocado. La música empezó a resonar por los altavoces que había en los laterales del escenario y los silbidos de sus amigos acompañaron el instante, consiguiendo que el vello de mi piel se erizara. Era increíble lo que era capaz de sacar de mí, ni siquiera había aparecido y ya tenía mis sentimientos a flor de piel.

Las primeras palabras resonaron a nuestro alrededor, inundando el escenario, pero sin duda arrasaron en mi interior como si se tratara de un tsunami. Las cortinas se movieron para darle paso y todos se rindieron ante él.

No podía creerme que estuviera cantando la canción que había compuesto para él. Mi labio inferior vibraba al son de sus palabras, que recordaba como si estuvieran tatuadas en mi piel. Era increíble la sensación de euforia que estaba sintiendo, me sentía en una nube al escuchar su tono de voz jugando con la letra y la melodía. El resto le seguía aplaudiendo, acompañándolo en las partes que podían, como el estribillo.

—*Alza los puños, que lleguen al sol. Alza los puños, lucha sin temor; Alza los puños y grita sin control. ¡La revolución! ¡La revolución!*

Sonreí como una tonta al verle levantar las manos y dar saltos en el escenario. Matías era un imán con el suficiente campo magnético como para hacer girar a todo el sistema solar a su alrededor. Lo mejor de todo era que ni se daba cuenta del enorme poder de atracción que tenía sobre el resto, era algo innato, real. Tan real como la explosión de emociones que nacían de mí al

escucharle.

Al terminar me fijé en que su mirada se perdía entre la gente, buscando a alguien en particular. Hizo una reverencia enérgica que se perdió entre los aplausos y vítores de los compañeros, algunos incluso se habían levantado del asiento para hacer más ruido. Todo mi alrededor se paralizó al ver que llevaba el micrófono a la boca para hablar y sus ojos hicieron un barrido rápido a la zona donde estaba sentada. Mi corazón se agitó al barajar la posibilidad de que estuviera buscándome a mí, que intentara hallarme entre el público.

—Bueno, espero que os haya gustado la canción. La verdad es que la letra no es mía, pero agradezco un montón que me la hayan pasado porque era justo lo que buscaba, romper el escenario. Por eso quiero darle las gracias, en especial, a...

Pero, como siempre, los sueños y las esperanzas son tan frágiles que no tardan en hacerse añicos, y los míos se desvanecieron en el momento en que sus palabras quedaron en el aire al ver a Victoria subirse al escenario bajo la mirada perpleja de los presentadores y el ceño fruncido de algunos profesores. Incluso Matías la miraba sin comprender nada, con una expresión confusa dibujada en el rostro. Pero todo empeoró cuando ella le quitó el micrófono y aclaró la voz antes de hablar.

—Quería subir para apoyar a Mati personalmente. Como sabéis, soy su novia y le vi rayado por esto de la actuación, así que pensé cómo ayudarlo e hice esta canción para él. Me alegra mucho que te gustara —dijo antes de esbozar una sonrisa de satisfacción y tiró de su camiseta para estamparle un beso en los labios.

El dolor que sentí al ver esa imagen me hizo levantarme del asiento de forma automática. Mi mente estaba demasiado centrada en la vergüenza que estaba sintiendo al ver cómo Victoria se apropiaba de una canción que no le pertenecía, mientras que el resto de personas aplaudían y la felicitaban. ¿Acaso no se daban cuenta de que ella no había compuesto una canción en su vida? ¿Que no escribía?

Avancé unos pasos sin atreverme a mirar ese escenario que me producía escozor. Eso iba más allá de cualquier humillación que hubiera vivido antes, Victoria había aprovechado mi momento de adrenalina y satisfacción para romperlo y opacarme. ¿Acaso era posible sentirme más pequeña? ¿Más invisible? Me moría de ganas por subirme al escenario y gritar a los cuatro vientos que esa canción era mía, me pertenecía. Pero eso significaba exponerme y que la gente me cuestionara. Sabía que, de saber que la canción la había compuesto yo, no la alabarían ni la aplaudirían como estaban haciendo ahora, así que continué alejándome, dándoles la espalda, pero el tono de voz particular de Matías me hizo detenerme, sorprendiéndome con algo que ni yo me esperaba.

En ese momento mi alrededor se detuvo; solo estaba él, iluminándolo todo con su luz. Me otorgó una pequeña dosis de esperanza a base de rap.

CAPÍTULO 19: LUZ EN LA OSCURIDAD

Abres la puerta y se escapa el arcoíris, de todos los colores solo se quedó el gris. Es imposible ver el cielo reflejándose en mi iris, ¿estoy muerto? Quizás estoy viviendo en blanco y negro.
(Del romance al hiperrealismo de Shinoflow)



—Para acabar quiero mostraros una canción que compuse a raíz de la otra. Me hizo darme cuenta de la cantidad de personas que hay a nuestro alrededor y no las vemos porque no se dejan ver, se apagan. Y yo quiero ayudar. Así que aquí va. —Carraspeó.

La base empezó a sonar por los altavoces. Era una melodía suave y dulce que no tardó en acompañar con su voz, y fue la letra la que hizo que mi corazón se acelerase. Además, un escalofrío placentero recorrió mi nuca, seguido por el miedo de sentirme expuesta porque había sido capaz de adentrarse en mi interior sin decir una palabra.

Y eso asustaba. Me aterraba. Por eso mis pies se quedaron anclados en el suelo, deseando saber por qué había compuesto esa canción. Porque si cerraba los ojos sentía que se había fijado en mí, aunque al abrirlos la realidad me golpeaba, recordándome que no era nada. No era nadie.

—*Abre los ojos y escúchame bien, no les hagas caso, debes hacerte valer. Ellos no saben, hablan sin saber, es solo una etapa, tú decides qué hacer. Por eso lucha, grita y vive sin miedo, Son días difíciles, pero mira hacia el cielo, el sol te ilumina, levanta tu vuelo. Sigue tu camino y empieza de cero.*

Miré a mi alrededor. Sus amigos estaban grabándole con el teléfono móvil para, seguramente, subir después su actuación a YouTube. La mayoría estaba sorprendida, pero nadie decía nada al respecto, la única persona con expresión de desagrado era Victoria, que miraba a su novio con los labios torcidos y unos pliegues en la frente.

Pero Matías continuó y por un momento sentí que sus ojos conectaban con los míos. La transparencia de su mirada cálida acompañada por el tono de su voz hizo que mis piernas se volvieran de gelatina. Era el único capaz de conseguir hacerme temblar.

—*Desde las sombras seré tu consuelo. Anhele que el brillo de tus ojos vuelva sin temor, si necesitan color seré tu pintor. La goma de la vida borra cualquier error, por eso sigue adelante, mira en tu interior. Lucha, camina hasta el final, no permitas que nadie apague tu luz al hablar. Vales más que nadie, eres real, tu luz ilumina en la oscuridad. Lucha, grita, vence tu miedo, que todo lo vivido quede en el recuerdo. No permitas que nadie apague tu luz al pisar, vales más que nadie, te lo digo tal cual. Te lo digo tal cual.*

Cerré los ojos mientras el último verso del estribillo rebotaba en mis oídos. Era como un

zumbido formando un eco que me torturaba, chocaba con los muros y las capas de miedo e inseguridades que había ido creando a modo de protección.

Matías seguía dándolo todo sobre el escenario, pero sus palabras me estaban asustando. Me aterraba pensar que había leído alguno de mis textos, que se había visto en la necesidad de hacer una canción para ayudarme porque le daba pena. Sentí que mis ojos comenzaban a empañarse por las lágrimas que amenazaban con salir y no tuve la fuerza suficiente para bloquearlas. Dos gotas acristaladas se deslizaron por mis mejillas al darme cuenta de la realidad. Nunca sería capaz de brillar, no como él lo hacía.

Mientras que él había alzado el vuelo, mis pies habían decidido quedarse anclados en el suelo, temerosos por la caída. No estaba preparada para otro golpe más, mis alas tenían demasiadas heridas.

Así que me alejé. Decidí dejar atrás a él y a la canción antes de acabar derrumbada por completo delante de todos y delatarme. No quería ser cobarde, pero el miedo me engulló.



Al día siguiente recordé todo lo sucedido mientras escuchaba música tirada sobre mi cama. El sentimiento agri dulce que se había disparado por mi cuerpo seguía ahí, no se había ido.

Decidí levantarme y entrar en Tuenti para ver qué comentaban sobre las actuaciones del día anterior. Rebusqué por la página hasta dar con una fotografía en la que salía Matías cantando y le habían etiquetado. Sonreí al ver que todos le felicitaban, nadie se esperaba la segunda canción.

Entonces reparé en que tenía un mensaje privado y cliqué, movida por la curiosidad. Mi corazón se paralizó durante unos segundos al ver el propietario. Era él.

Matías BV: Te gusto??

Eché la espalda hacia atrás y mi cuerpo se desequilibró, amenazando con tirarme de la silla. El mensaje me había puesto tan nerviosa que no sabía ni moverme. ¿En serio mi *crush* me estaba preguntando si le gustaba? ¿Qué narices iba a responder a eso?

Repiqueeté los dedos contra la mesa del escritorio, ni siquiera sabía hacia dónde mirar. ¿Debía cerrar la página y esconderme bajo las sábanas? ¿Por qué me estaba preguntando eso?

Me sobresalté al ver otro mensaje privado. No quería abrirlo por el miedo, pero la curiosidad fue superior. Pulsé cerrando un ojo, pero con el otro miré de refilón.

Matías BV: Tan mala fue la actuacion que no respondes? Jaja

La sangre me volvió al cerebro en el momento en que leí esas palabras. Se me había olvidado que Matías no era el mejor escribiendo y se comía algunas tildes. Tragué saliva. No entendía por qué me estaba preguntando a mí directamente, ¿acaso había adivinado que la primera canción la había compuesto yo? Suspiré.

Tecleé una respuesta en la que le comentaba el talento que tenía, pero decidí borrarlo. ¿Sería demasiado? Quizás debía ser más escueta.

Clara Ruiz: Estuvo bien ☺

Cerré los ojos de nuevo, presa por la vergüenza. Diablos. ¿Por qué era tan complicado

hablar con la persona que te gusta? ¿Por qué me sentía como una tonta? Pusiera lo que pusiese nada me parecería suficiente, más bien algo tonto e insignificante.

Matías BV: Ah, guay jaja Mola.

Dejé pasar varios minutos esperando algo más por su parte, pero suspiré al ver que no llegaba nada. ¿Eso era todo? ¿Debía haber dicho algo más? Cerré los ojos por tercera vez. Fue bonito mientras duró. Al menos me había escrito. Ese día tenía que anotarlo en la agenda como un hito histórico.

Me sobresalté al escuchar la melodía de mi móvil. Mi vida social era tan reducida que eso también podía ser catalogado como un hito, así que no tardé en calmarme al ver el nombre de Jorge en la pantalla. Una sensación agridulce se almacenó en mi interior al dudar en responder. Por un lado, quería verle, pero por otro... sabía a lo que eso equivalía. Aun así, lo hice, sino no tardaría en recibir veinte llamadas más y varios mensajes de texto preguntándome qué hacía. Me sentía asfixiada cuando hacía eso.

—¿Vienes hoy a mi casa? Estoy solo.

Me mordí el labio inferior. Podía haberlo camuflado bajo la premisa de ver una película, o no mencionar esa parte y dejarlo en dar un paseo o tomar algo en una cafetería. Pero no, últimamente estaba impaciente por acostarnos. Quisiera yo o no.

—¿Por qué no vienes aquí y damos una vuelta? Es que ir hasta allí... —me excusé.

Me daba vergüenza admitirlo, pero no me gustaba coger un autobús por mi cuenta para ir hasta otra ciudad. Me hacía sentirme perdida.

—Venga, Clara, no seas así de aburrida. Te digo que estoy solo, ¿y tú quieres dar una vuelta por Oviedo? Seguro que si se lo digo a Nerea viene encantada. A veces pienso que estoy saliendo con una cría. —Resopló.

—Está bien. Voy.

Entonces colgó.

Nada de «te quiero», nada de «quiero verte», ni «tengo ganas de estar contigo», ni siquiera un «te he echado de menos». El malestar se incrementó en mi interior, generándome un molesto picor en mis ojos, amenazando con llorar, pero las capas de miedo e inseguridad que tenía adheridas a mi corazón tiraban de él, recordándome que tenía que hacerlo, que las relaciones eran así, lo normal. Que bastante estaba haciendo ya saliendo con una cría, que tenía que crecer y estar a su altura si no quería que se cansara de mí, que tenía que resignarme, madurar. Mis miedos y dudas tendrían que desaparecer, no importaban, pues para mí lo único indispensable en ese momento era gustarle a Jorge, tener a alguien a mi lado, sentirme especial.

Me autoengañaba pensando que en ese momento yo era especial para él. Que no me dejaría caer.



Llegué a la estación de autobuses y me quedé fija mirando a mi alrededor esperando encontrarle entre el grupo de personas que estaban cerca esperando a algún conocido. Suspiré al ver que todavía no había llegado, me tocaría esperar.

Quince minutos más tarde le vi llegar y nos dimos un escueto beso antes de tirar de mí para que le siguiera. Me mordí el labio esperando que me preguntara qué tal me habían ido los exámenes o qué tal yo en general, puesto que yo estaba demasiado tensa jugueteando con mis

manos sin saber muy bien qué decir ni hacer. Le miré esperando que, al menos, me devolviera el contacto visual, pero no llegaba. Estaba demasiado ocupado mirando a su alrededor con el paso apurado.

—Bueno, ¿y qué tal todo? —preguntó al llegar frente a su portal.

Suspiré aliviada al ver que por fin había roto el hielo y parloteé sobre la actuación del día anterior. Estaba tan emocionada recordando que Matías había cantado la canción que había compuesto delante de todos que se me olvidó que a Jorge no le gustaba que le mencionara.

—Qué pesada eres hablando de ese tío. Si tanto babeas por él, ¿para qué vienes conmigo? Que te folle él entonces, seguro que no serías así de estrecha —respondió con sequedad antes de dar una patada a la puerta para abrirla.

Sus palabras fueron como una jarra de agua fría impactando sobre mi rostro. Bajé la cabeza y murmuré una disculpa, sabiendo que no serviría de mucho. Ya la había cagado otra vez, así que me sentí tonta.

—Mejor entra. Así te recuerdo que eres mía.

Mis piernas temblaron al escuchar las últimas palabras, pero le seguí. Tenía que haber previsto que esas palabras no presagiaban nada bueno, que nadie que diga eso puede pensar en algo decente, sobre todo hablándome como lo había hecho un par de minutos antes, pero la venda que llevaba sobre los ojos era tan opaca que me impedía darme cuenta de la realidad.

Al llegar a su habitación no tardó mucho en acostarme sobre la cama y colocarse encima para besarnos y hacer un recorrido por mi cuello. Las hormonas se dispararon, pero también el miedo. Miedo a no ser suficiente, a no saber qué hacer, a hacerlo mal, a sentir daño, a defraudarle. Miedo a todo porque la primera vez, en el fondo, esperaba que fuera especial.

Aun así, dejé que continuara y sus manos empezaron a enredarse por mi camiseta, buscando la forma de tirar de ella para quitarla. Cuando lo consiguió me sonrojé. Aun llevaba los pantalones vaqueros puestos, pero eso no evitaba que quedarme en sujetador ya fuera un gran paso. Le había escuchado tantas veces hablar con sus compañeros de lo que le gustaban unos pechos grandes que no pude evitar sentirme una tabla.

Le miré a los ojos esperando algún gesto de cariño, alguna manera de conexión, pero sus ojos estaban demasiado ocupados en analizar mi delantera, y frunció el ceño.

—Joder, no tienes tetas. ¿El sujetador llevaba relleno?

Tragué saliva al escucharlo y bajé la mirada hacia el colchón. Un pensamiento de culpa me invadió. «Seguro que Nerea tiene mejor pecho que yo. Seguro que le gusta más que yo. Solo soy una niña, ella es mucho más guapa». Los pensamientos negativos revoloteaban por mi mente, deseando ser mejor. Tenía una necesidad enfermiza de conseguir su aprobación, de gustarle, de sentirme deseada. Quería sentirme especial.

Aun así, continuó su recorrido y sus manos siguieron tanteando el terreno. Yo miraba su camiseta, aun puesta, sin saber muy bien cómo actuar. ¿Tenía que quitársela? ¿Si lo hacía sería demasiado? ¿Debería esperar a que lo hiciera él? Dudas, tantas dudas bloqueándome que me sentía presa. La peor sensación que hay es no poder dejarte llevar.

Mis pantalones no tardaron en dejar de proteger la desnudez de mis piernas, y entonces sí que todo se complicó. Quedar reducida a la protección de mi ropa interior mientras que él me atacaba el cuello, deseoso de dejarme la marca de un chupetón, hizo que las alarmas de mi inseguridad y mis miedos saltaran. Me alejé un poco, apartándole con delicadeza, pero él volvió a detenerse en mi cuello mientras sus manos apretaban mis nalgas, haciendo que mi cuerpo se tensara.

—Jorge, espera —insistí.

Entonces se alejó y frunció el ceño, exhalando un suspiro de molestia.

—¿Qué pasa?

—Es que... Creo que...

Las palabras quedaron en el aire al cerrar mis labios. Me avergonzaba tener que decirle que no quería seguir por miedo a que se enfadara y volviéramos a discutir, pero no me sentía preparada para ir más lejos.

—¿Qué? —preguntó con molestia—. Ya me has cortado el rollo.

—Es que no estoy preparada —respondí con un hilillo de voz, bajando la cabeza.

—Llevamos ya unos meses, ¿cuánto tiempo quieres que esté así? Soy un chico, tenemos nuestras necesidades.

Suspiré al escuchar sus palabras. Mi mente las grababa como si fueran leyes, haciéndome pensar que tenía razón, que no podía ser tan niña. Si no hacía lo que él quería me dejaría de querer, volvería a estar sola. Y yo no quería eso.

—Es-Está bien... —acepté con un temblor en mi voz que delataba que, en el fondo, mentía.

Dejé que siguiera su ruta por mi cuerpo, aun cuando si tocaba ciertas zonas mi cuerpo se tensaba, temiendo la continuación. No entendía el motivo, siempre que escuchaba a otras chicas hablar, veía las películas o leía libros, la protagonista sentía placer, estaba segura de lo que hacía, disfrutaba. Sin embargo, yo era un manojo de nervios e incertidumbres, mis pensamientos navegaban en un mar de dudas y de inseguridades. No sentía esa conexión de la que tanto se hablaba, esa sensación de confianza y bienestar. No me sentía grande, en ese momento era la persona más pequeña del mundo.

Al escuchar el sonido del envoltorio de un preservativo rompiéndose mi corazón latió agitado. Jorge se acomodó entre mis piernas y colocó su parte íntima sobre la mía, presionándola con mayor dureza de la que me hubiera gustado. Contuve un quejido mordéndome el labio inferior y mis dientes chirriaron. Joder, cómo dolía.

Cada movimiento que hacía con la cadera me molestaba, no sentía nada de placer. Respiré de forma agitada y me removí para intentar ganar espacio y apartarlo, pero él me sujetó por las muñecas.

—Jorge, me duele —protesté. Me estaba costando soportar el dolor.

—Bueno, pero es algo que tienes que pasar. Aguanta un poco más.

—Pero...

Mis palabras se quedaron en el aire al ver que aumentaba la velocidad en vez de reducirla. Me removí con mayor firmeza, tratando de sacarlo de mi interior, pero él era más fuerte. Varias lágrimas cayeron por mis mejillas al darme cuenta de que no se iba a detener y yo no iba a ser capaz de aguantar mucho más.

—Por favor, déjalo. Me duele mucho.

—Aguanta, Clara. No seas dramática —respondió apretándome los pechos, haciéndome daño al tirar de una de mis aureolas—. No es para tanto.

Tragué saliva mientras mi mente intentaba memorizar sus palabras. Empecé a pensar que tenía razón, que todas tenían que pasar por eso y yo estaba siendo muy cría. ¿Por esto todas querían perder la virginidad? ¿En esto consistía hacerlo? Dejé que sus manos apretaran mis muñecas mientras el ritmo de sus embestidas aumentaba al estar más cerca de acabar, incluso la fricción del plástico contra mi piel me molestaba, haciéndome daño.

Al terminar, Jorge se desplomó contra mi cuerpo antes de girarse y colocarse a un lado para terminar de sacarse el preservativo. Aguardé a que me abrazara o me acariciara como sucedía en las películas, pero se incorporó y empezó a vestirse. Al ver que me había quedado quieta

mirándolo frunció el ceño.

—Pensaba que... Pensaba que nos quedaríamos en la cama un poco más... juntos.

—En poco vendrá mi madre. Será mejor que te vistas y te vayas —me indicó terminando de ponerse el pantalón—. Yo aprovecharé a dormir un poco. Estoy cansado.

Asentí, guardándome los pensamientos que se agolpaban en mi mente y el sentimiento de decepción. No pude evitar pensar que estaba siendo muy intensa por querer más y tenía que comprender que estuviera liado. Tenía la PAU a la vuelta de la esquina y yo solo estaba molestándolo.

Salí de su casa y puse rumbo a la estación sola, esperando no perderme. Aunque intentara convencerme de que Jorge tenía razón, que era una niña y una dramática que pedía demasiado, en el fondo una voz que luchaba para no extinguirse me susurró que eso no era amor.

Nunca un sentimiento tan mágico y poderoso puede hacerte sentir tan confusa y vacía.

CAPÍTULO 20: HAY DOS TIPOS DE CRUSH

*Hoy he vuelto a conocer a la ansiedad, al miedo, a la tristeza, de cerca, a la de verdad, y es que hoy he vuelto a escuchar a mi alma gritar, he vuelto a temblar, a tiritar sin parar de llorar.
(Cuida tus palabras de Shé)*



El fin de semana pasó rápido, como de costumbre. Quién me iba a decir que solo faltaban dos semanas para la graduación y dar por finalizada mi etapa escolar obligatoria. Después me tocaría el temido Bachiller, donde ya tendría que decidir hacia qué rama decantarme y empezar a valorar qué carrera tenía pensado hacer. En mi familia, mi madre esperaba que fuera a la Universidad, sería la primera de mi entorno más cercano y le llenaba de orgullo poder decir que iba a pisar una. No podía defraudarla.

Esos fueron mis pensamientos al llegar ese lunes diez de junio al colegio. Estaba tan metida en mi mundo que no reparé en ciertos detalles al caminar por los pasillos, como las miradas de asco de algunas chicas y los murmullos incesantes entre los distintos grupos de estudiantes que se amontonaban en las diferentes zonas.

Pero la burbuja de paz se rompió al darme cuenta de que Matías estaba junto a Héctor cerca de una ventana de mi clase. El mejor amigo de mi *crush* sostenía el teléfono móvil entre sus manos, mostrándole algo. Dos compañeros que estaban cerca repararon en mi presencia y me señalaron, esbozando una sonrisa burlona.

Miré a Matías sin entender nada. El resto de estudiantes que se encontraban dentro del aula también empezaron a hablar entre ellos mientras me dirigían miradas acusatorias y maliciosas. Mi corazón empezó a latir agitado, temiéndome lo peor. ¿Qué narices estaba pasando?

Fue entonces cuando la voz de Matías se coló en mis oídos, paralizando cada partícula de mi ser al escuchar la conversación entre ambos.

—Borra eso, Héctor. Qué asco —dijo tratando de quitarle el móvil.

—Pero que es verdad, es Clara. Hostia, qué callado se lo tenía.

Miré a ambos sintiendo cómo la ansiedad me asfixiaba. Mis piernas empezaron a temblar y tuve que sujetarme a una pared cercana para no caer. Estaba cerca de desvanecerme.

—Qué guarra, eso es ir provocando —le escuché decir a una compañera.

—Pero si es una tabla, casi no tiene tetas —murmuró otra.

—¿Y esa ropa interior tan ridícula? Parece de una niña de ocho años.

—Es fea hasta así. No la tocaría ni con un palo —dijo otro que estaba cerca—. ¿A cuánto cobras la hora, Clara?

Lo ojos de Matías conectaron con los míos al escuchar esa pregunta y su expresión hizo mella en mi interior, activando mis ganas de huir. Di media vuelta aun cuando el profesor estaba llegando al aula, sin poder más. Necesitaba desaparecer.

Choqué con algunos chicos que aún quedaban en el pasillo y mis oídos pitaron al escuchar sus voces de fondo, seguramente hablando de lo mismo. Tenía los ojos tan empañados por las lágrimas que me resultó complicado ver hacia dónde me dirigía, pero conseguí meterme en el baño y me encerré en uno de los cubículos.

Dejé que mis piernas flaquearan hasta terminar cayéndome al suelo y me abracé el cuerpo como pude, escondiendo la cabeza entre mis piernas. No me hacía falta ver las fotografías que rondaban por sus teléfonos móviles para saber lo que había pasado. Estaba claro que Jorge había pasado mis fotografías entre mis contactos del Tuenti y ellos se lo habían pasado a los demás. Pero ¿por qué? ¿Por qué lo había hecho?

Me quité la mochila de los hombros y rebusqué en ella mi móvil, esperando hallar respuestas. Al encenderlo y entrar en Tuenti reparé en que tenía cuarenta mensajes privados nuevos y varios comentarios en una fotografía en la que me habían etiquetado.

Palidecí al asimilar la realidad, ver que mi intimidad había quedado expuesta delante de todos, y todo por confiar en una persona que me había fallado, por perderme a mí misma tratando de hacerle feliz y concederle todos sus deseos, por haber pensado que eso era amor de verdad.

Leí algunos comentarios, aunque no quería hacerlo. Sabía que iban a ser duros, pero no me imaginaba cuánto. Calificaciones como guarra, puta, cerda y otras más fuertes eran las que más aparecían. Cerré los ojos y el móvil cayó al suelo, rebotando sobre las frías baldosas. Entonces me incorporé para apoyarme en el váter y vomité toda la humillación que tenía acumulada. Solo esperaba que alguien me despertara de esta pesadilla, pero fue imposible. Eso solo era el clímax de un esperado final.



Me sobresalté al escuchar unos golpes en la puerta. Levanté la mirada de mi regazo esperando que me dejaran en paz, que nadie más se acercara a burlarse. El sonido de las risas de la gente en clase se me había quedado anclado, torturándome.

—Clara.

Me tensé al escuchar la voz del tutor llamándome. Lo que menos necesitaba ahora era que el profesorado también se enterase. El miedo a que avisaran a mi madre hizo que mi corazón latiera muy deprisa. ¿Serían capaces de hacer algo así? Solo quería desaparecer.

—Clara, puedes salir de ahí, estás a salvo —insistió.

Miré el picaporte sin fuerzas para tirar de él. Sabía que mover el seguro significaba que tendría que volver a exponerme a las miradas, los comentarios, los cuchicheos, la presión... yo solo quería seguir metida en mi burbuja.

—Confía en mí.

Mi cuerpo tembló al escuchar esas palabras y no pude hacer otra cosa más que abrazarme de nuevo. Esas palabras las había repetido Jorge de forma constante para que hiciera las cosas, hasta acabar así. Confiar había sido mi error. Mi perdición.

Tragué saliva y limpié las lágrimas que bañaban mi rostro mientras mi cuerpo temblaba sin control. Mis oídos pitaban recordando cada palabra y frase hiriente que había recibido. Me lo merecía. Todo estaba mal en mí.

Mi mente en ese momento era como una esponja, absorbía cada pedacito de maldad para adentrarme poco a poco en la temida oscuridad. Si quedaba algún resquicio de luz en mi interior, habían descubierto cómo pulsar el interruptor, apagándose por completo.

La respiración profunda de mi tutor no me pasó desapercibida. Mi cuerpo se contrajo al pensar que estaba siendo una carga para él, que estaba molestando. Las palabras «dramática, cría, infantil, pesada» me atacaron como si fueran flashes, pero, aunque hiciera esfuerzos por levantarme, los músculos de mi cuerpo estaban tan tensos que me resultó imposible moverme. Estaba aterrada.

—Clara, sé... Bueno, no. No me imagino lo duro que debe de ser para ti, pero estoy para ayudarte —dijo con voz suave—. Si no abres no podré hacerlo y tienes que estar muy incómoda ahí dentro.

—Solo quiero irme a casa —susurré entre sollozos.

—Y te prometo que podrás, pero primero tienes que salir de ahí.

Tragué saliva y me sujeté al manillar, intentando ignorar el temblor de mis piernas. Cada minuto que pasaba se me hacía más duro aunar fuerzas para exponerme de nuevo ante los demás. Aun así, con las manos temblorosas moví el seguro y asomé la cabeza por el pequeño espacio que había dejado abierto. Frente a mí se encontraba el rostro preocupado del profesor, mirándome con pena.

—No le digas nada a mi madre, por favor —me rompí y oculté el rostro con las manos.

—Pero, Clara..., tengo que hacerlo. El protocolo...

—Me da igual el protocolo —respondí con el labio tembloroso—. Solo quiero irme a mi casa. Nada más. Si ella sabe lo que ha pasado me matará. No volverá a mirarme a la cara. La he decepcionado. Por favor...

—No puedo prometerte eso. Eres menor y es nuestro deber informar a tu familia...

—Por favor —insistí mirando hacia el suelo. Era incapaz de mantener la mirada—. No me hagáis esto.

—Bueno. Primero vamos a secretaría y pediremos el permiso a la directora. Como estos días son más libres no tendrá problemas en dejarte quedarte en casa unos días, si así lo deseas.

Asentí con la cabeza, deseosa de poder ocultarme del mundo metida tras las mantas y sábanas de mi cama. Solo así terminaría esta pesadilla.

—Y, Clara..., les he pedido que borrarán la fotografía de sus teléfonos móviles. Ten cuidado la próxima vez, la tecnología es una buena aliada hasta que abrimos la puerta de nuestra intimidad.

Cerré los ojos al escuchar su consejo, deseando que me dejara en paz. Ni siquiera estaba segura de que todos hubieran hecho eso, ¿hasta dónde habría llegado mi foto? Prefería no pensarlo o me volvería loca. Ya me sentía demasiado juzgada. Pero, aun así, mis miedos se incrementaron hasta un nivel insoportable.

Al menos ya podría refugiarme en mi hogar, lejos de todos.

Lejos de todo.

CAPÍTULO 21: EL ADIÓS

*A veces me miro y no veo a quien esperaba, no veo a ese tipo fuerte sin miedos que yo soñaba. A veces me miro al espejo y como si nada, apenas sé quién es ese que aguanta en mí la mirada.
(La búsqueda de Shé con Gema)*



Los días avanzaron, aunque no me daba cuenta. Me había quedado estancada en el día que la bomba había estallado, que mi intimidad había quedado en vista de todos y se habían tomado el privilegio de juzgarme, de criticarme, de tacharme. Todo sin pensar en la otra parte, en que yo no lo había pedido, ni siquiera me había imaginado que iba a llegar tan lejos.

Yo solo había confiado en él.

Ni siquiera sabía cómo había conseguido convencer a mi tutor de no comentarle nada a mi madre, y mucho menos cómo ella se había creído que no era necesario que asistiera al colegio por ser las dos últimas semanas y haber pasado ya los exámenes.

No quería ir. Las pocas veces que me animaba a mirar Tuenti me angustiaba ver la cantidad de mensajes que me llegaban, tanto privados como públicos, insultándome y mofándose de mi cuerpo, y de mi cara también. Cada comentario que leía era como una bala clavándose en el tórax. Eran dardos envenenados que se incrustaban y mi mente iba absorbiendo, haciéndome ver que tenían razón.

Yo no era nada.

Las palabras de Matías y el resto de compañeros me torturaban cada noche. No era capaz de dormir, tenía pesadillas que me hacían despertarme bañada en sudor y con lágrimas por la piel. Entonces volvía a recordar lo sucedido, mi mente se deleitaba analizando cada detalle, memorizando cada risa, cada mirada, cada palabra. Me invalidaba, me culpaba por haber sido tan tonta, tan niña, tan torpe, tan inútil. No le importaba a nadie.

Rondaba por mi casa como si fuera un fantasma, vagando de un lado a otro sin fuerzas por vivir. Apenas comía, me quedaba viendo el televisor sin prestar atención, pensando con angustia que el lunes tendría que volver a clase a por las notas y tendría que exponerme de nuevo.

Mi madre no se daba cuenta de mucho porque había empezado a trabajar y apenas tenía tiempo para nada más. Trabajaba, comía y dormía; ese era su ciclo sin fin. Y mi hermana... mi hermana iba y venía entre la casa de mi padre y la nuestra, aquí estaba a lo suyo, con sus tareas y la amiga que había hecho en el colegio. Solo esperaba que ella no se hubiera enterado de mi error, de mi gran problema. De todas formas, si lo hizo no dijo nada, pasaba de mí como si no estuviera delante de sus ojos.

Y así pasaba cada minuto, cada hora, cada día. En vez de disminuir mi ansiedad, cada vez

iba a más. Mi interior se oscurecía con cada pensamiento que me envenenaba, susurrándome que nadie se preocuparía por mí si me fuera, si desapareciera, si dejara de sufrir. ¿Acaso alguien me veía?

Ese domingo me acosté en la cama y me quedé mirando la luz que emitía la luna al colarse por la ventana. Desde lo sucedido ese día era incapaz de dormirme en la penumbra. Mi estómago se contrajo al recordar que no tenía nada por lo que luchar, no tenía ningún motivo al que aferrarme para levantarme.

La caída había sido tan dura que había perdido mis alas para siempre. Ya no tenía razones que me impulsaran a volar.



Miré el reloj que tenía sobre la mesita por decimoquinta vez. Los rayos del sol ya iluminaban con timidez el edificio, recordándome que no había vuelta atrás. Tenía que enfrentarme a mi mayor miedo y caminar hasta ese lugar donde se había abierto la caja de Pandora.

Me levanté, aunque aún quedaba media hora para que sonara la alarma. Daba igual lo que hiciera, pues no estaba a gusto en ningún lado. Al entrar en el baño el espejo quiso torturarme reflejando aquello en lo que me había convertido. Mis ojeras eran pronunciadas y la curvatura de mis labios se mantenía baja, rota. Los ojos estaban hinchados, mi pelo encrespado y graso, pues llevaba varios días sin lavarlo.

Cerré los ojos y aparté la mirada del cristal, incapaz de mantenerla y enfrentarme a la realidad. No me gustaba lo que veía, pues no había nada bueno en mí. Lo único que atrapaban mis pupilas era la silueta de una sombra, de un monstruo. «Normal que me quedara sola. ¿Quién iba a querer a una persona como yo? Jorge tenía razón».

Dejé que el agua del grifo mojara mi rostro, tratando de disipar, aunque fuera durante unos segundos, esos pensamientos. Era un ruido incesante que había decidido instalarse en mi mente, dejándome exhausta.

Ni siquiera tuve fuerzas para desayunar algo. Sabía que era peligroso caminar con el estómago vacío, pero el nudo que tenía no me permitía ni abrir el armario. Aun no me había ido y ya tenía ganas de volver a mi habitación y taparme con las sábanas.

Me vestí con lo primero que encontré, unos pantalones vaqueros y una camiseta básica era todo lo que necesitaba. Si no fuera porque hacía calor me hubiera puesto una sudadera encima para intentar tapar mi rostro con la capucha. Pero estaba sola, sola y vulnerable ante el peligro.

Cuando llegué al centro las piernas me temblaban debido a mi debilidad. No pude evitar mirar a cada lado, observando a cada persona que se encontraba cerca, pero sin dejar que me atraparan mirándolas. Cada risa que llegaba a mis oídos hacía que mi corazón latiera acelerado pensando que se estaban riendo de mí.

Seguí mi camino con la cabeza agachada, esperando no recibir más ataques o encontrarme con algún compañero. Como teníamos dos horas para ir a por las notas, esperaba tener suerte y no tener ningún enfrentamiento. Solo quería guardar el papel e irme. Ni siquiera tenía el valor suficiente como para mirar los números, sabía que iban a ser bajas.

Al llegar a la puerta me tensé. Justo Victoria estaba saliendo de recogerlas y nuestras miradas se cruzaron, incapaz de desviarla a tiempo. Su voz llegó a mis oídos aun sin poder evitarlo, subrayándome una vez más lo poco que valía. Lo mucho que tenían todos razón.

—Aléjate de mí, guarra —siseó dándome un codazo que me hizo golpearme contra la

madera.

Tragué saliva y me quedé estática, pegada a la puerta. Mi cuerpo no paraba de temblar y los sudores fríos que se formaban por mi nuca me advertían que estaba cerca de desvanecerme. Ojalá esa infinita pesadilla se acabara ya.

Al escuchar el carraspeo del tutor me sobresalté y mi cuerpo se tensó en respuesta. Todavía no estaba preparada para levantar la cabeza y mantener contacto visual con él, así que caminé hasta su mesa observando las baldosas que conformaban el suelo del aula. Al encontrarme con sus zapatos hice mi mayor esfuerzo y le miré de reojo, con las mejillas ardiendo por la vergüenza.

—¿Cómo estás, Clara?

Mi labio inferior tembló en respuesta y un sonido apenas audible brotó de él. ¿Cómo estaba? ¿Acaso importaba? En el fondo sabía que era una pregunta por cortesía. Lo único que quería era coger el papel e irme. Nada más.

—Bien.

El vello de mi piel se erizó al escuchar mi propia voz rasposa y seca.

—Lamento todo lo que has pasado. Tus notas no han sido las mejores, pero hemos tenido en cuenta tu situación. —Suspiró—. Pero debes esforzarte durante el verano y repasar lo aprendido durante el curso. Te vendrá bien. Sobre todo en Inglés y Matemáticas. Intuyo que irás por la rama de Humanidades, así que el primer año te tocará Economía e Inglés se complica.

—Gracias.

Eso fue todo lo que fui capaz de decir. Sostuve el papel entre mis manos y lo apreté en un puño, pesaba como si estuviera sujetando una losa de mármol. Le di la espalda y me alejé por el pasillo mirando hacia el suelo mientras los comentarios hirientes de algunos compañeros que llegaban se adentraban en mi mente, haciéndome más y más pequeña. Había llegado al punto en el que me sentía tan insignificante que solo esperaba desaparecer.

Pero era una cobarde, hasta ese pensamiento me daba miedo. Aun así, cada segundo que pasaba alejándome de ese lugar me recordaba que era la mejor opción, que la única manera de huir era acabar con todos los problemas de raíz. Apagarme por completo, descansar en silencio.

En paz.

Para siempre.



Esa misma tarde estaba sola en casa. Mi madre estaba trabajando y mi hermana se había ido a casa de su amiga para pasar el rato. Encerrada tras cuatro paredes, acompañada únicamente por el silencio de mi hogar, los pensamientos se magnificaron hasta llegar a convertirse en una bomba atómica.

Me quedé inmóvil con la espalda apoyada contra la puerta de mi habitación, abrazándome con el cuerpo. No tenía ganas de encender el ordenador, ni siquiera de meterme en la cama. Había llegado a pensar que estaba maldita, defectuosa, que mi condena era estar sola y no encontrar a nadie que me hiciera encajar. Porque ese era mi problema principal, sentirme una pieza gastada, inservible, que no era capaz de unirse a otra. No me sentía completa.

La oscuridad me envolvió como nunca lo había hecho, haciéndome levantarme y moverme de forma automática hasta el baño. Al otro lado de la ventana unos nubarrones habían tapado el sol y estaban descargando las gotas de lluvia que tenían dentro, mojando a todos de la cabeza a los pies.

Desde pequeña los truenos me daban miedo, pero en ese momento no reparé en ellos. Ni siquiera había visto el fogonazo de luz que se había formado para anunciar el temido ruido. No. La tormenta ya habitaba en mí y no había manera de pararla.

Mis ojos se detuvieron en el pequeño armario que usaba mi madre a modo de farmacia. Eran dos estantes repletos de medicamentos y curas por si nos enfermábamos o nos hacíamos alguna quemadura o corte.

Me detuve en las distintas cajas de pastillas y tragué saliva recordando todo lo que había vivido hasta el día de hoy, tratando de aferrarme a algún motivo que me facilitara seguir, pero no tenía nada que me hiciera salir a flote, no había ningún ancla que me mantuviera en pie. En mi interior solo había sitio para el naufragio.

Me senté en el suelo sintiendo el frío en mis piernas y abrí las cajitas sin detenerme a mirar para qué servía cada una, eso me daba igual. Al extender la mano dejé que varias cayeran sobre la palma y observé los colores que tenían. Las dudas y los miedos me envolvían, aunque mi cansancio era mil veces superior.

Cerré los ojos y deseé ser valiente por una vez, tener ese impulso que me ayudaría a acabar con todo de una vez sin remordimientos, pero resoplé al ver que también había cerrado la mano.

La entreabrí temblorosa y un par de lágrimas se escaparon de mis ojos, deslizándose por las mejillas. «No sirvo para nada», me lamenté y acerqué un poco más la mano a mi boca, aun sin saber cómo iba a tomar todo eso.

Entonces el estridente ruido del timbre me sobresaltó, provocando que las pastillas cayeran al suelo, rodando hacia todos lados. Me levanté aun con el temblor en el cuerpo debido a la debilidad por no haber comido nada, inquieta por averiguar quién estaba llamando a casa cuando nunca esperábamos visita. «Supongo que Marta se habrá olvidado algo y habrá dejado las llaves en casa».

Al mirar los cajones de la entrada vi que en el sitio donde colocábamos las llaves estaba vacío, así que me había equivocado. Abrí la puerta con cautela, esperando que no fuera alguien del colegio que hubiera averiguado dónde vivía, pero en su lugar me encontré una caja posada sobre el felpudo, y me tensé al ver que se movía.

—Qué narices... —murmuré agachándome para abrirla.

Mi boca se abrió de forma automática al contemplar al pequeño e indefenso animal que había dentro. Un perrito estaba moviéndose en ella y su cuerpo temblaba como si tuviera frío.

Meneé la cabeza sin entender nada y me apresuré en bajar unos escalones, esperando encontrarme con la persona que lo había dejado ahí. ¿Por qué en mi casa? Mi madre me mataría si lo encontraba.

Pero nada, mi portal estaba vacío. Entonces me apresuré en meter la caja dentro y cerré la puerta, así podía dejar al perrito a salvo. Me abalancé hasta la ventana y la abrí para sostener las manos sobre el alféizar y poder observar el exterior. Un montón de personas caminaban o corrían con el paraguas en mano, ocultando sus rostros.

Suspiré, derrotada. Me iba a resultar imposible averiguar quién había dejado esa caja sobre el felpudo de mi casa y me aterraba saber que alguien se había tomado la molestia de averiguar dónde vivía. ¿Querrían hacerme daño?

Volví la vista hacia la caja, donde el perrito luchaba para poder salir, y tragué saliva. Mis ojos vagaron por el interior y observé que debajo tenía una manta de superhéroes junto a una carta hecha con el ordenador. Al leerla mi corazón se encogió y no pude evitar limpiar el rastro de lágrimas con el dorso de la mano.

No sabía muy bien lo que estaba haciendo, pero me agaché para atrapar al perrito entre mis

manos y acaricié su pelaje, esperando que poco a poco se calmara. Aspiré su pelo al acercarlo a mí y lo acuné en mi pecho.

—Toby... —murmuré antes de que las piernas me fallaran y acabé sentada en el suelo—. Supongo que eres ese motivo que necesitaba para quedarme. Al menos... Al menos ya tengo algo por lo que merece la pena luchar. —Suspiré.

Apoyé la cabeza contra una de las patas azules del sofá mientras continuaba acariciándolo y mis párpados se fueron cerrando, dando paso a la temida oscuridad. Esa que, gracias a esa pequeña y temerosa bola blanca que tenía abrazada contra mi cuerpo, daba un poco menos de miedo.

Al menos esa noche podría descansar en paz.

CAPÍTULO 22: HAZLO CON MIEDO, PERO HAZLO

No olvides que una serpiente si quiere engulle leones. Pienso dejarme la piel plasmándolo en canciones, derrotando a mis fantasmas y a todas mis depresiones.

(Indomable de Shé)



Dos meses más tarde...

—Hija, esto no puede seguir así...

Seguí acariciando el pelaje de Toby sin mirarla. No podía, me avergonzaba reconocer que desde que ese perro había aparecido en mi vida solo había tenido fuerzas para alimentarlo y dejar que me lamiera la piel.

Mi madre había sido paciente, lo había aceptado en la familia y se encargaba de sacarlo a pasear y que hiciera sus necesidades, pero sus ojos delataban el cansancio y la molestia que sentía por mi culpa.

—No puedo, mamá. De verdad que... no puedo.

—Hija, no lo has intentado. No puedes seguir oculta entre las sombras como si fueras un vampiro. No es sano.

Tragué saliva. Tenía el miedo y la vergüenza atascados en la garganta, era incapaz de verbalizar que necesitaba ayuda porque sola sentía que me ahogaba. Solo de pensar en salir y que toda la gente se riera de mí o me juzgara por lo que había pasado me hundía. No quería más risas ni señalamientos, no quería sentir más la humillación. Entre las paredes de mi casa sentía paz, sentía... refugio. Y salir solo equivalía a peligro.

—No puedo.

—Inténtalo, por favor. Al menos haz un esfuerzo.

Al ver que extendía la correa ante mí volví a tragar saliva y mi cuerpo comenzó a temblar porque sabía lo que significaba. Aun así, me moví como un autómata y coloqué el arnés en su pequeño cuerpo peludo. Toby me miraba con expectación, como si no terminara de creerse que su dueña fuera a salir de verdad.

Al engancharle la correa al arnés sentí un escalofrío y mi corazón empezó a latir más rápido. Tragué saliva de nuevo e intenté respirar profundo, pero un nudo extraño me lo impidió y un sudor frío comenzó a bañar mi piel.

—N-No...

Mi mano quedó apoyada en el pomo de la puerta, pero sin apenas sujeción. Era extraño, pero me sentía bloqueada. Mi mente no paraba de repetirme la cantidad de peligros que iba a sufrir y me recordaba que no podía, que era tan inútil que todos se iban a fijar en mí, pero no de

la manera en que quería.

La falta de aire fue haciéndose más y más grande, hasta el punto en que tuve que abrir la boca para intentar que el oxígeno llegara a mis pulmones. Notaba el picor en los ojos y el corazón hacía daño a mi caja torácica al golpearla con fuerza. No podía. No... Aspiré con la boca, pero no llegaba nada. Estaba ahogándome.

Me tiré de bruces contra el suelo y Toby comenzó a ladrar y a moverse a mi lado. Mi madre se aproximó con rapidez y en sus ojos pude ver la decepción. Le daba lástima. A ella también.

Ni siquiera era capaz de escuchar lo que me decía, su voz se había transformado en un ruido que provocaba que mis oídos pitaran y el entorno se volvió borroso hasta el punto de desaparecer, fusionándose con la oscuridad.



Miré todo lo que había ante mí y respiré. Respiré de verdad, permitiendo que el olor a prado segado y a estiércol llegara a mis pulmones.

Sí, puede parecer que había perdido el juicio, pero después del ataque de pánico que había sufrido, mi madre decidió que lo mejor era que me alejase de la ciudad y desconectara yendo con Toby al pueblo donde vivía mi abuela.

Al principio me negué, pero conseguí llegar al garaje con Toby aferrado a mi cuerpo y una maleta en mano. Me tomaría un año sabático. Un año para olvidar lo sucedido y disfrutar de la libertad de estar en un sitio donde no conocía a nadie ni nadie conocía mi situación.

Paseé por el camino observando algunas vacas acostadas en el prado y otras comiendo con tranquilidad mientras Toby correteaba a mi lado. Él parecía el más a gusto de todos, hacía sus necesidades donde quería y mi abuela se encargaba de consentirlo dándole más comida de la que debería.

Aun nos quedaba un trecho por recorrer, pero ya había cogido unas cuantas moras y frambuesas para ayudar a mi abuela a hacer mermelada casera, así que decidí descansar en un banco de piedra.

Me gustaba la tranquilidad que estaba sintiendo. La vergüenza y la humillación aun fluía por mi cuerpo cuando mi mente decidía castigarme al verme bien, pero con el tiempo iba disminuyendo. Además, tenía un método de distracción muy útil: la música.

Usaba los momentos libres que tenía para escuchar las canciones que me habían unido a Matías y anotaba alguna frase que se me ocurría en la libreta. Eso era lo máximo que había conseguido, anotar pensamientos y reflexiones. A veces sentía el impulso de querer escribir, pero mi mente se encargaba de recordarme que no servía para nada y solo serviría para que alguien, cuando lo encontrara, se riera de mí. Así que decidí hacer pequeños esfuerzos sin presionarme.

Desperté del trance al ver que Toby ladraba y vi que a los lejos se acercaba un coche, así que me apresuré en sujetarlo para que no se produjera un accidente y recordé que tenía que darme prisa porque había que cuidar el huerto y recoger los huevos de las gallinas.

Era un trabajo duro porque apenas paraba, pero agradecía que mi abuela confiara en mí porque subía un poco mi dañada autoestima. Cada tarea que me encomendaba y conseguía cumplir era como un sople de aire fresco en mi corazón.



—Bueno, gusi, sabes que soy muy feliz porque estés aquí, pero no por el motivo. No puedes

dejar que el miedo te venza.

—No puedo hacerlo... —murmuré mientras acariciaba el pelaje de Toby, que había decidido echarse encima de mis piernas—. Solo con pensarlo me bloqueo. Aquí estoy a gusto, nadie me juzga.

—Pero lo que haces es esconderte y tienes toda una vida por delante esperándote. Además, no se van a acordar. Créeme que la gente es como un cuervo, espera cotilleos nuevos para alimentar su alma vacía. Los antiguos los olvidan, dejan de interesar.

Miré a mi abuela. A pesar de saber por mi madre lo que había sucedido, seguía llamándome gusiluz, para ella era una luciérnaga que brillaba en la oscuridad. Incluso sus ojos seguían observándome con el mismo cariño que cuando era niña, protegiéndome.

Reflexioné sus palabras en silencio. Sabía que tenía razón, que seguramente ya había conversaciones nuevas, pero mi mente no podía evitar pensar que seguirían señalándome nada más verme, que todos me recordarían por lo que había hecho y no sería capaz de salir de casa. Mi miedo había crecido tanto que se había convertido en un monstruo gigante y abría sus fauces cada vez que intentaba hacer algo valiente, empequeñeciéndome.

—¿Y cómo lo hago? —pregunté en tono lastimero—. ¿Cómo venzo al miedo que tengo? Para venir aquí ya viste que tuvimos que salir de noche de casa y tuve que aguantar otro ataque de pánico.

—Gusi, hazlo con miedo, pero hazlo.

Mi garganta se secó al escucharlo. Era doloroso interiorizar que no quedaba de otra, que si seguía paralizada nunca saldría de mi jaula de cristal.

—Cariño, si no hubieras salido esa noche de casa, y lo hiciste con miedo, seguirías ahí metida. No hubieras recibido oxígeno durante muchísimos meses, y, sin embargo, aquí estás. Disfrutaste de los animales, de Toby, de la luz, del olor que hay aquí. Disfrutaste de muchísimas cosas que te han permitido respirar. ¿No quieres lo mismo allí? ¿No quieres estudiar lo que quieres? ¿Tener amistades? ¿Experiencias nuevas?

—Sí, pero...

—No dejes que un «pero» lo entorpezca —me cortó con cariño—. Empezarás una etapa nueva, una con personas diferentes. Tuviste la mala suerte de dar con gente horrible, pero no todos son así. También hay buenas personas, como tú, y mientras las encuentras solo tienes que preocuparte de ti. De no permitir que nadie más te apague ni te pise —dijo y sonrió con la mirada perdida—. Ya desde pequeña tenías la manía de dejar que te pasaran por encima. Recuerdo una vez que estabas en la fila esperando subirme a las camas elásticas y se coló una niña. Tú te quedaste mirándola con tristeza, pero no dijiste nada. Me molestó tanto que me acerqué a ella y le susurré que no se metiera con mi nieta, luego le pellizqué. Tardó lo que dura un parpadeo en ponerse atrás del todo.

Sonreí al escucharla. Ni siquiera me acordaba de ese momento, pero parecía que a mi abuela se le había quedado grabado.

—Lucha lo que haga falta, gusi, que nunca más te silencien. Vales lo mismo o más que el resto.

—Gracias, Ana.

Mi abuela asintió antes de dedicarme una sonrisa cariñosa. Al mirarnos me di cuenta de que tenía razón, no podía huir más, tenía que hacer las cosas con miedo, pero hacerlas. Así que inspiré con fuerza y pulsé el botón de llamar. Tenía que enfrentarme a mi vida.

—¿Clara?

—Mamá, ¿puedes venir a buscarme? Creo que... ha llegado el momento de volver a casa.

Segunda parte

*Hace tiempo aprendí que los sueños valen tanto que hay que guardarlos bajo llave,
Que, aunque muchos intenten pisarte, si levantas la cabeza mostrarás lo que vales.
Que nadie puede hundirte si es lo que pretenden
Lo único que hay que hacer es seguir luchando cuerpo a cuerpo, frente a frente.*

CAPÍTULO 23: UN NUEVO COMIENZO

Le puse voz a todos los fantasmas de mi adentro; pocos saben lo mal que lo pasé en aquellos tiempos, pero aquí me encuentro, luchando a diario contra todo lo que siento, sufriendo desde el silencio, pero a la vez contento.
(Volver a empezar de Shé)



Viernes 22 de junio, 2019.

—¡¡Dios!! No me puedo creer que por fin seamos libres. ¡Pensé que este día no llegaría nunca! —exclamó mi amiga Raquel con una gran sonrisa al verme salir del aula—. ¡Vamos al bar de siempre para celebrarlo! Nos merecemos un buen pincho de tortilla rellena, ¡como mínimo! No pude desayunar por los nervios y ahora el estómago me ruge.

—La verdad es que la defensa del trabajo de Fin de Grado ha sido algo agobiante. —Suspiré—. Uno de los ponentes, mientras exponía, estuvo con la mirada perdida. Te juro que el hombre observaba el techo. ¡Y me puso muy nerviosa! Pensé que le estaba aburriendo y me trabé un par de veces. Seguro que estuvo repasando hasta la lista de la compra.

—¿¡Aburrirle tú!? ¡Ja! Eres una de las mejores estudiantes, Clara. Si aburrieras a un profesor entonces yo estaría en graves problemas ¡Tendría que cambiarme de compañera de estudio! —rió—. Menos mal que no ha sido así. Anda, di ¿qué sacaste? ¡Me tienes en ascuas!

La miré. Sus ojos oscuros estaban clavados en mi rostro, y sus rizos, del mismo color, le otorgaban un aura de amabilidad. Quizás por eso le había resultado más sencillo ganarse mi confianza, por ser tan abierta y empática; por darme una oportunidad y querer conocerme.

—Vale, venga... te lo digo cuando lleguemos al bar. Aquí hay... —susurré— personas por todos lados con las orejas muy grandes y el sentido del oído muy agudizado.



—Bueno, ¿y bien? —preguntó mirándome fijamente mientras revolvía su café una vez nos sentamos en nuestra mesa de siempre. Era un bar pequeño y apretado donde varios estudiantes de Magisterio y Ciencias solían acudir para desconectar del trájín de la facultad. El olor a café me hizo inspirar con fuerza, dándome ánimos para responder. No me gustaba decir esas cosas en alto porque sentía que no me las merecía.

—Un diez... Están evaluando si me ponen la matrícula de honor —admití bajando la cabeza para evitar sonrojarme.

—¡Eso es genial! Tíaaa. Jo, ves, te dije que no tenías que preocuparte de nada. Trabajaste mucho para conseguir esa nota.

—Ambas lo hicimos.

Sus ojos se achicaron al sonreír por un breve instante, pues enseguida frunció el ceño e hizo una mueca de desagrado, recordando su mala experiencia.

—Ya. Por desgracia me equivoqué en la elección del tutor. Si llego a saberlo... —Suspiró antes de dar un pequeño sorbo al café, mostrando las huellas que tenía tatuadas en su mano derecha.

Asentí sin saber muy bien qué decirle. Al menos había conseguido sacar un notable, pero sabía todo el esfuerzo que había realizado para ello. Nadie le había regalado nada, el tutor apenas la había ayudado. Miré mi teléfono móvil pensando cómo distraerla, entonces recordé su adicción por las fotos.

—¿Por qué no hacemos una foto *post* defensa? No tenemos muchas juntas.

—¡Sí! —exclamó con una gran sonrisa, irguiéndose para la captura—. Luego acuérdate de enviármela por Whatsapp.

—Claro.

Cogí mi móvil, el cual estaba descansando a un lado de mi plato, encima de la mesa, y rebusqué por la pantalla el icono rosa con la cámara perfilada en blanco. Al pulsarla busqué la opción de hacer una fotografía y alcé el móvil con la cámara frontal frente a nosotras para no armar un desastre y lograr que ambas saliéramos bien encuadradas.

Cuando Instagram me indicó que la fotografía se había subido, comprobé cómo habíamos salido, hasta que mis ojos se detuvieron en los cuadraditos con sugerencias de perfiles que podrían interesarme. Para hacer tiempo mientras ella terminaba el pincho de tortilla rellena, decidí curiosear con el dedo hasta detenerme en un perfil cuyo nombre y fotografía me resultaron familiares: *Mattías_BV*.

Con el corazón latiéndome a mil por hora, deslicé la yema del dedo pulgar sobre la redonda fotografía en la que aparecía subido a un muro mirando al horizonte y comprobé, para mi desgracia, que tenía la cuenta privada.

—¿Qué te pasa? Has puesto una cara muy extraña. ¿Qué ves?

—Eh... No, nada.

—Clari, que nos conocemos desde hace cuatro años. ¿Qué sucede?

Suspiré. Aunque quisiera, no podía ocultarle nada, mi cara era como un jodido libro abierto y nunca era capaz de cerrarlo. Además, ella había sido, junto a Rocío, la única chica de la carrera que se había preocupado por mí y había estado a mi lado de forma incondicional, pero sabía lo que me iba a decir y no quería escucharlo.

—Es que... —Suspiré, saboreando la sensación de calma unos segundos antes de sincerarme—. Instagram me ha sugerido la cuenta de Matías y... tenía curiosidad por ver qué era de su vida, pero la tiene privada.

—Joder, ¿y te rayas por eso? Si eso es un problema para ti ya quisiera tenerlo yo y no los míos. —Sonrió—. Creo que ya sabes mi respuesta, rubia. Llevas muchos años agobiada por ese sueño y ha llegado el día de mover ficha para que se haga realidad. Solo debes poner de tu parte, Clari. Vence tus miedos.

La miré. Estaba claro que para ella era sencillo. Raquel era una chica enérgica, decidida, con carácter. No había nada que se le pusiera por delante y todos sus problemas se veían desvanecidos con una buena dosis de energía positiva y buen humor. Para ella todo era cuestión de perspectiva y valentía.

—Pero seguro que ni se acuerda de mí... Me declinará la invitación, ya verás —musité observando con tristeza el candado dibujado en la pantalla del móvil.

—Mira, Clara, ahora mismo voy a serte muy sincera y dura, pero creo que es lo que necesitas —avisó señalándome con el dedo de forma acusatoria—. Te aprecio, eres una buena amiga a pesar de que muchas veces tenga que insistirte para conseguir que salgas de tu cueva, pero lo entiendo por todo lo que has pasado, es tu modo de refugiarte. Eres guapa, inteligente, dulce, buena... y muchísimos adjetivos más que ya deberías saber, pero tienes un problema. Un *único* problema —enfaticó—, y es que tienes una autoestima de mierda. ¡Y no lo entiendo! De verdad, ¿cómo puedes tener una imagen tan mala de ti? Es irreal.

—Eso lo dices porque eres mi amiga —respondí, sonrojada.

—Eso lo digo porque tengo dos ojos en la cara y lo he comprobado. Ya basta de tener miedo, de pensar en el qué dirán los demás y empieza a quererte ¡joder! Reconoce tu valía. Ha llegado la hora de enfrentarte a tus miedos e inseguridades, comenzando por pulsar con tu pulgar ese dichoso candadito —continuó con seriedad—. Hemos terminado la carrera y en unos días celebraremos la graduación. Has pasado un jodido trabajo de Fin de Grado con, seguramente, la mejor nota entre doscientos y pico alumnos. Y qué decir que has salido airosa del divorcio de tus padres, has tenido una fuerza inmensa soportando vivencias desde muy pequeña en las que me hubiera gustado conocerte para poder ayudarte, pero... ¡lo hiciste, tía! ¡Tú solita! Es una invitación, no va a pasar nada. Si acepta, bien, y, si no, pues que le den. Está lejos, no te lo vas a encontrar.

—Supongo que tienes razón. —Suspiré y alcé la cabeza para mirarla con ojitos vidriosos y suplicantes—. Hazlo tú...

—Ahhh, no. Ni hablar, Clara. No me pongas esa cara porque no va a funcionar. Quiero ver cómo lo haces tú. Tú puedes, de verdad —me animó—. Hace unos días me dijiste que querías empezar a cambiar, a dejar de sentirte estancada en esa burbuja que has formado para protegerte. Pues ha llegado el momento, este es el primer paso hacia esa nueva vida.

Miré con las manos temblorosas la pantalla de mi móvil, donde seguía puesto el perfil privado de ese chico que había sido mi *crush*, mi amor platónico durante tantos años. Sabía que Raquel tenía razón, que debía de poner fin a esa etapa tan oscura y dura de mi vida, pero mi mente seguía anclada en ese momento y la palabra «peligro» parpadeaba en mi interior de forma constante, alertándome de que cualquier gesto valiente que tuviera iba a ser un error.

En ese momento volví a ser esa chica de quince años insegura, asustada y nerviosa cuando le observaba y veía cómo se acercaba lentamente hasta pasar por mi lado, sin percatarse de mi presencia. Tantas y tantas veces que suplicaba y repetía en mi interior las mismas palabras: *Si te fijas en mí...*

Aun así, lo hice. Decidí ser valiente de verdad y afrontar las consecuencias. Unos segundos bastaron para cerrar los ojos y, con los dedos temblorosos, pulsar en el botón de la invitación. Al abrirlos y darme cuenta de que ya no había vuelta atrás, dejé el móvil quieto en la mesa, como si quemara.

Ra se quedó observándome conteniendo la risa. Lo sabía, le estaba resultando muy gracioso y no tardaría en decir algo para meterse conmigo, aunque sabía que era con cariño, pues para ella estaba haciendo un mundo, pero para mí había sido el mayor reto de toda mi vida.

—Clari, tía, ¡solo es una invitación de amistad en Instagram! Seguro que acepta un montón ni siquiera pensárselo —rio—. Pero muy bien. Estoy orgullosa de ti. Ahora guarda el móvil en el bolso y vamos a casa. Creo que necesito dormir un poco, estoy agotada. Ayer estuve hasta las cuatro de la madrugada repasando lo que iba a decir en la defensa.



Bajamos despacio hablando de nuestras cosas mientras que, a cada rato, iba comprobando la pantalla del móvil para ver si me había aceptado. Ra me miraba de soslayo, pero contenía su sonrisa de diversión de forma disimulada, sabía que no tenía remedio en casos como esos.

Cuando estábamos llegando al parque que se encontraba cerca de donde vivíamos sentí mi móvil vibrar dentro del bolsillo de mi pantalón vaquero y mis pulsaciones aumentaron de forma notoria, además de ciertos sudores fríos que me harían hiperventilar en un periodo breve de tiempo, pues había cosas que no cambiaban a pesar de los años.

Al mirar la pantalla comprobé, en estado de *shock*, que Matías había aceptado mi solicitud de amistad, permitiéndome acceder a las fotografías que había subido a la aplicación durante todos estos años.

—¡Raaa! ¡Raaa! —chillé con un tono agudo muy poco habitual en mí— ¡Ha aceptado! No me lo puedo creer.

Contuve las ganas de comenzar a dar saltitos desde el sitio y armar un espectáculo más grande del que ya estaba haciendo, mientras mi amiga me observaba con ternura y aplaudía de forma animada, contagiada por mi entusiasmo.

—¡Ves! ¿Qué te dije? Pues ahora el segundo paso.

—¿Qué segundo paso? —pregunté abriendo los ojos de forma drástica—. No hay segundo paso.

—¡Claro que lo hay! ¡Hablarle, tonta!

La miré como si acabara de ver a un fantasma. Lo que estaba pidiendo ya era otro nivel, como si quisiera que llamara a un ovni para que me llevara de viaje intergaláctico a otro planeta.

—Ah... No. No, no, no, no. Definitivamente, no —respondí entrecerrando los ojos—. Ya estoy satisfecha con que haya aceptado y pueda ver sus fotografías. Así que aquí terminan los pasos.

—Así que te vas a conformar torturándote observando sus fotografías mientras suspiras por él y el sueño que tuviste hace años, ¿verdad?

—Exacto.

—Y, cuando algún día suba una foto con una chica y salgan besándose... te torturarás todavía más por pensar en el... ¿qué podría haber pasado? O, mejor incluso, ¿qué me habría contestado? ¿Esa podría haber sido yo? Y te deprimirás, me llamarás y nos hundiremos viendo alguna película dramática mientras ingerimos una cantidad indecente de helado de chocolate. ¿Verdad? —añadió alzando las cejas y colocó los brazos en jarra.

—Exacto —repetí más apesadumbrada.

—¡Joder, Clara! Ven, vamos a mi casa y haremos un trato. Tú redactas un mensaje privado para él expresándole todo lo que sientes, todo eso que escribiste en esa libreta tuya hace años. Y yo, si sale bien, me comprometo a ser la madrina de la boda; y si sale mal me comprometo a comprar un montón de helado, preparar unas cuantas películas y quedarme despierta a tu lado para consolarte y maldecir a los hombres mediante nuestro mantra.

—Los hombres no valen para nada, solo...

—... para follar, ¡y a veces ni eso! —completó guiñándome el ojo—. Vamos, anda. Guarda el móvil y cuando estemos juntas en el sofá lo sacas, te preparas mentalmente y... sales de tu zona de confort. Aunque dé miedo te juro que merece la pena.

Sonreí, agradecida por tener una amiga que no me merecía debido a todo lo que hacía por

mí. Ella y Rocío eran las únicas capaces de levantarme los ánimos, de comprender cómo estaba con solo mirarme a los ojos, de hacerme reír sin ni siquiera proponérselo y hacerme sentir única y especial, una cuarta parte de lo especial e importante que eran ellas para mí.

CAPÍTULO 24: BIENVENIDAS A LA CASINA

Que no está bien tratarme a mí peor que trato al resto, y que me debo a mí mismo amor y respeto. No es egoísmo, y si lo ven así pues nada, lo siento, pero es que lo que no se cuida se suele acabar rompiendo; y no, que digan lo que quieran, pero roto, no.
(No es egoísmo de El Chojín con Rozalén)



Los meses volaron hasta llegar septiembre y los miedos tomaron tanta fuerza que la propuesta de Raquel quedó en el olvido. Una cosa era un momento de valentía y lanzar una petición de amistad y otra muy distinta, tener la osadía de cruzar unas palabras.

¿Qué le iba a decir? ¿Acaso se acordaría de mí? Habían pasado seis años desde que le vi por última vez, desde que había decidido no volver a poner un pie en ese centro donde había tenido la peor etapa de mi vida. Aunque ahora estaba mejor y había conseguido vencer a gran parte de mis fantasmas retomando los estudios y asistiendo a clase, no había logrado acabar con todos. Aun se formaban en mi mente dudas sobre si me recordarían solo por las fotografías, por mi error, por mi falta de madurez y mi inocencia.

Varias veces me quedé con su conversación abierta, peleándome con mi mente sobre qué sería lo mejor, pero siempre ganaba ella. Así que todo lo que comenzaba a escribir terminaba borrado.

Terminé de calzarme a toda prisa y miré el reloj que tenía la pantalla de mi móvil. Había quedado con Rocío en un bar que había abierto recientemente y tenía productos veganos, así que se habían ganado su atención con facilidad. Me apresuré mirándome en el espejo de refilón y comprobé de forma rápida que tuviera todo. Entonces me despedí de la pequeña bola peluda que se encontraba sentada en el pasillo, consciente de que lo iba a dejar un rato solo.

—Luego vuelvo, Toby. Pórtate bien —dije antes de tirarle un beso y cerrar la puerta con llave.

Suspiré mientras esperaba para cruzar un paso de cebra y me sumí en mis pensamientos. No me podía quejar de la manera en la que había encaminado mi vida. Al final había optado por estudiar Magisterio Infantil debido a mi devoción por los niños pequeños y porque no me veía en ninguna otra carrera. Pero también había tenido una época anterior complicada, tuve que desaparecer una temporada y fui incapaz de matricularme para hacer Bachiller en septiembre. Esperé un año hasta que conseguí animarme y, por fin, actualmente estaba graduada.

Al llegar a la calle donde Rocío me había indicado contemplé la fachada de un edificio cercano y no pude evitar sonreír. Era de color marrón claro y los cristales de las ventanas tenían unas sencillas decoraciones relacionadas con el nombre de la cafetería, llamada «La casina del chocolate». Fuera había cinco mesas con parejas y grupos de amigos riendo y conversando,

dando ambiente al lugar; atisbé a Rocío apoyada contra una farola cercana gracias a su pelo rubio y su camiseta floreada, miraba distraída su pantalla sin percatarse de la presencia de nadie a su alrededor.

—¿Rochi?

No pude evitar esbozar una sonrisa al verla pegar un salto y sus ojos verdes se encontraron con los míos.

—Sí que has tardado —se quejó antes de guardar su móvil en el bolso de colores que llevaba colgando del hombro.

—Perdona, tuve que sacar a Toby primero y se tira media hora oliendo y marcando todo.

—Vamos, anda. He curioseado el sitio por fuera y los camareros están de buen ver. — Sonrió—. Además, el sitio es súper mono, tienen estantes con libros.

—Sí, y el nombre es original.

—Bendito chocolate —respondió relamiéndose—. Es un puntazo que encima tengan productos veganos.

Ambas entramos parloteando sobre las noticias que había últimamente acerca del cambio climático y todos los problemas que estaba trayendo consigo. Entre eso y los temas universitarios teníamos para unas horas, pero nada más sentarnos algo más importante atrajo mi atención. Mi cuerpo se tensó al ver a una persona que iba y venía con el rostro distraído, sin percatarse de nuestra presencia.

Nos sentamos en una mesa que había en una de las esquinas del local, cerca de una ventana. Desde ahí podía apreciar la decoración, tenían un pequeño televisor que usaban como reproductor de música, varias mesas de madera rústicas, cuadros de comida y un estante al fondo con libros para leer dentro de la cafetería. La barra de al lado estaba presidida por un chico y una chica de aspecto jovial, ambos con un delantal marrón oscuro.

—Bienvenidas a La casina, ¿qué queréis pedir?

Alcé la cabeza al escuchar su voz. Habían pasado varios años, pero seguía siendo inconfundible, aunque hubiera adquirido un tono más grave. Mi cuerpo se tensó cuando sus ojos oscuros entraron en contacto con los míos, transportándome de nuevo a esa época en donde mi mirada le buscaba. Su sola presencia provocaba que mis piernas temblaran como un flan y la poca seguridad que había empezado a acumular con el paso de los años se desvaneció, dejando a la luz a la Clara frágil y rota.

Mi labio inferior tembló, incapaz de soltar alguna palabra audible. Recibí una patada bajo la mesa de parte de Rocío, pero ni siquiera eso me hizo volver en sí. Me había quedado atrapada analizando cada detalle de su evolución. Su barba incipiente, las arrugas finas sobre su frente, sus cejas anchas y oscuras a juego con su corto pelo negro, el rosado de sus mejillas como hace años tenía... incluso esa sudadera. Parpadeé seguido al ver que era la misma que cuando teníamos quince años. Se notaba porque le quedaba pequeña y revelaba sus delgados brazos.

—Quiero... —le escuché decir a Rocío de fondo, como si estuviera en la otra esquina de la cafetería—, quiero el té matcha con leche de soja. Y ella...

Traté de contener una mueca de dolor al recibir otra patada bajo la mesa y parpadeé para volver a la realidad al darme cuenta de su expresión de pocos amigos. Tragué saliva para intentar responder, no podía ser tan difícil.

—Yo... —Tosí al sentir las palabras atascadas en mi garganta—. Lo mismo.

Maldije para mis adentros. Nunca había probado un té matcha, aunque me gustaba el té verde normal. Solo esperaba que hubiera sido una buena elección, pues fue lo único que mi mente pudo recordar, y todo por oír a Ro. Qué complicado es enfrentarte a tus miedos y

recuerdos, aún más si es tu *crush* quien está mirándote fijamente, esperando una respuesta.

—Ahora mismo os lo traigo —asintió antes de darnos la espalda para dirigirse hacia el mostrador.

Cuando desapareció logré soltar una bocanada de aire, liberando a mis oprimidos pulmones. Rocío frunció el ceño, de haber sido un dibujo animado le habrían salido interrogantes por encima de su melena rubia.

—Es él —murmuré bajando ligeramente la cabeza—. Matías.

—¡Ay! —exclamó esbozando una amplia sonrisa y sus ojos verdes brillaron con fuerza—. Ya decía yo que estabas actuando de una forma muy extraña.

—El mundo es un pañuelo...

Le busqué con la mirada de forma disimulada, pues había costumbres que nunca iban a cambiar. Estaba en una mesa alejada, tomando nota a una pareja que acababa de sentarse. Se notaba que estaba agobiado, pues el barullo que había a nuestro alrededor era grande, pero aun así no perdía la sonrisa. Esa que tantas veces me había cautivado, me había dado motivos para seguir.

—¿Todavía no te has animado a hablarle por Insta? —preguntó Ro mientras tecleaba en su teléfono móvil.

—No. Es que... ¿qué le digo? ¿Te acuerdas de mí? ¿Cómo estás? Diga lo que diga me suena patético. Sinceramente, dudo que recuerde quién soy, y si lo hace será... —Mis palabras quedaron vibrando en el aire, afiladas como cuchillos—, será por algo malo.

—Pues a mí me pareció que se acordaba de ti, te miraba mucho.

—Me miraba porque estaba tardando años en contestar y tiene más clientes que atender —respondí con las mejillas encendidas—. Qué vergüenza, joder.

—Si te soy sincera, con la cara de susto que habías puesto pensaba que no ibas a ser capaz de decir nada. Me sorprendiste.

—Es que... en todos estos años solo hemos cruzado un par de palabras, ¿dos veces? ¿Tres? Y todas fueron en alguna situación vergonzosa. Debe de pensar lo peor de mí.

—No le des importancia —respondió echándose un poco hacia atrás al sentir la presencia de un camarero y su atención quedó centrada en una sola cosa: el plato que había colocado en nuestra mesa—. ¿Qué es esto?

—Cortesía de la casa debido a ser los primeros días desde la inauguración. Espero que os guste, son brochetas de plátano con chocolate negro fundido por encima. —Sonrió—. Enseguida os traemos los té.

—Gracias —contestamos ambas casi al unísono. Tenía muy buena pinta.

No tardamos en abalanzarnos hacia las brochetas y remojé bien un trozo de plátano en el chocolate. Al llevarlo a la boca no pude evitar cerrar los ojos y relamer el chocolate que me había quedado impregnado en el labio. Era toda una delicia. Por eso no pude evitar sobresaltarme cuando a los pocos minutos apareció una nueva presencia.

—Perdonad por la tardanza, aquí están.

No sabía si era por el éxtasis del sabor dulce del plátano con el amargo del chocolate negro o su perfume aturdiendo mis sentidos, o la atracción que desprendían sus ojos oscuros al clavarse en los míos, pero mi estómago dio un vuelco. Me limpié como pude el labio, esperando no tener más rastro de chocolate, y acerqué mi mano hasta la taza de porcelana para atraerla hacia mí. Lo que menos esperaba era que él fuera a hacer lo mismo.

La electricidad entre ambos no tardó en surgir y el tacto frío de mi mano colisionó con la calidez de la suya. Un chispazo me hizo alejarla de golpe, pero la sensación de cosquilleo que

tuve por un segundo al sentir por primera vez su piel me provocó un escalofrío que me hizo estremecer.

Esa sensación era como si hubiera sido capaz de batir mis alas y soltar los pies, que continuaban anclados en el suelo. Ese gesto debía de ser el sinónimo de atreverme a volar.

—Bueno. —Carraspeó antes de darse la vuelta para volver a sus quehaceres—. Disfrutad de la tarde, chicas. Espero volver a veros pronto por aquí.

Ambas asentimos, pero mi mirada se encontró perdida al seguirle el paso, absorta a todo lo que, a partir de ese momento, iba a ocurrir, pues el miedo no dura para siempre y el pasado poco a poco se desvanece hasta quedar inerte.



Ya en casa encendí el ordenador para ponerme al día con las tareas que tenía pendientes. Acabar una carrera podía parecer el final de los estudios, pero no, era solo el comienzo. En dos años tendría las temidas oposiciones, así que me había apuntado a una academia para estudiar el temario con calma y practicar los supuestos, lo que equivalía a tener que ponerme al día con todo y esforzarme mucho para sacar una buena nota.

Al cargar la pantalla de escritorio mis ojos no pudieron evitar fijarse en la carpeta de siempre, esa donde había guardado los pocos relatos y poemas que había guardado en un cajón. Era una carpeta destinada al olvido, pues fui incapaz de abrirla en todos estos años por el miedo a enfrentarme a mis palabras. Cada vez que dejaba el cursor sobre ella recordaba las palabras de Victoria y las risas de mis compañeros. Cada vez que intentaba ser valiente la voz que había decidido instalarse en mi mente me recordaba que no era la mejor opción.

Suspiré. Lo mejor sería asumir que no era buena y no iba a llegar a ningún lado con ello, así que decidí centrarme en los apuntes que tenía delante, pero una vibración en mi teléfono móvil atrajo mi atención. Estaba claro que la academia tendría que esperar.

*Me dijo Rocío que Matías trabaja en esa cafetería y que os atendió. ¿Al final le hablaste?
No me dijiste nada en estos meses. 19:07*

Fruncí el ceño y me mordí el labio inferior. Raquel se iba en verano a casa de sus padres, fuera de Oviedo, así que no estaba al corriente de las últimas novedades. Y sabía que decirle que no era esperar a una charla acerca de la valentía, que el tiempo vuela y que no tengo nada que perder. Ya. Siempre me podría la vergüenza y la inseguridad, estaba muy cómoda en mi burbuja, estable y mullidita.

No. No le hablé. ¿Qué le voy a decir? Me va a mandar a la mierda, Ra. 19:09

¿Y tú qué sabes? Han pasado muchos años y la gente olvida pronto. No puedes quedarte anclada en ese momento, Clari. ¿Y si te responde y mantenéis una conversación? ¿Y si acabas cumpliendo ese cliché de la chica nerd y el popular? Jaja Nunca se sabe lo que puede pasar. 19:09

Puse los ojos en blanco, sabiendo que no me estaba viendo en ese momento. Raquel solía ser muy realista y sincera, pero en lo que a mí me concernía era demasiado soñadora. Eso era aspirar demasiado alto.

*No empecemos. Ambas sabemos lo que hay, pertenecemos a mundos diferentes.
¿Me hablaste para darme la charla de siempre? 19:11*

Le puse un icono llorando para zanjar la conversación y lo envié, esperando que fuera suficiente para una tregua. Raquel podía ser muy insistente si se lo proponía.

Bueno, la pausaré solo porque también quería comentarte que el viernes que viene quiero ir de fiesta al Jocker y tienes que venir. Rocío también. Hace mucho que no salgo de fiesta y la ocasión lo merece. Porfaaaa 19:12

Chasquéé la lengua. Sabía que no me gustaba nada la fiesta y las pocas veces que había ido hacía años no había salido bien, ¿por qué intentarlo de nuevo? ¿Qué había de guay en beber hasta terminar mareada y bailar cuando eres un pato con dos patas izquierdas? Por no hablar de la música a todo trapo y las molestas luces de neón cegando a todos. Y sin olvidarme de algunos chicos que se dedicaban a mirar a las chicas como si fueran ganado. No quería sentirme una vaca, ni un caballo.

Sabes que no me gusta ir de fiesta, Ra. ¿Para qué me quieres allí? 19:14

Le envié también un icono con los ojos en blanco. Esa expresión fue la que puse cuando, dos minutos más tarde, acabé agregada a un grupo en Whatsapp donde las únicas integrantes éramos Rocío, Raquel y yo.

Ra: Rocío, ayúdame a convencerla. Comencemos recordándole que acaba de ver a Matías y, si quiere verlo de nuevo, tendrá que salir de su cueva más a menudo. Y DE FIESTA SE CONOCE A MUCHA GENTE. 19:16

Ro: Sé que esto no es Twitter, pero RT. Y de los grandes. 19:16

Negué con la cabeza conteniendo una sonrisa al ver cómo nos llenaba la pantalla de pulgares levantados hacia arriba.

Ra: ¿Y si Matías va al Jocker? Es uno de los sitios donde van más chicos de nuestra edad. ¿Vas a dejar pasar la oportunidad? Además, vas a estar con nosotras pasándolo bien y no nos iremos muy tarde. Lo prometo. 19:17

Ro: Sí, solo bailar un rato y beber. Todo de tranquis. Piensa que si pasas las horas metida en casa sí que Matías se va a olvidar de ti, tienes que hacerte ver. Llamar su atención siendo misteriosa. 19:17

El icono del angelito no me pasó desapercibido. Si no fuera porque las conocía de hacía unos años ya me hubiera puesto a temblar. A ambas les gustaba demasiado la fiesta. Yo era la oveja negra del rebaño.

Está bien, pero solo un rato. Y Ro... ¿misteriosa? ¿Cómo se hace eso? 19:18

Ro: Ya te enseñaré. 19:18

Sonreí al ver la cantidad de iconos guiñando un ojo y demonios morados sonriendo había enviado. Suspiré al darme cuenta de que tenían razón, no podría escribir los capítulos de mi historia si seguía refugiada bajo las cuatro paredes que conformaban mi habitación.

Nada mágico o, al menos, interesante sucede si te encierras en una jaula de cristal.

CAPÍTULO 25: VETE A CHERNÓBIL, TÓXICA

Autosuperación y confianza, solo cree en ti; lo que te propones, tú lo puedes conseguir. Que nadie te corte las alas, no se lo permitas, nadie más que tú conoce lo que necesitas.
(Cree en ti de Porta)



Y, como siempre, los días volaron hasta llegar el viernes de nuevo. Pasé la semana sumida en tareas de la academia y en el trabajo parcial que tenía cuidando a un niño pequeño mientras sus padres trabajaban.

Pasaba los días entretenida. Normalmente, cuando tenía tiempo —y ellas también—, me juntaba con Raquel y Rocío para tomar algo en alguna cafetería, y estaba claro que ahora ambas tratarían de ir siempre al mismo lugar, a esa Casina del chocolate que tenía dentro una persona muy especial.

Esa era la rutina, los quehaceres con los que me sentía a gusto y cómoda, feliz. Pero ir de fiesta significaba salir de mi burbuja, de mi refugio, y no estaba segura de que eso fuera a salir bien, sobre todo después de las experiencias que había tenido.

Aun así, cedí. Cedí porque se lo debía a ambas por seguir a mi lado a pesar de todo, por apoyarme y estar ahí tanto en lo bueno como en lo malo, por escucharme y ayudarme a hacer mi vida mucho más sencilla. Además, recordaba las palabras de mi abuela ese día en su casa. No podía dejar que el miedo me venciera.

Por eso, me apresuré en prepararme. Tampoco era que me llevase mucho tiempo decidir qué ponerme. Estaba acostumbrada a mis vaqueros y a mis camisetas holgadas. Sentía que no me quedaba bien ningún otro tipo de ropa, aunque admiraba a las chicas que llevaban vestidos, faldas y top ajustados. Las hacían parecer modelos.

Además de eso, no ayudaba que me costara ver mi reflejo en el espejo. Intentaba evitarlo todo lo posible y no era muy fanática del maquillaje porque sabía que haría algún estropicio y no me beneficiaría lo más mínimo. No. No quería parecer un payaso ni un mono de feria. Ya había desentonado bastante en el pasado.

Así que repasé mentalmente que tuviera todo listo y me dirigí hasta la estatua donde solían quedar la mayoría de personas en Oviedo, aquella que todos llamaban «La Gorda». Básicamente porque era una señora con esa complexión física. Aunque peor era quedar en otra que era un culo gigante de color negro.

Allí, en uno de los bancos que había situado cerca de la enorme fuente que presidía la plaza, encontré a Raquel tecleando absorta en su teléfono móvil. Me aproximé tratando de no asustarla y ella alzó la vista, como si me hubiera visto llegar.

—¿Rocío no viene?

—No, al final no puede. —Me encogí de hombros.

—Bueno —dijo mientras se levantaba—, te prometo que no me despegaré de ti y que no hace falta que bebas si no quieres. Solo intenta disfrutar bailando un poco.

—Se te olvida que tengo dos pies izquierdos. —Suspiré—. Quizá sería mejor que me quedara en la barra.

—¡Nadie se queda en la barra de un *pub*! Más que nada porque no hay taburetes, están hechos para pedir algo y lanzarse a la pista.

—Qué bien... —Negué con la cabeza, intentando ser positiva para no amargarle la noche a Raquel—. Haré lo que pueda.

Subimos por la calle que nos llevaba hasta la catedral, pues la zona de los *pubs* estaba detrás. Esa zona pertenecía al casco antiguo y la solían llamar «la Mon», repleta de discotecas y algún que otro mini local de comida por si te entraba el hambre.

Al darme de bruces con la fachada del *pub* que tantos problemas me había dado al quedar con Jorge no pude evitar retroceder. Aunque habían pasado ya siete años de todo eso, ese momento se me había quedado anclado en la mente y me bloqueaba.

Me sobresalté al sentir la mano de Raquel sujetando mi brazo, apretando en un intento de darme ánimos. Solté todo el aire que tenía acumulado en los pulmones y cerré los ojos durante unos instantes para aunar valor, el suficiente para poder entrar.

El bullicio y la música resonando por los altavoces me atronó, recordándome lo aturdida que me había sentido nada más poner un pie. No habíamos ido muy tarde, así que aún no estaba lleno, pero sí había una cantidad importante como para ponerme nerviosa. Era instintivo, sentía que todos iban a mirarme y murmurar entre ellos, como en el colegio, aunque en realidad no fuera así.

Jugueteé con las mangas de la chaqueta que había decidido ponerme porque en Oviedo comenzaba a hacer algo de fresco por las noches, un gesto automático que había adquirido para intentar evadirme de la realidad, pero Raquel no me lo permitió. Tiró de mí con delicadeza hasta acercarnos a la barra y alzó la voz para que la escuchara por encima de la música.

—¿Quieres algo?

Miré al camarero sin saber muy bien qué decirle a ella, ¿qué se pedía en estos sitios? Estaba claro que si pedía agua se acabaría riendo de mí y me echaría del local, así que acabé resignándome y negué con la cabeza.

Mi amiga se apresuró en pedir una jarra de algo que ni siquiera fui capaz de escuchar y me hizo un gesto de apuro. Fruncí el ceño sin entender nada.

—Me meo. Como no vaya ya al baño terminaré haciéndomelo encima.

—Ve. —Suspiré—. Me quedo aquí esperándote.

Ella sonrió aliviada y se perdió entre la multitud, hasta que la vi bajando por unas escaleras. Me quedé protegiéndome de brazos cruzados, mirando mi alrededor sin saber muy bien qué hacer. Volvía a sentirme esa chica de quince, perdida y sola, sin la protección de alguna amistad.

Pero mis ojos no tardaron en encontrar a alguien conocido y mi cuerpo reaccionó en respuesta. Mis músculos se tensaron y un escalofrío recorrió mi nuca cuando mi mirada chocó con los ojos ariscos de Victoria. Esa chica que, a pesar de ser algo más alta y esbelta, seguía con ese gesto de asco en el rostro y esos labios torcidos en señal de repulsa.

Mis manos temblaron tratando de esconderse entre las mangas de mi chaqueta, pero no sirvió de mucho. Estaba tan asustada que mis ojos miraban de un lado hacia otro, intentando no volver a cruzarme con los suyos. Fue entonces cuando unos ojos oscuros, cálidos como

recordaba, me atraparon.

Fue algo instintivo. Mis piernas temblaron como si fueran gelatina y mis mejillas empezaron a sonrojarse. Bajé la mirada, incapaz de mantenérsela por miedo a exponerme. Matías me hacía sentir diferente sin ni siquiera proponérselo, solo con verme reflejada en sus iris café.

Luego todo pasó muy rápido. Victoria se apresuró en avanzar hasta donde estaba para encararme y darme un empujón. Mis débiles piernas flaquearon y no pude evitar chocar contra la espalda de un chico que estaba cerca pidiendo una consumición. Escuché cómo se quejaba, pero mi miedo hacia Victoria era superior y me protegí la cara temiendo lo peor.

Con lo que no contaba era con que Raquel estaba cerca y, en lo que duró un parpadeo, estaba tirando de su camiseta para apartarla de mí, aunque Matías y Héctor se apresuraron en llegar.

Los brazos de un Héctor más fuerte y musculado sujetaron a Victoria por la cintura para separarla de mi mejor amiga, que había perdido la sensatez para intentar defenderme. No pude evitar buscar a Matías con la mirada y mi corazón dejó de latir durante unos segundos al ver su expresión de desagrado puesta sobre nosotras.

La persona encargada de la seguridad del local no tardó en echarnos a todos debido al espectáculo que estaban dando. Entre las voces y los movimientos bruscos habían chocado con alguna persona más y nos estábamos ganando las miradas curiosas de otros.

Eso hizo que Raquel se quedara con una consumición perdida y que ambas, una vez fuera, se miraran la una a la otra de manera desafiante. La tensión podía palparse en el ambiente. Estábamos dándonos la vuelta cuando escuchamos la voz de Matías advirtiéndole a Victoria. Entonces nos giramos.

—Joder, ya basta —gruñó, provocando que mi cuerpo se tensara de nuevo—. Estoy harto.

Su voz quedó camuflada por el ambiente, pues había personas por la calle hablando y otras caminando sin saber a qué discoteca entrar. Además, las puertas de los locales se abrían de forma continua, haciendo que el ruido del interior se escuchara más. Aun así, no pude evitar bajar la mirada de nuevo, avergonzada por la situación que se había generado.

—Te estaba mirando, Mati —protestó ella—. Le advertí hace mucho tiempo que no lo hiciera. ¿Por qué tuvo que venir al mismo sitio que nosotros? Mírala, solo quiere molestar y llamar tu atención. Es patética.

—Tú sí que lo eres. ¿Qué te crees? ¿Qué el *pub* te pertenece? Y *Mati* no es un objeto, puede mirarle quién le dé la gana, incluida Clara —la encaró Raquel—. Vete a Chernóbil, tóxica.

Matías se apresuró a sujetar a Victoria antes de que intentara soltar toda la rabia que tenía contenida contra mí hacia ella. Sujeté a mi amiga por el brazo para intentar alejarnos, sentía que mis ojos comenzaban a llenarse de lágrimas, incapaces de aguantar mucho más.

—¿Y no me defiendes, Mati? ¿Qué clase de novio eres? ¡Me ha llamado tóxica! ¡Suéltame!

Mi cuerpo tembló al escuchar sus chillidos. Había hecho tanto escándalo que varias personas se habían parado y nos miraban con semblante divertido, murmurando entre ellos. Los nervios, sumados a la vergüenza y el pánico, generaron una sensación de opresión en mi pecho y en mi garganta. Si no me apresuraba en alejarme no tardaría en vomitar.

—Lo siento —murmuró Raquel cuando llegamos a una zona más tranquila—. No tenía que haberte dejado sola.

—Más lo siento yo... —fui capaz de decir, aunque la ansiedad me lo dificultara—. No quería arruinarte la noche.

—No lo has hecho, no te preocupes. No es tu culpa que tu *crush* tenga una novia tan celosa y posesiva. Quieres volver a casa, ¿verdad?

—Sí —respondí con la voz rota.

El camino de vuelta fue agónico, aunque mi amiga hiciera todo su esfuerzo para intentar que no fuera así. Trataba de darme conversación contándome anécdotas y de vez en cuando me recordaba que no era mi culpa, aunque no sirviera de nada. Había vuelto a quedarme en esa espiral de remordimientos y vergüenza, recordándome que Victoria tenía razón. Era patética.

Por eso, cuando por fin llegué a casa y me metí en la habitación no pude evitar desahogarme y comenzar a llorar, pero cuando me rompí del todo fue al escuchar las patitas de Toby sobre el suelo de madera, hasta terminar abriendo mi puerta al empujar con su pequeña cabeza y verlo a mi lado. Lamía mis mejillas, cada lágrima que descendía mi rostro, como si quisiera decirme que no pasaba nada, que él estaba ahí.

Siempre.

Me sobresalté al escuchar una vibración en la bandolera que llevaba encima y limpié la mezcla que se me había quedado en la piel, entre mis lágrimas y sus babas. Parpadeé seguido para intentar ver mejor y rebusqué mi móvil, deteniéndome en la notificación que había en la parte superior de la pantalla.

Al entrar en Instagram y ver que tenía un mensaje privado mi corazón empezó a latir acelerado, pero se desbocó en el momento en que me fijé en el usuario.

Mattías_BV: Lo siento.

Dos palabras. Ocho letras. Ya me lo había dicho años atrás en alguna ocasión, pero seguía rompiéndome por dentro. No entendía por qué se había tomado la molestia de hablarme, ¿por qué lo sentía? Me carcomía pensar que sentía pena por mí, lástima, ese sentimiento que acompañaba de la mano a la vergüenza.

¿Debería responderle?

«Rara». Esa palabra vibró en mi interior, generándome un molesto escalofrío. Me quedé mirando la pantalla, inmóvil.

No. Lo mejor sería olvidarme de él. Ya la había liado bastante y todo por fijarme en quien no debía.

Por haberme fijado en él.

CAPÍTULO 26: EL FÉNIX RENACE DE SUS CENIZAS

*Si elijo ser mi prioridad no es cuestión de egoísmo, el tiempo de calidad parte dedicado a uno mismo.
(Que no, que no de Rozalén)*



Al día siguiente era sábado, así que estaba libre de trabajo. Me apresuré en prepararme y quedamos en casa de Raquel, puesto que aún no estaba preparada para enfrentarme a Matías y ella necesitaba contarle a Rocío lo sucedido con urgencia. Mi mejor amiga parecía un volcán a punto de entrar en erupción.

—¡Su novia es idiota! —explotó dejando con brusquedad la taza sobre la mesa de cristal.

Rocío asintió antes de beber un sorbo de su vaso con cerveza y yo opté por dejarla continuar con su verborrea, extendiendo la mano hasta el cuenco azul, repleto de patatas fritas de bolsa.

—Clara ni siquiera había hecho nada. Cuando estaba subiendo las escaleras me encuentro con esa idiota empujándola. ¿Pero qué se cree?

—No merece la pena envenenarse con eso, Ra —intervine—. Victoria siempre ha sido así de posesiva con él. Ella... No le gusta que le mire.

—¿Y qué va a hacer? ¿Mearle encima para marcar territorio? Es su novio, no un objeto. No puede pretender pelearse con cada chica que le mire porque es vergonzoso. Ni siquiera entiendo cómo sigue con ella aun sabiendo el infierno que te hizo pasar en el colegio.

—Le gustará —me sonrojé sabiendo que era una excusa pobre.

—No, si ya le puede gustar mucho, porque vamos... como persona deja mucho que desear. Es que no tiene nada decente que aportar con esa mierda de actitud. Si hace eso cada vez que salen de casa yo que él me quedaba encerrado bajo cuatro paredes, y con correa, para que ella pueda tirar de él cada vez que haga algo mal —resopló Raquel echando la espalda hacia atrás para apoyarse en el sofá.

—De todas formas, él es libre de dejarla si no está a gusto. Si sigue con ella sus motivos tendrá —objetó Rocío antes de dedicarme una sonrisa de complicidad.

Agradecía el carácter afable y positivo de esta, si ambas tuvieran esa fuerza y energía estaría perdida. Me devorarían.

—El caso es que... —Dejé que las palabras quedaran flotando en el aire al saber el rumbo que tomaría la conversación. Las conocía demasiado como para saber su opinión, aun así, necesitaba verbalizarlo; descifrar qué le podría haber llevado a hablarme—cuando volví a casa tenía un mensaje privado suyo en Instagram. Se disculpó.

—¿Cuáles fueron sus palabras exactas?

Me revolví al escuchar la pregunta inquisidora de Raquel. Sus ojos grandes y almendrados

se clavaron sobre los míos y alzó las cejas; tenía toda su atención.

—Lo siento.

Me encogí de hombros al ver sus expresiones de desconcierto y asombro. Yo me había quedado igual al leerlo.

—¿Nada más? ¿Le hablaste?

Miré a Rocío por un momento y bajé la cabeza antes de murmurar una negativa. Sabía que me iban a matar por no haber aprovechado la oportunidad, pero... ¿qué le iba a decir?

—Pero ¡Clara! —protestaron ambas cruzándose de brazos.

—¿Qué queráis que le dijera? «¿Gracias? ¿Más lo siento yo de tener que haber recibido un empujón por parte de tu novia? ¿Te doy pena?».

—No, mujer, eso no —respondió Raquel poniendo los ojos en blanco—, pero podías haber aprovechado para preguntarle qué tal estos años. Él dio pie a iniciar una conversación.

—¿Y darle más motivos a Victoria para que me amenace o se enfrente a mí? No, gracias. Definitivamente, no.

—¿Y vas a darle el gusto de refugiarte en tu cueva? No le des ese poder, Clara. Ya no. Tienes veintitrés años, más habilidades sociales y, además, a nosotras. No puedes seguir escondiéndote del mundo por miedo a que te hagan daño, no cuando el universo ha decidido ponerte a Matías de nuevo delante de tus narices.

Rocío asintió en señal de apoyo al escuchar a Raquel.

—No es tan fácil, Ra... —Me removí en el asiento, dejando caer un suspiro de tristeza.

—Ya, ya sé que no es fácil, Clari, pero si no lo intentas... le estarás demostrando a ella y a todos los que te han hecho daño que lo han conseguido. Y tú eres fuerte, eres el fénix que renace de sus cenizas.

—¿Y si no sé hacerlo?

—Claro que sabes —intervino Rocío—. Ya sabes que todo es cuestión de ir con calma, como dice Daddy Yankee, y de no renunciar a algo que quieres. ¿Que quieres hablar con Matías? Háblale, nadie te lo impide. Y él hizo el primer paso. ¿Y si está interesado en mantener una amistad contigo?

—Sí, claro. —Resoplé—, conmigo...

—Ni se te ocurra hacerte de menos —me amenazó Raquel apuntándome con su dedo acusatorio—. Eres una chica interesante y especial, además, le ayudaste en el festival ese. Seguro que te está agradecido.

—Pero no sabe que fui yo.

—Já —dijo Rocío con una risa seca— ¿Te crees que se chupa el dedo? ¿Cuántas personas iban a molestarse en escribirle una canción? Y encima de rap, que hay que rimar unas palabras con otras. Además, ¿no nos habías dicho que debiste de mandar también algún escrito? Es más que obvio que sabe que fuiste tú.

—Aun así, prefiero no pensarlo. Si ya me cuesta mirarle a la cara, imagínate si supiera con certeza que sabe que le dejé yo esa canción. Es que me muero —respondí tapándome la cara al notar mis mejillas encendidas—. Ya doy suficiente pena. No he podido volver a escribir desde aquella, es enfrentarme al papel en blanco y recuerdo todo eso. Me bloqueo.

—Porque aún tienes que enfrentarte a algo peor que a una Chernóbil insegura. A tu pasado.

Miré a Rocío y mi labio inferior tembló al escucharla. Sentí una opresión en el pecho al dejarme atrapar por todos los recuerdos, los cuales revoloteaban por mi mente creándome dolorosas grietas.

—¿Y cómo se hace eso? Yo no... No puedo.

—Claro que puedes —contestaron ambas dedicándome sus mejores sonrisas y se acercaron más a mí para abrazarme. Al soltarme, Raquel continuó—, y ya estás dando el primer paso interesándote en avanzar. Tienes que cambiar las tornas, Clari. Siempre has basado tu felicidad en función de los demás, como si fueras la luna girando alrededor del sol, buscándolo. Ha llegado el momento de que seas tú el astro principal. Y ha llegado también el momento de tachar el título de esa historia que habías escrito y llamabas *Si te fijaras en mí*, porque el título real es *Si me fijara en ti*. Tú tienes el poder, reina. Tú tienes la fuerza suficiente de brillar sin ayuda de los demás. Solo te falta recuperar la corona que te arrebataron, así que levanta la cabeza para empezar a buscarla.

Me sorbí la nariz tratando de luchar contra mis ganas de llorar al escucharla. La firmeza con la que lo había dicho, sus ojos brillando al mirarme, el movimiento brusco de sus manos al hablar... todo había hecho mella en mí, abriéndome un poco más los ojos. Raquel tenía razón, tenía que dejar de esconderme y de permitir que los demás me pisaran. Me lo debía.

—Joder, te ha quedado un discurso precioso. Eso anótalo para el futuro, para cuando retomes la escritura. —Sonrió Rocío antes de dar otro sorbo a su cerveza—. Es de esos discursos que en las películas hacen que se levante todo el mundo y se ponga a aplaudir.

—Pero ¿a qué es verdad?

—Nunca he estado más de acuerdo contigo —le contestó antes de guiñarnos un ojo.

Asentí y esbocé una sonrisa sincera, ambas tenían razón. En mi interior algo se removió, esa luz que creía perdida volvió a tintinear, recordándome que, aun en el mayor de los abismos, tenía la fuerza suficiente para brillar. Solo tenía que esforzarme en cuidarla, pues no hay mayor sentimiento de dolor que ver cómo te la arrebatan. No estaba dispuesta a que eso sucediera otra vez.

Curaría mis heridas y desplegaría las alas que había mantenido ocultas. Había llegado el momento de aprender a volar.



Al llegar a casa decidí hacerles caso e intentar enfrentarme de nuevo a uno de mis mayores miedos: la hoja en blanco.

Encendí el ordenador y esperé a que la pantalla cargara, aunque ya empezaba a notar mi nerviosismo al escuchar el sonido que producían mis dedos contra la mesa de escritorio. Cuando vi la carpeta que contenía los distintos *Word* suspiré. La mayoría tenían título, pero no texto.

Pulsé en uno. Aun sabiendo de lo que quería hablar, mis dedos parecían atascados, inmóviles contra el teclado. No tenía fuerza suficiente para pulsar una mísera letra, como si no les llegara la sangre.

Suspiré y eché la espalda contra el respaldo, ¿por qué era tan difícil? Lo peor era que lo sabía. Era difícil porque la voz de Victoria resonaba en mi cabeza, recordándome que lo que escribía era una *mierda*. Y era muy difícil deshacerse de esa voz cuando era acompañada por las risas de los compañeros. Lo peor era que dolía. Vaya si dolía.

Volví a hacer un intento, pero al ver que me sucedía lo mismo cerré los ojos y aporreé el teclado, formando un montón de letras al azar. Al ver la frase sinsentido removí mi cabello y abrí Internet. Había llegado el momento de avanzar otro paso, de enfrentarme a una situación que la sociedad llenaba de prejuicios.

Tecleé la palabra «psicólogo» seguida de mi ciudad y dejé que el buscador hiciera su magia. Me resultaba increíble que para eso sí me funcionaran los dedos. Me mordí el labio inferior

mientras leía las diferentes webs que aparecieron y pulsé en una que recomendaba a varios.

Pasé fotografía tras fotografía, incapaz de decidirme. Me parecía algo frío y extraño y debido a mi anterior experiencia tenía cierto recelo. ¿Cuál era mejor? ¿Y más agradable? ¿Con quién sería capaz de abrirme y sentirme cómoda?

Decidí escoger a una que me inspiraba confianza y anoté el teléfono en el móvil para llamar el lunes. Al menos la primera cita era gratuita como toma de contacto. Tragué saliva al ver la nota en la que había guardado el número. Al menos el primer paso ya estaba hecho, solo me faltaba tener la valentía suficiente para verbalizar todo lo que llevaba tanto tiempo callando. Eso era lo que más me asustaba.

Cerré los documentos y apagué el ordenador con un sentimiento agridulce. No había conseguido mi meta de poder escribir algo, pero la psicóloga me ayudaría. Me acerqué hasta uno de los estantes que tenía en la habitación y busqué el libro que llevaba a la mitad. Al menos todavía conservaba otra de mis pasiones y las reseñas no se escribían solas.

Tenía un blog que actualizar.

CAPÍTULO 27: HÉROES SIN PODERES

Y aún no sé qué voy a hacer para perder el miedo a comenzar contigo la vida de nuevo. ¿Cómo no te había visto antes? En ninguna otra parte; siempre miro a otro lado, pero hoy estabas justo delante.
(Física moderna de Carlos Sadness)



Cuando llegó el jueves me sentí exhausta. Hacía dos días que había retomado el ir al psicólogo y era agotador. No por el hecho de ir, sino por abrirme. Daba vergüenza y miedo recordar todo lo vivido y todo lo malo que había pasado, porque me revolvía por dentro, generándome un escozor difícil de borrar. Cuando relataba lo sucedido sentía la oscuridad aprisionándome la garganta. Me dolía. Era como un monstruo que intentaba devorarme lentamente por dentro, debilitándome.

Además, el hecho de verbalizar de nuevo todo el sufrimiento que esa etapa me había generado hizo que mi ansiedad regresara, transformándose en pesadillas. Lo único que me tranquilizaba era dormir con Toby, ese pequeño ángel que había aparecido siete años atrás frente a mi puerta como un salvavidas, un tablón al que aferrarme cuando no le encontraba el sentido a vivir. Él era mi atrapasueños, mi amuleto. Sin él me sentía perdida, frágil, débil otra vez.

—Clara, ven a jugar. Tú eres este, ¿vale? Es un malote.

Removí la cabeza al escuchar de fondo las palabras de Pedro, el niño de cuatro años que cuidaba para ganar algo de dinero. Tenía que buscarle del colegio y llevarle hasta casa para quedarme un par de horas con él mientras su madre llegaba del trabajo.

Pedro estaba sentado en la alfombra con un montón de vengadores esparcidos por el suelo, con una camiseta a rayas y unos pantalones oscuros. Sus rizos rubios brillaban por la luz de la ventana, parecían de oro.

—¡Clara! —protestó, frunciendo el ceño al ver que no le hacía caso.

Suspiré y dejé el móvil en el suelo con el perfil de Instagram de Matías abierto. Sí, lo admito, había pecado. Me había dedicado a fantasear viendo sus fotografías, intentando no babear. Si con quince años me gustaba, ahora que tenía un aspecto más maduro estaba muy sexi. Quitaba el hipo y la respiración con esa barba incipiente.

—Sí, ya va —le respondí antes de que fuera a armar una rebelión contra mí con ayuda de sus superhéroes.

Por desgracia, Pedro era un niño muy curioso y al alzar la vista sobre la pantalla de mi móvil no dudó en cogerlo para ver qué había.

—¿Qué ves? —preguntó antes de toquetear todo sin ningún tipo de cuidado.

—¡Pedro, no!

Le quité el móvil de las manos como si hubiera cogido un mechero y se fuera a quemar.

Para quedar más tranquila decidí bloquearlo, al menos así estaría a salvo de sus manazas infantiles.

—No se puede coger el móvil de una persona sin su permiso. No es un juguete —le regañé.

—Perdón... ¿jugamos?

Suspiré, negando con la cabeza. Cuando ponía esa voz inocente no podía negarle nada, sabía cómo camelarme, así que me rendí y me sumí en su juego, uno donde los superhéroes ganan y los malos terminan derrotados por el suelo. No como la realidad, donde los villanos tienen el suficiente poder como para terminar pisando a los demás, dejando a los héroes sin poderes que les hagan especiales.



Al llegar a casa no pude evitar desplomarme en el sofá. Enseguida Toby apareció a mi lado, preparado para tumbarse, apoyando su cabeza sobre mi vientre. Al escuchar una vibración en mi móvil lo desbloquéé y me centré en el audio que acababa de enviarme Rocío contándome sus aventuras.

La admiraba. Era una chica inquieta y llena de vida, incapaz de quedarse mucho rato en casa. Siempre estaba haciendo cosas, en constante evolución. Para mí era un torbellino con la potencia de un huracán. Podía arrasarlo con todo.

En el audio me decía que mirase una historia de Instagram que me había compartido por privado. Al entrar en la *app* arrugué el ceño. En el avioncito de papel que indicaba los mensajes privados que tenía había un número dos en rojo.

¿Me había hablado otra persona más? ¿Dos mensajes? Debía admitir que apenas tenía seguidores, puesto que mantenía mi perfil privado y apenas subía fotografías. Solo dejaba que las curiosearan las personas más cercanas, así que estaba acostumbrada a que solo me hablara Rocío y, en algunas ocasiones concretas, Raquel.

Al pulsar en el icono del avión mi corazón se aceleró.

Mattías_BV: ???

Me quedé sin respiración al ver que antes de ese mensaje había un montón de letras sin sentido enviadas por mí.

—¡Mierda! —grité tapándome el rostro con las manos, aun sabiendo que nadie me estaba mirando.

No podía sentir más vergüenza. Incluso Toby había girado su pequeña cabeza para mirarme con expresión enigmática. Él era muy feliz viviendo sin conocer los problemas que traía consigo la tecnología y los peligros de dejar tu móvil al alcance de niños pequeños. Mala combinación.

Había cerrado los ojos para no mirar la pantalla, pero no pude evitar abrir uno para ver si Pedro la había liado más. Al entrar en su perfil y curiosear algunas fotografías unos corazones rojos hicieron que mis ganas de desaparecer aumentasen. Pedro había hecho que le diera a me gusta. Algunas incluso eran del año pasado.

¿Por qué el destino me la jugaba así? ¿Por qué me hacía exponerme de esta manera?

Abrí con rapidez el perfil de Rocío y busqué el chat para hablarle. Tecleé con urgencia, esperando su respuesta.

Claari__ruiz: Del cero al diez, ¿cuán de malo es haberle dado a me gusta a fotos de tu *crush*? Algunas de hace más de un año.

Claari__ruiz: Ah. Y haber puesto de j k b f j f e r n f j k en un mensaje privado.

Solo bastaron unos segundos para ver en la pantalla la palabra *escribiendo*.

Rochi_x: 29328313778317317381. Tíaaa, ¿qué has hecho? Lo primero es súper cantoso y lo otro no tiene sentido. JAJAJAJA

Dejé caer la cabeza en el respaldo del sofá, presa del pánico. La había cagado, ya no había marcha atrás. Si Victoria ya tenía ganas de matarme, le acababa de dar suficientes motivos para llevarlo a cabo y enterrarme. Con suerte me pondría unas flores de acompañamiento. Mustias.

Claari__ruiz: ¡Yo nada! Fue Pedro, que se puso a toquetear la pantalla. Aunque la culpa es mía por dejar el perfil de Matías abierto.

Rochi_x: Puto niño JAJAJJA soy su fan. No era la forma en la que quería que te hicieras ver, pero por algo se empieza jajaja ¿¿Qué te dijo??

Le transcribí los símbolos de interrogación que él me había dejado, y con razón. Si yo recibiera ese mensaje, aun habiendo ignorado su disculpa, pensaría que estaba loca de remate.

Rochi_x: Bueno, a ver, admito que no es el mejor comienzo, pero al menos tienes su atención. La putada es cómo explicas que un niño de cuatro años ha cogido tu móvil, pulsado Instagram, buscado el perfil de Matías, haber dado a me gusta a varias fotos y, encima, dejarle un mensaje. Pero... NO PASA NADA. Tú solo dile que te cogió el móvil el niño que cuidas y tenías Instagram abierto y espera a ver si te responde. Si no pasamos al plan B.

Claari__ruiz: ¿Hay plan B?

Rochi_x: ¡Siempre hay un plan B! ¡Y C si es necesario! En este caso es subir algo a las historias de Instagram que sea interesante o le despierte curiosidad. Le gustaba el rap, ¿no? Pues una canción o algo así. Yo qué sé.

Claari__ruiz: ¿Para?

Rochi_x: Jo, tía. ¡Para hacerte la interesante! Si subes una historia de algo que le gusta y le interesas tiene un motivo para hablarte. Ahora se liga así.

Claari__ruiz: Todo esto es como un mundo nuevo para mí. Me siento una anciana.

Suspiré. Para ligar por las redes sociales iba a tener que sacarme un máster. ¿Desde cuándo se hacían estas cosas? Aun así, mientras ella me respondía, decidí hacerle caso y contestar el mensaje de Matías. El pobre chico se merecía una explicación. Luego ya me escaparía del país para no cruzarme con él, pues me moriría de la vergüenza y, si no, ya se encargaría Victoria de empaquetarme en una caja. Funeraria.

Rochi_x: Consejo número dos: Si te responde espera unos minutos para contestar. Que no se dé cuenta de que estas deseosa de que te hable y tienes su conversación en la pantalla. Eres una chica ocupada. Memorízalo.

Claari__ruiz: No hace falta que me des consejos, no me van a hacer falta, estoy segura de que me va a ignorar. Si no ha huido ya después de cagarla así... qué vergüenza, Ro, siempre termino haciendo el ridículo frente a él. Soy patética.

Las palabras de la psicóloga vinieron a mi mente como un flash, recordándome lo poco que había podido decirme después de soltarle toda mi biografía. Según ella tenía que grabarme sus palabras en la piel para que nunca las olvidara.

Los pensamientos negativos son erróneos, producto de los miedos y humillaciones del pasado. Nuestra mente los crea para intentar protegernos, escudándonos en aquello que creemos que es real, pero es una trampa para que no podamos avanzar. No dejes que te bloqueen. Al principio es complicado, pero con esfuerzo y constancia pueden erradicarse. Ese es el segundo paso para avanzar y crecer por dentro, Clara, porque el primero ya lo has hecho al pedir ayuda. Y estoy muy orgullosa de ti, estoy segura de que poco a poco llegarás lejos, esos fantasmas que te persiguen desaparecerán.

Y, aunque el trabajo era íntimo y personal, pues requería de toda mi fuerza de voluntad y de un gran poder para doblegar mi asustado corazón, que intentaba protegerse mandando mensajes erróneos al cerebro, ahí estaba Rocío. Porque una amiga de verdad está en lo bueno, pero sobre todo en lo malo; es la mano dispuesta a ayudarte cuando eres incapaz de levantarte por tu cuenta. Sin dobles intenciones, sin pedir nada a cambio. Saben estar.

Rochi_x: No digas eso, eres muy especial. Es tu esencia, Clari, dejar huella en cada sitio que pisas, y, en el hipotético caso de que pensara eso, entonces es gilipollas. Encontrarás a alguien que te quiera y te acepte tal y como eres, pero para eso primero tienes que aceptarte y quererte a ti misma. Te lo mereces.

Le mandé varios iconos lanzando besos al aire. Sus palabras me habían llegado mucho, pero, a la vez, me costaba creérmelas, así que no sabía muy bien qué contestar. Esa voz de mi interior me susurraba que no era cierto. Suspiré. Iba a ser complicado doblegarla, la tenía demasiado enquistada en la piel.

Me sobresalté al ver otro mensaje.

Mattías_BV: Los niños pequeños son un peligro jaja.

Chasqué los dedos. ¿Qué le podía responder a eso? Ojalá no me resultara tan complicado mantener una conversación, pensar que la iba a cagar con cada palabra que escribiera.

Claari__ruiz: Sí.

«Genial, Clara. Eres un genio, Einstein. Lo tuyo definitivamente son los discursos».

Aun así, Matías permaneció en la conversación. La palabra «escribiendo» hizo que mi estómago diera un vuelco, amenazando con salirse del pecho. Parpadeé con rapidez al leer el último mensaje, uno que hizo que soltara el móvil sobre el sofá como si quemara.

No estaba preparada para leer esa pregunta, y mucho menos para contestarla.

CAPÍTULO 28: AYUDANTES A CUPIDO

Qué electricidad, vaya conexión la complicidad de alta tensión. No hace falta hablar, solo mirarnos, el mundo gira a tu alrededor.

(Qué electricidad de Carlos Sadness)



Mattías_BV: ¿Sigues escribiendo?

Miré a mi alrededor de forma frenética, esperando que el universo contestara por mí. ¿Cómo lo sabía? ¿Raquel y Rocío tenían razón? ¿Tan obvio era? Chasqueé los dedos sin saber muy bien qué hacer. ¿Cómo debía comportarse una cuando su *crush* le preguntaba si escribía? ¿De verdad se había fijado, aunque fuera por un momento, en mí?

Claari__ruiz: ¿Cómo sabes eso?

Me mordí una uña de forma inconsciente al ver que había enviado el mensaje. No quería ser borde, me aterraba pensar que pudiera ofenderle y me dejara de hablar. Nunca en mi vida me hubiera imaginado que Matías estaría dándome conversación, que estuviera interesado en lo que hacía. Me había olvidado hasta de respirar.

Mattías_BV: Bueno, recuerdo que Victoria hace años rompió unas hojas de tu libreta. Tampoco quiero ahondar en la herida, solo es curiosidad.

Mi corazón me golpeó con fuerza, recordándome la dureza de esa escena. Las palabras de su novia todavía rebotaban en mi mente, eran como agujas perforando cada resquicio de mi piel, quebrando cada sueño que con tanto esfuerzo había forjado. Ahora estaban todos rotos, esparcidos por el suelo.

Claari__ruiz: No, ya no escribo.

Leer esas cuatro palabras hizo que mi mundo se tambaleara. Una cosa era saberlo yo y otra exteriorizárselo a alguien más. ¿Por qué se lo había confesado? Seguramente le daría igual. Como él mismo me había dicho, solo había preguntado por cortesía, por curiosidad.

El silencio reinó entre ambos. Por suerte, la distancia nos separaba, así que no podía ver cómo mi rostro estaba cargado de nervios y mis ojos se impacientaban mirando una y otra vez su usuario, esperando algo más.

«Tonta, Clara. Tonta. Eres incapaz de mantener una conversación normal. Se va a cansar».

Traté de inspirar con fuerza y cerré los ojos. Solté el móvil unos segundos para intentar canalizar los pensamientos negativos que estaba teniendo y aspiré el aire que tenía retenido en los pulmones, como la psicóloga había podido indicarme en la sesión. Apenas había podido

ayudarme al centrarse en conocer mi contexto y situación de la que partía, pero si me había podido dar ese ejercicio práctico. Tenía que calmar mis miedos y mi inseguridad, frenar a mi mente, a esa Clara de quince años que se culpaba a cada poco de todo lo que había vivido, que estaba cansada de sufrir.

«Lo estás haciendo bien, al menos le estás respondiendo. Él ha preguntado, así que hay que agradecer este momento. Eres valiente, esto te ayuda a seguir adelante, a crecer».

Al abrir los ojos de nuevo parpadeé, sorprendida. Matías se había convertido en una caja de sorpresas.

Mattías_BV: ¿Por?

Suspiré. Estaba siendo la prueba más difícil de mi vida, toda una odisea. Por un lado, tenía ganas de hablar con él y desahogarme, pero por otra el miedo me invadía. No quería que me juzgara, ni tampoco dar pena. Además, no era fácil verbalizar lo que tenía escondido en mi interior, incluso a mí me costaba. ¿Por qué insistía tanto? Me rasqué una roncha rojiza que apareció en mi brazo, me aparecían cuando estaba muy nerviosa o incómoda.

Claari__ruiz: No se me ocurre nada. Creo que me he quedado sin inspiración jaja

Me mordí el labio inferior para evitar golpearme la cara con la mano abierta, presa por la vergüenza. ¿Por qué había dicho eso? Dios. Qué vergüenza.

Mattías_BV: Entonces habrá que salir a buscarla ;)

El vello de mi piel se erizó al leer esas palabras. ¿Qué me estaba queriendo decir? ¿Había algún mensaje oculto o solo intentaba ser amable? Eso de ser una abuela con las tecnologías y el tema de ligar me estaba perjudicando.

Tragué saliva antes de buscar el *chat* de Rocío en el Whatsapp, necesitaba asesoramiento con urgencia y ella, junto a Raquel, habían sido designadas como ayudantes de Cupido, pero en vez de lanzar flechas eran expertas en dardos.

Por eso, a los pocos segundos de mostrarle la captura de pantalla que había hecho, su respuesta apareció junto a unos cuantos *stickers*.

Uhhhh muchos avances veo yo aquí. 20:09

Rodé los ojos. Yo no veía ninguno.

Tampoco te emociones. Solo intenta ser amable. 20:09

Rocío no tardó en contestar.

Pues parece interesado en ti. Al menos le generas curiosidad jeje 20:10

Para lo que tardará en perderla... tampoco es que tenga nada interesante que contarle. Soy muy aburrida, ro 20:10

Antes de leer la respuesta indignada de mi amiga recordándome la importancia de hacerme valer y no de menos fue mi mente la que creó una señal intermitente que me subrayaba la palabra error en fosforito y bien grande. Error por generar un pensamiento negativo, por exteriorizarlo hasta el punto de hacerlo real, por asimilarlo. Tenía que trabajar bastante el transformarlo. Nadie tiene el derecho de hacerte pensar lo contrario. Solo uno mismo sabe el tesoro que es y el valor incalculable que guarda en su interior.

Suspiré y jugueteé con mis dedos mientras esbozaba una pequeña sonrisa al leer las palabras de afecto de Rocío. Apoyarte en los demás está bien, pero lo realmente importante es apoyarte en ti mismo, hablarte, escucharte, ser tu propio pilar para no dejar que nadie te haga caer. Por eso el trabajo de ir al psicólogo es duro, te hace vulnerable y te abre en canal de tal forma que te sientes pequeña, pero poco a poco hace que vayan cerrando tus heridas para hacerte grande. Para volar alto. Pero lo primero era aprender a despegar. Y en eso estaba. Venciendo a mis propios demonios.

Al final me resigné y abrí de nuevo la conversación que tenía con Matías para responder de la mejor forma que sabía. Sin consejos, sin opiniones, sin refuerzos externos. Porque si estaba dispuesto a hablar era para conocerme a mí, no a otra versión de mí misma, apoyada por mis amigas.

Claari__ruiz: Supongo que tienes razón.

Añadí el icono del mono tapándose los ojos, que era el que más me representaba por la vergüenza, por la timidez, por los miedos que aun albergaba. Ese monito era mi espíritu animal.

Cerré la conversación, temerosa por si contestaba o, peor aún, si la daba por finalizada ahí. Ambas opciones provocaron que se me formara un nudo en el estómago, así que decidí que lo mejor sería distraerme haciendo otra cosa. Sonreí al recordar que me había atrevido a hablar con él, que había dado un paso. Estaba deseando que llegara la siguiente sesión para contarle mis avances a la psicóloga.



Una semana más tarde estaba echada en el sofá revisando las redes sociales que tenía instaladas en el móvil y jugando a un juego que había decidido descargar recientemente y me tenía viciada. Estaba cansada, ya era jueves y había que sumarle el trabajo en la academia con cuidar al niño que había conseguido que iniciara una conversación de más de cuatro palabras con Matías.

Ya había ido a la psicóloga y a todo eso había que añadirle los ejercicios que me había preparado de relajación y técnicas para cambiar los pensamientos. Al parecer eso era el primer escalón para hacer disminuir la ansiedad y que mis inseguridades se fueran mitigando. Pero también realizar acciones que me hicieran sentirme útil, gestos en los que nadie me pudiera ayudar, como ir sola a una cafetería y exponerme a mi miedo de que alguien se riera de mí o me juzgara por no ir acompañada.

Qué tontería, ¿verdad? Si cerraba los ojos podía recordar a muchos rostros, personas desconocidas que se sentaban en mesas para leer el periódico o algún libro, tomar el café o simplemente el sol. Personas despreocupadas por el qué dirán, centradas en pequeños gestos que les hacía felices. Pero yo era incapaz, solo con acercarme a una cafetería y pensar en quedarme mi mente se encargaba de intentar defenderme recordándome que era una mala idea, que podían volver a humillarme. Todavía tenía mucho trabajo por delante.

Estaba tan ensimismada pensando en mis futuras tareas que no pude evitar parpadear varias

veces seguidas al ver que me había llegado un mensaje privado a Instagram. Lo primero que me vino a la mente fue pensar en Rocío o en Raquel, pero estaba claro que el universo conspiraba en mi contra —o a mi favor—, aún no lo tenía muy claro.

Mattías_BV: Chavaleees anotad esta fecha en vuestras agendas o calendarios. ¡¡Viernes 26 de octubre a las ocho de la tarde en La casina del chocolate!! Daré un pequeño concierto junto a otros raperos. La entrada es gratuita, así que hacer ruido por las redes y mover gente. ¡Vamos a apoyar la música!

Mi corazón latió acelerado al imaginarme mirarle de nuevo actuar. Solo con pensar en escucharle cantar como esa vez sobre el escenario provocó que un cosquilleo extraño recorriera mi estómago, haciendo que me mordiera el labio inferior.

Quería ver si allí, en el concierto, el tiempo se detendría otra vez. Si sería capaz de quedarme atrapada en sus pupilas y si sus labios seguirían teniendo ese efecto hipnótico al moverse para dejar salir versos, palabras hiladas cargadas de magia que eran capaces de clavarse en mi corazón, dejándolo aturdido. Era extraño, pero solo había sentido ese magnetismo cuando él rapeaba, me hacía sentir conectada a él. Generaba electricidad.

Tecleé a toda velocidad con los dedos temblorosos, buscando el *chat* grupal que tenía con ambas. Quería ir con todas mis fuerzas, pero no sola. Necesitaba refuerzo, si no estaba segura de que me lo perdería por el miedo a encontrarme con Victoria, a hacer más ruido de la cuenta y que alguien se percatara de mi presencia. Todavía no había podido avanzar hacia el siguiente escalón.

Clari: HEEEEEEELP. 20:48

Ni siquiera me tomé la molestia de explicar lo que había sucedido. Copié el texto del mensaje grupal que Matías había dejado y lo pegué en la conversación. No hacían falta más palabras para entender mi dilema. Era lo bueno y lo bonito de la amistad, que bastaba con una mirada o un gesto para comprenderlo todo, sin necesidad de una explicación.

Ro: Yo no puedo. Tengo que irme al pueblo. 20:49

Sus iconos de caras llorando fueron acompañadas por las mías. Lo malo de ser el ying y tus amigas el yang que te nivelan era que mientras que yo lo único que tenía que hacer era tirarme en el sofá de mi casa perdiendo el tiempo con la televisión, ellas iban de aquí para allá haciendo mil y un planes para distraerse, entre ellos estaba ese, ir a sus respectivos pueblos para visitar a su familia. Y eso significaba que podía quedarme sola, sin posibilidad de ver cantar a Matías.

Clari: ¿Y tú, ra? 20:49

Sutil, pero directo. Parecía una pregunta con toque de indiferencia, pero me estaba consumiendo por dentro. El tiempo se detuvo en ese preciso instante, junto con mi respiración. Mi cuerpo se había quedado tan tenso que no me di cuenta de lo apretados que tenía los nudillos hasta que mis uñas empezaron a clavarse en la piel, haciéndome daño.

Nunca una respuesta me había parecido tan de vida o muerte. Ni siquiera cuando estuve esperando la respuesta de la universidad para ver si me admitían en el grado que quería estudiar. Y eso para mí significó mucho.

Ra: Voy contigo. Ese finde me quedo aquí. 20:53

Poco me faltó para morir por falta de oxígeno, por eso mis pulmones se quedaron aliviados al tenerlo de vuelta. Nunca serían suficientes iconos para transmitir la alegría que sentí en ese momento porque pudiera acompañarme.

Nunca serían suficientes palabras para describir lo que ese día significó para mí. Un sentimiento agri dulce fruto del exhibicionismo, del qué dirán. Fruto de un *freestyle* que siempre se quedaría grabado en mi memoria.

CAPÍTULO 29: ¿ESTÁS PREPARADA?

Estaré allí cuando llores y cuando rías, en tus días de melancolía y en tus alegrías. Estaré allí cuando duermas y cuando sueñes, en tus en miedos más profundos y en tus noches más frías. Tan solo déjame escribirte, retratarte, rescatarte de la nada siempre que te sientas triste.
(Amor libre de Nach)



Cuando el interfono sonó para avisarme de que Raquel había llegado, mi corazón latió acelerado. Las semanas habían pasado volando entre trabajos, tareas y cuidar a Toby, que le había salido una úlcera en el ojo y habíamos tenido que operarlo para que no perdiera la vista. Así que mis días habían transcurrido yendo de aquí para allá, madrugando para echarle unas gotas y echando pequeñas siestas en el sofá después de llegar cansada de cuidar al niño.

Por eso ahora me sentía intranquila; no pude evitar jugar con la manga de la sudadera que había decidido ponerme al pensar cómo sería ir allí. A verle. A exponerme de nuevo delante de todos.

Tenía que reconocer que evitaba ir a sitios con mucha gente. Desde el día que llegó Toby a mi vida me había costado tomar las riendas y dejarme ver por el miedo al qué dirán. Me bloqueaba imaginarme que podía sucederme algo así de nuevo. Que todas las personas se girarían al saber quién era y se reirían de mí, juzgándome por haberle entregado mi confianza a una persona que no la supo proteger.

Mi mente no paraba de recordarme que era mi culpa, que había sido una ingenua y me lo tenía merecido. Era un sentimiento que me dejaba exhausta y provocaba que la ansiedad se me quedara atascada en la garganta.

Por eso el principio fue ir a la Universidad. Ya había perdido un año por ser incapaz de enfrentarme a mis miedos y requirió de un gran esfuerzo por mi parte poder ir y hacer la carrera que quería. Al principio perdí muchas clases por encerrarme en los baños para vomitar, pues cada vez que llegaba nueva mis defensas se hundían, debilitándome; pero todo mejoró cuando me topé con Raquel y, tres años más tarde, con Rocío al compartir una optativa.

Gracias a ellas conseguí ir paso a paso y poder sentarme en la cafetería del campus a tomar algo. Luego, poder ir a una cafetería de la ciudad. Paso a paso, esfuerzo tras esfuerzo, el trabajo fue dando sus frutos. No era algo fácil, pero todo era más sencillo al apoyarme en personas que me querían. Pero eso no quitaba que la ansiedad siguiera ahí como un virus deseoso de atacar, recordándome que todo a mi alrededor significaba peligro. Cada nueva situación requería un gran trabajo mental para evitar salir huyendo, para desear con todas mis fuerzas desaparecer.

Me miré en el espejo un segundo o dos más de lo que solía acostumbrar. Esa era otra tarea

que tenía pendiente, ser capaz de contemplar mi reflejo sin pensar en que Victoria tenía razón, que era la chica rara, la fea, la incomprensida. Mi reflejo era como un cuadro de Picasso, con piezas abstractas incapaces de ser recompuestas para formar algo bello.

Suspiré. Decidí desechar esos pensamientos y centrarme en algo más constructivo, como recibir a mi amiga. Pulsé el icono de la llave que abriría la puerta del portal y toqué mis uñas, esperando tener la suficiente fuerza de voluntad para no morderlas ahora que había conseguido empezar a dejarlas crecer.

Cuando entró y su mirada conectó con la mía, después de saludar a Toby, que iba calibrando sus pequeñas pisadas al arrastrar el collarín que tenía para evitar que se hiciera daño, me di cuenta de lo emocionada que yo estaba. El brillo que había cerca de sus pupilas era el más puro reflejo del nerviosismo que yo estaba mostrando.

—¿Estás preparada?

—Eso creo —respondí con una sonrisa tensa—. Solo espero que Victoria no se dé cuenta de que estamos ahí. Viéndole —recalqué.

—No pienses en ello. Recuerda que la que tiene un problema es ella, no tú. Tú no has hecho nada mal, Clari. Por cierto —continuó arrugando el ceño—, ¿piensas ir con esa sudadera? Pero si tiene más años que una momia.

—Es que... no quiero llamar la atención.

Traté de destensar los hombros y centrarme en analizar lo que llevaba ella. Tanto Raquel como Rocío tenían un estilo similar, con ropa holgada de estilo hippie. Les quedaba bien. Raquel llevaba unos pantalones largos con estampado y una camiseta de tirantes verde junto a una chaqueta del mismo color.

—Clara, tienes que dejar de refugiarte bajo sudaderas y vaqueros largos. Que te quieras poner esa ropa por comodidad, genial. Pero si te la pones para intentar camuflarte entre los demás, mal. No mentía cuando dije que el problema lo tienen ellos, no tú.

—Gracias —murmuré.

Me dirigí hasta el armario y lo abrí con pocas esperanzas de encontrar algo decente. Raquel tenía razón, mi atuendo principal solía consistir en ropa deportiva o vaqueros. Admiraba a esas chicas que se ponían tops que marcaban su vientre o pantalones ajustados que resaltaban su figura y parecían decir: «Gírate y mírame». Yo ni siquiera me molestaba en probarme esas prendas porque sabía que no eran para mí. Era como pretender hacer pasar a un mono por una modelo de pasarela.

Por eso me mordí el labio inferior al recordar las palabras de la psicóloga: «La primera persona a la que debemos cuidar y valorar es a nosotros mismos»; y ya la estaba fallando. Bueno, me estaba fallando. Estaba tan acostumbrada a valorarme siempre de una forma tan negativa que pensar diferente era como intentar caminar descalza pisando cristales.

Cansada de enzarzarme en una lucha mental entre mi mente y mis miedos, cogí unos vaqueros oscuros y un jersey fino, porque no hacía el suficiente frío como para escoger uno de lana. Era de un color azulado bonito, de esos que me hacían recordar el mar.

—¿Bien? —me preguntó mi amiga al encontrarse con una expresión vacilante en mi rostro.

—S-Sí. Vamos.

Recorrimos las calles esquivando a personas que iban con prisa, adolescentes enfrascados en las pantallas de sus teléfonos y paraguas que dificultaban el mirar por donde ibas. En Asturias era muy normal tener otoños lluviosos o nublados, el sol solía brillar, pero por su ausencia, así que estaba acostumbrada a mojarme y que mi pelo se encrespara gracias a la humedad.

Por eso, al entrar en la cafetería no pude evitar sentirme reconfortada al sentir un placentero

calor en mis mejillas por el cambio de temperatura y oler el delicioso aroma del café y el chocolate recién hecho. Agradecía que fuera un local amplio, habían cambiado la ubicación de algunas mesas y sillas, así que cabían más personas sin sentir una sensación de claustrofobia. Matías ya estaba preparado con otra sudadera que me resultaba familiar junto a unos playeros algo gastados debido al uso que debía darles. Al fijarme vi que el derecho tenía un agujero que hacía asomar un trozo de su calcetín.

Mi cuerpo empezó a temblar al escuchar su voz resonando en un altavoz que se encontraba a mi espalda para probar el sonido. No solo por el susto, los intervalos graves con alguno chillón que luchaba contra la pubertad ya perdida me transportaron a esa época en la que creía que él podría tocar el cielo si quisiera. Esa época en la que, solo por mirarme, conseguía que yo lo hiciera.

Raquel me palmeó la espalda para que me moviera y decidimos sentarnos en unas sillas que nos permitían poder verle bien, pero sin estar en primera fila. Desde ahí, mientras un chico nos atendía, observé de reojo cómo Matías se agachaba para coger unos papeles que tenía en el suelo, marcando los músculos de sus brazos bajo esa tela que parecía estar cerca de romperse.

—Es guapo —dijo mi amiga antes de acercar el móvil para sacarle una fotografía.

—¡Raquel! —siseé con los ojos a punto de salirse al abrirlos de manera exagerada.

No pude evitar mirar a mi alrededor esperando que nadie se diera cuenta de su atrevimiento. Si Victoria estaba cerca y la había visto estábamos muertas. Repasé una por una a todas las personas que estaban dentro del local, sin detenerme mucho para que no se enfadaran o se metieran conmigo. Solo lo suficiente para intentar averiguar si alguien se había fijado en lo que Raquel había hecho.

Suspiré al ver que ni siquiera Matías se había dado cuenta.

—Estás loca. Te podía haber visto alguien.

—¿Y qué? Va a dar un concierto, Clara, querrá publicidad. Hoy en día las redes sociales son un escaparate, una gran ayuda para darte a conocer. Una foto o vídeo que gusta se puede hacer viral —respondió sin inmutarse.

—¿Vas a subirla a Instagram? —pregunté alzando las cejas, sin creérmelo—. Pero...

—Deja de pensar en el resto, de verdad. ¿Qué te apuestas a que si supiera que voy a subir algunas historias grabándole me daría las gracias?

Tragué saliva solo de pensarlo. Quizás Raquel tenía razón, pero no me sentía preparada para averiguarlo.

—Solo... No me enfoques, ¿vale? Por si acaso.

—Está bien. —Suspiró, negando con la cabeza.

El concierto empezó sin grandes complicaciones. Se notaba que Matías había madurado porque tenía más soltura, mayor carisma. Movía los brazos de forma inconsciente al son de la melodía, enfatizando algunos versos con ayuda de su voz. Era atrayente. Mis ojos iban y venían de un lado hacia otro, siguiéndole como si fuera un metal frente a un campo magnético.

No pude evitar mirar a mi alrededor, esperando no encontrarme con una Victoria enfadada, mirándome con odio. Pero no había ni rastro de ella, lo cual me resultó extraño e inquietante, haciendo que me retorciera en el asiento.

Matías continuó como si nada, centrado únicamente en las personas que tenía delante. La mayoría de las canciones que estaba cantando las conocía. Desde que su mp4 había llegado a mi vida le había seguido el rastro a los dueños de esos raps que me habían hecho sentirme unida a él y poder conocerlo mejor. Matías me había hecho amar las canciones de Shinoflow, que ahora se había convertido en Carlos Sadness; de Shé serpy, que ahora era solo Shé; de Porta y Nach,

aunque ahora los escuchaba menos, y de Rayden, el cual se había ganado un hueco importante en mi corazón con *Haz de luz*. Todos eran grandes raperos que me habían acompañado en situaciones delicadas, recordándome que no estaba sola, que debía seguir hacia adelante y luchar. Que la vida es dura y te hace caer, pero también te hace vivir situaciones maravillosas, consiguiendo que te rías hasta que te duelan las costillas o que sonrías hasta el punto de sentir la tirantez en tus labios. Y eso, sin duda, es saborear la felicidad.

Pero, aunque hubo otras que no me sonaran, supe el momento en que decidió cantar una propia por los bruscos gestos de su cuerpo. Tragaba saliva de forma constante, su mirada se desviaba hacia las esquinas y tenía un ligero temblor en la mano derecha, la que sujetaba el micrófono, e intentaba disimularlo haciendo esos movimientos típicos de los raperos.

Las personas que había a mi alrededor siguieron como si nada, moviendo la cabeza al son del ritmo y de las palabras que salían de los labios de Matías como si fueran balas, mientras que él parecía preocupado en agrandar y que gustara tanto como el resto de letras. Porque así somos, nos desnudamos ante los demás bajo la premisa de que lo que hacemos va a ser una mierda y la vida nos abre los ojos, haciéndonos ver lo que valemos, el talento que tenemos guardado. Cuántas veces habremos borrado o cancelado algo por el miedo a que no fuera suficiente cuando en realidad iba a gustar. Cuando a alguien, como en este caso a mí, le iba a emocionar.

Por eso, cuando terminó y vi la expresión de alivio en su rostro y cómo sus hombros se relajaron no pude evitar levantarme del asiento y aplaudir, dejándome llevar por la sensación de euforia.

Sus ojos conectaron al instante con los míos y, debido al poder de la conexión entre ambos y que había sido la única que se había levantado para aplaudir, me senté de nuevo, provocando un golpe seco, y mis mejillas ardieron en respuesta. Todos los pares de ojos se habían posado en mí.

—Bueno, el concierto se ha terminado, pero La casina nos ha dejado media hora más para hacer un poco de *freestyle*. Así que os animo a quedaros y disfrutar del talento que hay por aquí —dijo con una amplia sonrisa.

Miré a Raquel sin saber muy bien qué hacer. Había pasado una hora y seguramente ella estaba cansada y quería regresar a casa, pero asintió con la cabeza. Varias personas pasaron por nuestro lado para salir del local.

—Si es solo media hora... aguantaremos un poco más. No lo hace mal, aunque no entiendo de rap.

Pocas veces en mi vida había esbozado una sonrisa tan sincera como la que quedó plasmada en mi rostro en ese momento. Disfrutaba pudiendo ver a Matías en su ambiente, analizar cada gesto que hacía al concentrarse para recordar la letra, como cuando arrugaba la nariz o cuando arqueaba las cejas antes de morderse la mejilla interna. Estaba en su esencia, en su mundo.

No tardaron en subirse al pequeño escenario que habían preparado varios chicos que parecían amigos por el modo en que se daban paso y se saludaban entre ellos. Había algo mágico en la improvisación, el ser capaces de hilar unas palabras con otras de forma armónica, jugando con ellas como si fueran cartas de póker que tienes que usar de manera estratégica. Me fascinaba.

Estaba tan ensimismada escuchándolos enfrentarse unos a otros y retarse usando frases ingeniosas que no reparé el momento en que habían terminado y Matías aprovechó los diez minutos restantes para sacar a algún voluntario más. Por eso, cuando a mis oídos llegó mi nombre con ese tono de voz que no era característico de mi amiga, parpadeé y me tensé. ¿Había escuchado bien?

—Clara —repitió, para mi desgracia, y sus ojos oscuros se clavaron sobre los míos—, ¿te

animas a improvisar un poco?

Mis labios cobraron vida propia al moverse de manera desenfrenada. Estaba tan en *shock* que ni siquiera fui capaz de pronunciar palabra cuando Raquel me empujó hacia el escenario mientras me miraba con complicidad, esperando que ese gesto me sirviera para coger el impulso que seguramente pensaba que necesitaba.

Pero todo eso quedó relegado en un segundo plano al percatarme de que Matías me había cogido la mano para colocarme a su lado y el frío tacto de esta hizo contraste con la mía, generando un extraño chispazo y un cosquilleo que recorrió toda mi piel.

CAPÍTULO 30: SOY IDIOTA

Llegaré, aunque no sepa ni dónde, y lo haré, aunque no sepa ni cómo. La actitud en la vida lo es todo, hay preguntas que solo el destino responde. Todo el mundo mata por el oro, más nadie valora en sus manos el bronce. Por mis venas no corre sangre, más bien melodías, notas y acordes.
(Sufrir es crecer de Shé)



Tuve que soltarme a pesar de que mi cuerpo protestara. Fue una sensación tan poderosa que me causó vértigo, una explosión de emociones que me resultó imposible de controlar. Ahora tenía la sensación de su piel áspera retenida en mi mente, mis mejillas se habían encendido a causa de la vergüenza y tenía mis terminaciones revolucionadas, todo porque había tenido un poco más de él, un acercamiento. Era el primer roce que tenía con un chico después del desastre con Jorge. La primera vez que mi cuerpo respondía a esa sensación agradable ansiando más, cuando antes lo rechazaba de forma constante.

No podía evitarlo. Cada vez que hablaba con un chico —que no eran muchas— recordaba todo lo que había sufrido. Ni siquiera Rocío y Raquel sabían de ese capítulo de mi vida, lo odiaba. Era incapaz de pronunciar una sola palabra que indicara todo lo que había vivido ese día. Incapaz de recordar que él había hecho lo que quería, ignorando lo que pedía yo. Negándome. Y lo peor era que me sentía culpable. Sentía que todo lo que me había pasado me lo merecía. Las etiquetas que todas aquellas personas con las que me había cruzado y habían decidido moldear mis pensamientos se habían quedado ancladas en mi interior. Me impedían seguir hacia delante y sentirme orgullosa, me hacían ver un reflejo distorsionado cada vez que me miraba en el espejo. Me impedían reconocermé. No me dejaban quererme. Estaba retenida en el pasado, mi yo de quince años seguía asustada, llorando, incapaz de luchar.

Por eso me sorprendía y asustaba a partes iguales la magnitud que había tenido ese contacto. Ese roce había desestabilizado mi sistema, me había dejado expuesta. Expuesta y débil. Desnuda.

Empecé a hiperventilar. Era lo que menos necesitaba en ese momento, pero fui incapaz de manejarlo. Ver a tantas personas frente a mí, escuchar algunas risas lejanas, el chirrido del micrófono al ser probado por un chico alto de pelo oscuro para ver si seguía funcionando, mis pensamientos revolviendo mi mente como si fueran una turbina... todo fue un cúmulo de sensaciones que me impidió pensar con frialdad.

El terror empezó a consumirme, tornando mi mirada borrosa. Ya no veía a Raquel sentada en la silla tratando de infundirme ánimos, el rostro de Matías se había vuelto difuso y no escuchaba su voz dándome algún tipo de indicación. Mi estómago se contrajo al oír en mi interior las palabras *guarra, zorra, puta, inútil, fea, rara...* Todas me herían. Todas me impedían avanzar.

Entonces escuché una base, una melodía resonaba por los altavoces que indicaba que me tocaba cantar algo. Mis manos captaron el micrófono, ese objeto que hasta ahora había pasado desapercibido. Podía sentir cómo me quemaba, cómo pesaba; como si en vez de gramos fueran kilos. Los primeros murmullos y risas no tardaron en llegar, ver que algunas personas me señalaban me estaba matando por dentro. Pero era incapaz de moverme, la ansiedad me había bloqueado.

—Yo... —Mi boca se empezó a mover, tratando de luchar para pronunciar algo audible. Pero era difícil, cada sonido que salía equivalía a una palabra que se filtraba en mi interior. Más etiquetas, más losas de mármol que trataban de derrumbarme.

—Venga, chica, canta algo o baja —le escuché decir a un chico que había cantado antes.

Mi cuerpo empezó a temblar. Podía oír de fondo que la base había llegado al estribillo por cómo sonaban unos ruidos graves, como si fueran baquetas golpeando tambores. ¿Por qué era tan difícil? ¿Por qué no podía ni siquiera moverme?

—¡Tú puedes, Clara!

Ni siquiera la voz de Raquel intentando animarme había surtido efecto. La ansiedad había empezado a descender, retorciendo mi estómago con fuerza hasta el punto de amenazarme con devolver lo poco que había comido. Tenía tanta falta de autocontrol que los latidos de mi corazón se habían incrementado, provocándome sudores fríos, y mi garganta se estaba estrechando, asfixiándome.

«Por favor, no», rogué para mis adentros mientras mi cuerpo conseguía girarse unos centímetros, lo justo para parpadear y ser capaz de captar los detalles que componían el rostro de Matías. Sus ojos oscuros mirándome fijamente, sus cejas arqueadas, la curva descendente que formaban las comisuras de sus labios.

Entonces caminó hacia mi lado. Mi alrededor se congeló en el momento en que sentí su hombro tocando mi ropa. Mis ojos fueron incapaces de desviar la dirección, se quedaron anclados en la curvatura de su boca, el magnetismo que desprendía al abrirla y cerrarla porque su voz comenzó a inundar la cafetería. Matías empezó a reconfortarme y bloquear la oscuridad que me estaba atrapando.

Entonces respiré.

—... *Sobran las palabras cuando hay tanto sentimiento. Verso tras verso siento que lo que me falta son besos. Ni yo mismo me comprendo, soy preso de tu exceso, mientras que te regalo lo eterno, tú solo me ofreces sexo. Estoy vacío, ni siquiera sé salir. La nada se expande, ya no sé vivir. El mañana se hace tarde, tu presencia es un puñal en mi pecho, no quiero quedarme aquí. Es inútil luchar, no puedo seguir así. No puedo seguir así.*

La improvisación terminó a la vez que la base dejó de sonar por los altavoces. En ese momento la magia se desvaneció y todas las personas que había frente a mí volvieron a moverse, a hablar, a hacer acto de presencia. Me asustaba la capacidad que tenía Matías para ahuyentar el abismo que continuamente me seguía para hacerme caer, pero más me asustaba que lo hiciera sin ni siquiera darse cuenta y que lo hiciera de forma tan gratuita, pues al terminar me guiñó un ojo y me dedicó una sonrisa sincera.

Me apresuré en bajar del pequeño escenario que habían armado para poder camuflarme de nuevo entre los clientes. Mi mente me regañaba pensando que seguro que alguien me había grabado y aparecería por Twitter o Instagram haciendo el ridículo. Otra vez. Porque esa era la palabra que más resonaba en mi interior. Ridícula, patética... rara.

Todas las etiquetas y pensamientos se desvanecieron al sentir el tacto de una mano sobre mi hombro y no pude evitar tensarme. Mi corazón latió desbocado al girarme y ver que era Matías,

me estaba impidiendo alejarme, una vez más.

—Espera. Yo...

Tragué saliva al ver su expresión dudosa. No estaba preparada para otro golpe más, así que cerré los ojos durante un instante para aunar fuerzas y desaparecer. Tenía que alejarme de la cafetería como fuera. Necesitaba refugiarme bajo las cuatro paredes que formaban mi habitación. Me sentía agotada tanto física como mentalmente.

—Soy idiota, no tenía que haberte dejado subir al escenario. Lo siento mucho.

Sus palabras impactaron en mi pecho, paralizándome. Miré de soslayo a las sillas ya vacías que había frente a nosotros. Solo había una ocupada, la de Raquel. Era consciente de que si seguía apretando los párpados y tragaba saliva una vez más rompería a llorar. «Matías se arrepiente de haberme dejado subir. Lo he decepcionado, lo he arruinado todo. Seguro que está avergonzado por el desastre que he hecho. Y encima se disculpa».

Mis labios temblaron, todo lo que era capaz de hacer fue un puchero. Tragué saliva otra vez, consciente de que estaba a escasos segundos de derrumbarme por completo. Me sentía tan avergonzada, tan expuesta... que era como si volviera a tener quince años. La realidad me sobrepasaba, todos los años de esfuerzo y lucha por intentar salir del abismo se habían hecho añicos. Me sentía atrapada de nuevo.

—Va-Vale.

Quise decir algo más, pero mi amiga me lo impidió. Sus dedos alargados tiraron de mí para sacarme del lío en el que me había metido. Me sentí agradecida al conseguir salir de la cafetería y el frío acarició mis mejillas, consiguiendo recuperar la poca estabilidad que me quedaba.

—¿Estás bien? Hacía mucho que no te veía... así.

Cerré los ojos al escuchar sus palabras. Tenía razón, el primer año de carrera había sido horrible porque, además de lidiar con los vómitos y la ansiedad de ser nueva, también estaban las temidas exposiciones. Los tres primeros meses fueron nefastos; si conseguí sacar una buena nota fue gracias a su intervención. Raquel quedó en varias ocasiones conmigo para que practicara exponiendo delante de ella y después llamando a sus amigos más cercanos. Primero uno, luego dos... así hasta que me acostumbré a cada mirada, cada risa contenida cuando me bloqueaba, cada gesto preparado por Raquel para que me enfrentara a él. Pero esto... esto había sido demasiado para mí.

—Quiero irme a casa —logré responder a duras penas.

—¿Quieres que esté un rato contigo?

—No... no hace falta —respondí, aunque por dentro lo estaba deseando. Supliqué a mi amiga con la mirada esperando que lo comprendiera, que se diera cuenta del vacío que había en mis pupilas.

Los pensamientos negativos se amontonaron en mi mente, me agotaban. Siempre estaban ahí para recordarme que, o bien servía para que se burlaran de mí, o me tenían lástima. No quería molestar a nadie, mucho menos mendigar amor. Estaba tan acostumbrada a estar sola que ahora me costaba un mundo pedir ayuda. Aceptar que necesitaba apoyo, un hombro en el que llorar, unas palabras de aliento.

—Está bien —asintió—. Sabes que me tienes para lo que necesites, ¿no? Cuando llegues a casa seguimos hablando por WhatsApp y mañana me puedo quedar para tomar algo y dar un paseo.

—Gracias.

No fui capaz de decir nada más, aunque me hubiera gustado, cuando me sentía tan débil y cansada mi mente se bloqueaba. Así que cada una giró hacia una calle diferente y pusimos

rumbo a nuestro hogar. Al menos ahí me esperaba el único ser que no me juzgaba, no me etiquetaba, no se burlaba; solo me daba su amor sincero e incondicional.

Toby.

Suspiré al llegar a casa y ver que estaba sola. Entonces me permití llorar todo lo que había controlado en la cafetería. Dejé que la oscuridad me envolviera hasta el punto de casi devorarme. Sabía que Toby estaba ahí y eso me calmaba. Mi fiel compañero no dudó en subirse al sofá para colocar sus patas sobre mi ropa y empezó a lamer cada lágrima que descendía por mi piel. Se encargó de borrar cada rastro de sufrimiento que exponía, redujo el abismo hasta el punto de hacerlo casi, *casi*, inexistente.

CAPÍTULO 31: MI AMIGA EL GRINCH

*Buscaste la felicidad en todas partes y tal vez un día olvidaste que siempre estuvo aquí dentro.
(Todo va a cambiar de Shé)*



Al día siguiente quedé con Raquel en una cafetería para hablar de lo sucedido. Era sábado, así que no tenía nada importante que hacer —aunque tuviera temas por estudiar para las oposiciones y hacer varios ejercicios, (supuestos prácticos lo llamaban)—. El único requisito que establecí fue ir a cualquier cafetería que no fuera la de Matías, bastante tenía ya con la liada que había hecho el día anterior. Estaba tan atrapada en mis pensamientos negativos que ni siquiera me apetecía salir de casa, solo quería quedarme metida en la cama con Toby a mi lado, roncando como si la vida no tuviera ninguna preocupación. Lo envidiaba.

Pero había preocupado a Raquel con mi falta de respuestas, incluso había apagado el móvil al llegar a casa para poder desconectar. Y qué decir de Rocío, al no responder por el grupo y gracias a la insistencia de mi otra amiga, se había pensado en regresar a Oviedo antes de tiempo. Al menos conseguí tranquilizarla, pero ahora tenía que volver a exponerme a la realidad. No me gustaba tener que enfrentarla.

Por eso, cuando llegué hasta la acogedora fachada de color blanco con una amplia cristalera que mostraba el interior, suspiré. Desde ahí podía ver a Raquel ya sentada en una zona que, de venir más veces, se iba a convertir en mi favorita: Una esquina de la cafetería, formada por una mesa cuadrada de mesa y un sofá repleto de cojines pegado a la pared. Por desgracia ella se la había agenciado, así que a mí me tocaba la silla de madera revestida con una tela azulada.

Al entrar me quedé atrapada en la cantidad de dulces que ofrecían tras el grueso cristal: Napolitanas de chocolate, cruasanes, *muffins*, donuts... y como estábamos a finales de octubre y Halloween estaba a la vuelta de la esquina también tenían unos rollitos de mazapán y chocolate llamados huesos de santo.

Sobraba decir que el olor a chocolate caliente y a dulces me hizo salivar. Era muy reconfortante verte atrapada en esa vorágine de olores y sonidos tan característicos de una cafetería como los clientes sentados en las distintas zonas conversando unos con otros con aire distendido, los camareros yendo de un lado a otro cargando con las bandejas de comida y la música sonando de forma suave por los altavoces colocados en las paredes de ladrillo de forma discreta.

Mientras me dirigía hasta la silla no pude evitar pensar en Matías. ¿Trabajaría todos los días? ¿Estaría tan ocupado como los camareros de aquí? ¿Estaría contento, silbando como una camarera joven que acababa de pasar por nuestro lado? ¿O estaría agobiado por alguna razón?

¿Por qué seguía con Victoria? ¿Habría hablado con Héctor sobre lo sucedido? Eso me hizo recordar lo mal que lo había pasado y mi mente enlazó esa imagen a todas las vividas durante mi etapa escolar, logrando que mi cuerpo empezara a temblar.

—¿Tienes frío? Espero que hayas pedido algo caliente.

—¿Un té? —repliqué con una leve sonrisa mientras miraba la bonita tetera de color negro que había a su lado.

—Sí, ya sabes que soy adicta a ellos. Me da igual verde, rojo o negro. Como si inventan el té arcoíris.

Esbocé otra pequeña sonrisa al imaginarla tomando un té diferente cada día de la semana. Al menos ese pensamiento hizo empujarme a los otros, pero Raquel no estaba por la labor de dejarme tranquila. Estaba tan acostumbrada a enfrentarse a cualquier problema gracias a lo que había aprendido en las clases de teatro que tuvo de niña, e intentar conseguir que los demás también lo hicieran, que le resultaba imposible ignorar lo del día anterior.

—¿Estás mejor?

—Sí, no es nada. —Suspiré—. No tienes de qué preocuparte.

—¿Segura? Ayer apagaste el móvil, Clara. Nos tenías de los nervios por si te había pasado algo.

Me revolví en el asiento. No me gustaba tener que enfrentarme a esas situaciones.

—Solo necesitaba un pequeño descanso para alinear mis pensamientos, nada más.

—¿Sigues yendo a la psicóloga?

La miré por un momento, por suerte vino una camarera con mi bandeja y pude desviar la vista hacia el plato que tenía los huesos de santo. Sabía que no había nada de malo en admitir que necesitaba ayuda para gestionar mis problemas y emociones, pero por desgracia había personas que todavía pensaban que ir al psicólogo significaba que estabas loco.

—Sí, decidí ir una vez cada dos semanas porque... es caro —respondí jugueteando con las mangas del jersey—, creo que así está bien. No quiero pedirle dinero a mi madre y así puedo pagarlo yo.

—¿Y te ayuda? ¿Qué te manda hacer? A veces me planteo ir yo también, pero... me da vergüenza.

Esa era otra característica de Raquel. No le costaba nada escuchar a los demás e intentar ayudarles con sus problemas, pero contar los suyos era otro tema. Durante esos años siendo su amiga sabía que tenía un ex con el que había mantenido una relación tormentosa y que por fin había conseguido superarlo, pero nada más. Estaba acostumbrada a protegerse colocando un muro frente a los demás. Qué triste es pensar que es mejor callar y ocultar los problemas por si alguien en un momento te apuñala por la espalda usándolos en su beneficio, pero es algo real. La mayoría de personas tienen dos caras y, aunque estén acostumbrados a mostrar una, la otra termina por salir a la luz.

—Tengo que anotar los pensamientos negativos que voy teniendo hasta que voy a la consulta e intentar reflexionar alguno positivo para contrarrestar. Y...

—¿Y? —me animó al ver que me quedaba callada para soplar un poco el chocolate caliente que acompañaba a mi merienda.

—Quiere que retome la escritura, pero... no puedo, Ra. Es imposible.

—No hay nada imposible, solo te falta un poco de motivación. Necesitas encontrar ese impulso que te recuerde por qué es tan importante para ti.

La miré sin saber qué decir. Era consciente de por qué la escritura para mí era vital. Desde pequeña había disfrutado creando mis propias historias, me gustaba pensar que era una bruja

cuyos poderes consistían en hacer magia sobre el papel, otorgando a mis personajes vida propia. Me recreaba pensando que de verdad existía ese poder, que podía atisbar diferentes mundos y personajes atrapados en otros universos y era la encargada de liberarlos y contar su historia al resto. Que era una intermediaria, la portadora de una llave que conducía a la creatividad y la imaginación.

Pero la escritura también tenía sus partes malas. Pensar en ellas equivalía a recordar los momentos en los que le dictaba a mi padre lo que tenía que teclear en el ordenador cuando era tan pequeña que no sabía usarlo yo, y ahora él ya no estaba. Esa figura paternal se había roto, igual que nuestra relación familiar. La escritura también era recordar cada palabra de Victoria, las risas de los demás, las páginas rotas y, con ellas, todas las historias, toda mi imaginación; mis sueños y mis metas.

Lo único que había conseguido recuperar y permitía que me acompañase era la lectura. Me resultaba más sencillo leer y abrirme a otros mundos que no fueran los míos porque no me sentía juzgada, mi mente no me atacaba pensando que era una mierda y no servía para nada, podía relajarme.

Me costó retomar el ritmo de libros leídos. De pequeña devoraba uno tras otro y me resultaba más sencillo desconectar de la realidad, pero ahora esta amenazaba con engullirme, recordándome minuto a minuto la cantidad de problemas que cargaba sobre mi espalda, riéndose de mí por intentar engañarme y ocultarlos tras páginas y letras que hablaban de personajes que envidiaba. Solo quería verme así, sentirme importante, tener sentido para algo, tener una historia que contar, pero estaba vacía, mi vida era una página en blanco porque no tenía ningún capítulo que pudiera interesarle a nadie.

—Supongo —alcancé a responder, incapaz de transmitirle todo lo que había pensado. Mi mente me recordaba que era inútil, jamás sería capaz de escribir nada bueno.

En ese momento mi móvil, que descansaba sobre la pequeña mesa de madera, vibró. Me incliné para ver el fondo de pantalla que había establecido para cuando lo tuviera bloqueado, era Toby asomado desde el asiento trasero del coche de mi madre; Al poner el dedo para que el móvil pusiera la pantalla principal mi piel se erizó.

Era un mensaje privado de Matías en Instagram.

Raquel debió de captar mi estado de *shock*, porque con gran rapidez me arrebató el móvil y leyó lo que, segundos antes, había terminado de ver yo. Entonces mostró una amplia sonrisa, revelando los *brackets* que acompañaban a su blanca dentadura.

—¿Acaba de preguntarte Matías si te gustó la actuación de ayer?!

Suspiré al escuchar su pequeño grito agudo cargado de emoción, sus ojos brillaban como si le hubiera hablado a ella. Mi mente voló hacia el día siguiente de la actuación que dio cuando teníamos quince años, la misma pregunta, seguramente la misma respuesta. ¿Por qué era tan difícil decir algo más? ¿Por qué me daba tanto miedo abrirme? Tragué saliva, en el fondo sabía la respuesta: me daba miedo volver a sufrir.

—Seguro que pregunta por educación, le habré dado pena por el desastre que hice.

—¿Tú te escuchas? —preguntó antes de colocar los brazos en jarra—. Nadie pregunta por educación, y además ayer le vi preocupado por ti.

—Pues eso, por pena o por lástima, da igual. El caso es que seguro que se habrá reído de mí, como todos. Aunque tampoco le culpo, es normal. Aparte, me dijo que sentía haberme hecho subir al escenario, así que... sobran las palabras.

—Clara —respondió con el ceño fruncido y apoyó la espalda contra la pared—, si hubiera querido reírse de ti te hubiera dejado sola hasta el final. En cuanto vio que estabas pasándolo mal

no dudó en ponerse a improvisar. Y tenías que haberle visto cuando terminó, a la primera persona que miró fue a ti.

—¡Pero me hizo subir! Yo no quería.

—Eso fue culpa mía, y lo siento. Pensé que te estaba ayudando haciéndote dar un paso más, pero te hice retroceder cuatro. No tenía que haberlo hecho.

—Da igual, no pasa nada —contesté con la voz temblorosa.

—¿No le vas a contestar?

—¿Y qué le digo? Es que...

—Que estuvo muy guay, que te gustó cómo cantó... puedes preguntarle también si tiene pensado actuar de nuevo, o incluso si tiene algún canal en YouTube.

—No sé. —Suspiré—. No es tan sencillo, me da miedo que Victoria se entere de que le he contestado y vaya a por mí.

—Victoria no tiene ningún derecho ni poder sobre él ni sobre ti de decisión. Eres libre de responder a quien te dé la gana, y más sobre este tema. Repite conmigo: «No estoy haciendo nada malo».

—Está bien...

Me mordí el labio inferior mientras tecleaba una respuesta escueta. Me hubiera gustado poder contarle lo bien que lo había hecho y cómo su voz me hacía vibrar, pero me contuve. No quería problemas.

—¿Te ha respondido?

—No es flash, Raquel —respondí negando con la cabeza mientras trataba de contener una sonrisa. Su emoción era contagiosa, provocaba un cosquilleo por mi vientre.

—Bah, entonces mientras vamos a cotillear sus historias.

—¡Pensará que estoy interesada! No puedo hacer eso.

—¿Nunca has entrado en sus historias? —preguntó arqueando sus cejas.

—¡No!

—Pero si es la forma más simple y típica ahora de conversar. ¿Sabes la de personas que hay que usan Instagram para ello? Lo típico de que subes una historia con un texto o una canción y alguien te comenta en privado sobre ello.

—Pues solo curioso las tuyas o las de Ro, y aparte a mí solo me habláis vosotras.

—¡Normal! Desde que abriste la cuenta no has subido ni una historia —protestó haciendo un mohín forzado—. Así que ya estás tardando en subir una y curiosear las suyas.

—¿Y qué subo?

—¿Una foto conmigo mientras tomamos nuestras bebidas? Así rollo casual.

—Pero sabes que no me gusta salir en las fotos.

Los ojos de Raquel rodaron hacia arriba, tratando de ponerlos en blanco. Sabía que era una adicta a las redes sociales y las fotografías porque a cada poco subía una: Con familia, amigos, su perro... y qué decir de los paisajes, bebidas que tomaba o libros que compraba de vez en cuando; y cada día había como cuatro o cinco historias nuevas para ver. Pero yo era diferente, no me gustaba verme en fotos porque sabía que salía mal. Mis ojos se encargaban de analizar mi rostro y posición corporal buscando mil y un defectos. Nunca se daba por satisfecho porque siempre encontraba alguno más y exponerme delante de una red social para que la valorasen a través de un sistema de *likes* no ayudaba. Sabía que si salía yo no conseguiría ni uno.

—Pues haz una foto solo a las tazas, pones un filtro que salga el día de la semana y me etiquetas.

—¿Y eso cómo se hace?

—Anda, trae.

Le cedí el móvil con gusto y contemplé cómo se movía de un lado a otro con él para buscar el mejor ángulo para la fotografía. Era incapaz de entender cómo alguien podía esforzarse tanto para que una imagen tuviera mayor reconocimiento. Yo solo veía un par de tazas, nada especial. Aun así, me mantuve callada esperando que terminara su proeza.

—Ya está —dijo y extendió la mano para devolvérmelo—. Ya solo te falta cotillear las tuyas. He tenido que contenerme para no verlas por ti.

—Qué detalle —ironicé mientras pulsaba en el circulito con su foto para ver qué había subido hoy.

Abrí la boca de forma inconsciente al ver una fotografía donde aparecía él junto a su hermana pequeña. Se notaba que los años pasaban para todos, pues poco quedaba de su cara aniñada y su expresión dulce. Ahora tenía el pelo castaño largo, unos vivaces ojos oscuros y un piercing en la nariz. Incluso tenía la raya pintada, acentuando sus iris. ¿Qué años tendría ya? ¿Diecisiete o dieciocho? Quizás dieciséis.

La imagen estaba acompañada por un texto en el que preguntaba si alguien sabía de una academia o un profesor particular de inglés que cobrase poco para ella. Se lo dije a Raquel mientras pulsaba la pantalla para ver la siguiente historia, era una foto suya en el concierto de ayer. Suspiré al contemplar sus ojos brillantes y la curva que formaba su sonrisa mientras cogía el micrófono. Mis piernas volvieron a temblar en respuesta.

—Trae. Ya sé qué puedes responderle —dijo con una sonrisa maliciosa, propia del Grinch.

—Raquel no —le advertí tratando de esconder mi móvil.

Pero ella fue más rápida y me lo arrebató de las manos, entonces se apresuró en teclear una respuesta a la historia anterior. Todo empeoró cuando vi sus ojos brillando de nuevo y abrió la boca para anunciarme algo que hizo que quisiera que la tierra me tragara.

—Parece ser que ahora eres pluriempleada. —Sonrió.

«Genial», farfullé para mis adentros mientras hundía el cuerpo contra la silla. Si no había tenido bastante haciendo el ridículo, ahora tendría que enfrentarme a darle clases a su hermana. ¿Conseguiría salir viva de esta? Porque el universo se empeñaba en cavar mi propia tumba.

CAPÍTULO 32: ¿TE HAS TRAGADO A UN TRABAJADOR DE MR. WONDERFUL?

*Que la línea que más cuides sea la de tu sonrisa y que sea más curva cuanto más la cuides, y que todo el que te mire
vea que la vida se mide en los momentos en los que te sientes vivo, así que ¡vive!
(A mi yo de ayer de Rayden)*



—Me pides un imposible, Raquel. Si apenas puedo decir dos palabras delante de Matías, ¿cómo voy a hablar con él?

—Imagina que es otra persona, alguien cualquiera.

—Sí, claro —farfullé—, ahora me dirás que me lo imaginé desnudo.

—Bueno... esa puede ser otra opción, sí —se rio.

—Dimito contigo.

Suspiré. Cuando Raquel me devolvió el móvil pude comprobar que era real, de verdad se había atrevido a sugerirle que yo podía darle clases a su hermana y él había contestado; tendría que ir a la cafetería la semana siguiente para ultimar los detalles, pero ¿qué detalles? Un escalofrío me recorrió la espina dorsal. No podría hacerlo.

—Clara —me llamó Raquel, seguramente al darse cuenta de mi expresión—, eres muy inteligente y se te da muy bien ayudar a los demás, no te va a suponer mucho esfuerzo y además así ganarás algo más de dinero. ¡Y estarás más cerca de Matías! ¿No querías que se fijara en ti?

—Ya no —lloriqueé—. Esto solo me va a traer problemas con Victoria... con él... —Suspiré y removí la cuchara en el poco chocolate que me quedaba—. Y no estoy preparada para enfrentarlos. No quiero entrometerme.

—Olvida a Victoria. Matías será su novio, sí, pero no es suyo —respondió recalcando la última palabra—. Y no tiene nada de malo ayudar a su hermana pequeña y conversar un poco con él sobre qué tal le ha ido en estos años. ¿Y si os hacéis amigos? ¿No te gustaría?

—Pero ¿y si lo paso mal? ¿Y si su hermana es muy desagradable? Es muy mayor... yo solo le he dado alguna clase particular a niños de siete u ocho años. Y sobre lo de Matías... eso no va a pasar, Ra. Somos como el agua y el aceite, se dará cuenta de lo aburrida que soy. No tengo nada interesante que mostrar.

—A mí no me lo parece. Eres diferente, especial. Tienes una sensibilidad que pocos tienen y con muy pocas personas se puede hablar de temas profundos. En cambio, si quiero hablar de *Gran Hermano* doy una patada y aparecen veinte personas.

Entorné los ojos mientras escuchaba sus palabras. Vale, sí, hablaba de otros temas que no fueran *shows* de la televisión, pero eso era precisamente lo que me daba problemas con los

demás. Nunca me había sentido integrada, siempre me habían tachado de ser el bicho raro, no encajaba con las personas de mi edad. Incluso a veces pensaba que Raquel y Rocío solo eran mis amigas porque sentían lástima por mí. Odiaba tener ese pensamiento.

—Pero todos quieren a esas veinte personas, si abro yo la boca empiezan a bostezar, y Matías...

—Mejor no acabes la frase si vas a empezar a prejuizar —me advirtió—. Apenas le conocemos, nunca se sabe lo que esconden las personas si no nos atrevemos a hablar con ellas y rasgar en su interior.

—Últimamente estás muy profunda y positiva. ¿Te has tragado a un trabajador de Mr. Wonderful?

—Entonces soltaría purpurina al hablar. —Sonrió—, pero sabes que tengo razón. Deja de encerrarte en ti misma por el miedo y date la oportunidad de abrirte a los demás. Puedes estar perdiéndote sensaciones y momentos maravillosos.

—¿Y si me rechazan? ¿Y si fallo en el intento?

—Pues quédate con que has crecido y lo has intentado. Cometer errores y tropezar duele, pero te hace madurar, a la larga sube tu autoestima. ¿Perderías algo? ¿Acaso están ahora esas personas en tu vida? No, así que no pasa nada por intentarlo.

—En eso tienes razón —murmuré bajando la mirada—, pero es tan difícil...

—Es tan difícil como quieras verlo tú. Si solo piensas en que la vas a cagar y que todos te van a rechazar es lo que vas a conseguir, porque siempre atraes lo que piensas.

Levanté la mirada al escuchar sus últimas palabras; sabía que no le faltaba razón, pero cambiar los pensamientos requería un gran esfuerzo porque estaban adheridos a mi mente y me acompañaban desde la niñez.

—Si no me crees puedes buscarlo en Google, lo llaman ley de la atracción. Si mantienes una actitud positiva frente a los problemas que surjan y haces que tu mente borre los pensamientos negativos que te lleguen, atraerás buenas noticias o momentos.

—Ahora sí que te has tragado a un trabajador de Mr. Wonderful —respondí mientras entornaba los ojos.

—Bromea si quieres, pero es la verdad.

—Pero es que es absurdo —protesté—, ¿no podemos estar tristes? ¿Hay que estar con una sonrisa plasmada en la cara todo el rato? Eso es ser falso. La tristeza existe, mira lo que sucedió en *Inside Out* por intentar eliminar esa emoción.

—Tampoco es eso, solo que a veces muchas personas se hunden con un granito de arena. ¿De qué sirve pensar siempre lo peor? ¿Por qué no pensar mejor en positivo?

—Porque luego te llevas la hostia y si te vas preparando con antelación duele menos, o incluso consigues esquivarla.

Raquel negó con la cabeza al escucharme. Iba a ser muy complicado convencerme, aunque sabía que esa teoría era la que sostenía el trabajo que tenía que hacer con la psicóloga. Centrarme en cambiar los pensamientos negativos en positivos era toda una osadía, los malos tenían más fuerza y conseguían derribar a los buenos. Me habían decepcionado y herido tantas veces por esperar que llegase algo bueno a mi vida que había aprendido que lo mejor era aceptar la realidad, que la gente no dudaba en romper tus ilusiones si se las enseñabas, todo para conseguir hacerte retroceder y poder pasarte por encima.

—La vida a veces puede ser una mierda por la cantidad de problemas que trae, pero también tiene momentos increíbles, sino nadie querría vivir. Tienes dos opciones, quedarte atrapada en el pozo de la negatividad o escalarlo para poder ver un amanecer sentada en la arena de una playa

mientras escuchas las olas del mar.

—¿Todo esto para decirme que vaya a la cafetería a hablar con Matías?

—Todo esto para que aceptes de una vez que mereces ser feliz, y no porque hayas dado con un par de idiotas que te hayan hecho pensar lo contrario debes darles la razón, porque ellos no son nadie para ti, no son nada en tu vida. Tú si eres la dueña, eres la única que puedes decir lo que vales.

—¿Y si no valgo nada?

Raquel arrugó el ceño durante un instante y se incorporó del asiento para inclinarse y apretar mis manos unos segundos. Sus ojos oscuros me miraron fijamente antes de curvar los labios y responder.

—Vales todo, solo te falta aprender a verlo.

—¿Y cómo se hace eso?

—Aceptándote y queriéndote tal y como eres. Y estoy segura de que, aunque sea lo que más cuesta porque el entorno influye y se empeña en impedírtelo, lo conseguirás. Ese día acuérdate de mí y házmelo saber, porque brindaremos juntas.



Jueves 8 de noviembre; el frío empezaba a colarse por la piel y los nervios hicieron rugir mi estómago. Sobra decir que ese día estuve a punto de esconderme bajo las sábanas unas treinta veces, pero ahí estaba, parada frente a la fachada de la cafetería en la que trabajaba Matías. Desde ahí podía verle ir de un lado al otro con distintos pedidos de los clientes.

Estaba tan metido en su tarea que no reparaba que había más allá, lo que me permitió saborear mis últimos minutos de libertad. Me gustaba observarle, fijarme en cada detalle de su rostro y percatarme de que, a pesar de que estaba más alto y con algo más de músculo, seguía igual que hacía siete años. Seguía siendo ese mismo chico de ojos vivaces y sonrisa pícaro que se había colado en mi mente.

Se movía con gran soltura esquivando mesas y personas, con los oídos puestos en las voces de los clientes y los ojos en las manos que se iban levantando para llamarle. Estaba tan confiada en que estaba abstraído del exterior que cuando se detuvo durante un instante y nuestras miradas se encontraron no pude evitar bajar la cabeza. Habían sido unos segundos tan intensos que parecía que mi alrededor se había parado.

Tragué saliva. Había llegado el momento de entrar, por mucho que quisiera huir. Empujé la puerta acristalada y al instante en que la calefacción y el ruido ambiental de la cafetería me atrapó me permití respirar y relajarme. No me pasó desapercibido el olor a chocolate, consiguió hacerme salivar.

Aun así, ese instante de desconexión no duró mucho, pues al observar cómo estaba de lleno el lugar no pude evitar jugar con las mangas de mi abrigo y peinar mi cabello. Las personas iban y venían, algunas entraban y otras salían; las risas, las conversaciones, la música de fondo sonando por los altavoces... observé cada rincón sin saber dónde sentarme. Además, estaba sola frente al peligro, me tensaba pensar que los demás se iban a dar cuenta e iban a juzgarme por no tener ningún acompañante para hablar. ¿Qué iba a hacer yo ahí? Sentía que molestaba.

—¡Clara! —le escuché decir a Matías a mi espalda, haciéndome girar—. Puedes sentarte en esa mesa de ahí —sugirió señalando una que acababa de quedar libre—. Ahora mismo te atiendo y en cuanto pueda me acerco para hablar de las clases de mi hermana. Perdona por el caos, hemos anunciado por las redes que hoy teníamos chocolate caliente con *marshmallow* por un

euro y se ha corrido la voz. Estamos desbordados. —Sonrió.

—Cla-Claro. Voy.

Sentí el rubor en mis mejillas al darme cuenta de lo tonta que había sido mi respuesta, aun así, decidí no pensar mucho en ella y apresurarme para conquistar una de las dos sillas que tenía la rústica mesa. Desde ahí podía ver a través del cristal la gente pasar con aire despreocupado, otros con demasiada prisa. Me resultaba atrayente ver la expresión de cada rostro, los gestos de cada persona sin identidad, me hacía reflexionar sobre su vida, sobre qué problemas podía tener, qué podía suceder en su mente para exteriorizarlo de esa manera.

Me quedé tan ensimismada que no pude evitar pegar un bote sobre el asiento al escuchar un ruido a mi lado. Al girarme me di de bruces con los ojos curiosos de Matías y su sonrisa cómplice, era tan contagiosa que no pude controlar esbozar una pequeña en respuesta. Tenía las mejillas acaloradas por el esfuerzo y la ropa arrugada, pero eso no le quitaba su encanto.

—Perdona, no quería asustarte.

—No... no te preocupes —respondí negando con la cabeza.

Observé cómo miraba hacia la zona del mostrador, donde estaba un compañero atendiendo a las personas que llegaban, para después volver la vista hacia mí.

—La verdad es que pensé que podría dedicarte algo más de tiempo, pero está siendo una tarde de locos, lo siento mucho —dijo mientras se rascaba la nuca—. Al menos puedo aprovechar ahora.

—Yo... Si estoy molestando puedo irme.

Hice un ademán para levantarme, pero Matías me lo impidió. Su mano se aferró a mi hombro, consiguiendo que ese simple contacto me generase un revuelo de mariposas en el estómago. ¿Cómo lo hacía? Ni siquiera se había dado cuenta del poder que ejercía sobre mí.

—No molestas, no te preocupes. La verdad es que tengo que agradecerte que te ofrecieras. Si te digo la verdad no estamos sobrados de dinero y Paula necesita aprobar inglés si quiere mantener su media.

—¿Cuántos años tiene?

Traté de hacer memoria. Sabía que no se llevaban tantos, pero en la fotografía que había visto de ella aparentaba más edad. Últimamente las chicas querían ser mayores demasiado pronto, mientras que yo deseaba volver a ser esa niña sin obligaciones ni problemas que arrastrar.

—Diecisiete, el año que viene irá a la Universidad.

No me pasó desapercibido el brillo que mostraron sus ojos al pronunciar la última palabra y cómo exhaló un suspiro. Asentí, pues no teníamos la confianza para preguntarle algo más, sentía que estaría incordiando, así que tamborileé los dedos contra la mesa. Me incomodaba pensar que ella era mayor, lo suficiente como para poder cagarla equivocándome a la hora de explicarle el temario. ¿Y si se me había olvidado el vocabulario? ¿O la gramática? ¿Y si sabía más ella que yo?

Matías debió de darse cuenta de mi estado de trance porque su mano acarició la mía. Al mirarle se dio cuenta de lo que había hecho y la apartó de golpe, como si se hubiera quemado.

—¿Suced algo? Te has quedado con cara de susto.

—No sé si seré la persona adecuada. Yo...

Las palabras que no me atrevía a pronunciar vibraron en mi mente, recordándome que no era válida. No podía ayudarle, no podía exponerme de esa manera y que su hermana se metiera conmigo también. Los nervios me estaban ahogando.

—Clara, eres muy buena con los estudios. Lo recuerdo.

—¿Lo recuerdas?

Tragué saliva. ¿Cómo podía pensar eso? Mis notas habían bajado mucho ese año por todo lo que había vivido, no me atrevía a abrir la boca en clase por miedo a que se metieran conmigo y en casa era incapaz de concentrarme. Si al final había conseguido pasar de curso había sido gracias al esfuerzo que había puesto, pero sobre todo por los profesores. Les había dado lástima mi situación y aprobarme era la manera de olvidarse de lo sucedido y pasar página sin una mancha que emborronara su calidad educativa. Era la manera más sencilla de silenciar el ruido.

—Héctor me lo dijo —contestó mientras se rascaba la nuca otra vez.

Héctor... Mi cuerpo se tensó al escuchar ese nombre. Recordaba que en el viaje de estudios había intentado echarme una mano, pero también era consciente de que se había sumido a la masa de estudiantes que se habían reído de mí y me habían juzgado sin pararse a preguntarme. ¿Qué otras cosas le habría podido decir?

—Clara, de verdad, te lo agradecería muchísimo si me echaras una mano con mi hermana. Yo... no puedo pagarte tanto como me gustaría, por eso tendría que ser una hora dos días a la semana, y... ¿puedo pagarte ocho euros la hora?

Matías se removió en el asiento mientras su mirada iba y venía entre mirar a su alrededor, el suelo y a mí indistintamente. Sus cejas se arqueaban de forma continua como si se tratara de un baile, sin parar de parpadear.

—N-No... no hace falta —respondí negando con las manos—. No hace falta que me pagues nada.

—¿Qué?

Sus ojos se centraron en mí nada más pronunciar esas palabras, consiguiendo que mi incomodidad aumentara al verme tan expuesta. Sentía que era el único capaz de ver más allá de lo que intentaba mostrar.

—No, no. De eso nada —dijo con algo de malestar—. Por favor, acepta eso al menos. Sé que no es mucho, pero de verdad que por el momento no puedo ofrecer más.

Seguía pensando que no conseguiría ayudarla e iba a aceptar un dinero que no me merecía. Me aterraba pensar que podía defraudarlo, podía decepcionar a mi *crush* ahora que había conseguido mantener más de dos frases sin hundirme. Pero ver su mirada suplicante y las ojeras que tenía debajo me hicieron dudar. Al menos siempre podía echarme atrás si algo salía mal.

—Está bien... ¿cuándo tendría que empezar?

Tuve que intentar contener la emoción con todas mis fuerzas al ver su expresión de alivio. Sus hombros se habían relajado y el brillo de sus ojos había regresado. Nunca me había sentido tan contenta por resultarle útil a alguien que no fueran Rocío o Raquel.

—¡El lunes! Tiene un examen en dos semanas y necesita aprobar como sea.

Abrió la boca para decir algo más, pero la cerró al observar algo que había al fondo. Me hubiera gustado tener la suficiente confianza para preguntarle, pero tampoco me hubiera dado tiempo. Matías se apresuró en levantarse y se escabulló entre los clientes, alejándose hacia otra esquina de la cafetería.

Busqué con la mirada cuál podía haber sido el desencadenante de su huida. Había tantas personas y tanto ruido que me resultaba difícil averiguar qué podía haber pasado, pero su presencia nunca pasaba desapercibida. Mis ojos se encontraron con la fría mirada de Victoria y eso fue motivo suficiente para apresurarme en levantarme y dejar dinero de más en la caja a un sorprendido camarero que me llamaba de fondo para intentar avisarme de que se me había olvidado coger el cambio.

Pero me dio igual. Solo quería desaparecer.

CAPÍTULO 33: SOLO TIENES QUE VENCER TUS MIEDOS

*A veces solo basta con que alguien te escuche, te abrace y te diga «no te preocupes»
(Profundo de Shé)*



—¿Cómo hiciste eso?

Esas fueron las palabras que salieron de la boca de Rocío al contarle lo que había sucedido el jueves pasado en la cafetería de Matías.

Sí, había pasado una semana. Siempre solía contarle las cosas que me sucedían al momento, aunque no fueran muchas, pero había estado tan liada con la academia, el trabajo de cuidar al peque y las clases con Paula que no había tenido tiempo. Estaba más acostumbrada a que fuera ella quien me contara sus mil y una aventuras, puesto que no paraba quieta y era un imán para los problemas y situaciones cómicas.

Me encogí de hombros en respuesta. Era consciente de que no aprobaban que decidiera huir cada vez que tenía una situación incómoda o desagradable, pero de verdad que no me sentía preparada para enfrentarla, y mucho menos cuando minutos antes había estado hablando con su novio, seguro que no habría dudado en vengarse de la forma más cruel.

—Huyendo le estás dando la razón. Le estás dando un espacio que no le pertenece —contestó con voz tierna. Mi cuerpo se tensó al escuchar su suspiro de cansancio, seguramente la estaba cansando por actuar así—. Ahora que habías empezado a abrirte con él... No le des el gusto a ella, ¿vale? No se lo merece.

Asentí, incapaz de decirle nada. Preferí seguir caminando a su lado. Estábamos yendo a un pequeño bar donde Rocío había descubierto que hacían recitales de poesía, aunque eran conocidos como *slams*. Los había descubierto hacía poco gracias a Instagram, puesto que Rocío se dedicaba a seguir a distintos poetas españoles y, al curiosear los seguidores y personas que les daban *me gusta*, había encontrado la cuenta oficial del *slam* de nuestra ciudad.

Bajamos la calle Paraíso, donde se encontraba la facultad de Psicología y la plaza de Feijoo. Me gustaba ver los antiguos edificios que conformaban la parte vieja de Oviedo, que presidía la catedral.

El frío ya se hacía notar al ser mediados de noviembre, así que acomodé mejor la bufanda que me tapaba parte del cuello y solté un poco de humo al exhalar el aire. Estaba deseando entrar en el bar y poder dejar el abrigo, me sentía embutida como una salchicha.

Por suerte, no quedaba mucho trayecto, lo justo para que mi amiga se interesase por qué tal me había ido con la hermana de Matías y poder responder que no había ido mal, había sido más amigable de lo que pensaba y, a pesar de que le costaba memorizar la gramática, ponía bastante

de su parte y no se distraía más de lo normal en esa edad. Cruzamos el paso de cebra y continuamos por la calle Martínez Vigil, repleta de bares con puertas pintadas con grafitis y clubes nocturnos.

Cuando vi que se detenía frente a una fachada rosa con ventanas verdes centré la atención en la entrada. A su lado había un gran cartel en negro con letras blancas que rezaba: «Manglar». Subimos los dos escalones y entramos en un bar que no me esperaba.

A pesar de ser pequeño y estrecho, era bastante hogareño. La barra de madera ocupaba gran parte del bar, pegada a la izquierda. Era curioso ver lo bien que quedaba la madera del mostrador con la pared de ladrillo que la sostenía y las altas sillas negras. Detrás tenían cientos de botellas de vinos y otras bebidas, también tenían un par de plantas pequeñas y platos cubiertos con un cristal redondo con dulces dentro. Se me hacía la boca agua.

—Al fondo hay una puerta que lleva a una terraza. Allí también se puede comer, tiene unas vistas preciosas, y de noche... está increíble con las luces que ponen.

Terminé de inspeccionar el lugar mientras procesaba la información, estaba ensimismada observando el techo revestido de madera junto a los amplios ventanales y un tercio de las paredes acompañadas por cuadros.

—¿Has estado más veces aquí? —alcancé a preguntar.

—Sí. Vine un par de veces con unas amigas porque ofrecen menús veganos y vegetarianos. Está genial.

—Oh. —Asentí—. La verdad es que está guay que ofrezcan distintas posibilidades, tengo curiosidad por probar algún plato.

—Otro día volvemos más de *relax* y pedimos algo. —Sonrió—. Tienes que probar su cocido de garbanzos con espinacas. Te chupas los dedos.

Miré a ambos lados mientras la gente iba y venía. Al ser un sitio tan estrecho costaba tener espacio sin que alguien te rozara o chocase contigo sin querer. Me agobiaba no ver nada preparado, ni nadie que tuviera pinta de recitar.

—¿Segura que es aquí? —murmuré notando que me faltaba el aire. Me agobiaba que me quitaran mi espacio vital.

—Sí, sí. Ven.

Dejé que tirase de mí hacia un hueco que había a la derecha con unas escaleras, también de madera. Bajé con cuidado y al tocar el suelo contemplé, maravillada, cómo estábamos en una zona oscura, iluminada de manera tenue gracias a unos pequeños focos. En los laterales había una pila de sillas y algunas mesas, pero al fondo estaba lo más espectacular, un escenario con la pared central de ladrillo y las laterales de madera. El suelo que lo componía era una lona negra, donde estaba un chico en cuclillas probando el sonido, y detrás de la pared principal había un cartel desplegado del mismo color con el logo del bar.

—Tía, ¿ese no es...?

Sus palabras se quedaron en el aire al escuchar el principio de la frase. Mis ojos estaban tan acostumbrados a reconocerlo entre la multitud que no tardaron en encontrarlo. Ahí, en el bar, hablando con aire distendido con dos chicos de aspecto bohemio, se encontraba Matías. Juro que en ese momento mi corazón se encogió y vibró, generando una explosión en mi vientre. El temblor en mis piernas no se hizo esperar, desprendía tal atracción que me resultaba imposible escapar.

—Sí. —Tragué saliva—. Es él.

—Vaya, pues es verdad que es guapo. La vez que lo vimos en la cafetería no había reparado mucho en él. ¿Qué hará aquí?

—¿Participará? —dudé. Pensaba que solo se centraba en el rap, así que imaginármelo recitando era extraño, diferente, pero me generaba mucha curiosidad. A fin de cuentas, el rap no dejaba de ser poesía con una melodía en la que apoyarse.

No pude evitar buscar a Victoria entre el grupo de personas que se arremolinaba cerca de él. Me relajé al ver que no estaba su rostro por ningún lado.

—Pues estaría guay. Me quedé con ganas de escucharlo en directo con eso de la actuación.

Solo con pensar en el ridículo que hice los nervios se agolparon en mi estómago. Me apresuré en sentarme en una de las sillas que había ordenadas en filas para ver el escenario y traté de ocultar el rostro usando mi pelo a modo de cortina, igual de esa manera no se daría cuenta de mi presencia.

—¿Clara?

Estaba claro que el destino no pensaba lo mismo.

Levanté la vista en dirección a esa voz masculina que se había colado en mi oído y los latidos de mi corazón retumbaron en mi caja torácica al encontrarme con su expresión afable y la curva ascendente que formaron sus labios. Tragué saliva de forma inconsciente y parpadeé de la impresión. Cuando me atravesaba con sus ojos oscuros sentía que podía acariciar mi alma herida.

—Matías —murmuré.

Tensé la mandíbula al sentir el codazo que me dio Rocío sin mucho disimulo. No me había dado cuenta de que, debido a los nervios, apenas había sido audible. Carraspeé para saludarle de nuevo, ganándome una falsa sonrisa angelical de parte de la que en teoría era una de mis mejores amigas. «Eres un demonio», pensé mientras la miraba de soslayo.

—¿Qué...? ¿Qué haces aquí? —trastabillé.

Cerré los ojos por un instante al escucharme. Estaba claro qué hacía aquí, era absurdo preguntarle esa estupidez.

—Un colega es amigo del organizador del *slam* y como estaban buscando a un invitado para amenizar un poco el comienzo y el cierre del evento, se puso en contacto conmigo y me ofrecieron venir.

—Eso es genial —respondí con sinceridad elevando la comisura de los labios. Me parecía una gran oportunidad para mostrar su música a más personas, poder llegar a más gente.

—Sí.

Su tono fue amable, pero no me pasó desapercibido el gesto que hizo de forma inconsciente, llevándose la mano hacia la nuca. ¿Por qué hacía eso cada vez que hablábamos? ¿Estaría incómodo? Cerré la boca esperando no cagarla más.

—¿Y tú no participas?

Miré a Rocío de reojo, se encontraba callada observándonos a los dos como si estuviera en un partido de tenis. Me tensé al escuchar la pregunta e hice un ademán de rechazo con las manos. Ni de broma volvería a hacer el ridículo.

—¿Yo? No, no. —Me sonrojé—. No es lo mío. Hablar en público y eso... no... No puedo.

—Yo creo que sí puedes, solo tienes que vencer tus miedos.

Abrió la boca para decir algo más, pero la tuvo que cerrar al escuchar la voz del organizador llamándolo. Era un chico desgarbado de pelo castaño y largo, oculto bajo una boina marrón, y con un curioso bigote. Llevaba puesta una camisa de cuadros con unos vaqueros y sostenía un papel que miraba con detenimiento.

Matías se apresuró en despedirse con la mano para acercarse al escenario y le dijo unas palabras al oído antes de colocarse a su lado mientras este empezaba con la presentación. Me acomodé en el asiento mientras tanto y me quité el gorro que llevaba, por los nervios me había

olvidado de él y de la bufanda y ahora tenía un calor de mil demonios.

Al escuchar al presentador mencionar su nombre y verle colocarse bien sobre el escenario y fijar la vista en el público no pude evitar estremecerme, sobre todo al escuchar el crepitar de las llamas a modo de base y notar que habían apagado algunas luces, ofreciendo un aspecto más tenue, enfocándolo a él. Al comenzar a rapear la primera frase tragué saliva, reconocería esa canción de Shé hasta con los ojos cerrados; se llamaba *profundo*. En ese momento descubrí que su tono de voz, con algún intervalo chillón que le quedaba y tanto le caracterizaba, le quedaba genial.

Me dejé atrapar por sus gestos al soltar cada frase, cómo usaba la entonación precisa y gesticulaba con fuerza acompañando cada golpe de voz con precisión. Mi corazón empezó a latir al ritmo de la canción, que a medida que avanzaba iba dejando muda a cada persona que había sentada a mi alrededor. No se escuchaba ni un solo carraspeo o respiración.

Y eso me hizo sonreír. Me emocionaba el carisma que tenía y cómo a medida que pasaba el tiempo iba aumentando, desbordando todo a su paso. Matías tenía un gran talento y con todo el esfuerzo que ponía, estaba segura de que ya nada le detendría. Estaba hecho para eso.

Al llegar a la parte donde alzaba la voz y apretaba las manos en un puño contuve la respiración. Era increíble ver cómo pronunciaba cada frase con tanta rapidez, enlazando una con otra hasta llegar al final. El eco de su voz quedó reverberando en el ambiente, acompañado por su entrecortada respiración.

Con el redoble final de un tambor se ganó la ovación del público y me levanté del asiento para aplaudir. Sus ojos conectaron con los míos y, por una vez en la vida, conseguí no despegarlos. La conexión que se formó entre ambos fue tan fuerte que el rubor que se había formado en mis mejillas se extendió por todo mi cuerpo.

Le seguí con la mirada mientras las luces volvían y mi amiga murmuró un sincero «espectacular». Aun así, no pude evitar que el vello de mi piel se erizara al escuchar de repente su voz ronca en mi espalda, demasiado cerca de mi oreja. El roce que generó con la calidez de sus palabras y su aliento hizo que esta enrojeciera.

—¿Cuándo vas a mostrarle tu talento al mundo, chica de las letras?

CAPÍTULO 34: LA HABITACIÓN DE PETER PAN

Nunca sabrán lo que se siente cuando dos almas se cantan mutuamente todo lo que sienten, a la misma hora, desde sitios diferentes, que no somos imperdibles, somos para siempre.
(Careo de Rayden con Bely Basarte)



Los días siguientes avanzaron a gran velocidad. Estaba metida en una dinámica de trabajo, clases y cuidar de Toby que me dejaba exhausta. Por ese motivo la noche del martes estaba que me dormía. Luchaba contra mis párpados para que no se cerrasen mientras intentaba teclear las últimas líneas del trabajo que tenía que entregar dentro de dos días en la academia. Eso sin olvidarme de que tenía que preparar la clase de inglés para Paula, aún tenía unos ejercicios por revisar.

Reprimí un bostezo con la mano y eché un vistazo a la hora de la pantalla. Casi era la una de la madrugada y todavía no había sacado a Toby a hacer el último pis, siempre lo hacía antes de irse a dormir para que aguantara toda la noche.

Escribí un par de frases más antes de teclear el punto final. Estaba tan cansada que comenzaba a ver las letras borrosas y las ganas de meterme bajo el nórdico crecían más y más. Apagué la pantalla y desconecté el enchufe antes de mirar hacia el sofá que había al lado del que me sentaba, donde mi pequeña bola de pelos descansaba. Bostecé de nuevo mientras me dirigía hasta el pasillo para encender la luz y poder apagar la del salón.

Estaba tan cansada que ni me molesté en intentar despertarlo con besos en sus mullidos mofletes, sino que le coloqué el arnés del tirón y él levantó la cabeza en respuesta, intentando hacer fuerza para que no pudiera cogerlo y ponerlo en el suelo. Aun así, su intento no llegó muy lejos, puesto que logré pasar la tira roja de tela por su pata delantera derecha y encajé el cierre haciendo un sonoro *click*.

Odiaba las noches que tenía que quedarme sola. Mi hermana se había independizado hacía unos meses con su pareja y mi madre trabajaba a turnos, por lo que hoy le había tocado irse después de cenar. Ese era otro de los motivos por lo que quería terminar pronto y desconectar, me sentía insegura al no tener a nadie.

Al abrir la puerta noté el frío que había por el portal. Me apresuré en atar la correa en el enganche metálico y tiré de Toby para que saliera y poder cerrar la puerta. No quería que el frío invadiera mi casa y se expandiera por mi habitación.

Al llegar al portal resoplé. No solo estaba el típico frío nocturno de mediados de noviembre, sino que encima llovía a mares. Toby vio un perro que paseaba justo enfrente con su dueña y no me dio tiempo a reaccionar. Empezó a correr hacia él para olisquearlo, haciéndome pisar la acera

mojada con las zapatillas. El portal se cerró a mi espalda y en ese momento no pude evitar girar la cabeza mientras tiraba de la correa con fuerza.

La lluvia nos estaba empapando a ambos, pero eso no fue lo que más me preocupó. Al turnar la mirada entre mis manos y la puerta me di cuenta de que algo fallaba: No había cogido las llaves.

Miré a mi alrededor intentando no dejarme llevar por el pánico y retrocedí para pegarme a la puerta del portal para tratar de resguardarme de la tormenta. Toby comenzó a temblar mientras se sacudía para intentar quitarse la mojadura que llevaba, pero era imposible, cada vez se empapaba más.

—Joder... —mascullé.

Toqueteé mi ropa aun sabiendo que era inútil. Llevaba puesto el pijama y no tenía bolsillos. Estaba tan preocupada que ni reparé en lo infantil que debía de verme con ese pantalón de corazones marrones, una camiseta de lana de color azul con el dibujo de la torre Eiffel y mis zapatillas rosas con lunas y estrellas sonrientes. Mi mente estaba demasiado preocupada en recordar que tampoco había cogido el móvil.

Observé el interfono a la desesperada. Toby ya no tenía puesto el collarín, pero iba a coger una hipotermia si nos quedábamos en la calle varios minutos más. El problema es que no me atrevía a llamar a nadie. En el primero no había nadie, en el segundo estaba yo junto a una pareja joven muy desagradable que no paraba de discutir y dar portazos, además de fumar porros, así que estaba descartado; y en el tercero había una anciana medio sorda y una familia que nunca se dignaban a saludar si me encontraban por las escaleras. Me moriría de vergüenza si los despertaba o me mandaban a la mierda ¿Qué podía hacer?

Pensé en ir al piso de mi hermana, pero no recordaba el número del portal y estaba a media hora caminando. No podía dar dos pasos sin acabar calada hasta los pies, no podía hacerle eso a Toby.

Ni siquiera sabía cuánto tiempo llevábamos ya los dos ahí parados. Varias lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas, entremezclándose con las gotas de lluvia. Me quité la camiseta del pijama porque llevaba otra de manga corta debajo y traté de envolverla a su cuerpo para protegerlo. Haría cualquier cosa con tal de mantenerlo a salvo.

Solo me quedaba la esperanza de que los vecinos problemáticos se hubieran ido de fiesta y fueran a volver, pero me aterraba la posibilidad de que volvieran a las cinco o seis de la mañana, ¿qué iba a hacer en la calle con este frío hasta esa hora? Mi madre no llegaría hasta las ocho. Me senté en el escalón mientras colocaba a Toby entre mis piernas para intentar darle más calor. El techo de nuestro edificio era pequeño, así que la lluvia no daba tregua.

Nos mantuvimos así unos cuantos minutos, tenía tanto frío y estaba tan preocupada que había perdido la noción del tiempo. Mi perro cada poco estornudaba y tenía que acariciarle con fuerza para intentar darle calor, pero mi tranquilidad estaba a punto de extinguirse. Me sentía una completa inútil por no poder hacer nada más. Me daba igual que mis labios empezasen a tornarse morados y castañeara sin parar. Solo me importaba él.

Estaba tan absorta en mis preocupaciones y tenía el cerebro tan congelado que no reparé en que una figura pasaba por mi lado con una capucha puesta. Al escuchar una voz que me llamaba levanté la cabeza y vi a un chico alto parado frente a mí. ¿Por qué sabía mi nombre?

—¡Clara! Estás empapada y... joder. ¿Qué ha pasado?

Parpadeé y al fijarme en el tono de su voz y sus ojos oscuros me di cuenta que se trataba de Matías. Abracé con más fuerza a Toby mientras mis dientes chocaban unos con otros, incapaz de responderle.

—Ven conmigo.

—¿Qué? —alcancé a preguntar, presa por el pánico. ¿De verdad me estaba pidiendo que fuera con él? ¿A dónde?

—Ven conmigo, vivo cerca.

—N-no...

—Clara estás temblando y tu perro también. Déjame ayudarlos.

Asentí aun sabiendo que no iba a ser una buena idea, pero era más importante sobrevivir. ¿Estaría Paula? ¿Su madre? Sabía que su padre no vivía con ellos porque nunca asistía a las reuniones del colegio ni a los festivales. Además, la hermana de Matías nunca hablaba de él, solo de su madre y su hermano. Eso no hacía que me diera menos vergüenza, me preocupaba lo que pudieran pensar o, peor aún, que Victoria se enterase y pensara algo peor. Me aterraba.

Me levanté y me coloqué a su lado, no sin antes mirar a Toby con un atisbo de preocupación al empezar a hacer unos sonidos lastimeros. Mi corazón latió a toda velocidad, si le sucedía algo entonces me moriría. No podía imaginarme una vida sin él.

Matías me cogió de la mano para hacerme andar, pero se detuvo al notar que estaba helada. Murmuró unas palabras que no entendí y se quitó el abrigo que llevaba para dármele.

—N-no. —Castañeé.

Luché para decir *es tuyo*, pero no me salían las palabras.

—Cógelo, lo necesitas más que yo.

Me apresuré para ponérmelo e intenté ignorar la incómoda sensación de poner algo seco encima de algo mojado mientras subía la cremallera hasta el cuello. Matías se agachó para acunar a Toby entre sus brazos, pegándolo a la sudadera que llevaba, tan apretada que podía ver la forma de sus brazos.

Caminamos un par de calles en silencio y giramos a la izquierda para cruzar un paso de cebra y seguir adelante. Era incapaz de decirle nada, ni siquiera darle las gracias. Mis pensamientos iban y venían entre Toby y poder entrar en calor. La lluvia empapaba mi cara a pesar de llevar la capucha del abrigo. Me sentía exhausta y los párpados amenazaban con cerrarse si bajaba la guardia. Tenía que aguantar.

—Ya falta poco —dijo, como si me hubiera leído el pensamiento.

Asentí sin ánimo para decir nada, y unos minutos más tarde respiré aliviada al ver que se detenía frente a un austero portal, parecido al mío. Era un poco más estrecho y la puerta estaba algo rota, porque Matías no tuvo que meter la llave, solo tiró del manillar.

Subimos las escaleras acompañados por nuestras respiraciones agitadas por el frío y los estornudos de Toby. Nuestro salvador se detuvo en el primero y, al comprobar que no había nadie, me tranquilicé. Estaba todo en silencio y sin luz.

Al encender el interruptor mis ojos analizaron cada rincón. Era la primera —y seguramente sería la última— vez que estaba en la casa de mi *crush*, así que me permití varios minutos, antes de recordar que seguía empapada y las ganas de secarme aumentaban.

El pasillo era pequeño y sencillo, el necesario para dividir el hogar en una cocina, el salón, el baño y seguramente tres habitaciones, pues las puertas estaban cerradas. Matías aprovechó para quitarse la sudadera, dejando expuesto por unos segundos su vientre plano y parte del torso.

Traté de disimular regañando a Toby por olisquear a sus anchas el entorno, pero esa imagen no se iba de mis retinas. Él no pareció darse cuenta, puesto que me dijo que me quedara ahí un momento y, al regresar, vi que sostenía un par de toallas.

—Te diría de darte una ducha de agua caliente, pero tenemos jodida la caldera —indicó mientras se rascaba la nuca—. Al menos puedes usar esto.

—Gracias.

Lo primero que hice cuando me la dio fue buscar a Toby para secarlo como mejor sabía, aunque necesitaría un secador o acabaría enfermo, si no lo estaba ya.

—¿Tienes un secador para él? Está empapado...

—Eh... Sí, claro. Voy. También te voy a traer un pijama de mi hermana. Ese que llevas tendrá que secar.

Me sonrojé al escucharlo pero no le dio tiempo a verme, Matías ya se había girado en dirección a una de las puertas que había cerradas. Mientras tanto me dediqué a pasar la toalla por el pelaje de mi perro, centrándome en la zona de la tripa y el cuello, que lo tenía bastante ancho debido a la cantidad de grasa que tenía. Debería de sacarlo un poco más a la calle.

Al escuchar unos pasos me giré, Matías había regresado con lo que me había dicho. Me apresuré en enchufar el secador morado que tenía entre sus manos y comprobé que el aire caliente no quemara, pues entonces Toby huiría de mi lado. Lo rodeé con las piernas al sentarme en el suelo y empecé a remover su pelaje mientras acercaba el secador.

—¿Puedo hacerlo yo? Así podrás quitarte eso, sino acabarás enfermado —me dijo quedándose en cuclillas a mi lado.

Mi corazón latió acelerado al tenerle tan cerca. Sus ojos me miraban con curiosidad mientras dejaba su mano extendida. Acepté con resignación porque tenía razón, además la sensación era muy desagradable.

Me levanté mientras él comenzaba a imitarme con el secador en mano y miré las puertas cerradas mordiéndome la mejilla interna. ¿A dónde tendría que ir? No me iba a cambiar delante de él.

—Eh...

—Si quieres puedes cambiarte en mi habitación, no tengo problema. ¿Verdad, pulga? Es la puerta cerrada de la derecha.

Me enternecí al ver la delicadeza con la que lo trataba, como había hecho yo minutos antes, Matías deslizaba los dedos entre su blanco pelaje con ternura. Toby se había quedado sentado sobre sus calcetines, pues se había quitado los zapatos minutos atrás. Respiré aliviada al ver que había dejado de temblar y empezó a exhalar suspiros. Siempre lo hacía cuando se quedaba relajado.

Asentí con la cabeza y desaparecí por donde me había indicado. Al entrar y pulsar el interruptor de la luz, me permití abrir la boca. No era una habitación imponente pero era *su* habitación, ese rincón íntimo que revelaba los rasgos de la persona que la habitaba sin necesidad de palabras.

La cama era individual, cubierta por un edredón azul repleto de dinosaurios de colores. Pero eso no era lo más llamativo, encima tenía cojines con forma de balones de fútbol y en la mesita que había al lado, la lámpara también tenía forma de dinosaurio. Era como si en esa habitación viviera un niño pequeño en vez de uno de veintitrés. La ventana estaba oculta tras unas cortinas azules, a juego con la cama, y en un lateral estaba una mesa de escritorio con un ordenador antiguo y un estante de madera con varios cochecitos y dos libros.

Al acercarme me fijé en ellos y suspiré, negando con la cabeza. Tuve que contener la risa al ver que eran dos tomos de *Teo*, esa serie de libros infantiles de los años 90 que trataba la historia de un niño pelirrojo. Me quedaba claro que a Matías no le gustaba leer, pero no sabía cómo interpretar la decoración general. ¿Por qué seguía con esos objetos? ¿Les tendría cariño?

Me apresuré en quitar las prendas mojadas y sustituirlas por el pijama nuevo después de secarme con la toalla. Decidí dejar sobre los hombros una más pequeña para que el pelo no

goteara el pijama de Paula.

Al escuchar unos golpes en la puerta me sobresalté, estaba tan distraída observando la habitación que se me había olvidado todo lo demás. Mis ojos conectaron con los de Matías al entrar y no pude evitar mirar hacia el suelo, estaba analizándome con descaro.

—Te queda bien —dijo, haciéndome levantar la vista—. He terminado de secar a tu perro.

—Gracias —respondí con sinceridad.

—¿Te ha gustado mi habitación? —Sonrió mientras se acercaba hasta mí—. Héctor siempre que viene me molesta llamándome Peter Pan.

—Es...

Solté un grito al quedarme sumida de repente en una infinita oscuridad.

CAPÍTULO 35: SPOILER

Sin ser demasiado guapa tú solo puedes mirarme. Sin ser nada de otro mundo siempre te escucho pensarme. Sin dar pena, penita pena, tengo un millón de problemas y los olvido en la puerta, todos al ver que te acercas...
(Poquita cosa de Chica Sobresalto)



—Mierda. Espera. —Le escuché resoplar—, a veces saltan los fusibles y la luz tarda un poco en volver. Ahora vuelvo.

Asentí con la cabeza a pesar de saber que era inútil. Matías no me iba a ver estando a oscuras, pero pude escuchar sus pasos entremezclados con los de Toby. Tragué saliva y rebusqué por mi ropa esperando encontrar mi móvil, hasta que recordé que me había quedado en casa y llevaba puesto el pijama de su hermana. Tragué saliva de nuevo e intenté regular la respiración, se había agitado al llegar a mi mente distintas escenas del pasado, como mi primera experiencia íntima con Jorge. La oscuridad me hacía revivirla, potenciaba cada sensación que había sentido al máximo y me generaba ansiedad. Me recordaba que no lo había superado, que con cualquier paso en falso acabaría cayendo de nuevo. Me susurraba que me lo merecía, que había sido una idiota. Que no era nada. No era nadie.

—¿Clara?

Agradecí escuchar su voz, pues me sacó del trance. Me mantuve quieta, aguardando sus pasos.

—Estoy aquí.

—Vale, voy. Tendremos que esperar unos minutos hasta que regrese.

Me quedé callada mientras le escuchaba acercarse. No entendía cómo podían haber saltado si solo teníamos un par de interruptores encendidos, aun así, no quise objetar. De repente mi respiración se entrecortó al sentir su mano tocar mi pijama, cerca de mi cuello, y el aire que salió por su nariz rozó mi piel, cerca de la oreja. El cosquilleo no tardó en llegar, expandiéndose por todo mi ser.

—Bien. —Carraspeó antes de alejarse—. Es tarde, si quieres puedes dormir aquí.

—¿Y tú? Yo... puedo dormir donde sea. No pasa nada.

Me revolví jugando con mis manos. Esa era su habitación, no la mía. Sentía que dormir ahí era invadir demasiado su intimidad.

—No te preocupes. Estarás cansada y el sofá es muy incómodo. Te dejaría la habitación de mi hermana, pero está recién pintada, por eso tenemos la puerta cerrada.

—Entonces... ¿vas a dormir en el sofá? De verdad que puedo dormir yo a... —Me detuve para bostezar y me froté los ojos. Estaba tan cansada que no tardaría en caerme al suelo dormida.

—Si estás que no puedes más —se rio.

—¿No te causaré problemas? Yo...

Me detuve. ¿Cómo le iba a decir que me incomodaba pensar en Victoria? No quería que su familia nos encontrase y se pensarán lo que no es.

—Clara, de verdad, no tienes de qué preocuparte. Mi hermana no vendrá hasta la hora de comer y mi madre seguramente también. Trabaja mucho y... —Exhaló— no va a pasar nada.

—¿Y Victoria?

Escuché un chasquido, pero al estar a oscuras no pude analizar la expresión de su rostro.

—Créeme, por ella menos.

Vale, no había podido captar su expresión, pero el tono seco de su voz había sido claro. ¿Estaban mal? ¿Le daba igual su relación? De verdad que no entendía nada. Por mi mente rondó la opción de que le hubiera molestado mencionarla, quizás era insultante pensar en que podía molestarle por mí, si no era nada en comparación con Victoria. Sí, debía de ser eso. Matías sabía que no tenía que haber preguntado porque no sucedería nada, aunque tampoco quisiera. No era partidaria de meterme en relaciones ajenas o que existieran las infidelidades. Siempre había pensado que si ya no quieres a tu pareja o sientes algo por otra persona lo mejor es dejarlo primero. Al menos así nadie sale herido, o al menos no tanto. Se evitan daños mayores.

—Vale.

En ese momento la luz regresó y pude respirar, aliviada. Sus ojos conectaron con los míos y tuve que apartarlos al sentir que me analizaba. Me abracé para disminuir el frío que me rodeaba.

—Bueno —dijo antes de girarse para desaparecer por el pasillo—, descansa, Clara. Me llevo a la pulga para que duerma a mi lado.

Abrí la boca para preguntarle si podría subir a Toby su cama o no podría dormir. Si alguien me había salvado de la oscuridad y las pesadillas que me rondaban era él. Temblé solo de imaginarme una noche sin mi perro, no estaba preparada. Aun así, asentí con la cabeza y vi cómo ambos desaparecían de mi vista.

No quería molestar, igual Matías no quería que su cama se llenara de pelos y el olor que dejaba. Yo no era nadie para objetar, pero eso no quitó que al irse ambos y ver cómo la puerta de su habitación se cerraba un sentimiento de vacío me invadiera.

—Tú puedes —murmuré—. Solo será una noche. No pasará nada.

Agradecí que la luz siguiera encendida y tanteé por la mesita para encontrar el interruptor de la pequeña lámpara de dinosaurio y poder apagar la del techo. Al destapar el edredón no pude evitar abrir la boca, la sábana bajera era azul y tenía dibujos como si estuvieran hechos a lápiz de *los Simpson*.

Acaricié la sábana e inspeccioné la habitación al quedarme sentada sobre la cama. Todavía tenía esperanza de hallar secretos que esperasen ser descubiertos, pero me daba miedo curiosear y que Matías me atrapase.

Era un cuarto demasiado sencillo, sin pósteres ni cuadros que revelasen sus gustos. Me fijé en que en el escritorio había unos papeles, así que, movida por la curiosidad, decidí levantarme y cogerlos. Eran letras de rap.

Las ojeé con rapidez, mirando la puerta a cada poco. Me resultaba fascinante poder hacerme hueco en sus pensamientos, sus inquietudes, sus deseos... Matías hablaba de desilusión en el amor, de motivación hacia la vida, de revolución. Una sonrisa efímera apareció en mi rostro al recordar el festival de fin de curso, la facilidad que tenía para hacerme temblar con solo mover sus labios.

Dejé los papeles en su sitio después de ver las anotaciones que tenía hechas a los bordes.

Subrayaba palabras que quería buscar con el final de sílaba parecido para hacer las rimas. Incluso anotaba algunas a lápiz y las rodeaba; al lado tenía escrito: «Buscar su significado porque no tengo ni idea».

Al meterme en la cama no pude evitar aspirar el aroma que desprendía. Sí, había leído eso en muchas novelas y me parecía una tontería, pero ahora lo entendía todo. El poder estar en su habitación era un privilegio y tenía los estímulos muy despiertos a pesar de que mi cuerpo estuviera al borde del desmayo. La cama olía a él y eso me relajaba. Me acomodé tapándome con el edredón hasta el cuello para intentar disipar el frío. Mi cuerpo temblaba descontrolado.

Apagué la luz estirando la mano y cerré los ojos mientras mentalmente contaba hasta diez. Era un ritual que había adquirido para intentar despejar mi mente y relajarla antes de perder el conocimiento. Quizás así desaparecerían las pesadillas.

Quizás.



Me desperté de golpe. Estaba agitada y notaba la frente bañada en sudor. Tragué saliva y parpadeé, esperando discernir dónde estaba. Me re Coloqué de golpe al escuchar un portazo y la silueta de Matías apareció a mi lado, seguido del sonido de las patitas de Toby por el suelo, acompañándolo.

—Clara, ¿estás bien? Has chillado.

Agradecí la oscuridad que nos rodeaba, así no podía ver el rubor que bañaba mis mejillas. Todavía estaba con los nervios metidos en el cuerpo, pero ahora me preocupaba más el *show* que había hecho. Se había despertado por mi culpa.

—S-Sí, perdón —respondí con la voz seca y tragué saliva—. Era una pesadilla.

—No tienes que disculparte. ¿Necesitas algo? Quieres que... ¿Quieres que me quede?

No podía negarlo. Aunque quisiera no podría decir que no a eso. Seguía asustada y la pesadilla había sido tan real que me preocupaba que se repitiera. No podía enfrentarme de nuevo a ella, no quería volver a caer en ese abismo que aparecía una y otra vez. Necesitaba a Toby para espantarlas, necesitaba a alguien que sujetara mi mano.

—Yo... Sí.

Entonces encendió la luz de la lámpara que había a mi lado, dejándome expuesta. Sus ojos analizaron la expresión de mi rostro y soltó un suspiro.

—Tranquila, ya pasó todo.

—¿Puedes...? —Me mordí el labio inferior—. ¿Puedes subir la persiana?

—Claro.

Le observé caminar hacia la ventana con un pijama parejo a su habitación. Eran unos pantalones deportivos grises y una camiseta negra de manga corta que le quedaban genial, ajustados a su cuerpo.

La luz de la luna nos iluminó, así que pude apagar la lamparita con tranquilidad y protegerme bajo la noche. Contuve la respiración al ver que se sentaba sobre la cama y acomodó la parte libre de la almohada a su gusto. Toby hizo unos ruiditos en respuesta, apoyando las patas sobre el colchón para intentar subirse. Miré a Matías con expresión de súplica, incapaz de verbalizar lo que quería. ¿Cómo iba a pedirle que lo subiera con todo lo que había hecho ya por mí? A este paso terminaría por odiarme.

—¿Quieres que lo suba?

Bajé la mirada hacia el suelo al sentirme delatada. No podía creerme que lo hubiera

entendido con solo mirarme.

—Si no es molestia...

Dejé las palabras en el aire mientras intentaba rebajar la tensión que sentía colocando en la oreja un mechón de mi pelo. Matías me levantó la cabeza con cuidado, colocando un dedo en mi mentón.

—Clara, no molestas.

Mis labios temblaron buscando alguna respuesta que transmitiera la vorágine de emociones que me había hecho sentir con esa frase. Mi pecho vibraba al escuchar el tono sincero de su voz. Al conectar nuestras miradas quitó el dedo como si se hubiera quemado.

Mientras intentaba calmarme observé cómo lo sujetaba por la tripa y tiró de él para colocarlo sobre la cama. Toby no tardó en corretear por ella para tumbarse en medio, buscando mi calor corporal, como hacía cada invierno.

—Qué cabrona la pulga —se rio—, qué poco ha tardado en coger sitio.

—Siempre lo hace, así se resguarda del frío. —Sonreí en respuesta.

Matías se acomodó al otro lado colocando sus manos sobre la nuca y extendió las piernas. Era una cama tan pequeña que, a pesar de estar Toby en medio, su brazo rozaba mi pecho al inflarse por mi respiración.

Era una sensación extraña, pero cálida. Sus roces eran tan suaves que me hacían ansiar más. Mi respiración se había acelerado, acompañando mi expectación. Tener su aroma y presencia tan cerca me aturdía. Era demasiado adictivo tenerlo a esa distancia. Le miré de soslayo, tenía la mirada perdida.

—¿Es la primera vez que te sucede? —preguntó de repente, sobresaltándome.

—¿Las pesadillas?

—Sí.

Debatí de forma interna qué responder. Nadie sabía sobre esto aparte de mi madre y mi hermana, era algo muy íntimo y me preocupaba lo que pudiera pensar. Incluso me inquietaba que alguien más se enterase y lo usara en mi contra para hacerme daño. Por suerte, desde que Toby había empezado a dormir conmigo habían desaparecido. Por eso me había alterado volver a sentirla tan real. Me dejaba exhausta.

—No.

Se hizo de nuevo el silencio entre los dos, disimulado por los ronquidos felices de Toby y los ruiditos agudos que hacía al soñar. Al menos él podía dormir.

—¿Es por...? ¿Tiene qué ver con lo de las... fotos?

Cerré los ojos y tragué saliva con fuerza. Recordarlo me dolía.

—Sí.

—Joder. —Carraspeó y se incorporó para mirarme—. Lo siento mucho, Clara. Ese tío era un cerdo, no te merecía.

—¿Lo sientes? —pregunté alzando las cejas— No te doy... ¿asco?

Tragué saliva al formular la pregunta. Me estaba abriendo más de la cuenta, nunca me había sentido tan vulnerable como ahora. Temía su respuesta al recordar sus palabras cuando entré ese día en clase.

—¿Asco?

Le observé fruncir el ceño y mordió su labio inferior para después soltarlo, negando con la cabeza.

—¿Por qué me vas a dar asco?

—Por haber hecho... eso.

Me costaba decirlo. Las etiquetas que los compañeros me habían impuesto se habían adherido a mi piel y ahora me costaba quitarlas, a pesar del esfuerzo que estaba haciendo al trabajar con la psicóloga. Removerlas me resquemaba.

—Clara, eras pequeña y no sabías lo que hacías. Confiaste en él —respondió con firmeza—. No me das nada de asco, el único que lo da es él. Es un gilipollas. Tenía que haberlas borrado o directamente no pedírtelas.

—Pero ese día... le quitaste el móvil a Héctor y dijiste que te daba asco. —Recordé sintiendo un ligero picor en los ojos.

—¿Qué? ¡No! —La indignación en su voz me sorprendió— Me refería a que tuviera la foto en el móvil y la estuviera enseñando. Se lo quité para borrarla. Era tu privacidad.

Escuchar eso fue como quitarme un peso de encima. De verdad que me sentí más liviana. Me sentía tan agradecida porque no pensara mal de mí que me entraron ganas de llorar. Cerré los ojos para controlar el resquemor que había empezado a incrementarse por el contorno.

—Gracias.

—No tienes que agradecerme nada, más bien tengo que pedirte perdón por haber sido un inmaduro. Estaba muy preocupado por el qué dirán y ser el *guay* de la clase. Ya sabes, una idiotez. Ahora me arrepiento, claro. Cuando creces te das cuenta de cuáles son las auténticas prioridades, como haberte podido ayudar. Lo que hicimos, *todos*, estuvo mal.

—Tú no hiciste nada.

Matías dejó la mirada perdida otra vez antes de contestar.

—No tienes que exculparme, Clara. Yo fui tan culpable como el resto por haberme callado cuando los pude frenar. Sobre todo a Victoria.

—Y lo hiciste —recordé—, en muchas ocasiones.

—No las suficientes —murmuró.

Me quedé callada. Supuse que dijera lo que dijese seguiría sumido en sus pensamientos. Me sentía muy agradecida por todo lo que me había ayudado. La escena de cuando Victoria me había quitado la libreta la tenía grabada en mis retinas, me atormentaba visualizar mis sueños hechos añicos.

Le observé de reojo. Tenía la mirada perdida y su torso subía y bajaba en un ritmo pausado. La luz iluminaba las facciones de su rostro, en especial sus labios. Captaban mi atención más de la cuenta.

—¿Desde cuando tienes a Toby? —preguntó de repente.

Alcé las cejas al escucharlo, no me esperaba que se interesara por eso. De hecho, salvo mis amigas, nunca se habían interesado por mí. Me acomodé en la cama e inspiré con fuerza mientras pensaba qué responder. No quería entrar en terreno farragoso, aunque me inspirase confianza.

—Pues... la verdad es que está conmigo desde que sucedió todo eso. Me... me ha ayudado mucho —respondí esbozando una sonrisa.

—Vaya, qué casualidad. ¿Lo adoptaste?

—N-No. —Bajé la mirada hacia el edredón al notar que me estaba sonrojando y jugueteé con las mangas de la parte superior del pijama, tirando de ellas—. Fue sorprendente, apareció frente a mi puerta. No me lo esperaba.

—¿Apareció frente a tu puerta?

Al mirarlo de soslayo aprecié que esbozaba una sincera sonrisa, fue tan mágica que produjo un cosquilleo por mi vientre. Al darse cuenta empezó a toser y se giró para observarme directamente. Me revolví al sentirme intimidada.

—S-Sí... No sé. Alguien lo dejó ahí, pero nunca supe quién fue. Venía con una nota en la

que se presentaba como si fuera capaz de hablar —dije de forma atropellada.

—Un perro con recursos —bromeó—, pero es bonito. Un buen gesto.

—Sí. —Asentí—. Ahora no me imagino una vida sin él. No te imaginas cómo me acompaña y me ayuda cuando estoy mal.

—Siempre quise tener un perro, la verdad, pero no creo que fuera un buen dueño. La única mascota que me dejaron tener de niño fue un pez. Decían que si era capaz de mantenerlo con vida podríamos avanzar al siguiente nivel: el hámster. —Hizo una pausa y suspiró—. *Spoiler*, no pasé del primero porque mi mente de niño pensó que sería buena idea limpiar la pecera echando el jabón del pompero con el pez dentro.

—¡No! —exclamé antes de llevarme las manos hasta la boca para disimular la cara de tonta que se me había quedado al imaginarme la escena y la sonrisa que amenazaba con salir de mis labios.

—Sí... ahí me di cuenta de que los animales mejor verlos de lejos, porque tenerlos... sería un desastre —se rio mientras negaba con la cabeza—. Héctor tiene un pastor alemán y me encanta saludarlo. Cuando me ve se me echa encima, como si quisiera tirarme al suelo.

—A mí los perros grandes me dan miedo, la verdad. Ahora ya menos a raíz de tener a Toby y acostumbrarme, pero me intimidan. Son demasiado grandes y pienso que me quieren morder o algo así. Encima siempre se me acerca alguno, no falla.

—Huelen tu miedo.

—Seguramente —respondí con timidez.

Lo miré otra vez con disimulo, pues era incapaz de hacerlo de manera despreocupada, como hacía él. Cada vez que nuestras pupilas conectaban podía sentir que las mías se expandían, emocionadas por recibir una atención que nunca esperé. Nunca me hubiera imaginado estar hablando con mi *crush* y que mis labios estuvieran tirantes de tanto intentar retener sonrisas.

Seguimos conversando un rato, hasta que conseguí calmarme. Hablamos de música, de lugares para visitar, de su trabajo y el mío, de la carrera que hice y sus preocupaciones por no haber continuado él, de las vivencias con su hermana. Hablamos de todo y de nada, hablamos tanto que mis miedos se esfumaron y los párpados comenzaron a pesarme.

Nunca me hubiera imaginado que una madrugada me iba a saber a poco. Cada palabra que salía de su boca me causaba más intriga, necesitaba más de él, pero el cansancio me había arrastrado a la oscuridad más profunda y su voz quedó relegada a un segundo plano.

CAPÍTULO 36: MÓJATE, CLARA

Hay días en los que hay que aprender a perdonarse; recaídas. Y abrazarme muy fuerte y recordar que soy mi amiga, y que, si no fuera por mí, ¿por quién sería? Que es una suerte poder sentirme mía.
(Mía de Belén Aguilera)



Me desperté sin escuchar el ruido de mi alarma del móvil, uno de esos sonidos típicos preestablecidos que te daban ganas de llorar en cuanto sonaba el primer segundo porque encima iba subiendo de volumen si no te apurabas en apagarlo, y si lo hacías medio dormida te volvía a sonar a los diez minutos.

Eso me extrañó. Me sentía cansada, muy cansada. Los párpados me pesaban como si fueran losas de mármol y notaba la habitación extraña, hasta la cama. Al enfocar la mirada mi corazón dio un vuelco al darse cuenta de la rara distribución. No tenía la puerta al lado, sino enfrente, y la ventana estaba más cerca de lo que pensaba.

Esa extraña sensación me hizo despertar de golpe y me incorporé, quedándome sentada con la espalda contra el cabecero. Al fijarme bien en la sencillez de la habitación y la diferencia de colores me centré. Esa no era la mía.

«Mierda», pensé al recordarlo todo y mordí mi labio inferior. «He dormido con mi *crush*».

Ese pensamiento me hizo mirar el cuarto de nuevo y fijarme en que él no estaba, me había dejado sola. Ni siquiera Toby estaba a mi lado. Me tensé al imaginar que me había visto dormida y se había ido. Seguro que tenía unas pintas horribles.

Me levanté de golpe e intenté peinar mi pelo como pude con los dedos. Acomodé el pijama de Paula y abrí la puerta para dirigirme hasta la estancia donde escuchaba ruido. La ventaja de que fuera una casa pequeña era que podía encontrarlo sin perderme como una tonta.

Mis ojos seguían sus pasos, pues iba de un lado hacia otro por la cocina, abriendo y cerrando cajones y armarios para colocar las cosas necesarias para el desayuno. Fui incapaz de reaccionar, aunque era lógico, no todos los días se te presenta la oportunidad de ver a tu *crush* en chándal trasteando por su casa. Estaba ligeramente despeinado y con las mejillas sonrosadas. Palidecí cuando sus pupilas se encontraron con las mías, dejándome expuesta.

—Debería irme —dije sin pensar—. Yo... Ya te he molestado lo suficiente.

—No molestas —respondió con una sonrisa—. No quería despertarte, se notaba que estabas cansada. Además, no es buena idea que te vayas con el estómago vacío.

—¿Y Toby?

Miré hacia ambos lados. Al escuchar su nombre en seguida apareció de otra sala haciendo sonar sus pasos contra el suelo. Me agaché para acariciar su pelaje y dejé que me diera unos

lametones en la punta de la nariz, como siempre hacía.

—Lo saqué por aquí cerca para que hiciera pis. Hacía unos sonidos muy extraños y no paraba de seguirme, así que... supuse que era eso. Tuve que usar unos *kleenex* que tenía por los bolsillos cuando decidió cagar.

—Gracias. —Me sonrojé mientras jugaba con un mechón de mi pelo—. No tenías por qué hacerlo.

—No es nada, la pulga lo estaba pasando un poco mal —se rio y me señaló una de las sillas que había cerca—. Siéntate y te paso el desayuno. Tomas... ¿café? ¿Cola-caó? ¿Nesquik?

Le hice caso y me senté, desde ahí tenía una vista privilegiada de su trasero.

—Me da igual Cola-caó que Nesquik. Lo que prefieras.

—Ah, no —dijo, haciéndome sobresaltar—. No puedes ser de los dos equipos. O eres de uno o de otro. Mójate, Clara.

Esbocé una sonrisa tímida al escucharlo, en España eran muy típicos estos enfrentamientos.

—Es que me gustan los dos —respondí haciendo un mohín.

—¿Quieres que te eche en la taza un poco de cada?

—¡No!

—Entonces te toca decidir —dijo entre risas mientras me señalaba con la cuchara.

—Mmmm... ¿Nesquik?

—¿De verdad me lo estás preguntando? La mezcla se llevará a cabo en tres, dos, uno...

Su sonrisa me contagió, me recordaba a esa que tantas veces había grabado en el patio del colegio, una inocente y sincera, que le hacía elevar las comisuras de sus labios hasta el infinito, formando unas delgadas líneas en las mejillas. Un cosquilleo cálido recorrió mi vientre, como si revolotearan cientos de mariposas.

—¡Vale! ¡Vale! —respondí sintiendo una ligera tirantez en los míos— ¡Tú ganas! Nesquik.

—Meeeh. —Imitó el sonido de una bocina e inclinó el pulgar hacia abajo—. *Team* Cola-caó siempre.

—¡Pero...!

No me dio tiempo a darle una explicación, quería responder que desde hacía unos años lo que bebía era cacao natural con leche de avena, pero temía que se riera de mí y perdiéramos esa burbuja de comodidad que se había creado entre ambos. Estaba abriendo los labios para quejarme cuando el sonido de la puerta principal abriéndose me hizo pegar un bote sobre la silla.

Miré a Matías sin saber muy bien qué hacer, pero mi cuerpo se congeló cuando mis ojos se desviaron hacia la persona que acababa de llegar y entrar en la cocina.

Recordaba haberla visto en algunas ocasiones en el colegio, pero nunca con esa mirada tan dura y fría. Sus ojos marrones me analizaron de arriba abajo antes de arrugar la frente y dedicarme una mueca de desagrado.

—Matías...

Sus palabras de advertencia vibraron por la sala, haciéndome tensar todavía más. La sensación de incomodidad me invadió, pues me hizo pensar que estaba haciendo algo malo. Pensé en Victoria, en lo que podía estar interpretando la madre de mi *crush* al verme con el pijama de su hija por la mañana y a punto de desayunar. Tenía que desaparecer cuanto antes.

—¿Acaso te has olvidado? Estás con Victoria. —Recalcó cada palabra como si las masticara y el nombre de su novia sonó como un siseo amenazante.

Empecé a jugar con las mangas de la camiseta del pijama en un intento por desaparecer de allí, tenía el culo pegado a la silla, como si Matías le hubiera puesto pegamento.

—No es lo que piensas —dijo él en un intento de calma, mirándola fijamente a los ojos—.

Ella...

—Me da igual —lo frenó—. Como se enteren los vecinos y se vayan de la lengua... Tienes que pensar, joder.

Tragué saliva al escuchar el tono con el que pronunciaba cada palabra y me contuve para no abrir la boca. Estaba tan tensa que empezó a dolerme el cuello y mis manos no paraban de temblar.

—Vamos, Clara.

Asentí, incapaz de mirar a su madre, y le seguí el paso hasta su habitación. Me quedé frente a la puerta, pues me negaba a entrar; eso solo empeoraría la situación. Matías me miró con lo que parecía una expresión preocupada.

—No quiero liarla más, yo... Me cambiaré en el baño.

Él suspiró, pero no dijo nada, solo asintió con la cabeza. También lo veía tenso, pero fui incapaz de preguntarle o decir algo más. Solo quería ponerme algo decente y desaparecer con Toby. Además, seguro que mi madre estaba preocupada. Ya habría regresado a casa y conociéndola estaría a punto de llamar a la policía al no vernos a Toby ni a mí.

Le seguí con la mirada mientras se dirigía hasta el cuarto de Paula para volver a los pocos minutos con unos *leggings* y una sudadera ancha. Me la ofreció y decidí aceptarla, no podía volver a casa en pijama.

—Gracias —murmuré y avancé hasta el baño con rapidez. Necesitaba encerrarme.

Me puse la ropa de su hermana a toda velocidad y cerré los ojos para no observar mi reflejo en el espejo. Al salir casi me di de bruces con él, apoyé las manos contra su camiseta de forma inconsciente para no chocar y, al darme cuenta, las solté de golpe. El simple roce contra la tela me había generado un chispazo eléctrico.

—Te acompaño a casa —dijo de golpe con un deje ronco en la voz.

—N-No hace falta, gracias.

Mi mente solo pensaba en las palabras de su madre. Me sentía una estúpida por haber aceptado venir e irrumpir en su casa cuando ni siquiera éramos amigos, aunque la confianza que se había formado durante la noche para mí había sido especial.

—¿Segura? De verdad que no hay problema, no me cuesta nada.

—No, de verdad. Ya has hecho bastante por mí, gracias.

Trastabillé al responder porque mi lengua se atascaba al chocar contra los dientes. Traté de calmarme buscando a Toby por la casa, rezando para que no estuviera en la cocina. Ni siquiera sentía el estómago vacío porque los nervios se habían instalado allí. Cuando lo encontré en el salón suspiré y mis músculos se relajaron en consecuencia. Entonces le coloqué el arnés para enganchar la correa. Me despedí de Matías con la mirada y emprendí la vuelta a casa con Toby y mi pijama en el brazo. Lo peor era que tenía que regresar con las zapatillas de andar por casa puestas, pero al menos ya iba a poder refugiarme bajo mis cuatro paredes.



—¡Clara! —exclamó mi madre al verme por la cámara que teníamos instalada en el edificio.

Al escuchar el pitido que abría la puerta volví a tensarme. Ya había sido suficiente infierno ver cómo la gente me miraba o se giraba al darse cuenta de mi calzado, como para ahora tragar el enfado de mi madre, aunque la entendía, yo también me habría preocupado muchísimo si hubiera sido al revés.

—¿¡Se puede saber dónde estabais!? ¿Y qué ropa es esa? No entiendo nada.

Me dejé caer en el sofá al llegar y suspiré antes de explicarle todo desde el principio. El rostro de mi madre fue adquiriendo distintas tonalidades a medida que relataba mi aventura.

—... Por eso he llegado ahora —finalicé—. Ha sido horrible, mamá. Te juro que fue uno de los momentos más incómodos y tensos de mi vida.

—Habrá pensado que os habíais acostado —dijo, ya más calmada. Tenía a Toby acomodado entre sus piernas.

—Ya, pero, jope... no me merezco que me haya tratado así, con esa frialdad. Quería que la tierra me tragara.

—Normal, hija, pero qué le vamos a hacer. Quizás esa señora se deja llevar mucho por el qué dirán y se alteró pensando en ello. Para la próxima no te olvides de las llaves ni del móvil. Solo se te ocurre a ti salir al portal sin nada. Casi me vuelvo loca del susto, estuve a esto de llamar a la policía.

—No pensé que me fuera a pasar. Aparte, estaba con mucho sueño. No sabía ni lo que hacía. —Suspiré—. Y sigo cansada, apenas pude dormir.

—Duerme un poco, anda. Te despierto en un par de horas para que espables y te dé tiempo a comer.

—Gracias —respondí con sinceridad. Estaba deseando tirarme en mi cama y desconectar mientras fantaseaba con que volvía a hablar con él un rato más. Nunca sería capaz de borrar esa sonrisa que se había quedado anclada en mi mente.



—¿Y te dejaste las llaves en casa?

—¿Y apareció él? —intervino Rocío.

Ambas me miraron con expectación. Habían estado tan absortas en mi relato que ni habían tocado lo que le habían pedido al camarero de la cafetería en la que estábamos. Habían querido ir a La casina del chocolate, pero me negué. Lo único que me faltaba era encontrarme de nuevo con él y mantener una conversación incómoda.

—Eres un desastre, Clari.

—Pero te queremos mucho. Solo tú sabes darnos salseos como este —se rio Ro antes de darle, por fin, un sorbo a su té.

—No me lo recordéis. —Suspiré—. El encontronazo con su madre fue horrible, me hizo sentir que había hecho algo horrible.

—¿Y no pasó nada?

—¡Ra! —protesté entornando los ojos— ¡Tiene novia!

—Mejor no mencionarla —respondió mientras hacía rodar los suyos—, que la puedes invocar.

Negué con la cabeza mientras intentaba ordenar los pensamientos bebiendo un sorbo de mi taza. Suficiente vergüenza por hoy.

—¿Y te dejó algún mensaje? —preguntó Rocío de repente señalando mi móvil, que lo tenía encima de la mesa.

—N-N...

Dejé las palabras en el aire al desbloquear la pantalla y ver que, en efecto, mi amiga la pitonisa tenía razón, había uno. Mi corazón latió acelerado al ver que estaba el icono de Instagram en la parte superior y al deslizar el dedo comprobé que era suyo.

Mattías_BV: Parece que lo único que sé por decirte por mensaje es lo siento, pero es la verdad. Mi madre se pasó tres pueblos, no te rayes por eso.

Levanté la cabeza al ver a mis dos amigas con los ojos puestos en la pantalla, deseando saber qué decía. Fruncí el ceño pensando en qué responder. La verdad era que tenía razón, se estaba haciendo costumbre. No sabía si era por la confianza que se había formado durante la noche, pero el miedo había desaparecido, solo quedaban las mariposas revoloteando por mi estómago por querer recibir más mensajes. Empecé a teclear un mensaje decente.

Cuando estaba contándoles lo que había leído vi que mi pantalla se iluminaba, mostrando otra notificación de la popular *app*.

—Uhhh —canturreó Rocío arqueando las cejas—, parece interesado.

—Si no siempre tardan en responder —intervino Raquel.

Las escuché hablar de fondo mientras mi mirada se desviaba hacia ese mensaje, que me hizo sonreír de forma instantánea. Esa magia solo la tenía él, conseguía que mis ojos brillaran de verdad.

Mattías_BV: Buscaré la manera de compensarte.

Fue extraño. Leí esas palabras y un escalofrío recorrió mi piel de forma automática, incluso provocó que se erizara. Sentía mis hormonas dispararse hacia todos los sitios, sobre todo por mis mejillas, encendiéndolas.

Nunca nadie me había hecho sentir esas sensaciones tan placenteras. No es que a Jorge no lo hubiera querido o no me hubiera emocionado, pero era diferente. Con mi ex siempre estuve en tensión por lo que podía decirme o por si le enfadaba algo; en cambio, con Matías me sentía cómoda, podía ser yo misma, abriéndome poco a poco. Mientras que el primero miraba para sí mismo, mi *crush* se molestaba en querer saber de mí y escucharme. Me daba miedo engancharme al subidón que me generaba con solo decir unas palabras, era aterrador pensar en que todo eso lo provocaba él. Solo él.

—¿Qué te dijo? —preguntaron al unísono, haciéndome sobresaltarme.

—Que buscará la manera de compensarme.

Mis amigas no dijeron nada, pero se miraron la una a la otra esbozando una sonrisa cómplice, de esas que lo dicen todo.

CAPÍTULO 37: ¿ESTOY APROBADO?

*This is our place, we make the call and I'm highly suspicious that everyone who sees you wants you. I've loved you
three summers now, honey,
but I want 'em all.
(Lover de Taylor Swift)*



Mattías_BV: Ven corriendo a la casina cuando te despiertes. Es urgente.

Esas fueron las diez palabras que leí nada más despertar dos días más tarde. Me levanté de golpe, mareándome por impulsiva. Al mirar la hora fruncí el ceño, lo había enviado a las siete de la mañana.

Me apresuré en contestar, no podía irme de casa sin sacar a mi perro a hacer pis, por mucha prisa que quería que me diese. Además, era de esas personas que no podía salir a la calle con el estómago vacío.

La cabeza de Toby también se asomó entre las mantas, pues estábamos a finales de noviembre y el frío empezaba a ser importante. Estaba acostumbrado a levantarse conmigo e ir detrás para compartir un plátano como desayuno.

Al escuchar mi móvil vibrar pulsé en la pantalla y miré el nuevo mensaje que me había llegado. Un cosquilleo cálido recorrió mi vientre, las mariposas no dejaban de aumentar. Negué con la cabeza al leer su respuesta, Matías estaba insistiendo demasiado en que me diera prisa o sería muy tarde.

—Me parece que hoy no va a haber plátano, bebé —murmuré tratando de contener un bostezo. Estaba acostumbrada a quedarme hasta las tantas haciendo trabajos o viendo la televisión, así que por las mañanas parecía un zombi.

Lo bajé para que sus patitas llegaran al suelo y me dirigí hasta el baño. Mi madre ya estaba despierta, bebiendo un café en la cocina. Cuando salí me dirigí hasta la habitación para cambiarme de ropa y ella me miró extrañada al verme delante del armario con gesto de desesperación.

—¿No desayunas? —inquirió arqueando las cejas.

—No puedo.

Volví la vista hacia la ropa que tenía colgada en distintas perchas blancas de plástico. Por el frío que empezaba a hacer lo más sencillo sería decantarme por un cómodo y cálido jersey.

—¿No puedes?

—De hecho... —expresé en voz alta mientras escogía uno— ¿podrías sacar tu a Toby luego? Por si acaso tardo.

—Pero ¿qué vas a hacer?

La miré sin saber muy bien qué decirle, ni siquiera yo sabía qué se le pasaba a Matías por la

cabeza para apremiarme de esa manera.

—Voy a desayunar con Ro, quiere hablar conmigo sobre algunas cosas —mentí.

Mi madreladeó ligeramente la cabeza, pero no dijo nada. Para mi suerte, accedió a sacar a Toby más tarde, así podía ir con calma a lo que estuviera planeando. Mi mente no paraba de volar imaginándose cualquier escena, haciendo aumentar mis nervios. Solo esperaba que fuese algo bueno.

Terminé de vestirme poniéndome unos pantalones ajustados y metí las llaves de casa y el móvil en una bandolera. Por suerte no llovía, así que mi pelo no se estropearía —al menos no más de lo que solía hacer a causa de la humedad ovetense—. Al llegar hasta el edificio me detuve para mirar por las ventanas. Desde ahí podía ver a Matías con los brazos inclinados sobre la barra, mirando con detenimiento la pantalla de su teléfono.

Igual sonaba pesada, pero no podía dejar de admirar el tono oscuro de sus ojos, parecido al de su pelo corto. Llevaba una cadena plateada colgada de su cuello y una camiseta ajustada debajo de un delantal marrón oscuro con el logotipo de la cafetería. Todo él hizo que mis nervios se dispararan, haciendo que fuera necesario inspirar durante unos segundos para intentar serenarme. Cuando había logrado tranquilizarme, entré.

—Clara. —Sonrió al verme.

Miré a ambos lados, evaluando el número de mesas vacías. Solo había tres ocupadas, una por un grupo de chicas que conversaban mientras tomaban unos chocolates calientes, otra por un hombre leyendo el periódico y la última, en una esquina, una chica que estaba absorta tecleando en su teléfono móvil mientras el humo del café ascendía.

Inspiré para disfrutar del agradable olor que la cafetería desprendía. Ese, junto el pan recién hecho, era mi favorito. Al acercarme hasta la barra pude ver cómo su mirada seguía mis pasos mientras su sonrisa se ampliaba. Mis piernas empezaron a temblar en respuesta, no estaba acostumbrada a que me observaran así.

—¿Ha pasado algo?

—No —respondió mientras las comisuras de sus labios se elevaban todavía más.

Me crucé de brazos sin entender nada. El sonido ronco de su risa hizo que el vello de mi piel se erizara.

—Sígueme.

Caminamos hasta una de las mesas y al ver todo lo que había encima, mi mirada empezó a turnarse entre la comida y él.

—N-No... No entiendo —murmuré.

—Que yo recuerde tenía que compensarte.

Esas palabras provocaron que me estremeciera y mi labio inferior se secara, incluso tuve que tragar saliva. El rubor de mis mejillas fue tan claro que tuve que llevar los puños hasta ellas para intentar disiparlo. Al mirarle de soslayo vi que estaba mostrando esa sonrisa tan característica suya, la que me había hecho fijarme en él ocho años atrás.

—No es... necesario. —Carraspeé—. Ya te dije que no pasaba nada. Entiendo que tu madre haya reaccionado así.

—No hay ninguna razón que pueda excusarla de cómo te trató. Por eso, por favor, siéntate.

Miré la barra desatendida y luego a él. ¿En serio se estaba tomando tantas molestias por eso? Aun así, decidí hacerle caso y acomodarme en una de las dos sillas que había, la que estaba pegada a la pared. Al ver un sobre de Cola-caó y el bote de Nesquik frente a mí, sonreí.

—Es por si has cambiado de opinión y prefieres unirme al equipo bueno —dijo al ver mi reacción y apoyó las manos contra el borde de la mesa.

La tensión podía cortarse en el ambiente. No la mala, una diferente, como si me intimidara. Supuse que era por tener su mirada sobre la mía, no la había quitado todavía y eso me sonrojaba. Encima, la canción *lover* de Taylor Swift sonaba por la cafetería a un volumen agradable, acompañada por la voz de Shawn Mendes.

—Creo que sigo prefiriendo el Nesquik.

—Qué osada, Ruiz; decepcionando a las masas —respondió negando con la cabeza mientras chasqueaba la lengua—. Empiezo a arrepentirme de haberte dado ese *muffin*.

Me sonrojé al ver la oscura magdalena con pepitas de chocolate que había delante de mis ojos. Me tentaba.

—Ese *muffin* ya lo compensa todo. No tenías que haber preparado nada más.

—Todo esto es poco para lo que te mereces.

Ya estaba. Otro sonrojo. Otro cosquilleo en mi estómago, como si fueran mariposas revoloteando sin parar, queriendo salir de mi piel. Coloqué un mechón de mi pelo en la oreja para ganar tiempo, sin saber muy bien qué responder a eso. Matías me dejaba sin palabras.

—Gracias —logré decir con sinceridad.

Al escuchar la canción que estaba sonando ahora le miré tratando de contener una sonrisa. Recordaba que me había dicho que no le gustaban mucho los Jonas Brothers, por eso me extrañaba que hubiera salido de él poner *Only Human*.

—¿Cambiano tus gustos musicales? —pregunté después de darle un mordisco a semejante manjar.

—Pfff, qué va. A la jefa le gusta poner estas canciones por las mañanas, dice que consiguen un ambiente más *chill* —dijo haciendo comillas con los dedos en la última palabra—. Estoy de la canción esa de *ritmo* hasta los... huevos. Y cuando cae la noche es peor, toca sesión de reggaetón muchas veces.

Me reí al escucharle. Era cierto que últimamente no paraba de sonar por todos lados, hasta a mí me había cansado, y Matías no era fan de ese género musical. Siempre se dijo que era el mayor enemigo del hip-hop y el rap.

—No me tientes a pedirte *bad guy*.

—No me provoques, Clara —dijo en un intento de tono amenazante, aproximándose un poco más a mí.

Tragué saliva, intentando recordar cómo se respiraba. No era muy buena idea tener su boca tan peligrosamente cerca de la mía, hacía nublarse mis neuronas al verse invadidas por las hormonas, alterando mi autocontrol.

—Haré lo que pueda, pero no prometo nada.

Matías iba a contestar, pero su mirada se dirigió hasta la barra al ver que una pareja acababa de entrar.

—Ahora vuelvo.

Suspiré mientras le veía alejarse. Me gustaba tenerle cerca, pero agradecía tener unos minutos para serenarme. Desde donde estaba podía verle inclinarse para sacar del cristal lo que la chica había escogido y moverse de un lado hacia otro para preparar, supuse, un par de cafés.

Decidí apurarme en terminar de comer el *muffin*, me daba vergüenza que alguien me observara, sobre todo él. Además, estaba tan rico que no pude evitar soltar sonidos de satisfacción, sobre todo al saborear el chocolate líquido que había dentro. Incluso chupeteé los dedos con disimulo para no malgastar nada. Sería todo un pecado limpiarse con la servilleta.

—¿Saciada? —preguntó de repente, sobresaltándose.

—Está muy bueno —admití.

—Así que... ¿estoy aprobado?

«Tú siempre estás aprobado», quise decir, pero me contuve, no me parecía correcto. Al verle enarcar las cejas sonreí. Sus mejillas habían formado unos pequeños hoyuelos, acompañando a su tono rosado.

—Sí, supongo que puedo darte un cinco.

—¿Solo?! No me jodas, Clari, que me he esforzado —protestó haciendo un mohín infantil.

—Está bien... te lo subo al seis.

—Eres mala —respondió negando con la cabeza, intentando contener la sonrisa pícaro que comenzaba a tirar de sus labios—. Ahora te salvas porque tengo que regresar a la barra, pero pienso volver a quejarme. Este desayuno se merece un ocho como mínimo.

—Si pones la nueva de Harry Styles me lo pienso.

Sus ojos brillaron al escucharlo y miró la barra de nuevo. Una chica alta con gafas redondas estaba esperando frente a ella.

—Uy, nos salió exigente la niña. Eso es jugar sucio, que lo sepas. Ahora vengo, pienso negociar esto —me advirtió.

—Aquí te espero.

Estuve un rato más viendo cómo iba y venía por la cafetería, pero cada vez tenía menos tiempo para acercarse. Entre las once y las doce se llenó de tal manera que decidí que ya había ocupado durante demasiado rato el asiento, así que me levanté.

Matías se apresuró en acercarse con una bandeja llena de cafés y abrió la boca para decirme algo, pero se lo impedí.

—Te agradezco el detalle, ha sido muy bonito. —Me sonrojé—, pero tengo que irme ya. Te estoy robando clientes.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

Arqueé las cejas al escucharle. ¿Pronto? Si llevaba casi tres horas aquí, nunca había estado tanto tiempo en una cafetería.

—En nada va a ser la una. —Sonreí—, te estoy distrayendo demasiado.

—Es entretenido hablar contigo, pero está bien, tienes razón.

Miré sus ojos, intentando controlar el huracán que conseguía generar en mi vientre.

—Que te sea leve.

—Y a ti —respondió.

Le di la espalda en cuanto vi que había retomado sus quehaceres y volví a casa con una sonrisa. Otra de tantas, pues desde que habíamos empezado a hablar parecía que las coleccionaba. Y eso era peligroso.

CAPÍTULO 38: SABER MÁS DE TI

*No necesito más, solo amor, dame tiempo, yo me sano con tu compañía. Esa paz que me das en otro no la encuentro,
no, por eso yo quiero de tus besos.
(Mientras me curo del cora de Karol G)*



Entré en diciembre fatal. Y fatal equivalía a pasarme el día en casa.

Odiaba eso.

Odiaba que mi cuerpo no quisiera hacer nada más allá de estar tirada en la cama o el sofá porque no podía hacer mis tareas de la academia y tenía reseñas pendientes de libros que había acabado de leer hacía un par de días.

Lo peor de todo era que estaría toda la tarde sola porque a mi madre le tocaba trabajar en ese turno, así que mi mayor preocupación era cómo iba a sacar a Toby a hacer pis si no era capaz de dar dos pasos sin marearme. Incluso tuve que cancelar la clase que tenía programada con Paula, y eso también me jodía porque tenía examen la semana siguiente. Era el último empujón para subir la nota en inglés y no quería que la cagase porque le estaba yendo bien.

Suspiré mientras hacía *zapping* con el mando del televisor. Daba igual lo que pusiera, pues los sábados la programación consistía en películas malas o programas del corazón. Además, habíamos entrado en terreno peligroso, pues diciembre era la época perfecta para las tramas navideñas de amor. Las aborrecía con toda mi alma, demasiado cursis y melosas para mi corazón.

Decidí poner Netflix mientras miraba la hora; por suerte, todavía eran las cuatro y a Toby lo sacaba cuando empezaba a atardecer. Me detuve en una serie que llevaba siendo un éxito este año, pues todo el mundo hablaba de ella en las redes, incluidas mis amigas. *Sex Education* había llegado con fuerza e Instagram estaba lleno de *edits* y memes. Así que me decidí por ella.

Cuando ya llevaba dos capítulos vistos miré a Toby, frustrada por no poder sacarlo de paseo. Además, en ese mes oscurecía demasiado pronto y el frío se colaba por las puertas y ventanas. Lo bueno era que no estaba preocupado, mi perro amaba vagar echado encima de mis piernas, apoyaba la cabeza en una de ellas y se dedicaba a roncar como si no hubiera un mañana.

Cogí el móvil, lo tenía sobre la mesa situada al lado del sofá, mientras iniciaba el tercer capítulo. Rebusqué por el Whatsapp la conversación que tenía con mi hermana para pedirle el favor de hacer de niñera canina. Suspiré cuando, minutos más tarde, me llegó su respuesta diciéndome que no podía porque tenía que quedarse en casa de su suegra para cenar.

Deslicé el dedo por la pantalla sin saber a quién hablar. Podía probar con Rocío, pero vivía

en la otra punta de Oviedo, y Raquel ese fin de semana estaba fuera. Me masajee la sien. Incluso pensé en dejar a Toby por casa y que hiciera pis en la cocina. Negué con la cabeza al recordarme que tenía demasiado aguante, seguro que sufría tratando de controlar su esfínter.

Pensé en escribirle a Paula, incluso tecleé algunas palabras, pero las borré al pensar que sería abusar, tampoco teníamos tanta confianza y tenía que estudiar. La sorpresa me la llevé cuando, un par de minutos más tarde, fue ella quien me habló.

Paula (Matías): ¿Ha pasado algo? Vi en el chat que estabas escribiendo. 18:06

Clari: Ah, no, no te preocupes. 18:06

Paula (Matías): ¿Cómo estás? ¿Y el perrete 18:07

Clari: Aquí estamos...

Borré el mensaje para no contarle mi dilema, pero al final decidí escribir otra vez. Una cosa era explicarle el problema y otra pedirle el favor.

Clari: Aquí estamos, no sé cómo haré para sacar a Toby porque sigo mareada y el pobre tiene que salir. 18:09

Paula (Matías): Jo, yo no puedo, pero me hubiera gustado =(

Me apresuré en contestar. Tampoco quería que se sintiera mal por ello, era un favor demasiado grande. Aun así, no pude evitar sentir un atisbo de desesperación. Mi siguiente pensamiento fue ponerle un pañal.

Un par de minutos más tarde recibí un mensaje de un número que desconocía. El vello de mi piel se erizó al ampliar la imagen que esa persona tenía de perfil. Era Matías desde lejos, con su habitual sudadera amarilla y unos grafitis de fondo. Aparecía haciendo un gesto con las manos y sacando la lengua. La cadena plateada de su cuello brillaba, llamando mi atención.

692873...: Espero que te acuerdes de mí ;) Me ha dicho Pau que necesitabas a un niño para la pulga jaja 18:11

Un escalofrío recorrió mi nuca al leerlo. No podía creerme que estuviera dispuesto a ayudarme con eso. Me apresuré en guardar su número registrando un nombre. Estuve tentada a poner *crush* con corazones y caritas sonrojadas, pero decidí ser discreta.

Clari: ¡Sí! Pero no quiero molestar ☹ ¿No trabajas? 18:12

Matías: Naaah, qué va. Tuve turno por la mañana en la cafetería, ahora estoy tiradísimo en la cama. No tengo problema en ir. 18:13

Me sonrojé al imaginármelo tumbado sobre ella, con las manos apoyadas sobre su nuca.

Solo con recordar los momentos que habíamos vivido en su casa mi piel ardía en respuesta. Era una imagen demasiado tentadora. Tenía las hormonas por las nubes, impidiéndome ser racional.

Clari: Pues... como quieras. Bastante has hecho ya por mí. 18:16

Matías: Perfecto entonces ;) ¿Qué portal era? 18:17

Clari: El siete. 2º Dcha. 18:17

El nivel de nervios que tenía en ese momento era infinito. Ya no había marcha atrás, Matías sabía mi dirección. Fue entonces cuando mis neuronas hicieron sinapsis y recordaron el estado en el que me encontraba, un completo desastre.

Por la mañana había sentido escalofríos, pero no de los bonitos que te hacen estremecer, sino de los que te hacen sentir una mierda. Gracias a ellos había empezado a sudar y no había podido ducharme por los mareos. De hecho, seguía en pijama y mi pelo estaba recogido en una coleta desastrosa, con varios mechones en cualquier dirección.

La deshice para peinar mi pelo con los dedos y hacerla de nuevo. Al menos así podría disminuir un poco el asco que daba en ese momento. Intenté levantarme para llegar a mi habitación y cambiarme de ropa, pero fue dar tres pasos y otro mareo me atacó de nuevo, desestabilizándome. Me tiré en el otro sofá y aprecié cómo Toby levantaba la cabeza y me miraba, pero a los pocos segundos volvió a acomodarse. A veces me cuestionaba si me quería de verdad.

Suspiré al recordar que ni siquiera tenía la cama hecha, así que lo mejor sería cerrar la puerta. Tragué saliva al pensar que tendría que ingeniármelas para abrirle a Matías cuando llegara, pues él no tenía llaves. Decidí mantenerme quieta con el móvil en la mano para estar atenta a sus mensajes, por si me avisaba.

Matías: Ya estoy. Abre. 18:36

Ese mensaje provocó que mi alrededor girase más de lo que ya hacía. Cogí una bocanada de aire y fui sujetándome a los distintos muebles y marcos de las puertas para no caerme al suelo. Estaba tan preocupada por llegar a la meta que ni me detuve a pensar en mi aspecto, solo pulsé en el botón que abría el portal y dejé la de mi casa abierta.

Volví al sofá sintiendo sudores fríos y me desplomé, haciendo que Toby levantara la cabeza de nuevo. Dos minutos más tarde escuché la puerta cerrarse y mi corazón latió a toda velocidad, amenazando con salirse del pecho. Cuando sus ojos oscuros se encontraron con los míos tragué saliva y bajé la mirada. Joder, daba asco.

—¿Cómo estás?

No tenía fuerzas ni para responder, el esfuerzo me había dejado exhausta, pero tampoco hizo falta decir palabra. Matías contestó para sí mismo.

—Vale, pregunta tonta, he visto zombis con mejor aspecto que tú. —Sonrió.

Tenía que reconocer que, de habérmelo dicho otra persona, seguramente me hubiera sentido atacada y me habría incomodado, pero el tono divertido de Matías y el brillo amigable de sus ojos me relajaron. No se quedó analizándome de arriba abajo ni tenía esa mirada maliciosa que tanto había visto en los demás, al revés, se agachó para acariciar a Toby, que había bajado del sofá para olfatearlo y le dio golpes con la cabeza en la pierna para pedir caricias.

—Así que te gustan los mimos, ¿eh? —susurró mientras le acariciaba la tripa, pues Toby

había aprovechado a tumbarse en la alfombra.

Se mantuvo así varios minutos, enfrascado en su tarea de satisfacer a mi perro. Él encantado, claro, y yo disfrutaba observándolos a los dos. Si algo podía hacerle ganar puntos a Matías era que lo tratara con el mismo cariño que podía darle yo. Toby era lo primero. Siempre.

Después se levantó y se paseó por el salón, llevando la vista hacia los estantes que tenía repletos de libros y unas fotografías que... Mierda. Tenía que haberlas quitado.

—Hostia, ¿tú también tienes esas míticas fotos?

Asentí con las mejillas encendidas. No podía creerme que mi *crush* estuviera viendo fotografías mías de cuando era bebé y salía desnuda, en otra tenía cinco o seis años y salía sentada en la taza del váter con una sonrisa. Podían haberme contratado perfectamente para un anuncio de papel higiénico o toallitas.

—Mejor no veas las mías. Si pudiera las quemaba, pero mi madre me lo prohíbe. Por suerte, las he podido guardar en un cajón —dijo con una sonrisa mientras devolvía la fotografía a su lugar y siguió con el repaso de la sala.

Me sentía extraña, no pude evitar jugar con las mangas de mi pijama, esperando que mi ansiedad disminuyera. Era incapaz de despegar la mirada de cada paso que daba, cada gesto que hacía al observar los diferentes lomos de los libros que tenía, las figurillas que los acompañaban, incluso los funkos. Entonces me miró y después a Toby.

—Bueno, será mejor que te saque antes de que decidas mear por aquí.

Me levanté para ir a por el arnés, pero Matías me detuvo con un gesto con la mano.

—No te preocupes, vi que usas el arnés y sé ponérselo. Un amigo tiene un carlino y usa lo mismo. Está en la entrada, ¿no?

Asentí, atónita, y observé cómo se dirigía hacia allí para coger el arnés rojo y volvió hasta la puerta del salón para ponerse en cuclillas. Al empezar a llamar a Toby no pude evitar reírme. Mi perro estaba demasiado consentido y malacostumbrado.

—Tienes que ir tú a ponérselo, él nunca viene hasta nosotras cuando lo llamamos.

—Pulga, eso no puede ser. No puedes estar así de acomodado.

Aun así, hizo lo que le indiqué y pasó la tira roja por la pata de Toby con delicadeza, como si fuera lo más valioso. Al escucharse el *clic* acarició su cabeza y lo animó a seguirle. Mi perro nos miró a ambos como si no entendiera nada.

—Venga, Toby, ve con él.

Al principio costó, pero lo consiguió. Matías enganchó la correa al arnés y cerró la puerta con suavidad. Solo así pude apoyar la cabeza en el sofá y cerrar los ojos un rato. Tantas emociones juntas me estaban abrumando.



El sonido de la puerta abriéndose me despertó. No recordaba nada de lo que había pasado y mi primer gesto fue buscar a Toby con la mirada. Al escuchar sus patitas resonar contra el suelo y ver su cabeza asomarse suspiré. Entonces recordé que quien lo había sacado a pasear era Matías.

—¿Estás mejor? —preguntó nada más aparecer en el salón.

—Sí, gracias —respondí recogiendo un mechón de mi pelo para no mantener la mirada—. ¿Se portó bien?

—Sí, es muy gracioso. —Sonrió—. Nunca había visto a un perro que le gustara tirarse al suelo para rebozarse como si fuera un cerdito. Incluso su forma de caminar es la hostia.

—Sí... tiene mucha manía de hacer eso. Las personas se giran para verlo y muchas se ríen.

A mí me pone nerviosa que se vuelva el centro de atención.

—Tuve que levantarlo un par de veces, pero nada preocupante. Hizo caca una vez y meó como mil, aunque Coco es igual.

Como si la cosa no fuera con él, Toby se apresuró en volver al sofá y se acomodó, pero antes intentó sacar la manta que mi madre siempre ponía encima para adornar. Matías volvió a su inspección, deteniéndose de nuevo en mi colección de libros. Me rasqué por el brazo derecho, había empezado a picarme.

—Sabía que te gustaba leer, pero no me imaginaba ver tantos libros juntos.

—Sí... desde que me enseñaron a leer en el cole empecé a tener libros. Es lo que pido siempre por Navidad. ¿Tú que sueles pedir?

El brillo nostálgico de su mirada no me pasó desapercibido, ni tampoco el silencio que se formó entre ambos. Matías rascó su nuca antes de contestar.

—Hace mucho que no pido nada, pero era más de consolas y juguetes. Ya sabes, lo típico.

—¿Y ahora? ¿Seguirías pidiendo eso?

—Pues... no, supongo que pediría un diccionario.

—¿Un diccionario? —Arqueé las cejas al escucharlo. Me esperaba cualquier respuesta menos esa.

Matías asintió y se acercó para sentarse en el otro lado del sofá.

—A ver... me da algo de vergüenza decirlo, pero me gustaría tener uno actualizado para poder buscar el significado de las palabras que voy descubriendo. Me gusta anotarlas y pensar en sinónimos para poder componer.

—¿Por qué te da vergüenza decirlo? Es algo bonito.

Sus ojos me atravesaron antes de posar sus pupilas en los estantes que teníamos enfrente. Me inquietaba que le causaran tanto interés.

—Supongo que he escuchado demasiadas veces que el rap no sirve de nada y que mejor me centre en trabajar. —Suspiró.

Me tensé al escucharle, ¿de verdad le habían dicho eso? ¿Quién? Me incliné para tocar su mano, pero cuando estaba empezando a extender el brazo para rozar su piel me quedé estática. No podía cruzar esa línea, no cuando igual le incomodaba y además tenía novia, aunque a veces se me olvidara. Carraspeé y me reacomodé en el sofá mientras pensaba qué decirle. ¿Podía ser Victoria?

—Matías, tú... vales —respondí susurrando la última palabra mientras intentaba tragar todo lo que tenía que transmitirle. Todo lo que significaba para mí escucharle rapear, lo fácil que era para él hacerme volar sin ni siquiera saberlo.

—Pues eres la primera que lo piensa y me lo dice.

La sinceridad y el sentimiento que transmitieron sus palabras hicieron vibrar mi interior. Sus ojos no se despegaban de mí, hacían peligrar mi autocontrol. Tragué saliva e inspiré con fuerza, esperando que eso fuera suficiente para mantenerme serena. Me dolía pensar que Matías se podía estar haciendo de menos, avergonzándose por querer perseguir su sueño, ese que, sin quererlo, me había mantenido a flote cuando más lo necesitaba.

—Seguro que hay muchos más que piensan lo mismo.

—Yo no estaría tan seguro —murmuró—. Victoria...

Ese nombre se quedó flotando en el aire, pero no podía sacarlo de mi mente. No entendía qué hacía con ella, ¿por qué seguían juntos? Ese pensamiento me atormentaba, Matías se merecía muchísimo más. Todos deberíamos aspirar a tener una persona al lado que apoye nuestros sueños y nos ayude a luchar por ellos, no a hacerlos añicos.

Nos miramos. Creo que no hizo falta mediar palabra, Matías era lo suficientemente listo como para leer entre líneas o entre parpadeos.

—No es fácil, yo... —Se mordió el labio inferior antes de suspirar—. Es jodido.

Asentí, aunque no entendía nada. Su respuesta me había dejado peor de lo que estaba, parecía un enigma. ¿Estaba en lo cierto? ¿No la quería? Aun así, no quería forzarle a hablar, quizás no teníamos la confianza suficiente. Al ver que ponía atención de nuevo en mis libros ladeé la cabeza y fruncí el ceño. Matías era un completo misterio.

—¿Por qué te llaman tanto la atención mis libros?

—Perdona. —Meneó la cabeza—, es que nunca he sido un buen lector. Recuerdo cuando nos obligaban a leer *El Lazarillo de Tormes* o *El Quijote*, me forzaba a leer las primeras líneas y al ver que era infumable, me iba corriendo a buscar el resumen en *El rincón del vago*. De cuántas me ha salvado esa *web*... —se rio—. Por eso me da curiosidad que a ti te guste tanto. ¿Qué sientes al leer?

Esa pregunta hizo que mis ojos brillaran, pero enseguida se apagaron al resonar en mi interior la risa burlona de Jorge y su voz llamándome *friki*. Qué daño podían hacer las palabras... eran balas golpeando mi corazón. Me daba miedo que sucediera lo mismo, que, aunque Matías no lo verbalizara, pensara lo mismo que mi ex.

—¿He dicho algo malo?

Su expresión preocupada me removió, haciéndome darme cuenta de la realidad. No podía comparar a uno con otro, mi *crush* no tenía nada que ver con él. Inspiré con fuerza y decidí abrirme una segunda vez con la esperanza de que esta fuera diferente. Su mirada de interés me animaba, me ayudaba a no sentirme juzgada.

—No, no. Es que... tampoco quiero aburrirte o...

—Clara. —Me sobresalté al notar su mano acariciar la mía. El contraste de temperatura me hacía estremecer—, tú nunca me aburres.

No sé si fue la sinceridad transmitida en esa respuesta o la revolución que causaba en mí que su piel rozara la mía, pero mis pulmones se inflaron de manera inconsciente. Me incorporé en el asiento como pude y por un instante mis mareos y males desaparecieron, solo lo veía a él.

—Pues... —Tragué saliva antes de animarme a soltar todo en lo que pensaba—. Me gusta el olor que desprenden las páginas al abrirlos por primera vez y poder sumergirme entre sus palabras. Para mí cada libro es un viaje y me gusta ser turista. Mi madre me enseñó de pequeña a hacer reseñas cuando acababa de leerlos, tenía una libreta donde escribía el título, dibujaba estrellas como puntuación y hacía un resumen sencillo detallando lo mejor y lo peor, así que me animé a abrir un blog poco antes de mudarme aquí. No sé... es especial y me hace desconectar de todos los problemas, ¿sabes? No te imaginas la de emociones que puedes sentir con solo leer, es como si se formara una película en mi cabeza y yo estuviera dentro. Me encariño de los personajes, sufro con ellos, lloro si alguien lo hace, hasta me río en las partes más graciosas. Sé que es raro, pero...

—No es raro. Es... —Dejó las palabras en el aire mientras su mirada se perdía, incluso arrugó la nariz de forma adorable— lo más bonito que escuchado nunca. Me da curiosidad ahora, igual les doy otra oportunidad.

—¿En serio?

No pude controlar el tono emocionado de mi voz. Escuchar a mi *crush* pensarse si volver a leer por lo que acababa de decir era un sueño. Le habían gustado mis palabras, no me había etiquetado como *friki*. Eso para mí lo significaba todo.

—Claro. Venga, va, asesóreme, señorita, ¿qué libro me recomienda?

La pose interesada con las piernas cruzadas y el codo apoyado en su rodilla mientras alzaba una ceja me hizo soltar una carcajada. Ni en mil años me hubiera imaginado que Matías iba a estar en mi salón deseoso de escuchar alguna recomendación por mi parte.

—Hm... —dije colocando los dedos índice y pulgar sobre mi mejilla y barbilla mientras fruncía el ceño, fingiendo pensar para meterme en el papel, aunque tenía que admitir que era complicado— Hay tantas posibilidades que es todo un reto. Supongo que lo primero es pensar qué te llama la atención y qué no soportarías por nada en este mundo.

—Uf, en menudo marrón acabas de meterme, porque no tengo ni puta idea de qué decirte. ¡Que yo el último libro que leí por gusto fue uno de los de *Teo*! —se rio—. No soportaría histórico o algo de eso, ni clásicos. A mí tiene que ser algo breve y que sucedan muchas cosas importantes. Ya sabes, que no me aburra al leer la primera frase.

Repasé mentalmente los libros que tenía en cada estante, uno por uno, pensando cuál sería la mejor opción. Tenía que admitir que la mayoría eran libros juveniles, muchos de fantasía y otros tantos de romance. También contaba alguno de misterio, pero no sabía si sería de su gusto, pues tenían bastantes páginas.

—Ya sé —dijo de repente y esbozó una sonrisa maliciosa que hizo que mi cuerpo se tensara, temiendo lo peor—. Alguna historia tuya.

—¿¡Qué!? No, no, no.

Negué con todo mi cuerpo, no solo con las palabras, pues mis manos se movieron en señal de rechazo. No estaba preparada para eso.

—¿Por? Qué mejor manera de engancharme a la lectura que leyendo algo tuyo.

—Porque... —Me sonrojé— yo no soy buena. No he publicado nada. Aparte... hace mucho tiempo que no escribo.

—¿Cuánto es mucho?

Sus ojos me atravesaron, haciéndome sentir desnuda. Matías parecía adivinar la cantidad de años que me separaban de mi gran pasión, esa que había encerrado bajo llave por el temor a que se volvieran a reír de mí. Aun así, lo verbalicé.

—Siete años.

El número escocía como si hubiera tocado un fogón con la mano. Al pronunciar cada letra me di cuenta de cómo pasaba el tiempo entre cada parpadeo y la mayoría de los minutos los desaprovechábamos al estancarnos en recordar todo lo que habíamos hecho mal o no habíamos hecho. Los segundos son oro, todos valen, y nunca sabremos cuál será el último, por eso es importante disfrutar y centrarnos en lo que nos aporta. Cuántas historias había dejado escapar por el miedo, por el qué dirán... Cerré los ojos para intentar retener el dolor, no quería exteriorizar la emoción que me estaba dominando.

—¿Desde lo de... Victoria?

Mi corazón se detuvo por un instante al escuchar ese nombre, era una pesadilla que volvía a mí una y otra vez. Asentí de manera inconsciente y un escalofrío recorrió mi espina dorsal. ¿Por qué seguían juntos?

—Mira, sé que estoy con ella, pero hazme caso en esto que te voy a decir, no renuncies a tu sueño por sus palabras, ella no tiene ni puta idea de escritura.

—Pero no es solo por ella... fue la situación en general. Todos riéndose, las hojas rotas, la libreta...

—No suelo decir estas cosas, si Héctor estuviera aquí me pegaría por decir *moñadas*, pero seré sincero. Clara, desde pequeños tenemos envidia de aquellas personas que destacan. Todos queremos aspirar a ser algo, a ser alguien, y tú brillas. Tienes personalidad, esencia, y la gente no

quiere eso, viven para apagar a los demás, solo así se quedan tranquilos, así que, que te la suden todos, de verdad. Tú haz aquello que te gusta y te hace feliz.

—Gracias.

Tragué saliva. Todas las palabras que quería decirle se me habían quedado estancadas en la garganta. ¿De verdad pensaba eso de mí? El miedo empezó a entremezclarse con una agradable calma, una que años atrás me había abandonado.

—Bueno, ¿entonces hay trato?

—¡No! —protesté— No puedo enseñarte nada. Además, aunque tuviera algo me daría vergüenza.

—¿Por qué? —preguntó acomodándose en el sofá con una sonrisa que me puso muy muy nerviosa.

—Porque soy de escribir romance y... esas cosas —murmuré con las mejillas sonrojadas.

—¿Y esas cosas? ¿Qué cosas, chica de las letras?

El vello de mi piel se erizó al escuchar la pregunta y mis pupilas buscaron las suyas para quedarse atrapadas en ellas.

—Ya me entendiste.

—¿Estamos hablando de sexo?

Me atraganté con mi propia saliva al escucharle decir esa palabra. Obviamente no era virgen, no era ningún secreto, pero esas cuatro letras saliendo de sus labios elevaron mi tensión hacia el cielo y el salón empezó a calentarse, incrementando mi respiración. Tal era el tamaño de mis hormonas que fui incapaz de bloquear mi imaginación, mi mente me torturaba recreándome en cómo sería probar su boca, sentir su piel sobre la mía. Me asustaba y apasionaba a la vez saber que Matías era capaz de provocar todo eso en mí, que aún podía desear. Pensaba que Jorge se había cargado mis ganas de sentir esa intimidad, de abrirme en cuerpo y alma con alguien que realmente me quisiera y deseara. Que me amara de verdad.

—No me tientes a pedirte que me digas algo sucio porque lo haría... chica de las letras —dijo de repente con un brillo diferente en la mirada—. Me encantaría escuchar algo así saliendo de tus pulcros labios. Sería una deliciosa sorpresa.

—No me tientes a recomendarte La Biblia. Creo que necesitas enfriar tus pensamientos calenturientos. —Sonreí.

El sonido de su risa me hizo estremecer. Nunca unas curvas me habían hecho experimentar tantas sensaciones juntas, las comisuras de sus labios eran mi perdición.

—¿Entonces no me deleitarás con alguna historia tuya? ¿De verdad? —insistió formando un exagerado mohín.

—Tendrás que *conformarte* con los escritores de renombre —respondí haciendo comillas con los dedos—, a menos que...

—¿Qué?

—Que a cambio me dejes leer alguna composición que hayas hecho hace poco. ¡Pero! —me apresuré a frenarle al ver que abría la boca para contestar— tendrás que esperar para leer algo mío. Yo... De verdad que ahora no tengo nada que ofrecerte.

—Está bien, acepto. Mientras tanto sigo abierto a escuchar recomendaciones de algún libro que haya sido importante para ti por algún motivo. Quiero...

Ladeé la cabeza al ver que se había detenido y fruncía el ceño. Incluso suspiró.

—¿Qué quieres?

—Saber algo más de ti mediante los libros, que me enseñen a conocerte un poco más. Dame uno que te haya marcado.

Entonces lo tuve claro. Tenía muchísimos libros, sí, pues con la gran mayoría había sentido un montón de emociones, pero solo uno me había hecho sentir frágil y vulnerable, haciéndome ver la importancia de sanar.

Me levanté y tanteé el espacio para no marearme o apoyarme en caso de que fuera necesario, por suerte, solo tenía que avanzar unos pasos. Al llegar a los estantes que tenía alrededor del televisor me puse de puntillas y cogí uno que tenía en el más alto de todos. Era capaz de encontrarlo entre el arcoíris de lomos que había a su alrededor.

—Ten.

—*Todos esos lugares me vieron llorar* ^[3]—leyó, deteniéndose de manera especial en el dibujo de la portada. El contraste del fondo blanco con las siluetas azules y las gotas de lluvia denotaban una clara tristeza—. Joder, empezamos fuerte con el título.

—No te quiero *spoilear*, pero te diré que esa novela marcó un antes y un después en mí. Todo el mundo debería leerla.

—Entonces te haré caso, lo haré. —Sonrió antes de guardar con cuidado el libro en la mochila que había traído y había dejado en el suelo, apoyada en la pata del sofá.

Abrí la boca para decirle algo más, pero su móvil empezó a sonar. Al mirar de reojo vi que en la pantalla aparecía el nombre de su novia. Enmudecí al ver que exhalaba un suspiro de cansancio y deslizó el dedo hacia abajo para cortar la llamada.

—Si quieres contestar, puedes. —Me sonrojé—, no te preocupes.

—No, no. Mejor así. —Carraspeó.

Pero el móvil no tardó en sonar de nuevo. Al fijarme vi que también tenía varios mensajes suyos. No pude evitar sorprenderme al ver que la estaba ignorando de esa manera, me hacía sentirme mal, como si estuviera ocultándole la realidad o estar aquí fuera algo prohibido. Un secreto. ¿Lo era?

Me mordí el labio inferior, sopesando si decir algo más, pero el universo no estaba de mi parte y la puerta de mi casa se abrió de golpe. Toby fue el primero en levantar la cabeza y dirigirse hasta la entrada con su hueso negro favorito de juguete entre los dientes. Mi madre acababa de volver de trabajar.

Miré la hora con rapidez. ¿Tan tarde era ya? Matías se irguió en el asiento antes de levantarse y colocar la mochila sobre su hombro derecho. Mi madre se asomó y arqueó las cejas al encontrar a un chico en el salón como si nada.

—Pensaba que estabas sola —me dijo a modo de saludo—. Encantada, soy la madre de Clara.

—Igualmente. Yo soy Matías. Un... Un amigo —trastabilló mientras se rascaba el pelo.

Capté su gesto sorprendido al vuelo y le hice yo uno para que se mantuviera callada. Lo que menos necesitaba era un espectáculo por parte de mi madre. Sí, era ese Matías, y, sí, estaba en nuestra casa. No quería espantarlo.

—Bueno, será mejor que me vaya ya. Es tarde.

No me pasó desapercibida la velocidad a la que se dirigió hasta la entrada y se despidió con la mano de mí. Nuestras miradas conectaron por última vez antes de desaparecer tras la puerta.

—Parece que tienes mucho que contarme.

Sonreí.

Mi madre tenía razón, esta tarde había sido toda una caja de sorpresas.

CAPÍTULO 39: MADERA DE ARTISTA

*Creo que te quiero un poco, pero solo un poco, nada más. Quiero conocer tu cosmos, tu filosofía básica.
(Te quiero un poco de Carlos Sadness)*



Los días avanzaron sin tregua en el calendario. Estaba tan sumida en mis tareas académicas y el trabajo que no me percaté de que la semana había pasado volando. El acercamiento con Matías provocó que pudiera hablar algo más seguido con él, aunque a veces desaparecía durante horas o me hablaba al día siguiente. Tampoco me importaba, entendía que estaba muy liado, y yo también, así que con tener la oportunidad de saber más de él era feliz. Me había acostumbrado al revoloteo de mis mariposas.

La tarde del martes 11 de diciembre fue extraña. Intenté cumplir mi parte del trato, así que ahí estaba, sentada en el sofá con el pequeño ordenador portátil sobre mis piernas y Toby a un lado durmiendo, como de costumbre.

Abrir el Word fue raro. Un hormigueo recorrió mi vientre, recordándome las veces que había intentado enfrentarme a la hoja en blanco y mis miedos sin éxito. Debía admitir que me inquietaba no ser lo suficiente, que mi escrito fuera un asco y le decepcionara. Además, no sabía qué escribir, y eso me preocupó. Era uno de los temas de los que solía hablar con la psicóloga, haber perdido mi creatividad, que la oportunidad de crear historias se hubiera escapado entre mis dedos.

Suspiré al ver el cursor tintineando en la pantalla. ¿De qué podía escribir? ¿Algo cliché? ¿Quizás una trama más innovadora? Quería algo que me motivara, pero que también fuese un reto. Un proyecto ambicioso que me hiciera recuperar la fe en mí misma. Un tema que me atrapara hasta el punto de estar pensando en los distintos elementos que componen una novela durante todo el día.

Apoyé la cabeza contra el respaldo del sofá, esperando que las musas existieran y decidieran ocupar mi mente. Estaba falta de inspiración, podía notar cómo los engranajes que conformaban mi creatividad estaban oxidados, inmóviles. Decidí coger el móvil y curiosear un poco por Instagram. Esa decisión hizo que perdiera el tiempo durante más de media hora.

En vista de que no tenía nada bueno que contar opté por cerrar la pantalla de golpe para dejar el portátil inactivo y ponerme a leer un poco. Tenía un par de reseñas pendientes. Eso era lo que más me gustaba de los libros, adentrarme en mundos diferentes, creados por distintas mentes. Eran infinitas posibilidades para evadirte y poder soñar, y, aun así, sentirlas tan reales.

Y así fue. Las palabras escondidas tras las páginas hicieron que las horas volasen, hasta tal

punto que había llegado el momento de sacar a Toby para hacer el último pis y ni siquiera había cenado. Cerré el libro con un suspiro y me dirigí hasta la entrada para coger el arnés de mi bebé perruno. Estaba deseando sacarlo pronto para poder meterme bajo mi cómodo y suave nórdico.

Fuera no hacía mucho frío teniendo en cuenta que estábamos de lleno en el mes navideño por excelencia. Las calles estaban iluminadas con las luces temáticas y las pocas personas que había paseando ya estaban abrigadas con gorros y bufandas de distintos colores.

Decidí caminar con Toby hasta la cafetería donde trabajaba Matías. No estaba demasiado lejos y así compensaba el escaso ejercicio que mi bebé había hecho durante el día. Al llegar frente a la fachada me detuve. Los amplios ventanales mostraban a mi *crush* sentado en una de las mesas, ya sin ningún cliente, con un folio en el que escribía. Al acercar mi rostro al cristal observé que tenía el ceño fruncido y resoplaba. Me sobresalté al ver que arrugaba el papel hasta convertirlo en una bola y lo lanzaba a la zona del mostrador.

Pensé en entrar para ayudarlo, aunque no tenía muy claro con qué. Quizás estaba componiendo y yo no era la mejor para facilitarle las cosas, mi creatividad había desaparecido y no sabía cómo solicitar su búsqueda. Además, la cafetería no permitía perros en el interior y, aunque estuviera vacía, lo mejor sería no romper las reglas.

Estaba retrocediendo unos pasos para volver hasta casa cuando su voz me detuvo. Al girarme vi que me estaba mirando con una sonrisa y mi corazón aceleró su ritmo en respuesta. Con las mejillas sonrosadas y el brillo de sus ojos era imposible no derretirse.

—¿Te ibas a ir sin saludar?

Sonreí también al ver que se agachaba para acariciar el pelaje de Toby y me hizo un gesto para que le siguiera hacia la cafetería.

—No quiero molestar y la cafetería no permite animales.

—Faltan quince minutos para cerrar, dudo que a alguien le moleste. —Se encogió de hombros.

—¿Estás seguro?

—Claro, no quiero que la pulga se congele.

Al entrar suspiré agradecida. A pesar de la hora, la cafetería seguía siendo un lugar acogedor con la música de fondo y el aroma a chocolate y café. Era maravilloso poder escuchar cada palabra que pronunciaban los cantantes sin ser cortados por una risa estridente, voces elevando el tono o los cubiertos metálicos golpeados contra las tazas al remover, pero lo mejor fue poder soltar a Toby para que deambulara sin preocupaciones, aunque después de oler todo decidió tumbarse en el suelo, a nuestro lado.

—¿Qué hacías? —pregunté mientras me acomodaba en uno de los asientos.

—Pelearme con este tema —respondió antes de sacar otro folio y colocarlo sobre la mesa.

—¿Vas a volver a rapear aquí?

El tono animado de mi voz no pasó desapercibido. Echaba de menos poder escucharlo.

—Qué va, es mala época con esto de las fiestas. Quizás para febrero pida permiso.

—¿Entonces? ¿Es por algo en especial?

Sus ojos oscuros me miraron antes de tragar saliva y volver la atención hacia el papel vacío.

—La verdad es que sí. —Suspiró. De soslayo pude observar que jugueteaba con las manos y aprovechó para removerse el pelo—. Hay un concurso de talentos que abre a principios del mes que viene y quería intentar...

Las palabras se quedaron en el aire al sellar sus labios. Su mirada descendió hasta el suelo, como si se sintiera avergonzado.

—¿Qué querías intentar? —le animé y acaricié el dorso de su mano de forma inconsciente.

Su calidez me puso nerviosa y quité la mía enseguida.

—Participar. —Carraspeó—. Igual tengo... Igual tengo oportunidad.

—¡Claro que sí! Estamos hablando de Matías, el chico que consiguió animar a una oleada de estudiantes.

Su risa me tranquilizó, pero también me inquietó, pues me albergaban sentimientos que solo él sabía despertar.

—Pero de eso ya hace años.

—¿Y no sigues haciéndolo?

El silencio nos rodeó antes de que su voz me hiciera temblar otra vez con una pregunta que no me esperaba.

—¿Lo hago? —Enarcó las cejas.

—Conmigo lo consigues siempre —murmuré bajando la cabeza.

Era demasiado cobarde como para atreverme a mirarle a la cara y enfrentarme a su expresión.

—Gracias.

La sinceridad que transmitió me hizo levantarla de nuevo y respirar tranquila. A su rostro había regresado esa sonrisa pícaro que le caracterizaba.

—Pues necesito componer una canción para enviarla y cruzar los dedos.

—¿Por qué componer? ¿No vale una de otro cantante?

—No, quieren ver el talento desde el inicio y evaluar una canción propia para no dejarse llevar por las influencias o gustos personales. Algo así explicaban en la cuenta.

—¿En la cuenta? —pregunté frunciendo el ceño.

—Sí, encontré el anuncio por Instagram cuando estaba curioseando las fotos de las novedades. Supongo que salió por mis preferencias y los perfiles que sigo.

—Anda, pues qué suerte que haya aparecido.

—Sí, y el primer premio es la hostia.

Sonreí al escucharlo. Estaba claro que la idea le emocionaba.

—Pero... ¿es dar el vídeo y ya? ¿Ya gana uno?

—No, qué va. Si paso será el inicio de un largo concurso. No detallan demasiado por ahora, solo lo importante: Primera fase los *castings*, la segunda se divide en tres partes. La última es la final. Se grabarán en diferentes días en Madrid y se transmitirá en la televisión. Dirán quiénes pasan a la segunda a principios de marzo.

—¡Pero eso es genial! —exclamé con la misma ilusión que él. Tuve que contenerme para no empezar a aplaudir.

—Sí, la persona que gane se llevará treinta mil euros para casa y encima le producirán su primer disco ¡con una de las discográficas más importantes!

—Ostras...

Tuve que sujetarme a la silla para no caerme por la impresión. Era un premio muy tentador, demasiado para un chico común que quiere despegar. Y podía hacerlo. Estaba segura de que Matías podía volar a esa altura sin acabar estrellándose. Tenía madera de artista.

—Sí, ostras —se rio—, pero estoy cagado, me da miedo no pasar ni siquiera el *casting*.

—No te dejes llevar por el miedo, eres muy bueno en lo que haces. Solo tienes que conseguir un tema que impacte.

—Ahí está el problema. —Suspiró—, que no lo encuentro.

—Así que por eso estás haciendo una colección de bolas de papel.

—Exacto. Me pueden servir también para un ataque de bolas de *nieve* —dijo enfatizando

con los dedos.

—¿Puedo ir a por ellas? Seguro que tienes parte de la solución en todas y no lo has visto.

Matías entornó los ojos, pero se encogió de hombros, dejándome recoger sus desechos creativos.

—Está bien, pero déjame... ¿Has cenado?

—La verdad es que no. —Me sonrojé.

—Entonces déjame invitarte a mi casa y miramos un poco el tema. No quiero ocupar mucho de tu tiempo porque mañana madrugo y supongo que tú también, pero es lo mínimo que puedo hacer por ti. Bueno... por vosotros.

Mi corazón volvió a acelerarse al escuchar su invitación. Por un lado, quería ir y pasar más tiempo juntos, pero mi mente me recordó que tenía novia. No quería otro encontronazo con su madre.

—No sé si será lo mejor. Yo...

—Clara, por favor, necesito tu ayuda.

Su mirada brillante me hizo flaquear. No podía decirle que no. No a él.

Humedecí mis labios antes de responder. Solo estaría un rato y después nos iríamos a dormir. Estaba todo controlado.

O al menos eso esperaba.

CAPÍTULO 40: LLUVIA DE IDEAS

*Pretendiendo quererte he mirado de más. A la noche le faltan estrellas, quizás con tu piel tendrán que rendir cuentas.
(El corazón me arde de Andrés Suarez)*



Llegar de nuevo a su piso fue extraño. Al entrar ya tenía los cinco sentidos preparados por si veía a su madre y me tocaba huir. Matías pareció leerme la mente, puesto que tocó mi hombro con delicadeza antes de caminar por el pasillo.

—Tranquila, mi madre casi nunca duerme aquí.

—Ah...

No me atreví a preguntar el motivo, aunque me resultó raro. Mi madre trabajaba a turnos, pero no estaba acostumbrada a que todas las noches desapareciera; no pude evitar preocuparme por Paula.

Una figura oscura saliendo de una habitación me hizo sobresaltarme y me llevé una mano al pecho. Hubiera sido de ayuda que Matías hubiera prendido la luz.

—¿Clara?

Suspiré aliviada al escuchar la voz de su hermana, aunque no tardé en tensarme de nuevo. ¿Cómo se tomaría que estuviera aquí a estas horas? ¿También le parecería mal? Al ver su sonrisa me relajé.

—Sí, soy yo —susurré.

—¿Qué haces despierta?

Paula miró a su hermano con el ceño fruncido.

—Si apenas son las once, idiota. Estaba mirando vídeos por *Youtube*. Por cierto, me ha hablado Victoria por Instagram. La ignoré.

Me mordí la mejilla interna para intentar poner cara de póquer. Lo que menos quería era revelar con mis expresiones lo que estaba pensando al escucharla. Al fijarme en el rostro de Matías tragué saliva. Estaba mirando a su hermana en señal de advertencia.

—Pau...

—Es que es muy pesada, tío; quería saber qué turno tienes mañana. Te controla. No sé por qué no la dejas ya.

—Paula, a tu cama.

—Que sí, que ya me callo, pero no me mandes a dormir como cuando tenía ocho años.

—Es que sigues siendo una cría —gruñó.

—El que se pica ajos come —refunfuñó ella antes de sacarle el dedo medio y volver a encerrarse en la habitación.

Me quedé estática, sin saber muy bien qué hacer. Matías me hizo un gesto para que lo siguiera hasta la cocina, así que accedí. Allí me senté en la silla de la otra vez y me quedé callada mientras le observaba sacar unos *tupper* de la nevera y los abría para echar el contenido en unos platos.

—Espero que te gusten estos espaguetis, los hice yo anteayer.

—Gracias. —Me sonrojé—. Están bien.

No pude evitar pensar en el espectáculo que le iba a ofrecer al comerlos. Siempre se me había dado mal eso de enroscarlos con el tenedor y no coger demasiada cantidad, siempre se me caían o me quedaban algunos colgando y tenía que cortarlos con los dientes. Aun así, intenté focalizar la atención en el plato y no en él. Estaba removiendo un montoncito cuando su voz me hizo levantar la cabeza.

—¿Se te ocurre de qué podemos hablar en la canción? Me gustaría algo que les enganche desde el principio, pero no se me ocurre nada —dijo antes de colocar una mano delante de su boca para intentar tapar un bostezo—. Perdona, hoy estoy agotado.

—Normal, trabajas mucho —respondí esbozando una sonrisa sincera. Al tenerle enfrente podía ver la línea oscura que había bajo sus ojos.

Me quedé mirando la pared mientras varias ideas rondaban por mi mente. No podíamos hablar de amor o de desilusiones, era demasiado común. Tenía que ser un tema llamativo, pero también que mostrase sentimiento.

—¿Y algo sobre superación? O sobre revolución.

Sonreí al recordar su actuación en el festival de fin de curso. Nunca una canción había despertado tantos sentimientos en mi interior. El aleteo de las mariposas ese día había creado un huracán.

—Estaría guay. Me gustaría que las personas me escuchasen cuando estuvieran mal y poder animarlas. Hacerles saber que estoy ahí, ¿sabes? Que rendirse no está permitido y caer solo sirve para aprender a levantarnos. Todos podemos hablar de amor o de estar jodidos por alguien, pero pocos saben hablar de lo que se siente cuando has tocado fondo y no sabes qué hacer.

Asentí sintiendo un nudo en la garganta, era tan fuerte que tuve que tragar saliva de manera lenta, intentando pasar la comida sin mucho éxito. Esas canciones eran las que me habían servido a mí cuando más las necesité. Sin ellas me hubiera sentido sola del todo, vacía. Esos cantantes me hicieron sentirme comprendida, sus letras me acompañaban.

Terminamos la cena en silencio, cada uno reflexionando sobre sus problemas y preocupaciones. La única solución que veía era que se abriera en canal, que plasmara todas sus inquietudes en papel y con su voz transmitiera esa sensación de la que hablaba, como había hecho cuando tuvimos quince años. Solo necesitaba un pequeño empujón.

Recogimos los cubiertos y me ofrecí a lavar los platos para dejarlo todo limpio. Me estremecí al ver que salía el agua helada por mucho que intentara ponerla caliente. Me di prisa para acabar antes de que mis dedos terminaran entumecidos, ya estaba sufriendo demasiado.

Al acabar volví a sentarme frente a él y aprecié que ya tenía un par de papeles sobre la mesa. Miré la hora y suspiré, en unos minutos iban a ser las doce y no podía llegar muy tarde a casa.

—Me encantaría quedarme, pero solo puedo estar quince o veinte minutos más como mucho.

—Claro, organizamos esto para que pueda arrancar y ya te dejo libre. Te acompaño a casa.

—No hace falta. —Me sonrojé.

A su lado siempre parecía un tomate Cherry.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Es tarde y no me haría gracia que fueras sola por la calle, hay gente muy loca.

Asentí mordiéndome el labio inferior y miré los papeles para tranquilizarme. Extendí el brazo para coger el bolígrafo, pero justo lo hizo él también y nuestras manos chocaron. Me estremecí al sentir el contacto con su piel, seguía sin acostumbrarme a la electricidad que producía. Cuando conseguí el preciado tesoro inspiré con disimulo, inflando mis pulmones, y moví el bolígrafo colocándolo entre dos dedos.

—Entonces tenemos claro que superación o revolución, ¿verdad?

—Puede ser sobre ambas cosas —intervino.

Asentí mientras anotaba en el folio ambas palabras y las subrayaba. Debajo escribí «lluvia de ideas».

—Vale, pues... algo que solía hacer cuando quería escribir sobre un tema y no sabía cómo empezar era buscar conceptos que tuvieran relación con la palabra que había anotado, ya que es la principal.

Mi piel comenzó a reaccionar al darme cuenta de que tenía sus pupilas fijadas sobre mi rostro. ¿Estaba mirándose los labios? Carraspeé y me removí en el asiento, intentando controlar la sensación. El vello se había erizado, miles de puntitos componían mi brazo, acompañando a los lunares.

En vista de que no lo estaba consiguiendo meforcé a mirar al papel de nuevo. Esperaba que eso fuera más que suficiente para serenarme. Anoté las palabras «libertad», «lucha» y «decisión». Me parecían las más acertadas.

—¿Esas tres qué te sugieren?

Me enamoré un poco más al ver las arrugas que formaban su frente al ver que miraba con detenimiento los conceptos que había anotado y su codo apoyado sobre la mesa para sujetar la barbilla con su mano.

—Tirar *pa' lante* y no rendirse.

—Mmmm... vale —respondí mientras las escribía.

—Y eso me lleva al concepto de abismo. ¡Y las piedras del camino! Los baches y todo eso. Y las tiritas, por el tema de sanar.

—Bien, bien —le animé mientras aumentaba la velocidad para recopilar todos sus pensamientos. Me alegraba que empezara a animarse y pensara más. La lluvia de ideas era como una escalera, un peldaño nos llevaba al siguiente.

—Y supongo que de ahí podemos tirar hacia los fantasmas, la sal en la herida, la fuerza, renacer de las cenizas, el... fénix —caviló.

Me sobresalté al escuchar el golpe que dio con la mano en la mesa y me miró con emoción. Sus ojos brillaban, casi tanto como la sonrisa que había formado. Había conseguido dejarme sin respiración.

—¡Claro! Mi nombre artístico puede ser Fénix.

—Lo anoto también.

Su alegría me contagiaba. No sabía cómo lo hacía, pero conseguía que mi pecho vibrase. A la palabra le añadí un corazón. Segundos más tarde analicé lo que había hecho y lo taché. Demasiado impulsivo y atrevido.

—¿Te gusta? ¿Crees que me puede servir?

—Claro, me gusta todo lo que esa ave significa. Es todo lo que estamos anotando.

—¡Sí! Por eso lo pensé. Quiero que me represente, que sea el centro de todas mis composiciones.

—Es perfecto.

La palabra salió de mis labios como una caricia. Me tuve que controlar para no admitir que era casi tan perfecta como él. La atracción que sentía hacia Matías era tan fuerte que dolía. Me dolía tener que controlarme y apartarla. Victoria era una chica afortunada por tener un novio como él.

—Mejor no te retengo más, creo que ya te he entretenido suficiente —dijo antes de arrastrar la silla para levantarse—. Muchas gracias, Clara. De verdad, te debo una.

—N-No, qué va —respondí apartando un mechón de mi cabello—. No es nada.

—Por cierto, el libro que me dejaste me está gustando mucho. No sabía que... En fin, remueve mucho por dentro.

—¿Has llegado a la parte de...? —Me mordí el labio para detenerme. No quería *spoilearlo* —. Mejor hablamos cuando llegues al final.

Me sonrojé al analizar lo que estaba diciendo. Estaba siendo demasiado intensa.

—Bu-Bueno, si quieres. No hace falta que hablemos si no quieres. Yo... Bueno, es solo que me gustó mucho el libro y me hizo pensar sobre muchas cosas.

—Claro, me encantaría.

Mi corazón se disparó al escuchar su respuesta. Nunca antes alguien había querido comentar un libro en común. Nos acercamos hasta la entrada en silencio, yo encima de una nube rosada y vaporosa que me hacía flotar. Caminamos por la calle hablando de los libros y experiencias de cuando éramos pequeños. El tiempo a su lado pasaba demasiado deprisa, me hubiera gustado poder atraparlo con los dedos y detenerlo. Matías era como una caja sin fondo, te hacía querer saber qué más podía esperarte dentro.

—Buenas noches, Clara. Descansa —se despidió al llegar a mi portal.

—Buenas noches, Matías, y... muchas gracias por acompañarme.

—No es nada —respondió encogiéndose de hombros.

Al ver que se giraba para marcharse abrí la puerta y entré, pero no pude evitar asomarme para ver cómo iba desapareciendo en la lejanía. Suspiré y la cerré cuando su rastro se había mezclado con la oscuridad.

CAPÍTULO 41: EL REGALO

Nos han mirado como extraños, han juzgado nuestras vidas; creen que no aportamos nada y nuestra música es distinta. Creen que somos delincuentes, mal hablados, problemáticos, pregúntale a tu hijo cómo superó sus pánicos.
(Revolución HH de Shé con Abram)



—¡Mira cuántas novedades! —exclamó Rocío observando los libros que había expuestos en una de las mesas verdes de la Casa del Libro—. Ojalá ganara más para poder permitírmelos todos... Encima tengo varios acumulados. —Resopló.

—Pero si tienes varios acumulados, ¿de qué te quejas? —me reí.

—Clara, por favor, ¡tú más que nadie tendrías que entenderme! Nunca son suficientes libros. ¡Mira este! ¡¡Lo necesito!! Pero bueno... mejor me centro en el regalo para Alba. ¿Sabes dónde podrán estar los libros de *Harry Potter*? Me voy a la planta de arriba a curiosear.

Asentí con una sonrisa y me desvié al fondo para curiosear la zona de Lingüística, pues me gustaba revisar los libros sobre Ortografía y Estilo para tener en cuenta las normas a la hora de escribir. Desde hacía unos días me había picado el gusanillo de la literatura y quería intentar recuperar la magia de crear historias. Lo echaba de menos. Además, le había prometido a Matías una novela, una que no me avergonzara que la leyera.

A cámara lenta, barrí con la mirada cada lomo, deteniéndome en aquellos que versaban sobre cómo escribir e ideas prácticas. Al agacharme para buscar en los estantes más bajos me fijé en que había varios diccionarios y, de forma inconsciente, acerqué la mano hasta uno pequeño, perfecto para llevarlo a cualquier lugar.

No lo entendía, pero mi corazón empezó a latir a toda velocidad y al tocar la portada un chispazo me hizo soltarlo de golpe. Tragué saliva y parpadeé, no me esperaba algo así para nada. Aun así, ignoré esa extraña conexión y lo volví a coger. Sin quererlo, había encontrado el regalo perfecto. Solo esperaba no haber cometido un error al tener un impulso como ese.

—¿Un diccionario? —preguntó Rocío, sobresaltándome— ¿Se te ha reseteado la mente y lo necesitas para recuperar vocabulario?

Entorné los ojos al escucharla y le saqué la lengua antes de aferrar el diccionario a mi pecho, protegiéndolo.

—Muy graciosa, pero no, mi mente sigue intacta. Quería... Pensé en regalarle esto a Matías.

—¿Un diccionario? —preguntó ladeando la cabeza.

—Sí... él... Bueno, me confesó que le gusta buscar palabras nuevas para usarlas en sus raps.

—¡Oh! —exclamó al escucharme y sus ojos brillaron. La sonrisa que apareció después en sus labios me hizo estar en alerta, de la cabeza de Rocío solo podían salir maldades— ¡Eso es genial! Es un detalle precioso, Clari.

—Entonces... ¿te parece una buena idea? ¿Crees que le gustará? Me da miedo que sea demasiado.

—¡Para nada! Clari, eso le hará ver que le escuchas y es importante para ti. Además, se acerca la Navidad. ¿Quién no quiere un regalo para Navidad? —De repente miró al techo en silencio— ¿Y si añadimos una libreta para que anote las palabras? Igual tiene alguna ya, pero ya sabes que a mí me encanta tener una para cada cosa. Podemos buscar una que tenga una portada significativa, o decorarla nosotras por dentro con referencias al rap. ¿Qué te parece?

—Es genial —respondí con un brillo de emoción en los ojos, le iba a ser muy útil para el concurso. Podía visualizarme preparando la libreta y envolviendo todo junto. Lo que me daba miedo es que no sabía si sería capaz de atreverme a dárselo.

—¡Pues manos a la obra!



Volvimos a casa de Rocío con una libreta con rayas de colores y una frase motivacional, rollos de *washi tape*, rotuladores de colores de *lettering*, adhesivos de colores y pegatinas de notas musicales. En la mesa dejamos todo eso y fuimos a buscar una regla, unas tijeras, lápiz y pegamento.

—¿Nos falta algo más?

—Espero que no —respondió mirando la mesa de su salón llena de cosas—, porque no cabe ni un alfiler.

—¿Por qué será? —pregunté alzando las cejas. Rocío era conocida por tener la casa caótica.

—¡Oye! Que está más ordenada que la última vez que viniste.

—En eso te doy la razón —me reí.

Un rato más tarde, y tras varios problemitas con la organización de la libreta, conseguimos dividirla en secciones. La primera hoja había quedado preciosa, había decidido escribir a modo de título: «La música que hacemos nos convierte en seres únicos».

Cuando la decidí sentí un hormigueo en el estómago, pues esa frase pertenecía a una canción que había encontrado en el mp3 de Matías, se llamaba *revolución HH*, de Shé, y me había acompañado en muchos momentos, animándome. Y eso me preocupaba, pero quería confiar en que nadie se memorizaba todas las canciones que escuchaba, y más aquellas que ya habían pasado muchos años. Había seleccionado esa porque era verdad, Matías para mí era único, tenía un talento enorme componiendo y cantando.

Lo mejor de la libreta es que había distintos adhesivos para clasificarla por secciones. En una podía poner títulos de canciones que escuchaba junto a la estrofa que más le llamara la atención. En otra podía componer a modo de borrador y en la última, la más amplia, subdividí el vocabulario por orden alfabético, dejando espacio suficiente para que cupieran unas cuantas palabras por letra. Además, había decidido animarme a dejarle una dedicatoria en el diccionario, una sencilla para no arrepentirme al darle ambas cosas.

No dejes de componer ni de cantar, con tus canciones desenredas los nudos muchas almas.

Tras colocar todo junto, Rocío me ayudó a doblar las esquinas del papel de regalo con cuidado y pegamos tiras de celo para que quedara perfecto. Al ver el resultado final sonreí. No sabía cuándo se lo daría, pero tenía que animarme. Algo me decía que merecería la pena.

—Muchas gracias por la ayuda, Ro. Sin ti no hubiera quedado así de bien.
Mi amiga sonrió de oreja a oreja al escucharme.
—No es nada. Estoy segura de que le va a encantar. No te preocupes.
—Ojalá...



Me acerqué hasta la cafetería con el regalo entre las manos, aferrado a mi pecho, el corazón me iba a mil. Paula me había chivado que Matías estaría trabajando hasta las seis, así que tenía vía libre.

Cuando tuve la fachada frente a mí me detuve. Por el cristal podía ver a mi *crush* yendo de un lado para otro con cafés y chocolates calientes para los clientes. Tragué saliva, seguía pareciéndome tan atractivo como siempre y no entendía el motivo, la atracción que sentía por él había aumentado demasiado, asustándome.

Meneé la cabeza, fuera hacía muchísimo frío, así que no podía perder más tiempo. Con las manos temblorosas, abrí la puerta y le busqué con la mirada. Al encontrarlo le hice un gesto y él alzó las cejas antes de asentir con la cabeza e indicarme, también con señas, que ocupara una mesa que había libre al fondo.

No pasaron muchos minutos hasta que apareció y vio el regalo que tenía sobre la mesa. Me dedicó una sonrisa divertida que iluminó su mirada. Tuve que hacer grandes esfuerzos para no derretirme.

—¿No serás un elfo navideño?

—Casualmente, sí. —Sonreí—. Papá Noel me dijo que te has portado bien este año, así que... me ha pedido que te dé este regalo —añadí, ofreciéndoselo.

—¿Es para mí? —preguntó alzando las cejas y miró hacia el regalo y a mí como si estuviera en un partido de tenis— Cuando te lo pregunté pensaba que habías parado a tomar algo para entrar en calor y se lo darías después a tu madre o tu hermana.

Asentí, incapaz de verbalizar nada más. Ante mí, la escena en la que veía a Matías abriendo el regalo con paciencia e ilusión, mirándome de reojo, pasaba a cámara lenta, como si estuviera dentro de una película. Cuando la portada de la libreta se dejó entrever me miró con los ojos abiertos y sus mejillas adquirieron un tono rosado que me resultó tierno.

Aprecié que sus labios se movían, como si intentaran verbalizar algo pero fueran incapaces. Lo que más me fascinó es que ese movimiento dio paso a una sonrisa amplia, iluminaría toda la cafetería aun estando a oscuras. Sus dedos movieron cada sección, observando todo. Al llegar al título me miró y asintió con la cabeza.

—Así que *revolución hip hop*. —Sonrió.

Me incliné hacia atrás de manera inconsciente y mis manos volvieron a temblar. ¿Había adivinado la canción?! Recé mentalmente para que no atara cabos y se diera cuenta de que llevaba años teniendo su mp3, aun me avergonzaba recordarlo.

—Bueno... es una buena canción —murmuré mirando la mesa.

—Es brutal —asintió y sus ojos se desviaron de nuevo hacia el regalo, dándose cuenta de que quedaba otra cosa.

Eso permitió que el oxígeno volviera a mis pulmones.

—Esto es... —susurró con la voz entrecortada observando el pequeño diccionario y sus ojos me atravesaron— Te acordaste...

—Espero que te guste —admití con las mejillas encendidas.

Matías se apresuró en pasar las páginas hasta llegar a la dedicatoria y entonces suspiró. Fue la exhalación más larga y profunda que había escuchado nunca.

—Gracias. De verdad. No... me he quedado sin palabras con todo esto. No... no me lo esperaba —dijo de manera atropellada—. Pienso usarlo todos los días. Ambas cosas. Nunca me habían hecho algo tan bonito. Yo...

Abrí la boca para decir algo, pero su compañera apareció para indicarle que tenía que volver a atender a los clientes porque se estaba creando alboroto. Matías me miró con un brillo triste, así que me preparé para la despedida. Lo que no me esperaba era que se apoyara en la mesa para inclinarse y dejó que sus labios rozaran mi mejilla derecha.

—Feliz Navidad, Clara.

Tragué saliva.

Definitivamente, lo más bonito no eran las luces, el árbol con las bolitas y la estrella en la cima o la nieve cayendo sobre los tejados; lo más bonito era su sonrisa.

—Feliz Navidad, Matías.

CAPÍTULO 42: 2020, SORPRÉNDEME

Que yo quiero encontrarme en tus ojos, que me ganes y puedas perderme, que me queden algunos antojos y me dejes sabor al pensarte.
(Frenar enero de Vanesa Martín)



Enero fue sumamente gratificante. Había conseguido recuperar un poco esa chispa que sentía al escribir y, aunque iba despacio por las dudas y miedos que intentaban estancarme, al menos conseguía que fluyera. Además, tenía las energías renovadas gracias a las pequeñas vacaciones, pero ahora que habíamos regresado a la normalidad y Rocío y Raquel habían regresado, se habían puesto de acuerdo para sacarme de casa e ir de fiesta a algún *pub*.

En parte estaba animada y quería ir. Sería perfecto. 2020 sonaba a año redondo y de muchos éxitos, me había cansado de leer textos en Instagram como: «2020 sorpréndeme» o «espero que este año sea diferente; estoy preparada». Tenía que serlo, me había propuesto perder los miedos e inseguridades que me quedaban. Había anotado el objetivo en un papel y luego lo había quemado con mucho cuidado. Así que no podía decir que no, podía pasármelo muy bien estando con las dos.

Por eso no pude evitar sobresaltarme cuando, ese sábado doce, mi móvil vibró.

Héctor y yo vamos a salir de fiesta por la Mon, ¿te animas? Igual tus amigas quieren apuntarse. 19:48

Mis ojos casi se salieron de las cuencas al ver que el propietario de ese mensaje era Matías. Una cosa era felicitarse las fiestas y hablar un poco sobre temas triviales y otra irme de fiesta con él. ¿Qué pensaría su novia? ¿Estaría también allí? Hice captura de pantalla para pasar la conversación al grupo que tenía con las dos. Necesitaba asesoría urgente.

Clari: HEEEEEEEEEEEEEEEEELP. ¿QUÉ HAGO? 19:50

Raa: Contestar estaría genial, la verdad. Si total íbamos a salir igual, pregúntale en dónde van a estar. 19:51

Ro: Esooooo. 19:55

Sonreí al ver que la segunda había enviado un par de *sticker* donde salía un gato con los brazos extendidos y una llamada detrás. Desde hacía un par de meses nos habíamos viciado a

acompañar cada palabra que escribíamos con ellos. Era adictivo.

Hice lo que me indicaron y tragué saliva al saber que iban a ir al *pub* donde habíamos tenido el encontronazo con Victoria. Eso no era un buen augurio. Aun así, acepté y le informé sobre la hora a la que teníamos pensado subir, pues esa calle estaba por el casco antiguo de la ciudad y desde donde vivíamos Raquel y yo eran todo cuevas.

Nada más entrar en mi casa para acabar de prepararse, Rocío ya estaba canturreando *Tusa*, canción que había pegado un pelotazo desde hacía un par de meses, todo el mundo se sabía el estribillo. Yo no pude soltarme como me gustaría, mi mente estaba demasiado ocupada pensando en que estaría de fiesta con Matías y cualquier cosa podría salir mal. Me costaba aceptar que estaba viviendo una etapa bonita, casi mágica.

El proceso de poder mirarme en el espejo más de los segundos establecidos estaba siendo lento, pero efectivo. Gracias a los ejercicios de la psicóloga y los pensamientos positivos que practicaba fui capaz de hacerme la raya del ojo y escoger una sombra oscura. Gracias también a mis amigas pude cambiar la idea de que maquillarse significaba buscar la atención de los chicos y querer algo más. Odiaba que mi ex me hubiera inculcado eso. Eliminarlo fue lo mejor que podía haber hecho.

—Estás muy guapa, Clari —dijo Raquel con una sonrisa.

Rocío levantó el pulgar en señal de aprobación mientras pasaba a cantar *El farsante*. Me empecé a preocupar cuando decidió usar el delineador a modo de micrófono.

—Mis vecinos te van a matar, Ro —respondí entornando los ojos, tratando de contener la risa.

—Joder, es que qué ganas de fiesta tenía. Estar en el pueblo es aburridísimo, la única música que tenía era el mugir de las vacas y el cacareo de las gallinas.

Raquel y yo nos miramos antes de soltar una carcajada. Ya faltaba poco para que saliéramos de casa y nos reuniéramos en el *pub* con ellos. El corazón se me iba a salir del pecho, pero la energía positiva que ellas desprendían era de agradecer.



Cuando entramos nos recibieron las luces violetas que iluminaban el lugar, el tumulto de voces y el reggaetón sonando por los altavoces. No podía creerme que hubiéramos llegado justo cuando empezaba a sonar *Tusa*. El chillido de emoción que soltó mi amiga de melena rubia debieron de escucharlo hasta los extraterrestres y lo último que supe de ella fue que había desaparecido entre la oleada de gente para bailarla y cantar a pleno pulmón.

Raquel y yo nos quedamos mirándonos con perplejidad y negamos con la cabeza antes de llegar hasta la barra como pudimos, metiéndonos entre las personas que se quedaban paradas cerca de las columnas de piedra.

—¿Qué quieres? —preguntó ella alzando la voz para poder escucharla.

Abrí la boca para responder, pero una voz masculina sonando a mi espalda me hizo cerrarla de golpe.

—Un malibú con piña para la señorita.

Me giré; aunque era consciente de quién se trataba, solo así pude captar su pelo oscuro y sus mejillas sonrojadas por el alcohol, además le delataban los ojos brillantes, su sonrisa cargada de picardía y el vaso que tenía en una mano.

—Tengo buena memoria, ¿no?

—Muy buena. —Sonreí.

Tenerle a escasos centímetros de mi oreja provocó que mis nervios se disparasen. Un extraño calor recorrió mi piel. Carraspeé y llevé el peso de mi cuerpo de un pie al otro. Después miré a Raquel de reojo, que estaba pidiendo su bebida. Me resultaba muy extraño tener la atención de Matías, sus pupilas estaban fijas en mi rostro. Mi cuerpo tembló.

Por suerte, el camarero se acercó para entregarme la bebida tras la barra y tuve una excusa para calmarme y desviar la atención hacia el vaso. Pasé la lengua por el labio inferior para degustar el rastro dulce que había quedado impregnado de la bebida.

—¿Y Héctor? —pregunté mientras hacía un barrido por el lugar.

Fruncí el ceño al ver que no lo encontraba cerca de su amigo.

—No sé, se metió entre la gente para bailar. Tenía unas ganas de fiesta que empezaba a resultar inaguantable —se rio.

Asentí con la cabeza, sonriente; Rocío y él harían una buena pareja. Raquel se puso a mi lado para bailar un poco, pero en cuanto llegó un chico que conocía y la tocó en el hombro para saludarla la perdí por completo. Estaba sola ante el peligro.

—Bueno... —dijo Matías en tono divertido y me extendió la mano que tenía libre— ¿Te apetece bailar un poco? Aunque te advierto que no es lo mío.

Me sonrojé al aceptar y me dejé llevar por *Alocao* de Omar Montes, aunque no supiera cómo bailarla. Deseé ser tan desinhibida como Rocío o Raquel, yo no dejaba de preocuparme por mis dos pies izquierdos. Aun así, intenté moverme un poco y bebí otro sorbo de la bebida, el dulzor me ayudaba a relajarme.

Pero no tardé en pasármelo bien al ver que Matías tenía razón, movía sus pies de manera descoordinada y con sus manos solo sabía integrarme haciéndome girar como si fuera una peonza. No me importó. Tenía que reconocer que su sonrisa me contagiaba y el miedo a dar vergüenza ajena se me estaba pasando. Ver que a él le daba igual mis pasos de pato y se parecían a los suyos me había animado.

—¿Te lo estás pasando bien? —me preguntó al finalizar la canción, acercándose a mi oído.

—Sí, aunque tendría que mirar cómo están Raquel y Rocío.

Me estaba sintiendo mal por alejarme de ellas.

—Claro, vamos a la barra y pedimos otra bebida —dijo señalando la suya, tenía el vaso vacío.

Asentí y busqué con la mirada a mis dos amigas. El sitio estaba lleno, pero sabía que no podían estar muy lejos. A Raquel la vi enseguida, seguía hablando con el chico cerca de la barra. Con Rocío tardé más, pero en el momento en que mis ojos localizaron su cabellera rubia y sus brazos rodeando a un chico me quedé en *shock*. Al fijarme con mayor detenimiento me di cuenta de que era Héctor, el mejor amigo de mi *crush* y antiguo compañero de clases.

—¿Habéis visto eso? —pregunté al acercarme a ambos.

Raquel levantó las cejas al observar lo mismo que yo, Matías negó con la cabeza y resopló. Fruncí el ceño ante su respuesta.

—Espero que tu amiga no sea de las que se enamoran con facilidad porque no le recomiendo encariñarse de Héctor.

—¿Es igual que cuando íbamos al colegio?

Matías asintió y yo suspiré. Héctor era conocido por ser amante de las fiestas y no tener relaciones serias. Iba picando de flor en flor más que una abeja. Si ya tenía esa fama con quince y dieciséis años, no quería imaginármelo ahora con veintitrés.

Aun así, decidí dejarla disfrutar de la noche, ya hablaríamos al día siguiente para advertirla. No sabía lo que Ro buscaba en ese momento, pero si no era lo mismo que él lo mejor sería cortar

por lo sano cuanto antes.

—¿Otro malibú?

—Pide una jarra de algo suave —sugirió Raquel—, así bebemos los tres.

—¿Quieres? —preguntó mirándome directamente.

—Venga, va. Que sea algo suave y dulce.

Sus labios se movieron articulando alguna palabra, pero lo dijo en un volumen más bajo y la música nos atronaba. Me quedé con las ganas de saber qué decía.

Unos minutos más tarde el camarero nos dio unos vasos minúsculos y una jarra llena de un líquido anaranjado que Matías no tardó en servir. Al dármele me indicó que tenía que beberlo de golpe y esperó a que me lo llevase a la boca para hacerlo los tres a la vez. Reí al verme nerviosa por cómo iba a saber, todavía recordaba la experiencia del Jagger y cómo me había rasgado la garganta. No quería repetirlo.

—¿Bailamos otra vez?

—Claro.

Me sorprendió que ni siquiera dudara en responderle, aunque imaginé que era cosa del alcohol. No estaba dispuesta a emborracharme, las pocas veces que había salido tenía claro que en el momento en que me empezara a sentir mal pararía de beber, así que disfruté del momento bonito en el que te dan igual los demás y solo quieres disfrutar bailando. Miré a Raquel y me alivié al ver que me hacía un gesto para que fuera con él. No quería dejarla sola.

La canción de *Otro Trago* en *remix* hizo que poco a poco nos fuéramos juntando y un calor extraño empezó a recorrer mi piel al ver que la tela de su ropa rozaba la mía y su respiración empezaba a nublar mis sentidos. Las vueltas que me daba y los movimientos que se animaba a hacer crearon una atmósfera muy íntima en la que se me olvidó el resto del *pub*.

Una canción nos llevó a otra y el ritmo provocó que, sin darnos cuenta, nos pegáramos más, hasta el punto en que su respiración rozaba mi mejilla. Mirar sus ojos fue una tortura, pues sus pupilas conectaron con las mías y generaron un temblor en mis piernas.

—¿Estás bien? —susurró sin separarse de mi lado.

—S-Sí. —Tragué saliva.

No lo tenía del todo claro. Tenerle tan cerca, como si no hubiera problemas ni terceras personas, estaba haciendo que mi raciocinio quedara relegado a un segundo plano. Pero en el fondo una vocecilla me recordaba justamente eso, Matías tenía novia y nosotros éramos... ¿amigos? No iba a cruzar esa línea.

Al alzar la cabeza para mirarle con mayor detenimiento cerré los ojos de forma inconsciente. Mis labios estaban demasiado cerca de los suyos, tentándome. Era una situación extraña e intensa a la vez, tenía que frenarla como fuera, pero ¿cómo se hacía eso?

—Clara...

Escuchar mi nombre saliendo de sus labios en tono de súplica me hizo abrirlos. Su respiración acarició mi piel, aturdiéndome. Ni siquiera escuchaba la música, ni las voces, lo único que veía era sus labios acercándose peligrosamente a los míos, disparando mis terminaciones nerviosas.

—Clara.

El cambio de voz y el zarandeo en mi brazo hizo que la magia se disipara y volviera a la realidad. Raquel tiraba con insistencia de mí, provocando que me alejara del aura magnética que mi *crush* desprendía en mí.

—¿Qué pasa?

Miré a ambos lados con rapidez, sin saber qué tenía que ver. Me preocupaba que le hubiera

sucedido algo a Rocío y ni siquiera me hubiera enterado.

—Tóxica en el *pub* —carraspeó mirando de soslayo a Matías.

Pegué un brinco como si él me hubiera provocado un chispazo, lo que menos deseaba era otro encontronazo con su novia porque esta vez tendría motivos para enfadarse. Habíamos estado demasiado cerca.

Lo miré antes de volver con Ra hasta la barra. Sus ojos se habían desviado hasta donde estaba Victoria y había podido captar cómo tragaba saliva, haciendo descender su nuez. ¿Estaba preocupado porque nos pudo haber pillado? ¿De verdad hubiera tenido un beso con mi *crush* de la adolescencia? Me sentí mal. Había fantaseado con esa posibilidad durante muchísimo tiempo, pero no así. No con novia.

La voz de Raquel llegó hasta mi oído derecho, preguntándome si estaba bien. Matías había decidido permanecer cerca de Victoria y hablaban, ella con el ceño fruncido y su habitual gesto de asco, pero no estaban discutiendo.

Quería apartar la mirada, pero no podía, necesitaba saber qué sucedía entre los dos, por qué seguían juntos después de tantos años, en la mirada de Matías no veía reflejado nada de amor.

—Pasa de él, tía. No sé qué estaba pasando entre vosotros dos, pero no te merece. No así —me aconsejó Ra mientras apretaba mi mano para darme ánimos.

—Es que yo... no entiendo nada. N-No entiendo lo que acaba de pasar. Yo... sabes que no soy así.

—Lo sé, no te rayes. Si te lo digo es porque no quiero que sufras, al menos no más de lo que estás sufriendo ahora.

La miré. Sus ojos oscuros estaban fijos en mí en señal de preocupación.

—¿Quieres irnos? Podemos cambiar de *pub*, sé de uno que está cerca y tiene ritmos latinos.

—No. —Suspiré—. No te preocupes, además, seguimos teniendo a Ro compartiendo babas con Héctor. No vamos a dejarla tirada.

Los miré, seguían un poco más apartados bailando y diciéndose algo al oído. Preferí no saber nada, al menos estaban entretenidos. Raquel asintió y me ofreció el vasito que habíamos dejado sobre la barra para echar un poco más de bebida de la jarra. Por suerte, la había estado custodiando para que nadie le echara nada. Siempre había que estar con un ojo sobre las bebidas por si acaso, nunca se sabe si puede haber alguna persona mala cerca que quiera aprovecharse.

Aún así, negué con la cabeza y suspiré, no quería entrar en un bucle tóxico ahogando mis penas con alcohol, lo mejor sería tener la mente fría. Por eso miré hacia donde estaba Matías y mi corazón se rompió. No tenía que haberlo hecho. No cuando ahora estaba besándola con ganas. Sentí una especie de puñetazo en el estómago, amenazando con devolver toda la bebida que había ingerido.

—Tienes razón —dije con todo el acopio de fuerzas que había podido reunir para que me escuchara—. Mejor avisamos a Ro para irnos a otro sitio, no quiero estar más aquí.

Raquel miró en mi dirección y asintió sin decir nada. Lo bonito de la amistad era que no hacían falta palabras para saber todo lo que estaba sintiendo. Me dio la mano para tirar de mí y nos metimos entre la multitud para avisar a mi amiga perdida.

Ya teníamos suficiente con un corazón roto, mejor prevenir y que no se convirtieran en dos.

CAPÍTULO 43: ¿PUEDES DORMIR CONMIGO?

Tú eres el abrazo que me falta cada día, solo tú puedes hacer que mi tristeza sea alegría. Puedo confiar en ti, tú nunca me fallarías, te escogería mil veces, jamás me arrepentiría.
(Quédate de Shé)



Entramos en febrero en una situación extraña. Seguía hablando con Matías, pero no tanto como antes. No podía dejar de martirizarme con lo que podía haber sucedido, me dolía que él siguiera con Victoria y conmigo hiciera como que no había pasado nada, como si hubiera sido algo insignificante.

Tuve muchas quedadas con Rocío y Raquel, me aguantaron en constantes ocasiones hablándoles del mismo tema, pues no lo entendía. Al final había decidido enfocarme en mí y en mi rutina, pero todo empeoró al ponerse Toby mal.

Pasó unos días extraño. Tenía una tos rara y parecía que se atragantaba. Una de las veces incluso le había salido un poco de baba por la boca. Lo llevé al veterinario corriendo y lo miró, pero no le dio mucha importancia, solo me aconsejó que le siguiera observando y si le volvía a suceder regresáramos cuanto antes.

El seis de febrero se me quedaría grabado en la memoria. Ya estaba oscureciendo cuando a Toby volvió a entrarle esa tos extraña, ese ahogo que tan nerviosa me ponía. Fui corriendo para ponerme a su lado y le miré sin saber muy bien qué hacer. Me puso nerviosa que los espasmos le fueran a más y volvieran a salirle babas. Además, era tarde, así que tendríamos que llevarlo corriendo al hospital para animales.

Mi madre y yo nos preparamos a gran velocidad y fuimos al garaje con él. Toby seguía con dolores y cada vez me sentía más angustiada. Las lágrimas amenazaban por salir de mis ojos. Me daba miedo hasta que caminara, así que lo llevaba en mis brazos, no me importaba que pesara tanto.

Al llegar no tardaron en meterlo en una sala y escribí a Raquel y Rocío con los dedos temblorosos. Las lágrimas habían emborronado tanto mi mirada que ni siquiera me paré a leer lo que estaba tecleando. Tampoco me atrevía a mirar a mi madre, que estaba sentada a mi lado. Odiaba no saber qué estaba sucediendo, lo que Toby podía estar sufriendo al otro lado. Intenté enfocarme en que se iba a recuperar, en que fuera lo que fuese conseguiría remitir.

Veinte minutos más tarde la puerta principal se abrió y mi mirada cansada enfocó una silueta masculina. Al parpadear vi que se trataba de Matías. Nos miramos y, aunque no entendía nada, no tenía fuerzas para hablar y preguntar por qué estaba ahí. Si estaba a mi lado seguramente era porque alguna de mis dos amigas le había contado. Al sentir de repente la

calidez de su mano sobre la mía me sobresalté. La apretó en señal de apoyo, consiguiendo que mis piernas temblaran más de lo que lo estaban haciendo antes de que llegara.

A los pocos minutos la veterinaria que había llevado a Toby al otro lado apareció. Me levanté esperando escuchar buenas noticias, pero su expresión me inquietó todavía más.

—Hemos conseguido inyectarle un calmante, ahora está dormido. Vamos a tenerle toda la noche en observación para ver cómo responde mañana. Tenemos que evaluar qué le ha pasado.

Asentí con la cabeza, intentando asimilar sus palabras. Saber que no iba a pasar esa noche conmigo me estaba matando por dentro. Entonces Matías formuló la pregunta que tanto me atormentaba.

—¿Es grave? ¿Qué puede haberle pasado?

—Es pronto para decirlo, tendremos que hacerle algunas pruebas antes de asegurar nada, pero ya es mayor y algunas le van a resultar incómodas —contestó ella.

Me aferré al brazo de Matías para evitar caerme. Escuchar todo eso estaba haciendo que mi ansiedad se disparase, incluso mi madre estaba nívica.

—Se puede... —Tragué saliva mientras un escalofrío recorría mi piel. Los ojos me picaban — ¿Se puede mo...?

Me negué a pronunciar ese verbo en alto. Era incapaz de imaginarme un futuro sin él. Toby siempre había sido más que una mascota, era mi compañero de cuatro patas, mi familia.

—No puedo confirmar ni desmentir nada, pero esos ataques le pueden volver. Lo mejor será que os vayáis a casa, aquí no os podéis quedar. Mañana por la mañana os llamaremos para que podáis visitarlo.

—¿Puedo despedirme? —pregunté con un hilillo de voz.

La veterinaria asintió y me indicó para que la acompañara. Miré a mi madre por si quería seguirme, pero prefirió quedarse sentada en una silla de la entrada.

—No puedo hacerlo, Clara. Mejor entra tú.

Miré a Matías, lo necesitaba como un pilar para sostenerme. Estaba tan débil que si no me sujetaba estaría a segundos de caerme. Juntos avanzamos hasta la sala donde estaba, una pequeña jaula. Un sollozo brotó de mi interior al verlo dormido hecho una bola. Me acerqué para darle un beso en la frente y le susurré que estaba ahí, que todo saldría bien.

Volví hasta la entrada para coger la bufanda que había decidido ponerme. Era una que me gustaba usar porque era de lana, muy cómoda. Al llegar de nuevo hasta Toby la coloqué a su lado, acomodándola para que pudiera captar mi olor. Miré a Matías antes de acariciar el pelaje de mi bebé por última vez y tragué saliva con fuerza. No quería desmoronarme otra vez.

Salimos de la sala en silencio. Mis labios se movían sin control, formando pucheros. La expresión de mi madre no era mucho mejor, aunque la conexión que yo sentía con Toby era superior. Al llegar a la calle donde teníamos aparcado el coche me sorprendí, cerca estaba el coche de Héctor y él estaba dentro con las manos sobre el volante.

Miré a Matías con el corazón acelerado. No iba a poder dormir sin Toby, era incapaz de hacerlo por miedo a que las pesadillas regresaran. Estaba demasiado alterada como para poder pensar, así que solté el pensamiento que rondaba por mi mente.

—¿Puedes quedarte a dormir conmigo? Por favor.

Mi voz sonó rota, quizá por eso mi madre no dijo nada. Me abracé el cuerpo, me sentía helada por dentro. Matías me miró unos segundos antes de tragar saliva y asentir con la cabeza.

—Un momento. Voy a avisar a Héctor.

—Claro. Te esperamos.

Mi madre y yo fuimos subiendo al coche. Al cabo de unos minutos él se sentó en la parte de

atrás. De ese modo pusimos rumbo a mi casa, una que se había vuelto más fría y solitaria sin la compañía de esas cuatro patitas que habían llenado de alegría mi corazón.



—Yo... Gracias por estar aquí, pero si quieres puedes volver a casa. No quiero meterte en un lío por mi culpa.

Inspiré con fuerza después de soltar esas palabras. Durante el trayecto había reflexionado sobre lo que le había pedido, era demasiado, también para mi madre. Me resultaba muy extraño estar en mi casa con él, sobre todo sabiendo que tenía novia, y estaba segura de que mi madre necesitaba tranquilidad para serenar sus pensamientos. Pero Matías negó con la cabeza antes de responder.

—No me importa, lo principal es que puedas descansar para poder ver a la pulga mañana.

—Está solo... eso es lo que más me duele. ¿Y si se despierta y me busca? No sabe dónde está ni dónde estoy yo... puede estar asustado.

La desesperación en mi voz transmitía todo lo que llevaba dentro. El frío del exterior había calado mis huesos.

—Es fuerte, y tú también. Todo esto quedará en una anécdota desagradable, ya verás.

Mi corazón se encogió por un instante al sentir sus labios chocar con mi mejilla. No me dio tiempo a reaccionar, pues él había decidido tomar las riendas de mi presente. Mi madre estaba tan cansada y preocupada que había decidido irse a dormir.

—Voy a prepararte algo para cenar.

—No tengo hambre. —Suspiré—. Tengo el estómago cerrado.

—No haré algo fuerte, quizás una sopa. Necesitas entrar en calor.

Asentí para no hacerle sentir mal, se estaba preocupando por mí más de lo que me esperaba.

—Matías —le llamé antes de que entrara en la cocina.

—Dime.

—Gracias por quedarte, no tenías por qué hacerlo.

Sus ojos se achicaron al esbozar una sonrisa sincera.

—Somos amigos, es lo mínimo que puedo hacer.

Tragué saliva antes de asentir otra vez, dejándole con sus quehaceres. Decidí sentarme en el sofá y taparme con una manta mientras escuchaba armarios y cajones abriéndose y cerrándose. Encendí el televisor para intentar distraerme, pero cambié de canal cada dos segundos, nada me llamaba la atención.

Al poco Matías entró en el salón con un bol humeante y lo dejó en la mesa de café que teníamos junto al sofá. Le dediqué una mirada antes de agradecerle la cena y soplé con suavidad, haciendo que los fideos se movieran.

—Tú también deberías de cenar —le aconsejé.

—No te preocupes.

—Cena, de verdad, no es ninguna molestia.

Nos miramos a los ojos antes de acceder y volvió a la cocina para servirse más sopa en otro bol de dibujos que tenía guardado en uno de los armarios. Revolvimos nuestras cenas en silencio mientras la televisión nos acompañaba. Había dejado un programa cualquiera.

—Yo... Luego tienes que decirme dónde tenéis alguna almohada de sobra y cobertor. Para el sofá y eso. —Carraspeó.

—¿Puedo pedirte un favor?

Ni siquiera lo dudé. Sería incapaz de dormir sola en mi habitación, me aterraba la oscuridad.

—Claro, dime.

—¿Puedes dormir en mi habitación? Tengo una cama de sobra, de... mi hermana. No quiero dormir sola.

—Claro, como quieras.

Suspiré, relajando la tensión de mis hombros, y di un sorbo pequeño a la sopa. Agradecí el calor pasando por mi garganta, aunque la sentía tan estrecha que me costó tragarla. No podía dejar de pensar en Toby, ni siquiera volví a mirar el móvil ni me detuve a contestar los mensajes que me habían dejado Rocío y Raquel. Solo quería que la noche pasara pronto para poder recibir una llamada de la veterinaria y escuchar buenas noticias. Quería verlo. Lo necesitaba. No podía dormir sabiendo que mi bebé estaba solo, solo y asustado, pero sabía que lo primordial era que desapareciera su dolor.

Terminamos de cenar sin mucha conversación, Matías sabía solo con mirarme que lo que menos me apetecía era hablar. Dejé los boles en el fregadero y esperé a que se llenaran de agua para cerrar el grifo e irme a mi habitación. Todavía tenía que ponerme el pijama.

Al terminar fui al baño para lavarme los dientes y le dejé un cepillo que tenía guardado en un armario sobre el lavabo. Me resultaba extraño que me fuera a ver en pijama, pero sería ya la tercera vez. Matías me estaba viendo en todas mis facetas y seguía ahí, no había huido.

—¿Estás preparada para dormir? —me preguntó al encontrarse conmigo en el pasillo.

—Sí, te dejé un cepillo preparado.

—Gracias, ahora voy a la habitación.

Asentí y dejé que se encerrase en el baño para tener privacidad. Me entretuve deshaciendo mi cama y subí un poco la persiana para que entrase algo de luz, aunque no fuera mucha. No podía creerme que Toby no fuera a estar a mi lado, ocupando gran parte de ella.

Me quedé sentada sobre el colchón, esperándolo. No estaba preparada para apagar la luz. Dejé el móvil en la mesita, encendido para estar preparada a la hora en que sonara. Normalmente lo apagaba porque se encendía solo al día siguiente gracias al despertador.

—Pensaba que ya estarías dormida —dijo unos minutos más tarde y dejó su móvil sobre la mesita de mi hermana.

Observé cómo se iluminaba la pantalla, pero Matías ignoró las notificaciones.

—No puedo. No estoy acostumbrada a dormir sin él.

Matías miró ambas camas antes de abrir los labios.

—Hazme hueco, me quedaré a tu lado hasta que te duermas.

—Estás... ¿Estás seguro? —Tragué saliva. No quería que tuviera ese gesto por lástima.

—Seguro.

Inspiré con fuerza antes de hacerle caso y ponerme en el lado de la pared. Me tapé con el nórdico como pude, pero sabía que no iba a ser suficiente, no iba a servir de barrera siendo la cama tan pequeña.

Contuve la respiración al verle quitarse la camiseta y los pantalones. No estaba preparada para tener a mi *crush* en ropa interior. Tenía el torso depilado y los abdominales marcados. El único rastro de vello era bajo el ombligo, una fina línea que llegaba hasta la tira de su bóxer.

—Supongo que no tienes un pijama para mí.

Me sonrojé al escucharlo y acomodé un mechón de pelo en mi oreja. Negué con la cabeza sin atreverme a mirarlo. Era una situación extraña, pues sentía atracción hacia él y había soñado muchas veces con poder verlo así, pero en ese momento solo podía pensar en Toby y en cómo iba a poder dormir sin él y él sin mí.

—Espero que no te importe que duerma así.

—N-No. Mientras que no te importe a ti... duerme como más cómodo te resulte.

Inspiré con fuerza al verle apagar la luz y sentir segundos más tarde su cuerpo entrando en mi cama. Sus dedos buscaron el mío para no chocar sin querer. Pasé la lengua de forma inconsciente por mi labio inferior, el roce de su brazo con el mío había hecho que las mariposas revolotearan. Incluso sentía su respiración demasiado cerca.

—Buenas noches, Clara.

—Buenas noches, Matías.

Cerré los ojos intentando relajarme, pero fue su mano acariciando mi pelo la que consiguió hacer de somnífero.

El problema era que ni siquiera ese gesto logró disipar las pesadillas. Mi último pensamiento antes de desconectar fue que esperaba tener a mi lado a Toby otra vez sano y salvo.

CAPÍTULO 44: ATRAPASUEÑOS

You make me so very happy when you cuddle up and go to sleep beside me, and then you make me slightly mad when you pee all over my Chippendale Suite.
(Delilah de Queen)



La mañana siguiente la tengo emborronada en la memoria, pero recuerdo lo suficiente, como una llamada despertándome, la voz de la veterinaria colándose en mis oídos, el ruido que hizo el móvil al caer al suelo, el llanto, el pitido en mi interior, el intento de consuelo de Matías y mi madre, pero, sobre todo, el cuerpo frío y tirante de Toby al llegar después de comer cuando se dignaron a dejarnos ir porque era el horario de visitas.

Todo fue muy frío. Mi madre se encargó de gestionar los datos para poder incinerarlo y recibir sus cenizas en una caja. Si pagaba mucho conseguía eso, si no el único rastro del amor de mi vida quedaría mezclado con el de otros perros. Así de cruel y de solitario.

Cuando la veterinaria me dejó pasar junto a Matías a la fría sala en la que lo habían dejado, el sonido de dolor que brotó desde lo más profundo de mi interior debió de escucharse en todo Oviedo. Mi pequeño ya no se movía, sus ojos no me buscaban, todo él estaba tirante. Me estremecí al tocarlo, no me gustaba la sensación. Mi mente era incapaz de razonar lo que estaba sucediendo. Lo único que fui capaz de hacer fue envolverlo mejor con la bufanda que seguía cerca de él.

Miré a Matías, no se había movido de mi lado, sujetándome el brazo por miedo a que me cayera. Sentía mis piernas débiles y cansadas, mi pecho subía y bajaba con dificultad y la garganta se me estrechaba debido a todo el dolor que tenía almacenado, desesperado por brotar.

Volví a acariciar su pelaje intentando aferrarme a él, como si de alguna manera quisiera que supiera que estaba ahí, que no lo había abandonado; no lo podía dejar ir.

La voz de la veterinaria resonó en un segundo plano avisando que tenía que dejarlo ya. Mis pies fueron incapaces de moverse, no estaba preparada para decirle adiós.

—Vamos, Clara —susurró Matías con dulzura, acariciando mi mano con el pulgar—. Tenemos que irnos.

—No puedo. —Me rompí—. ¿Qué me queda sin él? No soy... nada. No lo puedo dejar ahí.

—Sí puedes, yo sé que sí.

Negué con la cabeza, incapaz de separarme. La voz de la veterinaria volvió a sonar en un tono borde que me dio igual. No podía alejarme del que había sido durante años mi mejor amigo, el único que había permanecido a mi lado en mis peores momentos y cada noche se esforzaba en protegerme de la oscuridad, esa que ahora mismo me envolvía.

Escuché el suspiro desesperado de Matías. Lo último que recuerdo fue mi voz rota y mi llanto por verme alejándome de él. Matías había decidido elevarme del suelo como si fuera una niña y llevarme en sus brazos hasta la entrada. Me dieron igual el resto de personas que estaban en el hospital, pataleé y moví los brazos sin control; necesitaba regresar, no podía marcharme así.

Pero él no me dejó, me sujetó con fuerza, colocando mi cabeza en su pecho para intentar ocultar a los demás mi dolor y, seguramente, para impedirme ver nada más que tuviera que ver con la muerte de Toby. Me sacó de la sala en cuestión de segundos y me soltó para que me diera el aire.

—Tengo que volver, Matías, no puedo dejarlo ahí.

—Sé que quieres, pero... no podemos hacer nada más —respondió con un deje ronco. Le costaba mirarme, pero mantuvo su mano sujetando la mía.

—Estaba solo. Seguro que se despertó y me buscó. Yo...

—Clara, mírame.

Llevó sus manos hasta mis mejillas y me hizo elevar la cabeza para poder cumplir su súplica. Sus pupilas me traspasaron, como si estuvieran dispuestas a absorber el dolor que tanto me atormentaba.

—Sé que en este momento me vas a odiar por decirte esto, pero... —dijo antes de humedecerse los labios— no te tortures pensando eso porque has hecho todo lo que has podido. Le diste todo el cariño y la atención que estaba en tu mano y estoy seguro de que la pulga fue el perro más feliz del mundo. Intenta focalizarte en lo positivo, en que ha tenido una buena vida a tu lado. Lo dejaste en el hospital para curarlo, no lo abandonaste.

—¿Y qué me queda ahora? ¿Cómo voy a avanzar sin él?

La desesperación me tenía bloqueada, impidiéndome pensar y analizar lo que me estaba diciendo. El dolor es como una telaraña que te va atrapando hasta llegar al punto en que no te puedes mover.

—Te quedan muchísimas cosas buenas que esperan su momento para llegar. Estoy seguro de que a la pulga no le gustaría verte así. Además... espero que no te moleste esto que pienso, pero creo que Toby llegó en tu peor momento para ayudarte a levantarte y seguir, y ahora que te veía mejor se dio cuenta de que ya no hacía falta. Ya no tenía que protegerte más.

—Siempre lo voy a necesitar. Siempre...

—Ven aquí.

Me dejé atrapar por sus brazos, acomodando la cabeza de nuevo en su pecho. Cerré los ojos mientras las lágrimas empapaban la tela de su jersey y sus manos descendieron al mismo tiempo por mi pelo.

Deseé que mi madre acabara pronto para poder refugiarme bajo las cuatro paredes que formaban mi habitación, aunque primero tenía que recoger al peque del colegio. Tragué saliva intentando reunir las fuerzas suficientes. Me sentía muerta en vida.



Los segundos se transformaron en minutos y los minutos se convirtieron en horas. Matías tuvo que irse a trabajar y mi madre también, pues no conceden días de baja por fallecimiento de un animal, aunque doliese como si fuera el familiar más cercano, pues una mascota es eso, tu familia.

Aun así, no me quedé sola, dado que Raquel se quedó unas horas conmigo y Rocío otras, pero me extrañó que alguien llamara al interfono después de cenar. Al ver el rostro de Matías por

la pantalla me estremecí, no esperaba verle tan pronto de nuevo.

—¿Es él? —preguntó Rocío arqueando las cejas.

—Eso parece —murmuré.

Tenía la voz cansada de tanto llorar, incluso me había costado levantarme, aún más al ser consciente de que no volvería escuchar a Toby volviéndose loco al escuchar el ruido del aparato, lleno de curiosidad por saber quién podía subir. Ya no se sentaría más en el pasillo mirando la puerta con expectación, incluso se tambaleaba y me miraba con desesperación queriendo asomar su cabeza, pero nunca le dejaba.

El recuerdo desapareció en el instante en que Matías entró en mi casa. Llevaba el abrigo empapado y la capucha puesta. Al llegar la bajó y me dedicó una sonrisa amable.

—Es una mierda de pregunta, pero... ¿cómo estás?

—Así —dije dejando caer los brazos.

—He visto zombis con mejor aspecto —murmuró tirando de la comisura de su boca para revelar una sonrisa triste.

—Me da más miedo esta noche —admití con el labio tembloroso.

Rocío me miró con expresión afligida antes de dejarnos solos yéndose al salón para sentarse en el sofá y curiosear sus redes sociales.

—Por eso mismo pensé qué podía darte para intentar ayudar. Espero que te sirva —dijo mientras rebuscaba por los bolsillos de su abrigo.

Lo miré con curiosidad, de él podía esperarme cualquier cosa, pero lo que nunca me imaginé fue el objeto que me mostró, sujetándolo con cuidado con la palma de su mano. Era un atrapasueños marrón con plumas azules. Intercambié la mirada entre ese bonito objeto y él queriendo articular un «¿por qué?».

—No dejaba de pensar en lo que me dijiste esa noche en mi casa. Sé que Toby ahuyentaba tus pesadillas y tienes miedo de que regresen, por eso pensé en hacerte esto. Se encargará de filtrar tus sueños para dejar solo aquellos que sean bonitos. Leí por internet una leyenda que decía que una mujer araña protegía a los niños de la tribu tejiendo por la noche atrapasueños. Pensé... Pensé que te ayudaría —respondió leyéndome la mente y se rascó la nuca sin despegar la mirada de mi rostro.

—¿Lo has hecho tú?

Sus ojos conectaron con los míos y pude notar un brillo de orgullo antes de que asintiera con la cabeza. Matías consiguió que esbozara mi primera sonrisa sincera, aunque fuera débil. Ese gesto había derretido mi corazón.

Le agradecí el regalo y me apresuré en ponerlo en una esquina del tablero que tenía en la pared donde estaba apoyada mi cama. En él ponía las fotografías de los momentos más bonitos que atesoraba. Lo contemplé con cariño y temor, esperaba que de verdad me ayudara. Por si acaso, y como intento desesperado por aferrarme a lo poco que me quedaba de Toby, tenía su manta preparada encima del nórdico. Aún conservaba su olor porque era la que siempre usaba para dormir. Suspiré al verla, intentando no ponerme a llorar otra vez. Ya había derramado suficientes lágrimas.

—Si tienes una pesadilla o cualquier cosa durante la noche, llámame. Dejaré el móvil encendido y con sonido por si acaso.

—No hace falta —alcancé a responder—. Estarás cansado, tienes que dormir.

—Clara, lo más importante en este momento para mí eres tú, el descanso puede esperar.

Alcé la cabeza con la boca abierta. No sabía qué quería decir con eso, pero intenté desechar cualquier emoción que me confundiera. No tenía ánimos para sufrir otra vez y, aunque me

doliera asimilarlo, seguía con Victoria. No podía aspirar a algo más que tener su amistad.

—Yo... Bueno, tengo que irme. —Tragó saliva y se giró para abrir la puerta de la entrada—. Pero, de verdad, si me necesitas, llámame. Me da igual la hora que sea.

—Gracias —murmuré.

Matías esbozó otra sonrisa sincera y se despidió de Rocío con la mano antes de cerrar la puerta con cuidado. Me estremecí al verle marchar, mi corazón estaba alterado ante esa vorágine de sentimientos encontrados.

CAPÍTULO 45: INEFABLE SERENDIPIA

*No comprendo nada si me quieres más el lunes que el martes. Llévame a nevada por la ruta de lo inexplicable.
(Días impares de Carlos Sadness)*



Pasé una semana sin salir apenas de casa, incluso ignoré mi cumpleaños. La verdad es que no me importaba mucho, estaba acostumbrada a no celebrarlo y con la noticia de un virus que se originó en Wuhan y que había llegado a España saltaron las alarmas, hasta en mis amigas.

Raquel era más despreocupada y estaba en el equipo de los que decían que solo sería como coger un resfriado, a lo sumo una gripe, pero Rocío era más cauta y prefería salir lo justo de casa, así que rechacé con todo mi cariño la propuesta de Ra sobre ir a comer fuera y dar un paseo por la pista finlandesa, un camino en lo alto de Oviedo al que solía ir mucha gente.

No tenía ganas de hacer nada, mi mente solo sabía recordar todos los momentos que había vivido con Toby y mi corazón se rompía cada vez que esperaba escuchar de nuevo sus patitas por el suelo. Ni siquiera era capaz de mirar más de dos segundos la cajita en la que teníamos guardadas sus cenizas y unos mechones de su pelo.

La escritura quedó más que aparcada. El logro que había conseguido gracias al esfuerzo e ignorar los miedos había desaparecido por completo. Incluso había tenido que subir un *post* a mi blog e Instagram donde explicaba que me iba a tomar un tiempo indefinido sin leer ni subir reseñas. Solo me distraía envolviéndome con una manta y mirando series y películas de Netflix, una tras otra. Lo único para lo que salía era por trabajo y para ir a la academia. Necesitaba dinero y asegurar mi futuro, sino también lo hubiera dejado de lado.

Era domingo cuando mi móvil vibró, al desbloquearlo vi que eran mensajes del grupo que tenía formado en Whatsapp con mis amigas.

Raa: Clari, tienes que salir de casa para algo más que no sea ir a la academia o a buscar a Pela. Necesitas oxigenarte, socializar...17:04

Decidí responderle con un *sticker*. No tenía ganas de ponerme a escribir la negativa de siempre.

Ro: Si sigues así nos veremos en la obligación de sacarte por la fuerza y llevarte de fiesta. Así se quitan todas las penas. 17:08

Chasquéé la lengua al leer la intervención de mi otra amiga. No comprendía por qué tantas

personas enlazaban el solucionar los problemas o tratar la tristeza con salir a bailar y beber. No me sentía cómoda así. Era partidaria de afrontarlos, no de aplazarlos.

Clari: ¿Estás segura de eso? Con el tema este del virus... eso sería un foco importante. 17:09

Añadí un *sticker* para restarle seriedad, no me gustaba sonar borde o enfadada y por escrito era complicado interpretar los estados de ánimo o el sentido de la frase.

Ro: Por las amigas lo que haga falta. 17:09

Sonreí al leer su respuesta y decidí dar el tema por zanjado con unos iconos de un beso. Estaba deseando volver a concentrarme en la serie a la que me había enganchado. Estuve distraída media hora, hasta que el ruidoso interfono lo estropeó todo.

Me levanté con el ceño fruncido para comprobar quién podía ser, pues no esperaba a nadie, y parpadeé un par de veces al encontrarme en la pantalla el rostro de Matías. ¿Qué hacía aquí?

Apreté el botón que abría la puerta del portal con el corazón acelerado y dejé entreabierta la de mi casa para poder volver al sofá y envolverme con la manta. Tenía un té ya frío esperándome en la mesita de madera que había enfrente.

—¿V- Wars? Así que... ¿viendo la serie por Ian Somerhalder? Confiesa.

Arqueeé las cejas al escucharlo y ver que se había sentado a mi lado curioseando mi taza de té. Desde que me había dado el atrapasueños no habíamos vuelto a vernos, así que me resultaba extraño tenerlo al lado. Aun así, sonreí, Matías era experto en sacar a la luz mi felicidad oculta.

—Pues sí. Para qué te voy a mentir, es mi debilidad tenga la edad que tenga. ¿La viste?

—No, pero Héctor se vició cuando salió. Traga todo lo que saca Netflix, hasta las comedias románticas.

—Así que es fan de Lara Jean y de Devi.

Me mordí la mejilla interna para evitar reírme. No me imaginaba a Héctor viendo ese género.

—No se lo cuentes a nadie, es su secreto mejor guardado.

—Está bien, a cambio de que me digas qué haces aquí. No me malinterpretes, pero... es extraño.

—Una de tus amigas me pidió que viniera para sacarte de casa.

—Qué insistentes son. —Resoplé—. Necesito tiempo para asimilar la... pérdida.

—Lo entiendo. —Asintió—, por eso pensé... ¿cómo cumplo mi objetivo sin que me mande a la mierda? Pues... *voilà*.

Ladeé la cabeza ligeramente al escuchar su expresión. Al ver que sacaba unas hojas en blanco y un par de bolígrafos de su mochila abrí la boca y le pegué en el brazo.

—¡Qué cara tienes! Esto es explotación laboral.

—Lo asumo. Ódiame si quieres, pero necesito ayuda. En un par de semanas termina el plazo del *casting* y no he terminado la canción. Estoy desesperado.

—Venga, vale... pon las hojas encima de la mesa.

Al hacerlo me acerqué un poco más a él y cogí la primera para leer lo que tenía. Parecía que el estribillo ya estaba, pero faltaban estrofas y tenía unos círculos en rojo con la palabra «puente» escrita con el mismo color.

—Iba sobre la superación, ¿no?

Matías asintió. Su expresión concentrada con los codos apoyados en sus piernas me había

dejado absorta. Intenté centrarme en lo importante, ya había perdido demasiado tiempo recreándome en la belleza de sus gestos.

Leí las frases. Algunas tenían bastante ritmo, pero otras me sonaban muy típicas. Me mordí el labio inferior pensando en cómo cambiarlas. No quería caer en generalizaciones o ánimos azucarados del estilo de *Mr. Wonderful*.

Al estirarme para coger el bolígrafo mi mano hizo contacto con la suya. El cosquilleo de siempre recorrió mi piel, y aun así no conseguía acostumbrarme.

—Tengo algunas ideas.

—Soy todo oídos. —Sonrió mientras frotaba sus manos con energía.

Nos pusimos a ello anotando las frases y rimas que se me ocurrían. No pude evitar emocionarme al ver que sacaba el diccionario que le regalé por Navidad de su mochila para dejarlo encima de la mesa, junto a la libreta y los papeles.

—Hay que estar preparados —dijo al ver que me había fijado en él.

—Me alegra que lo uses.

—Me ayuda mucho, la verdad. En la libreta que me regalaste anoto las palabras que me gustan por su pronunciación, significado o por lo rara que es.

Me erguí al escuchar el adjetivo que había usado, no había acabado de acostumbrarme a esa palabra, me dolía.

—Las palabras raras son las más especiales, poseen una belleza particular, como tú. Eres inefable, Clara.

Alcé la cabeza y sus ojos conectaron con los míos. ¿Inefable? Nunca había escuchado esa palabra, pero en sus labios sonaba dulce.

—¿Qué significa?

Matías sonrió antes de contestar.

—Anótala. Cuando lo sepas, dímelo.

Asentí y acerqué el brazo hasta la esquina de la mesa, donde tenía el móvil, pero él fue más rápido y lo escondió en su lado.

—Eso es trampa. Búscala cuando me haya ido.

—¿Por qué?

Me crucé de brazos, odiaba quedarme con la curiosidad.

—Porque así es más divertido. —Se encogió de hombros antes de guiñarme un ojo.

En vista de que no iba a conseguir salirme con la mía, suspiré y le pedí que me dijera más palabras. Había leído muchos libros, pero no estaba acostumbrada a usar palabras nuevas en mi vida cotidiana, así que las terminaba olvidando.

—Está bien, te diré otras que me recuerdan a ti.

Arqueeé las cejas y mis mejillas empezaron a teñirse de rojo. No estaba acostumbrada a este tipo de juegos.

—Bonhomía, luminiscencia, inconmensurable, resiliencia, melifluo, acendrado y... la más bonita de todas para mí, serendipia.

—Esa me la sé. —Aplaudí—. Sé qué significa.

—¿Ah, sí? —preguntó con una sonrisa pícaro— Sorpréndeme.

—Es algo que encuentras y no te esperas... y estabas buscando otra cosa. Algo así.

—Muy bien, ya tienes deberes para el próximo día, aprender el resto —dijo entre risas.

—¡Si no me acuerdo de la mitad! —protesté haciendo un mohín.

—Ah, se siente. —Sonrió—, en mis clases hay que estar atenta y coger apuntes.

—Lo tendré en cuenta para la siguiente.

Sonreí movida por la alegría que desprendía con el tono de su voz e intenté memorizar aquellas que había conseguido retener. Durante los minutos siguientes seguimos con la canción y las horas acabaron volando. El tiempo con él siempre pasaba demasiado rápido.

—Mierda, qué tarde es —dijo al mirar el reloj que llevaba en su muñeca—, tengo que volver a casa.

—Claro, no te preocupes, pienso en la estrofa que nos queda y te la envío por Whatsapp.

—¡Gracias! Te debo una.

—Qué va —respondí con sinceridad—. Ahora estamos en paz.

—¿Segura? Tampoco hice...

—Sí —lo detuve mientras le miraba a los ojos y tragué saliva—. Has hecho por mí mucho más de lo que te imaginas.

—Pues... no es nada, supongo.

Sonreí al ver que sus mejillas se teñían de rosa y se rascaba el pelo. Cuando estaba abriendo la puerta para irse, lo llamé.

—Matías, muchas gracias por... todo. Sobre todo por... Por hoy —trastabillé. Mi labio inferior temblaba como si tuviera frío—. El tiempo me ha pasado... volando.

—A mí también, la verdad.

Los dos sonreímos y miramos el suelo un instante antes de volver a nuestros ojos. Una atmósfera diferente nos envolvió.

—Y mucha suerte con el *casting*, aunque sé que te va a ir genial.

—Ojalá —respondió antes de despedirse con la mano.

Al cerrarse la puerta suspiré. Sentía que tenía quince años otra vez con las inseguridades rondándome. Mi mente se empeñaba en boicotearme al hacerme recordar que yo era poca cosa para él, que tenía a la mejor chica, la que había sido la más popular de la clase, a su lado; pero la vocecilla que había estado trabajando para que saliera a luz me susurró que esa niña se equivocaba. Él mismo lo había dicho, yo era serendipia.

Y eso me enorgullecía.

CAPÍTULO 46: NO DEJES QUE TE HAGA DAÑO

*No sé de dónde ha salido toda esta oscuridad, pero quiero quemarla contigo, alterar tu estabilidad.
(Oxitocina de Chica sobresalto)*



Entrar en marzo fue agri dulce; no sabría definir las emociones y pensamientos que me entraron cuando a principios de mes ya se comentaba que el virus era más importante de lo que comentaban, pero nunca podría olvidar ese mensaje que me había dejado Matías en el móvil pidiendo que me acercara hasta La casina.

Intenté no detenerme mucho en el armario, odiaba pensar qué ropa podía escoger. Opté por un jersey fino y unos vaqueros, puesto que en Oviedo el tiempo variaba como una veleta y ese día no hacía mucho calor. Al menos agradecía poder dejar atrás los abrigos de invierno.

Las calles seguían con un gran bullicio y los bares estaban abarrotados gracias al sol que brillaba con timidez y la falta de nubes grises, por eso no me sorprendió que al llegar hasta la cafetería donde Matías trabajaba me encontrase la mayor parte de mesas ocupadas.

Lo saludé con la mano al cruzarse nuestras miradas y dejé que siguiera con su tarea de atender a un grupo de amigos que estaban sentados en una mesa de la esquina. Miré la barra con detenimiento, cada dulce que veía me hacía más la boca agua. Tenía un verdadero problema, cualquier alimento que llevase chocolate me hacía salivar.

Al final terminé por señalarle a la chica que estaba detrás una napolitana de chocolate y le pedí también un té verde. El ying y el yang lo llamaba.

Ocupé una mesa que estaba cerca de los altavoces y sonreí al darme cuenta de que hoy tocaban canciones indies, artistas conocidos mezclados con otros que se esforzaban por sonar. Ese toque de la cafetería me gustaba, era original ver cómo cada día de la semana ponían un estilo diferente y sobre todo a un volumen que no molestase o interrumpiera las conversaciones que irrumpían alrededor, las risas de los grupos de amigos, las caricias bajo la mesa de las parejas recientes o el sonido de los móviles al compartir algún vídeo de una persona con otra. Eso era lo que más me gustaba y me empezaba a hacer sentir más cómoda, sin olvidar la ayuda de la presencia de mi *crush*.

—Así que hoy toca indie —lo saludé con una sonrisa y me recliné al verle acercarse hasta mi mesa para dejar la bandeja encima.

—Sí, prefiero esto al reggaetón, sinceramente —respondió antes de rodar los ojos—, pero disfruto más los jueves cuando la jefa me deja poner rap.

—¿A la gente le gusta?

—Intento poner canciones que sean agradables al oído general, ya sabes, aquellas que no

tienen insultos, provocaciones o temas polémicos. Rayden siempre es una buena opción, aunque tiene algunos temas que... son demasiado potentes.

Sonreí. Sin duda estaba en lo cierto, tenía canciones realmente buenas. *Haz de luz* siempre era una buena opción.

—Supongo que no querías que viniera para incrementar tu sueldo y disfrutar de la buena música, ¿no?

—También —contestó con una sonrisa pícaro, provocando que mi cuerpo se estremeciera—, pero tienes razón, no es el motivo principal.

La canción *Isla morenita* sonaba, haciéndome repiquetear los dedos contra la madera de forma inconsciente mientras miraba a Matías fijamente, deseosa de averiguar qué podía ser eso tan importante.

—Bueno, la verdad es que... —dijo, dejando el resto de frase en el aire para golpear los dedos en la mesa como si hiciera el redoble de un tambor.

—¡Matías! —protesté intentando darle en el brazo— Date prisa, que tienes gente que atender.

—Está bien, está bien.

Tragué saliva al ver que se apoyaba cerca de la bandeja, quedando peligrosamente cerca de mí. Sus ojos oscuros me traspasaron, dejándome desarmada ante él y el poderoso hechizo que desprendía su mirada. Sus labios se acercaron poco a poco hasta mi oreja, provocando un cosquilleo por mi cuerpo al sentir su aliento cálido al hablar.

—Me han seleccionado para el certamen. Estoy dentro, Clara.

Al separarse sus ojos brillaron y no pude evitar soltar unos grititos de emoción. Me sentía tan contenta por él que no dudé en levantarme y darle un abrazo. Al darme cuenta de lo que estaba haciendo me aparté, pero la calidez de su ropa y el aroma que desprendía de ella me habían dejado atrapada.

—¡Eso es genial! —exclamé colocando un mechón de mi pelo en la oreja. Podía notar que estaban rojas.

—Y todo gracias a ti.

—Ah, no, de eso nada. Yo no tengo nada que ver —respondí negando con las manos—. El mérito es tuyo.

—Tú también has tenido mucho que ver, la canción no les habría gustado tanto sin tu ayuda.

—Pues... gracias —respondí mirando hacia el suelo.

Sentí un cosquilleo por mi vientre al sentir sus dedos posándose en mi barbilla para levantarla con delicadeza. Cada vez que nuestras miradas conectaban no podía evitar pensar que podía ver todo lo que escondía más allá de lo que el resto conseguía.

—No, gracias a ti. —Sonrió—, por eso quiero invitarte a esta merienda.

—¿A otra? No eres muy bueno tratando de conseguir ganancias, Matías. Tu jefa te va a matar.

—Lo tengo asumido, pero me gusta correr el riesgo contigo.

No supe el motivo, pero sus palabras me hicieron enarcar las cejas y beber un sorbo de té. Había dejado mi garganta seca.

—Y ahora ¿qué tienes que hacer? —Carraspeé— Con todo esto del Covid...

—Por el momento tengo que ir en nueve días a Madrid para participar en unos vídeos que quieren hacer de promoción para el evento y rellenar unos papeles. No es lo más divertido del mundo, pero tengo muchas ganas de ir.

—Eso es genial. Nunca he ido allí, debe ser una ciudad increíble y enorme.

—Yo tampoco fui nunca. De hecho, lo mejor es que me pagan el viaje y la estadía; incluso puedo invitar a una persona para que me acompañe. Solo será un día.

—Vaya.

Tragué saliva para intentar contener lo que pensaba. Si podía invitar a alguien lo más seguro era que Victoria fuera con él, a fin de cuentas, era su novia. «Sal ya de la burbuja, no tiene sentido ilusionarse», me regañé para mis adentros. Además, temía que las señales que veía por su parte fueran producto de mi flechazo con él. Si todo fuera real ya la tendría que haber dejado.

—No has sonado muy emocionada.

—Sí, sí. —Asentí—, es solo que estaba procesando la noticia. Sabía que te iba a ir bien, te lo mereces.

Matías frunció el ceño mientras me analizaba con la mirada, pero acabó relajando sus músculos al soltar un suspiro.

—Tengo que seguir con el trabajo, pero me gustaría quedar por la noche para celebrarlo, si te parece bien.

—Claro. —Sonreí—, ¿por qué no?

—¿Quedamos a las once en Per Se?

Bajé la mirada y empecé a jugar con mis manos. Nunca había estado en ese lugar, aunque había escuchado por Raquel y Rocío que era muy bonito. El motivo era que me había costado mucho salir de casa, los primeros años me había encerrado por miedo al qué dirán y no quería que nadie me viera, así que no había ido a muchos bares o cafeterías, pero era una buena oportunidad de disfrutar de un sitio nuevo, así que acepté.

Me quedé un rato más saboreando la merienda que me habían preparado, y de paso me entretuve mirando de soslayo a Matías, me gustaba ver cómo trabajaba y los gestos que hacía al atender a cada cliente.

Cuando vi que habían llegado las siete decidí marcharme. Tenía que disponer del tiempo suficiente para ducharme y ponerme a hacer mis cosas. Me despedí de él con la mano y me mezclé entre las personas que caminaban sin prisa por las calles.



Clari: Que alguien me explique dónde está Per Se porque no tengo ni idea. 19:36

Añadí un *sticker* llorando para resaltar el dramatismo.

Ro: ¿Y eso? ¿Vas a ir sola? 19:39

Clari: Qué va, me ha invitado Matías. 19:40

Ra: Uyyyyyyy, Matíaaaaas. 19:40

Entorné los ojos al ver los iconos que puso de llamas y caras sofocadas. Incluso puso una de uno enfermo con un termómetro. Me ponían más nerviosa de lo que ya estaba.

Ro: La verdad es que no entiendo qué pretende. Si tiene novia ¿por qué te invitó hoy?
19:42

Ra: Y si a eso le añadimos las otras veces que habéis quedado u os habéis visto... 19:43

Clari: Lo sé, no me quiero rayar con eso. Es que lo han seleccionado para un concurso de talentos que se hará en Madrid y quiere celebrarlo. 19:45

Ra: ¿Y no tiene a la novia para eso? No sé, digo... 19:45

Ro: Sí, está guay que te haya invitado, pero tendría que aclararse con eso. Por lo que nos contaste lleva muchos años con esa chica, y aunque no sea muy agradable no se lo merece ella, y tú tampoco. 19:47

Clari: Pero estáis hablando como si fuera a pasar algo entre los dos. Querrá quedar y ya. Sin más. 19:49

El corazón me bombeaba a toda velocidad. No quería hacer nada malo y tampoco pensaba hacerlo, pero sí llevaba una temporada comiéndome la cabeza con el acercamiento entre ambos. Para mí era mucho más que una amistad, Matías me gustaba de verdad, me hacía sentir cómoda y feliz. No entendía por qué seguía con ella, aunque tenía que respetarlo.

Ro: ¿Estás segura? Por lo que nos vas contando parece que entre vosotros hay algo más. Yo creo que el chaval está confundido. 19:50

Ra: Demasiado, la verdad. 19:50

Clari: Bueno, no quiero rayarme antes de tiempo por eso. Voy, tomo algo y vuelvo a casa. Solo decidme dónde está Per Se. 19:51

Ra: Si quieres te acompaño y vamos hablando, así aprovecho y le doy un paseo a Greta. 19:52

Accedí, no me venía mal ir con ella y charlar sobre todo el tema. Me preocupaba cómo se podía ver desde fuera porque para mí tener su amistad era lo principal. Me dolía que saliera con una chica que me había hecho tanto daño, pero me rompería el corazón no volver a saber de él cuando nos habíamos acercado tanto. Habíamos compartido momentos muy importantes para mí juntos.

Aproveché a cenar y me puse algo de abrigo después de vestirme y maquillar los ojos, de noche refrescaba bastante. Cuando llegué hasta la casa de Raquel la saludé y empezamos a subir mientras hablábamos. No dejaba de pensar en su opinión.

—¿Tan raro es que quedemos? Somos amigos.

—Sé sincera, Clari, ¿para ti solo sois amigos? ¿Solo buscas su amistad? Porque no quiero que te ilusione y luego te rompa el corazón. Te lleva gustando desde que teníais quince años y siguen juntos. Eso son muchos años.

Tragué saliva. Raquel siempre se caracterizaba por su sinceridad por mucho que dolieran sus palabras. Prefería ser directa e hiriente que ir por la tangente y dejar que alguien me hiciera más daño.

—Pero me dijo que era complicado.

—Sí, eso dicen todos cuando no quieren cortar con la relación que tienen pero sí ilusionarte —respondió antes de chasquear la lengua.

—Matías no es así...

Sus ojos marrones me miraron con escepticismo. Entendía que quisiera protegerme, pero tampoco quería sufrir antes de tiempo. Tampoco me había prometido nada, solo me había parecido que estábamos cerca de besarnos en la fiesta, pero también tenía que reconocer que él iba algo achispado. Quizás ni se acordaba de ese momento.

—Por si acaso prefiero hacerte pensar en esa posibilidad a que te lleves el golpe. No dejes que te haga daño, Clari, ya has sufrido demasiado.

—Lo sé, no te preocupes. Tomaremos algo y volveré a casa, nada más.

Nos detuvimos al ver el bar a escasos metros. Era un lugar bonito, pues se podía entrar desde una terraza con varios bancos y sillas para sentarse, estaba iluminado con unas pequeñas lucecitas y tenía unos escalones de piedra para entrar al interior, presidido por una gran puerta de madera acristalada. Desde fuera se podía escuchar el reggaetón que había puesto el local.

Al fijarme en las personas que estaban sentadas en los bancos y sillas vi que Matías estaba en una no muy lejos de la entrada. Me despedí de Raquel, que me dedicó una última mirada de advertencia, y me apresuré en acercarme hasta él. Estaba muy guapo con la sudadera que llevaba, aunque parecía que también le quedaba pequeña porque iba corto de mangas.

—Hola. —Sonreí mientras me sentaba frente a él.

—Hola. Te pedí un malibú con piña —respondió señalando la bebida que había sobre la mesa—. Espero que te sirva porque había mucha gente dentro y si no íbamos a tener que esperar un rato. Las sillas vuelan.

—Está genial, gracias.

Le di un sorbo y saboreé el dulzor que desprendía. Adoraba esa bebida. Matías se acomodó en el asiento mientras no me quitaba ojo.

Nos pusimos a hablar sobre el certamen y otros temas. Teníamos la confianza y la comodidad de pasar de uno a otro sin darnos cuenta y nos fuimos acercando tanto física como emocionalmente. A veces nuestras manos se rozaban de manera inconsciente, generándome escalofríos. Los sonrojos fueron constantes, no podía evitar sentirme en una nube, era incapaz de controlar la vorágine de emociones que me provocaba.

Las risas y las bromas aumentaron hasta el punto en que tenía su rostro a escasos centímetros del mío. Ver sus labios tan cerca me generó una sensación agridulce, un deseo entremezclado con un miedo a que mis amigas tuvieran razón. Me alejé y me apresuré en decirle algo para explicar el rechazo, pero alguien más se adelantó.

Me eché a temblar al ver la persona que tenía detrás mirándonos con asco o decepción. Estábamos muertos, lo sabíamos los dos.

CAPÍTULO 47: EN LA BOCA DEL LOBO

*Ay, ay, me duele muy dentro del corazón. Ay, ay, enciendo y pretendo que actúe como yo.
(Plegarias de Nicki Nicole)*



Todo pasó como si estuviéramos en una escena de una película ralentizada. Los ojos oscuros de Matías miraron a una y a otra antes de que ella desapareciera por donde había venido y Héctor apareciera detrás.

—Tú verás, campeón —le dijo palmeándole la espalda.

—Joder, menuda ayuda.

—¿Dinero o amor? —preguntó Héctor mirándonos a ambos antes de sentarse en una silla que había libre.

Observé de soslayo a Matías, tenía el ceño fruncido y había esbozado una mueca de desagrado. Me tensé al escucharle resoplar y ver que alejaba la silla haciéndola chirriar antes de responder e ir tras ella.

—Amor, pero hay que hacer las cosas bien.

Si tuviera un espejo enfrente seguramente mi cara sería un poema. Me revolví en el asiento al asimilar cómo se había complicado todo cuando, aun encima, había querido hacer las cosas bien. Además, ahora estaba sola con Héctor, al cual hacía bastantes años que no lo veía y no habíamos cruzado ninguna palabra exceptuando el espectáculo que había dado en el viaje de estudios.

—Yo... no entiendo nada. —Suspiré—, pero no quería esto. Es que él... yo... digo, nosotros...

—No tienes que darme explicaciones, ra... —Carraspeó antes de masajearse la frente y tragar saliva—. Clara. Perdona, es la costumbre.

—No tienes que disculparte, Héctor —lo imité—, pero sí me gustaría saber por qué le hiciste esa pregunta.

El mejor amigo de Matías abrió y cerró la boca como si sopesara qué responder. Mi pierna cobró vida propia bajo la mesa al moverse con rapidez.

—Es... complicado.

—Eso mismo me dijo él. —Resoplé y masajee mi sien. Estaba cansada de tanto secretismo.

—Es que lo es y como son problemas suyos y no míos... En fin. Digamos que si recuerdas cómo se viste Matías y detalles que hayas visto estando con él te darás cuenta. No puedo decir mucho más.

Fruncí el ceño mientras pensaba en su escueta respuesta. Traté de recordar su ropa, algunas sudaderas me resultaban familiares de vérselas en el colegio y era cierto que me había sorprendido la decoración de su habitación. Recordé también cuando se había sentido incómodo al decirme que no podía pagarme mucho por las clases de Paula y que había tratado de llevar dos trabajos a la vez. Incluso el apagón en su casa. Todo me había resultado llamativo, pero no me había parado mucho a pensarlo. ¿Acaso tenía problemas económicos?

—Vaale... —dije y me detuve para morder mi mejilla interna— ¿y qué tiene que ver eso con Victoria?

—Uf, estás entrando en terreno peligroso. Dejémoslo en que ella lo tiene cogido por los huevos.

Me tensé al escucharle, no me gustaba para nada esa expresión. ¿Qué me estaba queriendo decir con eso? ¿Matías estaba coaccionado por ella?

—No entiendo nada, sea lo que sea es dejarlo y ya.

—A veces no es tan sencillo, Clara, no cuando puedes perjudicar a terceras personas.

Observé cómo repiqueteaba los dedos contra la mesa y miraba a su alrededor de manera continua. Incluso encendió y bloqueó la pantalla de su móvil un par de veces.

—Sigo sin entender nada.

—Matías no puede dejar a Victoria así como así. Aunque quisiera, no puede estar contigo.

—¿Conmigo?

Abrí los ojos con fuerza. Esa conversación no tenía ningún sentido.

—Sí, no va a ser con la vecina —respondió entornando los ojos.

—Pero si él no...

—Anda, venga, ahora me vendrás a decir que él no siente nada por ti, ¿no? Como si tuviera tanto interés en todas sus amigas —se rio—. Mira que he ido ciego en algunas fiestas, pero hasta así me he dado cuenta de cuándo le molo a una tía. ¿Y tú no?

Me dejé caer en el asiento acomodando la espalda contra el respaldo y Héctor aprovechó mi estado de desconcierto para mirar su teléfono. En ese momento Matías regresó a nuestro lado. Analicé su rostro esperando poder evaluar los detalles que lo componían para averiguar qué había pasado.

—Lo siento, tío, es que me habló para preguntarme dónde estabas y como la ignoré debí de buscarte con alguna *app* de esas. Ya sabes cómo es. —Se encogió de hombros—. Cuando me dijo que había averiguado que estabas aquí decidí ir tras ella. Me da mal rollo que haga eso.

—Da igual, no importa —respondió sentándose a mi lado y ocultó su cara con las manos para masajearse.

—¿Todo bien?

—No, nunca debí salir con ella. —Suspiró—, se ha complicado todo.

—Era inevitable, los dos sabíamos que iba a suceder tarde o temprano.

Miré a ambos sin entender nada, me sentía como si no estuviera allí. Parecía la espectadora de una película de ciencia ficción. Al ver mi cara de extrañeza Héctor le hizo un gesto a su amigo para que me mirara y Matías tragó saliva antes de asentir con la cabeza. Entonces el primero se levantó.

—Bueno, será mejor que me vaya. Así podéis hablar.

Le despedí con la mano, más perpleja que antes, y me quedé callada esperando alguna explicación. Mi mente no paraba de repetir que podía ser algún tipo de cámara oculta, así que miré de reojo el lugar esperando encontrar alguna.

—Siento todo esto, se me fue de las manos por completo.

Asentí al escuchar su tono desesperado y ver el brillo que desprendían sus ojos. Ni siquiera sabía qué responder.

—Yo... es solo que... No entiendo nada, Matías. Llevas... muchos años con ella.

Mis labios temblaron al pronunciar esas palabras. Me dolía más de lo que podía reconocer, aunque tampoco entendía el motivo. Supuse que en el fondo seguía pensando en que ella era mucho mejor que yo, que para él lo poco que hubiera sentido por mí era un error; una confusión.

—Y al principio estaba ilusionado, pero luego me di cuenta de que Victoria no es para mí, pero ya era muy tarde. —Suspiró.

—¿Muy tarde?

—Es jodido de explicar y me avergüenzo, nada justifica el hecho de estar con una persona que no quieres, pero es así.

—Matías, yo... no entiendo nada de lo que está pasando, y tampoco entiendo muy bien qué somos, pero no quiero meterme en medio de ninguna relación. Será mejor que...

Mis palabras se quedaron en el aire al ver que me sujetaba el brazo con delicadeza, pero con un agarre lo suficientemente fuerte como para evitar que me levantara y desapareciera de la terraza del bar.

—Voy a intentar decirlo lo mejor y más breve que pueda, ¿vale? Sé que te mereces una explicación. —Carraspeó—. Tenemos problemas económicos y si corto con ella serán mucho mayores. Estamos ahogados en deudas.

Abrí y cerré la boca, imitando a Héctor minutos antes. Intuía que el problema podía ser ese por las pistas que me había dado su mejor amigo, pero escucharlo por sus propios labios era más grave, así que solo lo miré y acerqué la mano para apretar la suya.

—Supongo que, por cómo me estás mirando, sigues sin entender nada. —Suspiró y tragó saliva—. A ver, mi madre trabaja cuidando la mayor parte del tiempo a la abuela paterna de Victoria. Ellos le dan un buen sueldo por hacerlo y si corto con ella... se cierra el grifo.

Al murmurar las últimas palabras Matías se revolvió en el asiento y me miró fijamente, pero a los pocos segundos bajó la vista hasta la mesa.

—De verdad, me avergüenza decir eso y espero que no me juzgues por ello. Por eso intenté llevar dos trabajos a la vez para intentar pagar todo lo posible, pero el pufo que le dejó mi padre es demasiado grande. No podemos hacerle frente.

—¿Pero por qué te van a cerrar el grifo por dejarlo con ella? No lo entiendo.

—No puedo pararme a explicarlo porque involucro sus asuntos familiares, pero dejémoslo en que Victoria tiene establecido un futuro y unos ideales en donde no puedo estar yo fuera. Si lo hago acabaremos en la calle.

—¿Y vas a estar para siempre con ella? No tiene ningún sentido.

Di un golpe a la mesa sin darme cuenta, presa de las sensaciones que me estaban asfixiando. No podía creerme lo que estaba escuchando, que una persona fuera capaz de amenazar con un asunto tan serio.

—Yo... —Suspiró—. Por eso para mí es tan importante el certamen. Con esa cantidad de dinero podríamos ir tirando y, además, si me produjeran un disco... Joder, igual estoy siendo muy ambicioso, pero sería genial. Podríamos mandar las deudas a la mierda y todo estaría solucionado.

—¿Y si no?

Mi corazón latía a toda velocidad, incapaz de imaginarme lo que podría suceder si eso no se cumplía. Podía sentir la desesperación en sus palabras como mías. Me rompía saber por todo lo que estaba pasando y no poder hacer nada para evitarlo.

—Haré todo lo que esté en mi mano por mi madre y por Paula. No dejaré que vuelvan a pasar hambre. Nunca.

Se revolvió de nuevo en el asiento antes de volver a mirar al suelo y revolver su pelo. Me rompía ver el vacío de su mirada y el tiempo verbal que había pronunciado. ¿Habían pasado hambre? Enmudecí. No era capaz de pensar algo coherente para decirle.

El silencio se hizo paso entre ambos, absortos por la bomba que había soltado. Todavía tenía muchas dudas que verbalizar, pero no me sentía preparada, no cuando él tenía demasiados asuntos en la cabeza por resolver.

—Ven conmigo a Madrid —dijo de repente, haciéndome mirarle fijamente.

—¿Qué?

—Acompáñame, por favor. Necesito ir allí con alguien que me entienda y me apoye. Y... esa eres tú. Junto con Héctor, eres la única que no piensa que estoy perdiendo el tiempo queriendo cumplir mi sueño.

Tragué saliva sopesando lo que me estaba pidiendo. Para mí era meterme en la boca del lobo, pues sería ir él y yo solos, algo que, sin duda, iba a hacer que mis sentimientos por él aumentaran a un ritmo que no iba a poder controlar.

—¿Y Victoria? Lo puede... malinterpretar.

—Le dije que necesitaba tiempo para pensar —murmuró antes de rascarse la nuca.

—Y...

Cerré la boca, incapaz de verbalizar lo que estaba pensando. ¿Cómo iba a preguntar por un nosotros si no estaba segura de que existiera? Ni siquiera la había dejado con todas las letras, había usado un eufemismo.

—Por favor, acompáñame. Solo serán dos días y así podremos visitar un poco la zona.

—¿Estás seguro?

—Nunca había estado tan seguro de algo.

Tragué saliva antes de asentir y recé para mis adentros para que todo saliera bien. Había entrado en un juego del que no estaba segura si tendría las de ganar, y el precio a pagar era demasiado caro:

Un corazón roto.

CAPÍTULO 48: TODO MAPA NECESITA SU BRÚJULA

*Tu mirada me hace grande y que estemos los dos solos dando tumbos por Madrid, sin nada que decir, porque nada es importante cuando hacemos los recuerdos por las calles de Madrid.
(Tu mirada me hace grande de Maldita Nerea)*



Al final los días volaron y acabó llegando el día que tantas veces había llegado a mi mente, imaginándome posibles situaciones. Ya tenía el maletín preparado con un recambio de ropa, además de un pijama. También había incluido un neceser para los utensilios de higiene y ropa interior. Aun teniendo todo ya guardado, no dejaba de repasar la lista que había hecho, esperando no olvidarme de nada.

Cuando llegué a la estación de autobuses y lo vi sentado en uno de los largos bancos metálicos me tensé. Seguía sin asimilar que iba a viajar a Madrid con él. A solas. Todas las advertencias y consejos de mis amigas resonaban en mi cabeza, generándome más nervios. Sostuve el papelito que me permitiría entrar en el autobús con una mano, la misma con la que tiraba de la pequeña maleta. El corazón estaba a punto de salirse de mi pecho.

—¿Tienes todo listo? —preguntó a modo de saludo.

—Sí —respondí con la voz temblorosa—. ¿Y tú?

—Sí, al ser cuatro cosas básicas no lo he pensado mucho.

Meneé la cabeza, no dejaba de sorprenderme en la de vueltas que le daba yo a las cosas cuando para él parecía todo mucho más sencillo. Nos detuvimos en la cola que se formaba cerca del bus que iba a aparecer para ir a nuestro destino y empezamos a hablar de temas triviales. No habíamos vuelto a tocar el asunto que nos concernía a ambos, en mi caso por miedo a perder todo lo que teníamos. No estaba preparada para eso. Y en el suyo... lo desconocía. Matías a veces era un completo enigma.

Cuando el autobús llegó me apresuré en guardar la pequeña maleta en su lugar correspondiente y entregué al conductor el billete. Al devolvérmelo me di prisa para buscar el número en las ventanillas. Habíamos escogido por el medio porque en la parte trasera siempre me mareaba.

Al sentarnos los nervios comenzaron a transformarse en ansiedad porque empezaba a faltarme el aire. Jugueteé con mis dedos tensándolos y relajándolos como me había indicado una vez la psicóloga y empecé con unas respiraciones suaves. Intenté mentalizarme de que todo iba a salir bien y me iba a divertir. Como ella decía, no podía adelantarme a los acontecimientos y sufrir por algo que no sabía si iba a llegar. En el momento que pasara ya me encargaría de gestionarlo lo mejor posible.

—Clara, ¿estás bien?

Tragué saliva al ver su expresión preocupada y traté de sonreír. Él me ofreció unos auriculares y me enseñó su móvil.

—Tengo una lista de canciones preparada para el trayecto, por si quieres escuchar. Mi hermana me regaló este adaptador para no tener que usar un auricular cada uno. Así no nos molestan los demás.

—Claro, gracias.

Sentía curiosidad por ver cómo habían podido cambiar sus gustos a lo largo de los años, así que me apresuré en colocarme los cascos en los oídos y apoyar la cabeza contra el asiento. Nunca había hecho un trayecto tan largo en autobús.

Por suerte, una sonrisa sincera se perfiló en mi rostro al escuchar los primeros segundos de *Haz de luz* y nuestras miradas se encontraron, sorprendiéndome con una agradable calidez en mi vientre. La ansiedad desapareció.



Llegar a Moncloa fue extraño, me sentía fuera de lugar. Ver un sitio tan amplio, repleto de gente que iba y venía de un lado para otro, con columnas de colores amarillo y azul para indicar los distintos destinos gracias a una numeración era diferente, parecía un hormiguero en comparación con la estación de Oviedo; cada espacio estaba destinado para un autobús diferente y en medio de la enorme sala había unas máquinas con cosas necesarias para viajar, además de unos pequeños puestos con ropa.

Todo era nuevo para mí, la sensación de estar en un sitio distinto a lo que estaba acostumbrada me generó nervios. ¿Llegaríamos bien a nuestro destino? ¿Nos perderíamos? Al menos seguíamos en España y todos hablábamos el mismo idioma. Aun así, no pude evitar mirar a Matías, que estaba a mi lado mirando el móvil con el ceño fruncido, arrugando la nariz.

—¿Crees que conseguiremos llegar?

Mi pregunta captó su atención, haciendo que levantara la vista del móvil para observarme.

—Claro, y si no disfrutaremos perdidos por las calles de Madrid.

Un revoloteo intenso invadió mi estómago, pero traté de ignorarlo aferrándome con más fuerza al asa de la pequeña maleta de colores que llevaba conmigo. Pasamos recto por el enorme pasillo tratando de esquivar a las personas que corrían en dirección contraria. Parecía que en este lugar todo el mundo tenía prisa excepto nosotros.

—¿A qué hora tenemos que llegar al hotel?

—Tenemos toda la tarde —respondió mientras nos deteníamos en una zona de escaleras mecánicas—, así que podemos aprovechar a dejar las maletas en la habitación y curiosear un poco la zona, si quieres.

—Claro. —Asentí—, pero este sitio parece un laberinto. Hay escaleras por todos los lados.

Y era cierto. Habíamos dejado unas atrás que bajaban junto a otras que subían y ahora que nos acercábamos al fondo veíamos unas que bajaban y, más allá, otras de piedra que subían. ¿Por dónde se suponía que íbamos a salir?

—Fíjate en las señales de arriba. Parece que estas bajan hasta un pasillo que te lleva a tiendas y al metro. Parece que tenemos que ir a esas que suben al fondo.

Tragué saliva, esperando que tuviera razón. Intenté recordar las palabras de la psicóloga cuando me decía que no siempre iba a poder controlarlo todo y que no había nada de malo en fallar, pues me serviría para tener nuevos aprendizajes. Memorice su consejo y traté de centrarme

en lo principal, estar al lado de Matías atesorando momentos como ese, nuestro primer viaje juntos.

—¿Estás preparada para salir de aquí?

—Sí.

Me mordí el labio de forma inconsciente mientras subíamos cada peldaño de piedra. Al alzar la vista vi que el exterior estaba cada vez más cerca. Al pisar el último aprecié el enorme paisaje que se alzaba ante nosotros. Una inmensa carretera, llena de carriles, por los que pasaban un montón de coches y un montón de taxis aparcados en la acera más cercana. Personas de todas las alturas y colores caminaban por las calles, sumiendo la ciudad en un continuo barullo. No había ni rastro del cantar de los pájaros o el sonido de las hojas al ser mecidas por el aire, solo cláxones y voces, a pesar de que había un gran parque cerca.

—Impresiona, ¿verdad?

Asentí, incapaz de verbalizar lo que estaba pensando. Al ver que había empezado a caminar bajando la calle lo seguí, estaba demasiado concentrado mirando la pantalla de mi móvil, donde había abierto el Google Maps. Me lo había pedido porque el suyo no tenía datos.

—La verdad es que hubiera sido un detalle que hubieran contratado a un señor que nos esperase en la estación con un cartel de bienvenida, como en las películas —murmuró mientras alzaba la vista para controlar que no chocaba con nadie, o con alguna farola o poste.

—Sí, pero supongo que eso solo pasa cuando viajas a un lugar extranjero. —Sonreí.

—Bueno, así podemos fijarnos más en cada sitio que visitamos. Si fuéramos con otra persona lo dejaríamos todo en sus manos. Esto refuerza la autoestima.

Y tenía razón. El hecho de no saber dónde estás y saber que estás solo y nadie te va a ayudar hace que tengas que usar todos tus recursos posibles, agudizando los sentidos. Por eso mi psicóloga se empeñaba en que hiciera cosas sola, meterme en situaciones que me sacaran de mi zona de *comfort*. Como esa.

—Menos mal que podemos perdernos juntos. Me deja más tranquila —dije sin pensar.

Al mirarle, roja como un tomate, y escuchar el sonido agradable de su risa, suspiré, aliviada.

—Todo mapa necesita a su brújula para poder guiar.

Mi corazón latió acelerado al escuchar sus palabras y amenazó con salirse del pecho al percibir el guiño que había hecho con su ojo izquierdo antes de mostrarme la lengua unos segundos de forma pícara. Me teletransportó al momento en que ambos teníamos quince años y le observaba de reojo, deseando que nadie se diera cuenta, ni siquiera él. Nunca, ni en mis mejores sueños, me hubiera imaginado que lo iba a tener tan cerca e íbamos a intercambiar palabras como esas.

De repente se paró en seco y me miró con el ceño fruncido. Al enseñarme el punto del mapa al que teníamos que llegar inspiré con fuerza.

—Creo que hemos salido por donde no era.

—Noo —sollocé, haciendo un mohín.

—Por suerte, no nos hemos alejado casi. Es solo dar la vuelta y cruzar el paso de cebra que está a la derecha.

Asentí y dejé que pasara el primero, pues seguía con el móvil en la mano. El hecho de habernos alejado reafirmaba mi teoría de que esa estación de autobuses era un auténtico laberinto. ¿Para qué tener dos salidas? Además, tan cerca una de la otra. Mientras caminábamos miraba hacia mi alrededor como si hubiera viajado a otro planeta.

Llegamos hasta la salida que teníamos que haber usado al inicio y bajamos hasta un Mc Donald's que estaba escondido, según mi vista. De ahí, caminamos hasta un gran edificio con

grandes pilares de piedras y una cúpula a modo de tejado. De allí teníamos que cruzar a una calle perpendicular más pequeña, al lado tenía otro camino rosado que era exclusivo para ciclistas.

—¿Qué es eso que acabamos de pasar? —pregunté señalándolo.

Al pasar por dos largos carteles, uno marrón y otro blanco, Matías sonrió y me hizo una reverencia.

—Bienvenida a, según ese cartel, el faro de Moncloa. Un poco más allá podrá apreciar la belleza del museo de América, de gran longitud y un destacado tejado con picos.

—Muy gracioso —gruñí antes de intentar darle un pequeño empujón.

—Pensaba que nunca encontraría a alguien con peor orientación que mi hermana, pero me equivoqué —se rio—. La superas con creces.

El motivo por el que seguía cómoda y de buen humor era porque su tono divertido no denotaba burla. Matías no se reía de mí, sino conmigo. Y eso me reconfortaba.

—¿El hotel es por aquí?

—Qué va —respondió mientras tiraba de su maleta, era un poco más grande que la mía—. Aquí tenemos una parada de autobús, tenemos que coger el... 160, por lo que veo —dijo mirando la pantalla del móvil—. Según esto, el bus llegará dentro de ocho minutos.

—¿Y de ahí a dónde vamos?

—Tenemos que bajar en una parada que se llama *Rosas de Aravaca*. Desde ahí caminaremos hasta el hotel.

Asentí. Demasiada información para mi pobre cerebro, así que esperé que Matías tuviera más agudeza que yo para no perderse por las calles y llegar a tiempo. No hacía muchísimo calor, pero sí había más grados que en Oviedo, lo que me hizo desear quitarme algo de abrigo. Aun así, seguí tirando del asa de la maleta hasta detenernos en la parada del autobús.

—Y... el sitio donde tenéis que hacer el vídeo, ¿dónde es? ¿Está cerca?

—Por suerte, para ir allí sí que pasan a buscarnos. Se acercarán hasta el hotel en un autobús exclusivo para nosotros. Así nos dejan en el estudio.

—¿El estudio?

—Sí. —Asintió. Sus ojos brillaron al contemplar el paisaje que se extendía ante nosotros—. Nos llevan hasta los estudios de Televisión Española. Grabaremos el vídeo dentro de un plató.

—Eso es genial. —Aplaudí—. Me hubiera gustado poder verlo.

—Y puedes, nos buscan a los dos.

Enmudecí al escucharlo. Nunca había estado en un plató de televisión, así que se generó un hormigueo en mi vientre que me hizo cosquillas. No podía creerme lo que estaba viviendo y todo lo que me quedaba para mañana.

Seguimos hablando un rato para amenizar la espera del autobús, aunque los dos estábamos cansados por el viaje. Desde Asturias hasta Madrid había cinco horas de trayecto y no pudimos parar para mover un poco las piernas. Sentía mi cuerpo entumecido.

—Ahí viene —avisé al ver que un autobús grande y de color azul se acercaba hasta nosotros.



Al final, después de perdernos un par de veces, conseguimos llegar hasta el hotel y dejar las maletas. La habitación era sencilla y bonita, presidida por dos camas casi unidas de sábanas blancas, una ventana en un lateral con una extensa cortina y una mesa alargada de madera con una televisión encima. En el otro lateral estaba un bonito baño con paredes oscuras y una bañera

que también servía de ducha al tener una mampara.

No podía dejar de mirar la cama con cierto nerviosismo. A pesar de estar separadas, esa distancia era mínima y, aunque habíamos dormido juntos en un par de ocasiones, no podía dejar de pensar en que estaba mal. La pregunta de qué estaba haciendo aquí no dejaba de repetirse en mi mente, pero intenté centrarme en lo importante: Tomármelo como un pequeño viaje de desconexión.

Matías aprovechó los minutos de descanso para probar el colchón y poner la clave del WiFi en el móvil, así que hice lo mismo. Vi que tenía mensajes en el grupo de mis amigas, así que esperé que Matías no los hubiera leído mientras caminábamos. El aviso de notificaciones del móvil podía ser muy traicionero. Decidí entrar y contestar.

Clari: Tranquilas, hemos conseguido llegar ☺. Estamos en la habitación del hotel.
Estoy agotada. 16:38

Añadí un *sticker* llorando, que demostrase lo cansada que me sentía. La respuesta de ellas no tardó en llegar.

Ro: Uyyyyy en la habitación del hotel. 16:40

Ra: Uyyyyy y agotada jajaja. ¿Mucho sexo? 16:41

Entorné los ojos antes de ocultar la pantalla con la mano y ver de reojo a Matías. Por suerte, seguía absorto mirando el suyo. Lo único que me faltaba era que leyera mensajes como ese.

Clari: Qué decís. Sabéis que NO, NO y absolutamente NO. Hemos venido aquí por el concurso, nada más. 16:43

Ro: Repítelo hasta que te lo creas, porque aquí hay amooooor, aquí hay amooooorr. JAJAJAJAJA 16:45

Ra: Lo que sí, ten cuidado. No me mola que te haya dicho que se ha dado “un tiempo” con su novia. Aquí o se deja o no se deja, pero los términos medios no funcionan. 16:46

Suspiré, Raquel tenía razón, habíamos dejado ese tema en *standby*, pues me daba miedo sacarlo a la luz y defraudarme con lo que me dijera. Así que disfrutaría del viaje, pero no daría ningún paso que me fuera a herir. Suficiente me comía la cabeza ya. Éramos amigos, con eso me tenía que bastar.

Clari: Lo sé, por eso me tomo esto como un pequeño descanso.

—Clara, ¿quieres que vayamos a dar una vuelta? Podemos buscar algún sitio de comida rápida para cenar. Incluso comprar un par de cosas para desayunar mañana.

—Claro —dije levantando la cabeza sin haber pulsado la tecla de enviar.

Me apresuré en despedirme de ellas y les prometí que les mandaría alguna foto como recompensa. Estaba deseando poder hacer un viaje sencillo con ellas por algún rincón de España. Bloquéé el móvil y nos pusimos manos a la obra, preparados para conocer esa zona de Madrid.

CAPÍTULO 49:

NO PUEDES HUIR ETERNAMENTE, CHICA DE LAS LETRAS

Quiero que nos volvamos a ver, déjame ver cómo me ven tus ojos, ven. Quiero decirte que si hablamos de mirar los ojos son de quién te los hace brillar.
(Haz de luz de Rayden)



Nuestro primer día por Madrid fue bonito, diferente a todo lo que había hecho. Todavía seguía sin creermelo que fuera posible estar viajando con él, así que cuando sonó el despertador y vi que seguía en el hotel y Matías dormía casi a mi lado, en la otra cama, mi corazón incrementó sus latidos.

No pude evitar aprovechar los últimos segundos para ver la espesura de sus pestañas, su expresión cómoda al dormir y uno de sus brazos metido por la almohada. Tenía las sábanas tapándolo hasta el vientre y la camiseta se le había levantado un poco, dejando ver un poco de su piel. Era agradable notar el ritmo acompasado de su pecho al subir y bajar.

Estaba tan ensimismada capturando cada detalle que no reparé en que había abierto los ojos y me miraba con una sonrisa maliciosa. Me mordí la mejilla interna al ver cómo se quedaba sentado sobre la cama y se desperezaba con unos estiramientos.

—Así que eres de las que tiene buen despertar siempre. Qué envidia.

—¿Tú eres de los que aprovechan cada minuto en la cama?

—Siempre —se rio.

—¿Estás nervioso por el día de hoy?

—Bastante, espero que todo salga bien. Si ya estoy así por un vídeo no me quiero imaginar cuando inicie el certamen.

Lo miré. Había posado los ojos en el paisaje que se alzaba por la ventana al mover la cortina. El cielo estaba libre de nubes y el sol brillaba con fuerza.

—Seguro que sí.

Aprovechamos el tiempo que teníamos libre para desayunar unas galletas que habíamos comprado en un supermercado cercano y me di una ducha rápida mientras él revolvía en su maleta. Si había algo que me hacía desconectar era estar bajo un buen chorro de agua templada. Cuando salí envuelta en una toalla entró él en el baño.

Sobre la cama en la que había dormido vi que había dejado su móvil y se había iluminado. Me acerqué mordiéndome el labio inferior, sabía que eso no estaba bien, pero no iba a hacer nada, solo mirar la pantalla. Era una notificación del WhatsApp.

Victoria: No puedes dejarlo así, Mati. No puedes dejarme. ¿De qué vas a vivir? ¿Podrás

continuar sabiendo que vas a dejar a tu familia en la calle? Paula ya tuvo que renunciar a su sueño. Deja esa mierda del rap y céntrate en...

El mensaje se cortaba ahí. Si quería seguir leyéndolo tendría que desbloquear el móvil y ya había invadido demasiado su privacidad. Además, podía intuir cómo seguía el mensaje por el tono que había entre líneas. Estaba claro que Victoria no le apoyaba. Lo único que le importaba era que volviera a su lado.

Me aparté al escuchar que cerraba el agua del grifo y me apresuré en ponerme la ropa interior. Había perdido demasiado tiempo al distraerme. Estaba subiéndome la cremallera de los pantalones cuando escuché la puerta abrirse y apareció tras ella con el pelo empapado.

—¿Qué hora es? ¿Vamos bien de tiempo?

—Sí, son casi las nueve. Todavía nos queda media hora.

—Menos mal. Así puedo secarme el pelo con calma. —Sonrió.

—¿Hay secador?

Lo miré enarcando las cejas. No había visto uno por ningún sitio, sino también me hubiera lavado el pelo.

—Sí, estaba guardado en uno de los cajones que hay debajo del lavabo.

—Jo, qué guay. Yo aprovecharé a maquillarme un poco.

—Claro, aunque no hace falta maquillaje para ver que eres guapa.

Me sonrojé, pero él no pudo verlo, pues ya se había vuelto a meter en el baño y había cerrado la puerta. Observé mi reflejo en el espejo que había en el armario que estaba cerca de la entrada. Me costaba aceptar que con mi pelo sin gracia, mis pequeños ojos marrones y las marcas de un molesto acné fuera guapa. Era un calificativo que todavía necesitaba trabajo para interiorizar.

Aun así, fue agradable escucharlo de sus labios, esa palabra había vibrado al pronunciarla, formando un delicioso eco en mis oídos. El sonido del secador me sacó de la ensoñación y me apresuré en hacerme la raya del ojo y escoger un color oscuro para la sombra. Minutos más tarde, al ver el resultado, sonreí.

—¿Lista? —preguntó de repente, haciéndome sobresaltar.

Llevaba una camiseta negra con el cuello en pico y unos vaqueros. Algo sencillo pero que, a su vez, consiguió que las mariposas de mi vientre enloquecieran. Al poner encima una cazadora de cuero no pude evitar reírme y Matías elevó una ceja, mirándome con una sonrisa pícar.

—¿Y esa risa? ¿Le pasa algo a mi ropa?

—Pareces un *badboy* de las novelas juveniles.

—Me la dejó Héctor. Según él así impongo más. —Se encogió de hombros.

—Héctor también lo debió de leer en las novelas juveniles.

—Seguramente, aún sigo esperando la tuya —respondió apoyando una mano en la pared que estaba cerca de mí.

—Algún día, por ahora tendrás que seguir esperando sentado.

—No puedes huir eternamente, chica de las letras —me advirtió deslizándolo un dedo por mi nariz hasta tocar la punta.

Entorné los ojos y me dirigí hasta una silla para intentar serenarme, allí había dejado un pequeño bolso que había traído conmigo para meter lo necesario: Móvil, cartera, tarjeta del hotel, caramelos sin azúcar, *kleenex*, auriculares, tiritas y vaselina. Esto último lo necesitaba porque con los cambios de temperatura se me resquemaban los labios.

—Lista.

—Entonces vamos.



El trayecto en autobús no fue largo, pero me sentía una sardina enlatada. Todos los participantes eran mayores de edad, pero, salvo tres personas, los demás habían decidido llevar a un acompañante. La mayoría uno de sus padres, el resto algún amigo o hermano.

Hicieron en recuento al estar todos dentro. Había seis personas que, al ser de Madrid, nos esperaban directamente en los estudios de Prado del Rey. Matías y yo estuvimos entretenidos conversando con un chico con gafas y una chica con el pelo trenzado que se sentaban delante de nosotros y al otro lado del pasillo respectivamente.

Al bajar, mientras esperaba que el resto hiciera lo mismo, enmudecí al contemplar mi alrededor. Era una gran explanada, con guardias de seguridad cerca de la entrada para controlar quién entraba y en un lateral había una bonita zona verde, incluso una fuente. El cartel anaranjado que había junto a la barrera que impedía pasar a los coches anunciaba que, de verdad, se trataba de los estudios de RTVE. Había otro mucho más grande tapando una parte de la enorme cristalera azulada que componía el edificio principal.

—Os dividiremos en dos grupos de diez. Uno venid conmigo y el otro con Pedro. Los acompañantes no os separéis de nuestro lado —informó un hombre alto y fornido que llevaba un aparato pegado en la oreja.

Todos asentimos y nos empezamos a repartir. De soslayo, observé que un chico estaba discutiendo con una persona más mayor, seguramente su padre. Estaban algo más alejados, como si la situación no fuera con ellos. No me pasó desapercibido el brillo molesto de sus ojos olivados.

Decidí no darle mayor importancia y me apresuré en seguir a Matías, que ya estaba en uno de los dos grupos. Me fijé que el chico de gafas y la chica de pelo trenzado también estaban en el mismo, lo cual me alegró. Me habían caído bien.

—¿Has visto a ese chico? —me susurró ella colocándose a mi lado mientras Matías hablaba con el otro.

—¿Quién?

—El del aro en la oreja y la cadena encima de la camiseta. Al lado va su padre.

—¿Lo conoces? —pregunté mientras lo miraba de nuevo con disimulo.

Habían dejado de discutir, pero se notaba que estaban molestos el uno con el otro por la distancia que había entre ambos. Estaban al final del grupo, como si no necesitasen que nadie los guiara.

—¿Tú no?

Me tensé al ver que el chico había empezado a buscar a la persona que había hablado excesivamente alto. Intenté esconderme acercándome más a Matías y al otro chico para que no me relacionase con ella. No me gustaban las personas que alzaban el tono.

—No, ¿debería?

—¿No te dice nada el padre? ¿De la tele? —preguntó en un tono algo más bajo.

—Lleva una gorra y gafas de sol. La verdad es que si es famoso es imposible reconocerlo.

El chico de gafas miró hacia nosotras con curiosidad y luego hacia donde suponía que estábamos dirigiéndonos. Entonces sonrió.

—He estado curioseando a los seleccionados y también me sorprendió verle. Espero que no haya sido por enchufe o me enfadaría mucho. Otros intentamos que sea por mérito propio.

—¿Por? ¿Es famoso? —intervino entonces Matías.

—El padre sí —dijeron los dos al unísono. Al escucharse se rieron y la chica siguió explicando—, trabajan como músicos en algunos programas de televisión española y el padre fue cantante en su día.

—Ah.

Cavilé lo que estaban contando. Es verdad que muchas personas usaban sus contactos para acceder a determinados sitios, pero tampoco había que juzgar. Quizá había sido por mérito propio, por talento. La envidia siempre era muy mala.

Al volver a poner el oído en nuestros acompañantes escuché que estaban hablando sobre el vídeo que tendrían que hacer y su escasa experiencia, así que me relajé. Tampoco me apetecía que se pasaran el trayecto cotilleando sobre la vida de otros participantes, pero se me pasó pronto la preocupación al entrar en el recibidor y ver los paneles que había sobre las paredes, los largos pasillos y la recepción con otros guardias.

Allí nos hicieron detenernos para esperar al otro grupo y a unas azafatas que se acercaron con pinganillos. Una de ellas llevaba el pelo recogido en una coleta alta.

—Encárgate tú de este grupo y llévalos a la zona antigua. Mónica llevará al otro grupo a la otra zona. Cuando estén listos llévalos al estudio uno.

Ella asintió sin mediar palabra y nos hizo un gesto para que la siguiéramos. De reojo observé cómo un hombre se acercaba hasta el padre de ese chico y se paraba para saludarlo. Su hijo entornó los ojos antes de colocarse junto al resto y empezar a caminar.

Recorrimos unos largos pasillos, donde distintas personas iban y venían. No había mucha gente, pero sí la suficiente para sentir curiosidad. Todos parecían saber hacia dónde dirigirse y qué tenían que hacer. Lo que más me llamó la atención era que, mientras todos mirábamos cada sitio que pisábamos con expectación, el chico que iba al final caminaba con las manos metidas en los bolsillos y expresión de aburrimiento.

Al llegar hasta una continuación del pasillo más grande, con el suelo y las paredes blancas, nos detuvimos, esperando la explicación de la azafata.

—En esas puertas tenéis los camerinos para dejar las cosas que hayáis traído y no necesitéis. Hoy no tendréis que cambiaros de ropa, pero sí tenéis que pasar por maquillaje para que os apliquen un poco de iluminador, por el tema de las cámaras y las luces. Cuando inicie el concurso tendréis que seguir más indicaciones —informó—. Os pedimos que no informéis lo que sucede en el interior. Si hacéis fotos que sea en estancias que no revelen nada. Debemos guardar la privacidad del certamen.

Todos asentimos, excepto ese chico. No sabía el motivo, pero su presencia empezaba a intrigarme más que todo el edificio. Me daba curiosidad ver sus labios torcidos y el gesto que hacía al despeinar su pelo. Miraba a la azafata sin mucho entusiasmo.

—¿Vamos ya hasta el estudio? —dijo de repente, ganándose la atención de todos.

—Eh, no, en cinco minutos. Así podéis dejar vuestras cosas.

—Yo estoy ya —respondió con una voz que no acompañaba a su temperamento, era pausada y con un deje rasgado—. Prefiero ir sin acompañantes.

—Mira, Aless, soy...

La mirada de advertencia que le echó tensó mi cuerpo por completo. La chica pareció darse cuenta y suspiró antes de asentir y dejarle ir. El chico avanzó por el pasillo como si fuera su casa, desapareciendo al girar hacia la derecha.

—Agradable, ¿verdad? Debe de ser todo un chulo prepotente —dijo la chica del pelo trenzado al colocarse a mi lado—. Pobre azafata, yo no podría hablarle así, es una trabajadora que no tiene culpa de nada. Amargado...

—Parece que no le hace mucha ilusión estar aquí —murmuré mirando hacia Matías, acababa de volver de uno de los camerinos y me había tocado el hombro en señal de apoyo.

Al ver que ya estábamos todos preparados, la azafata nos indicó que la siguiéramos y empezamos a caminar por los pasillos que el tal Aless ya había cruzado. Cada rincón me resultaba más apasionante, sobre todo la sala de maquillaje. Allí empezaron a sentarse para que les aplicaran el iluminador, como había advertido minutos antes. Cuando todos estuvieron listos caminamos hasta llegar a una inmensa puerta grisácea que había que empujar para entrar.

La sala era enorme, repleta de cámaras y personas trabajando a los lados. El lugar estaba más oscuro, pero había una gran cantidad de focos por el techo. Caminamos intentando no pisar los cables que había por el suelo y me fijé en una pantalla que había en un lateral, mostraba todo lo que sucedía en el plató.

—Los acompañantes os quedaréis aquí. Podréis ver lo que sucede por la pantalla, pero no acercaros hasta esta zona que queda sin tapar porque podéis aparecer por las cámaras. Solo pasareis desapercibidos con ropa negra —dijo en un tono más bajo—. Los participantes seguidme, os darán unas indicaciones para el vídeo.

Me quedé donde me habían indicado y aprecié que la chica entraba con prisa hasta el plató, donde un grupo de personas los esperaban. Al finalizar su trabajo observé cómo buscaba a Aless con la mirada hasta encontrarlo y tiró de su brazo para llevarlo detrás del plató, cerca de donde estaba.

—Ni se te ocurra volver a hablarme así —la escuché decir con el ceño fruncido y los brazos en jarra.

—Pero, Ale...

—Ni Alexa ni hostias. Me da igual que hayas discutido con papá o los problemas que tengas en este momento, estamos hablando de mi trabajo —continuó con severidad—. Ahora tú eres un simple concursante y estás bajo mis órdenes, no soy tu hermana. ¿Qué va a pensar el resto? Como se entere mamá...

—Está bien —siseó él al tensar la mandíbula—. Tienes razón, trataré de aflojar, pero es que no sabes cómo me ha tocado los huevos. Sigue empeñado en que cante rock y siga su estela. ¡Me había prometido que se mantendría al margen! Y lo primero que hizo fue anunciar a los cuatro vientos que voy a participar. Los escuché hablar, Lexa, y no quiero que se piensen lo que no es. Es precisamente lo que quería evitar.

—Pues aguanta. Demuéstrale a él y a todos tu talento cantando, no poniéndote de morros con cualquiera que respire a tu lado. Así no vas a conseguir nada.

—Sí, tienes razón —dijo en un tono más suave. Podía notar cómo sus músculos se habían relajado—. Te dejaré trabajar en paz. Lo estás haciendo muy bien, Lex —dijo dándole unos golpes en la espalda.

Fingí que estaba centrada en la pantalla al ver que empezaba a caminar para volver junto al resto de participantes. La azafata se colocó a mi lado y suspiró antes de mostrarme una sonrisa amigable.

—Hermanos... qué complicados son, ¿verdad?

Asentí sin saber muy bien qué decir y ella se posicionó a mi espalda, quedando relegada a un segundo plano.

Mi curiosidad por esa familia no había hecho más que aumentar.

CAPÍTULO 50: LA OVEJA NEGRA DEL REBAÑO

Aullando como loba, así quién no te perdona. Si mi cama te añora, cualquiera se enamora si pasa una noche contigo y le haces lo que haces conmigo.
(Aullando de Wisin y Yandel con Romeo Santos)



Los meses pasaron de una manera tan lenta que resultaba asfixiante. ¿Lo peor? No saber apenas de Matías. ¿El motivo? El Covid19, ese virus que empezó a arrasar con gran parte de la población mundial. Se inició un confinamiento obligatorio en toda España y eso provocó que todo se paralizara.

Eso hizo que el certamen quedara aplazado hasta que la situación mejorase, aunque no sabían dar una fecha fija. Por eso, cuando el encierro terminó y había pasado el verano con la llegada de septiembre, Matías apareció por mi casa con la mascarilla puesta, que, a pesar de ocultar su característica sonrisa, podía apreciarla gracias al brillo de sus ojos.

—¡Tengo una noticia genial! —dijo antes de sentarse en el sofá.

—¿Es del certamen? —pregunté mientras intentaba controlar el temblor de mi pierna derecha.

Desde que se había desatado el caos con el tema del confinamiento y todos los establecimientos habían cerrado, Matías terminó por volver con Victoria. Se había visto en la necesidad para no terminar de hundir su situación económica, pues carecía de trabajo. Dependieron únicamente del salario que siguió pasándole la familia de ella.

No terminaba de apoyar esa decisión, pues era egoísta, pero comprendía que se sentía entre la espada y la pared y su mayor miedo era terminar en la calle con todo lo que se había formado fuera. Había decidido mantenerme al margen y olvidarme, pues sentía que era lo mejor y así no terminaría más herida de lo que ya estaba, pero mayo llegó y, con ese mes, el fin del confinamiento.

El verano se empeñó en acercarnos más y los sentimientos fueron aumentando. La conexión entre ambos comenzó a ser tan fuerte que era imposible de negar, así que, como había podido recuperar el empleo y estaba cansado de las discusiones con su novia, decidió romper de una vez. El problema fue que eso le volvió un poco irascible. Estaba muy preocupado con que todo saliera bien o sentía que su única oportunidad se habría esfumado. No veía mucha esperanza, y eso le rompía.

Además, habíamos descubierto la fama de Aless buscándolo por Instagram y tenía la friolera cantidad de sesenta mil seguidores. En YouTube tenía cuarenta y cinco mil. Sus covers subían como la espuma y, con ello, el entusiasmo de sus fans. Incluso había salido en un

programa de la televisión, donde lo habían entrevistado y todo el mundo sabía que iba a participar en el certamen.

—¡Sí! Recibí un mensaje hace un par de semanas. Este sábado inicia, así que tenemos que estar el viernes en un hotel. Tengo que hacer un PCR antes de viajar y allí me harán todos los controles necesarios.

—Eso es genial. Con toda esta situación... me alegra que hayan decidido seguir adelante.

—Sí, supongo que querrán aprovechar ahora que se ha relajado un poco la situación, por si acaso en unas semanas empeora —caviló—. Sobre todo, quería venir para preguntarte si te gustaría acompañarme otra vez.

—Pero ¿os dejan llevar acompañante?

—Una persona. Y qué mejor que tú, ya tenemos experiencia en esto de ir a Madrid. —Sonrió.

—Yo... no sé —admitió—. Es muy precipitado.

Matías se acercó para apoyar la mano en mi pierna. Tragué saliva al ver la expresión de súplica en su rostro.

—Clara, por favor. Lo pasaremos bien y necesito tu apoyo. Todo esto... ya sabes que me tiene de los nervios.

—Lo sé. Nunca me hubiera imaginado que íbamos a vivir algo así.

—Quiero dar todo de mí en las actuaciones. Sé que puedo. —Suspiró—. Llevo preparándome desde que volvimos del viaje hasta ahora. He ensayado la canción un montón de veces, incluso mordiendo un lápiz para intentar vocalizar mejor. Hasta busqué ejercicios para mejorar la respiración, hay partes en las que me ahogaba.

—Está bien, iré. Solicitaré una PCR para el viaje.

—Te paso ahora el número de donde la haré yo. Pídela para el miércoles, así tendremos el resultado para el viernes —sugirió.

—Claro. ¿Cuántos días tendremos que estar allí?

—Depende de si paso o no de fase. Si llego hasta el final son cinco días, no lo van a alargar mucho por todo esto del virus. Por si acaso les da por hacer otro confinamiento o algo por el estilo. Y no están las cosas en Madrid como para jugársela.

—Aun así, cinco días son bastantes —intervine al apreciar su entusiasmo.

—Sí, nos quieren dejar dos días de margen para preparar cada actuación, aunque también ensayé un poco las otras dos. En el correo nos detallaron qué haríamos en cada fase.

—¿Qué tenéis que hacer?

Matías se acomodó en el asiento antes de explicarme con una sonrisa.

—El sábado es cantar la canción que ya les anunciamos que haríamos. El jurado será el que decida qué diez personas pasan a la actuación del lunes —indicó—. El lunes es parecido, salvo que será con una canción propia y seguirá votando el jurado. De ese día quedarán cuatro personas. Y el jueves... al parecer íbamos a cantar con un famoso que iba a ser nuestro padrino —dijo haciendo comillas con los dedos en la última palabra—, pero con todo esto del virus no quieren arriesgarse, así que nos hicieron escoger un cantante de una lista que nos dieron y se pondrán en contacto con ellos. En cuanto sepan que cuatro personas pasan a la fase final ellos serán los que muevan nuestros perfiles de Instagram.

—¿Vuestros perfiles de Instagram? ¿Son necesarios? —Fruncí el ceño al escucharlo.

—Sí. Estos días van a crear unos perfiles nuevos para que la gente nos pueda seguir. Hacen el anuncio por la televisión y las redes el viernes y ese mismo día nos dan los datos para que lo gestionemos.

—Pero, ¿para qué? No entiendo para qué necesitáis una cuenta nueva y que os sigan.

—Para la última fase. En ella el voto no depende solo del jurado, sino también del público que nos va a ver por la televisión. Además, influirán los seguidores que tiene cada cuenta.

—Pero ¡eso es injusto! —protesté cruzándome de brazos— No todos partís de la misma base. Alessby...

—Lo sé, a mí también me parece una putada, pero comprendo que les interesa financiar a una persona que ya mueve a un mínimo de gente y genera interés. No dejan de querer beneficios.

—Así que el cantante elegido influirá también en vosotros... —murmuré— ¿Cuál escogiste tú? ¿Qué opciones había?

—¿Quieres ver la lista?

Asentí, permitiendo que se acercara hasta tal punto en que la tela de su pantalón rozó el mío. Me estaba resultando una tortura tener esa química entre ambos y tener que controlarla. La nube que se formaba cuando Matías estaba a mi lado comenzaba a abrumarme. No sabía de qué manera controlarla y ahora que estaba soltero... el tema seguía en el aire. Me daba miedo preguntarle qué éramos nosotros o qué sentía por mí por si lo echaba todo a perder. No quería salir lastimada otra vez.

—Del estilo que manejo yo tenía estas opciones —dijo mientras deslizaba el dedo por la pantalla para señalarme los cantantes que había barajado—, al final me decanté por Rayden.

—Me gusta.

Le miré y sonreí al escuchar su decisión. Rayden era uno de los cantantes que más me gustaba escuchar. Al ver el nombre de otro cantante que seguía desde hacía unos meses no pude evitar soltar unos gritos agudos.

—¡Está Lola Índigo! Me mueroooo.

—Sí, cuando lo leí me imaginé que te pondrías así —se rio—. Fue un dilema que tuve, ¿sabes? Soy consciente de que tiene muchísimos seguidores y eso me ayudaría porque el tema de la influencia de Instagram en el concurso me da mucho respeto, pero no quería venderme. Tengo claro el estilo que quiero seguir y cómo quiero llevar mi carrera musical, por eso preferí hacer lo que me dictó el corazón. Espero no haberla cagado —murmuró antes de rascar su pelo.

—Seguro que no. Es importante seguir tus principios y hacer aquello que te guste —respondí para intentar animarlo—. ¿Se sabe que escogieron los demás?

—Ni idea. Eso sí que va a ser sorpresa.

—Entonces habrá que ir y averiguarlo.



La llegada a Madrid fue una locura. Matías estaba de los nervios, sobre todo cuando llegamos al estudio. Era el mismo de la otra vez, lo que facilitaba las cosas, pero habíamos tenido que pasar unos controles más exhaustivos por el virus y ahora estaba pasando por maquillaje, peluquería y sastrería. Yo me distraía mirando todo lo que hacían, cómo los trabajadores cumplían con su tarea con gran soltura y llevaban a cada participante de aquí para allá.

Dejé de respirar en el momento en que Alessby entró por la puerta de peluquería. Ya lo habían cambiado de ropa, lo que incrementaba su interés. Tenía una camiseta blanca básica metida por dentro de unos vaqueros ajustados y encima llevaba puesta una chaqueta azul marino con mangas blancas. Seguía con esa dichosa cadena plateada y el aro en su oreja derecha. La peluquera y su ayudante se encargaron de revolver su pelo oscuro, dejándole unos mechones rizados por la frente.

—¿Ya tienes preparada la actuación? —preguntó ella mientras le echaba un poco de laca, lo que me hizo toser.

Sus ojos oliva conectaron con los míos por un momento. Me apresuré en mirar a Matías al sentirme intimidada.

—Sí, estoy a esto de ser desheredado —dijo haciendo el gesto con los dedos mientras mostraba una amplia sonrisa. No parecía muy preocupado.

—¿Y eso?

—Papá no está de acuerdo. Él quería que cantara *Always* o *Thunderstruck*.

—La cabra siempre tira para el monte —se rio la peluquera.

—Pues para él soy la oveja negra ahora —murmuró.

Al ver que Matías había terminado y una azafata había aparecido para llevarlo hasta el plató, fui tras él. Parecía que mi *crush* no era el único con problemas y preocupaciones. Por el camino también nos cruzamos con la chica de pelo trenzado y el chico de gafas del primer viaje en autobús.

Dentro del plató era un caos. Al parecer, esta fase y la siguiente las iban a grabar de tarde para ponerlo en *prime time*. Todos estaban ansiosos de que el certamen saliera bien.

Unas personas mandaban sobre otras, los cámaras se movían de un lado hacia otro para comprobar que los planos fueran los correctos y el regidor controlaba las pantallas que había a los lados del plató, ocultos tras la pared que lo envolvía. Al fijarme quiénes eran los miembros del jurado no pude evitar dar saltos de la emoción. Eran personas muy importantes en el ámbito musical nacional.

—¿Lo has visto? —murmuré a Matías tirando de su sudadera— No me puedo creer que ellos sean el jurado.

—Me pone todavía más nervioso —me reconoció mientras removía de forma inconsciente su pelo—. Espero que la actuación vaya según lo previsto. He pedido unas cosas a uno de los jefes y me lo han concedido.

—Déjalo, vas a estropear el peinado —le regañé mientras sujetaba su mano para frenarlo—. ¿Qué has pedido?

—Sorpresa.

Al ver su sonrisa divertida me contagié. No tenía claro quién tenía más nervios de los dos. De repente pasó por nuestro lado Alessby, que fue directo al centro del plató para saludar a uno de los cámaras.

De reojo pude apreciar que el cuerpo de Matías se tensaba. Aunque intentaba no verbalizar mucho, sabía que tampoco le hacía mucha gracia que ese chico conociera tan bien al equipo que llevaba el certamen. Temía que eso le beneficiara. Al menos saludó desde lejos al jurado sin entablar conversación con ninguno.

—Todo saldrá bien —susurré, apretando de nuevo su mano.

No tuvimos mucho más tiempo, pues a los pocos minutos empezaron a llegar el resto de participantes. Me quedé al margen, lo suficientemente apartada como para que las cámaras no me pillaran y poder ver lo que pasaba en el plató gracias a la pantalla que había en un lateral. El problema era que junto a mí estaban los acompañantes de los participantes y parte del equipo.

El director empezó a realizar las indicaciones pertinentes a la presentadora y a los participantes. Desde donde estaba pude escuchar que tendrían que quedarse tras la pared, esperando ser llamados. Y, al acabar de grabar las actuaciones, mientras el jurado deliberaba sus votos, grabarían unas pequeñas escenas a cada uno donde contarían sus impresiones.

El público ya estaba preparado, cada persona estaba separada de la siguiente por la medida

establecida. Lo bueno era que seguían pudiendo ver el escenario sin problema. Me sobresalté al ver que un hombre se acercaba hasta nosotros.

—Aún quedan espacios libres entre el público, podéis ir algunos de vosotros.

Decidí aprovechar para poder ver a Matías de frente y pasé al lado de los aspirantes. Moví los labios para articular «suerte» y él me respondió con un guiño. Alessby se quedó mirándome unos segundos, los suficientes para conseguir que mi cuerpo se tensara.

Cuando me senté vi que se había acercado hasta un trabajador y le estaba hablando al oído. Entonces ambos miraron en mi dirección y yo tiré el móvil al suelo debido a los nervios. Estaba intentando, sin mucho éxito, hacerle una fotografía a Matías para el recuerdo.

No sabía qué estarían hablando y ya me estaba temiendo lo peor. ¿No podía hacerle una foto al plató? ¿Se habría chivado? Decidí guardarlo en el bolso por si acaso. A los pocos segundos vi que el hombre asentía y le dio unas palmadas en la espalda antes de desaparecer. Tuve un mal presentimiento, quizás no había sido lo mejor sentarse en una de las primeras sillas.

Empecé a prestar atención al plató al ver que unos músicos habían llegado y empezaron a colocarlos al fondo, bastante lejos de donde iban a actuar los participantes. Me pregunté si tocarían en directo o sería *playback*, pero no me dieron demasiado tiempo para reflexionar.

La primera actuación no tardó en llegar. La presentadora se encargó de darle nombre y yo abrí la boca al ver que se trataba de la chica de pelo trenzado, que ahora lo llevaba suelto, y le habían puesto un vestido ajustado con brillos y algo de escote. El maquillaje la hacía parecer más mayor, pues le resaltaba los ojos y los labios. No parecía ella.

Las luces la beneficiaron. Dejaron todo tenue, casi en la penumbra, y dos focos salieron del fondo, haciendo que su vestido resplandeciera. Me estremecí al escuchar su voz dulce cantando *con la miel en los labios* de Aitana.

Se me hizo una actuación muy amena. Demasiado. Aunque me di cuenta de que habían acortado la canción, seguramente porque eran muchas personas para cantar y si todos cantaran los tres minutos o cuatro de canción el certamen se haría muy largo. Y a eso había que sumarle los vídeos que metían entre canción y canción y alguna pequeña publicidad. Agradecí que esta cadena apenas los tuviera.

El siguiente fue un chico que me sonaba haber visto en el autobús. Tenía el pelo rubio y sus ojos claros le hacían parecer un surfista. Le habían puesto una ropa desenfadada y cargaba encima una guitarra. Me sorprendí al ver que iba a tener unos bailarines con mascarilla detrás, a una distancia prudencial por el virus.

Las primeras notas de la guitarra fueron suficientes para saber qué canción era, *there's nothing holdin' me back*. Incluso el público lo supo, pues empezaron a aplaudir como locos. Les dejaron un par de segundos, pero enseguida el chico que se encargaba de controlarlos y dar indicaciones les hizo un gesto para que parasen. Por suerte, no éramos muchos, así que no debía de sonar como cuando estaba el doble de personas.

Pasaron dos actuaciones más antes de la de Matías. Una chica cantó con un top ajustado y unos pantalones anchos la canción *4 besos* de Lola Índigo. Me asombraba la capacidad que tenían los trabajadores de peluquería, maquillaje y sastrería para hacer parecer a los participantes más mayores y profesionales de lo que eran. Aunque también tenía que reconocer que ayudaba el cuerpo de baile y el talento de cada seleccionado. Había un nivel muy alto.

La otra que sonó fue *3 A.M.* cantada por una chica bajita con flequillo. No se había movido mucho por el escenario y hubo un momento que se le olvidó una frase, así que tuvieron que hacer un corte y volver a empezar a grabar. Tenía suerte de que no era en directo, pero no le sumaría muchos puntos a la hora de la votación. Lo que no sabía era si pondrían ese fragmento o

no, pues justificaba la nota que le darían.

Al ver que la presentadora llamaba a Matías mis piernas comenzaron a tener vida propia, golpeando una y otra vez el suelo. Intenté respirar con fuerza para serenarme y concentrarme en ver cómo subía al escenario y se preparaba a las indicaciones de una persona que había entre el público. Pegué un bote sobre el asiento al escuchar una voz resonando por el plató como si nos hablaran por unos altavoces, pero el peor susto me lo llevé cuando a esa voz le acompañó una luz roja como si hubiera habido un error y fuera una alarma, la cual enfocaba a Matías.

El público también se sobresaltó y pude ver cómo una cámara hacía un plano general, enfocándonos. Al dar paso a su voz ronca y grave me relajé. Entonces recordé que formaba parte de la canción. *Efectos vocales* de Nach nunca pasaría desapercibida.

Matías movía la mano que tenía libre siguiendo el ritmo, incluso su cabeza lo acompañaba. Lo veía concentrado, vocalizando cada palabra mientras acompañaba el golpe de voz con los gestos.

Al pasar a la que era la tercera parte, pues habían quitado la segunda, la luz roja pasó a ser verde. El público empezó a aplaudir de forma espontánea, se detuvieron al escuchar que Matías volvía a cantar, esta vez usando palabras que solo tuvieran la e como vocal. «Así que esto era lo que había hablado con el jefe», murmuré para mis adentros con una sonrisa dibujada en los labios. Estaba orgullosa de él.

Al acabar, la ovación no tardó en llegar, a la cual me sumé. Me levanté del asiento como si hubieran puesto pinchos y dejé que la cámara me grabase, junto al resto, aplaudiendo hasta que las palmas empezaron a picarme.

Cuando se bajó aproveché para mirar de soslayo al jurado y aprecié que uno sonreía y le asentía a su compañera, aunque no sabía lo que decían. Me fijé en que, cuando Matías llegó hasta la pared donde estaban escondidos el resto de participantes, Alessby se había acercado y le dijo unas palabras antes de darle unas palmadas en el hombro. Me sorprendí al escuchar que el siguiente era él.

No le hizo falta mucho tiempo para comerse el escenario. Había participantes buenos, pero tenía que admitir que él estaba a otro nivel. Sabía cómo moverse, los gestos que tenía que hacer, cómo acercarse y mirar a la cámara que giraba cerca de ellos. Parecía que seducía al espectador.

Recordé lo que le había dicho a la peluquera y me sorprendí por su decisión. Desde luego, no era un estilo que su padre apoyaría, por lo que había escuchado. Alessby había decidido cantar *aullando* de Wisin y Yandel con Romeo Santos. Había empezado a tentar al público acercándose al borde del escenario y quitándose la chaqueta.

Pero la peor parte llegó cuando inició el estribillo y vi que saltaba del escenario para acercarse hasta el público. Al ver que sus ojos conectaron con los míos y empezó a esbozar una sonrisa lobuna —nunca mejor dicho—, mi corazón amenazó con salirse del pecho.

Me apresuré a negar con la cabeza, pero él tiró de mí, consiguiendo que me levantara del asiento, y me llevó hasta el plató. Allí comenzó a cantarme casi al oído.

—Si paso una noche contigo y haces lo que haces conmigo...

La electricidad que me generó fue instantánea. Nunca me había puesto tan roja como en ese momento, podía notar que mis orejas ardían, sobre todo la derecha, que era la que había atacado con su tono seductor. Me quedé quieta como una piedra mientras él bailaba a mi lado haciendo unos sugerentes movimientos de cadera.

Los chillidos del público empezaron a llegar al ver que había subido su camiseta, dejando entrever su abdomen. Al llegar la cámara se acercó para guiñar el ojo mientras cantaba la última frase de una estrofa. En la parte que tenía que hacer un aullido pidió que el público lo

acompañara y estos lo hicieron con gran emoción. Desde donde estaba podía ver cómo la baba de muchas chicas llegaba hasta el suelo. Si seguían así iba a llegar hasta el escenario.

Por suerte, la canción se detuvo y pude volver hasta mi asiento. Sentía tanto calor que tuve que abanicarme con las manos para conseguir algo de aire. Su sonrisa maliciosa se me había quedado grabada en la mente a pesar de que había vuelto a ocultarse tras la pared.

Las siguientes actuaciones fueron entretenidas, pero sentí que los puestos que estaban asegurados eran los de Matías y Alessby, quizás el del chico rubio también. Cuando llegaron a la última actuación me estaba rugiendo el estómago. Necesitaba una pausa para poder comer algo.

Por suerte, el jurado no tardó en irse para deliberar y, seguramente, también para hacer lo mismo que quería yo. Como los vídeos iban a estar unos minutos con cada uno y podían tener que repetir tomas, indicaron a los primeros diez participantes que se quedaran y el resto tenía media hora para poder ir al baño o a las máquinas a coger algo para comer. También indicaron que había una que servía café o chocolate caliente. Suspiré aliviada al ver que Matías pertenecía al segundo grupo.

—¿Qué tal? ¿Qué te han parecido las actuaciones? ¿Y la mía? —preguntó mientras recorríamos los laberínticos pasillos— La verdad es que cada vez me cae peor el chico este.

—¿Alessby? —pregunté mientras girábamos a la derecha.

—Sí, ese. Cuando te subió a plató aluciné.

—Ya me olía algo, si te soy sincera —respondí antes de suspirar—. Vi que hablaba con un trabajador que había cerca y me miraron los dos.

—Qué cabrón.

—Bueno. —Me encogí de hombros, no quería complicar la situación—, también es normal viendo la actuación que hizo. Necesitaba un señuelo para generar más expectación. Por cierto, vi que te dijo algo cuando terminaste, ¿fue algo malo?

Bajamos unas escaleras pequeñas y agradecí que habíamos llegado hasta las máquinas. Esto de ir sin alguna azafata como guía tenía sus peligros. Aproveché para sacar un vaso de plástico al lado de la máquina y pulsar el botón del chocolate caliente mientras le miraba de soslayo.

—No, me felicitó por la actuación. Me dijo que le había sorprendido la elección —dijo con una sonrisa, aunque enseguida la borró—. Lo único que me resultó extraño fue su consejo. Me dijo que poner el listón demasiado alto a veces no ayudaba, pues el público y el jurado esperarían algo parecido o superior para la siguiente.

—Y lo dice él, que casi se desnuda ante la cámara —me reí—. Parecía un estríper.

Me llevé el vaso con el chocolate a la boca al ver que Alessby estaba detrás de nosotros y había alzado las cejas. Maldije para mis adentros, seguro que me había escuchado. Encima, al ponerme nerviosa, me atraganté con el chocolate y empecé a toser como una tonta.

—Me alegra que hayas disfrutado de la actuación —dijo al acercarse hasta nosotros para, acto seguido, desaparecer por las escaleras.

Me dejó con la palabra en la boca, aunque tampoco hubiera sabido qué responder. Observé que Matías había fruncido el ceño antes de gruñir algo, pero se distrajo cogiendo un vaso para llenarlo de café.

—¿Pillamos algo de comer en esa máquina? —dijo señalándola mientras daba un sorbo.

—Claro. Y tu actuación estuvo genial, me sorprendió mucho. —Sonreí al recordar sus preguntas—. Pude escuchar a algunas personas del público hablar, varias fueron corriendo a seguirle por Instagram.

Mi estómago se contrajo al ver que esbozaba una igual de sincera. Estaba demasiado en juego para él.



El descanso no duró mucho, pues el jurado ya tenía su veredicto. Los jefes del certamen decidieron grabar esa parte primero para que pudieran descansar en sus casas, así que los otros diez participantes tendrían que grabar mostrándose entusiasmados aun sabiendo el resultado final, y seguro que algunos no pasarían de fase.

Era extraño ver a los veinte participantes sobre el escenario con sus miradas cargadas de expectación puestas sobre cada miembro del jurado. La tensión podía cortarse con un cuchillo, incluso yo, que estaba entre el público, me sentía como si fuera una concursante más. Respiré con fuerza en el momento en que dijeron el nombre del primer participante que pasaba.

Los cinco primeros me dieron un poco igual, pues mi mente solo podía pensar en Matías, pero ya empezaba a sentir la tensión aprisionándome la garganta. Mi *crush* cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro mientras apretaba y destensaba las manos en un puño. Incluso aprecié cómo bajaba y subía su nuez por la garganta.

—Ana.

Los aplausos continuaron mientras la chica que yo había bautizado como la del pelo trenzado agradecía continuar y sus ojos empezaban a humedecerse. Ya solo quedaban cuatro posibilidades. Cuatro únicas oportunidades para escuchar el nombre de Matías saliendo de sus labios.

—Daniel.

Comencé a hiperventilar. Que solo quedasen tres oportunidades me estaba dejando sin aire. O decían su nombre pronto o no tardaría en desmayarme.

—Lucía.

Me sujeté al asiento para evitar caerme. Ni los ejercicios de la psicóloga me iban a salvar de sufrir un ataque de histeria por los segundos que hacían entre nombre y nombre para generar más tensión de la que ya había.

—Matías.

Intenté contener el chillido agudo que estaba acariciando mis labios mordiéndolos con fuerza, me daba igual hacerlos sangrar. Mi corazón dejó de latir por un instante al ver que su mirada me había buscado entre el público nada más escuchar su nombre y se apresuró en dar las gracias y lanzar unos besos hacia donde estaba antes de colocarse junto a sus compañeros salvados.

—Y... Alessby. ¡Un gran aplauso para nuestros diez participantes! ¡Nos vemos en la siguiente fase el...!

Desconecté al escuchar el último nombre. Estaba claro que iba a pasar por la ovación que había recibido en la actuación y también ahora. Arrugué el ceño al escuchar a una chica que tenía detrás hablar con una amiga. Le estaba contando que iba a esperar a que estuviera solo para intentar pedirle una fotografía y aprovechar para ligar con él. «Ilusa», pensé para mis adentros mientras entornaba los ojos. Ese chico era tan agradable como un león enjaulado, tendría que tener cuidado si no quería ser devorada.

Al volver a mirar a Matías respiré, agradecida, nuestra aventura por Madrid continuaba. O al menos eso pensaba, pues al encender su móvil le llegaron varios mensajes y llamadas y él frunció el ceño antes de mirarme con preocupación.

—Es Victoria. Está en el hospital.

CAPÍTULO 51: SERENDIPIA ERES TÚ

Y fue por ti que escribí más de cien canciones y hasta perdoné tus equivocaciones, y conocí más de mil formas de besar, y fue por ti que descubrí lo que es amar.
(Antología de Shakira)



—¿Qué?

Lo miré sin entender nada. Matías turnó su atención entre mi rostro y la pantalla del móvil antes de resoplar y revolver su pelo. Todavía tenía que grabar el vídeo, no sabía qué estaba sopesando.

—Tengo que volver. —Suspiró—. Lo mejor será que hable con ella.

—¿Por qué?

Miré a mi alrededor. Por suerte estábamos en una zona apartada, así que no había nadie prestando atención a lo que estábamos hablando.

—No es la primera vez que... pasa esto. No quiero que lo siga repitiendo.

—Pero, Matías..., es jugártela mucho. Tienes que ensayar la canción y en dos días es la siguiente actuación. ¿Vas a meterte en un viaje de cinco horas de ida y cinco de vuelta mañana? ¡No te va a dar tiempo! Tu sueño...

—Lo sé, lo sé. Voy a hablar con su familia y enterarme del horario de visitas. Supongo que con esto del virus es más complicado. Pero... —Suspiró—. No puedo dejarla tirada, Clara.

Cerré la boca. No sabía qué había pasado, pero por sus palabras intuía por dónde iban los tiros. Comprendía su preocupación, habían estado muchos años juntos y le tenía cariño, pero me preocupaba que se la jugase de esa manera, que su sueño peligrara por ir detrás. Cada uno tenía que lidiar con sus propios fantasmas, cargarlos en alguien más solo haría que cayeran los dos.

Así que me callé y asentí. No podía meterme en un sitio en el que nadie me había llamado y Matías ya era lo suficientemente mayor como para hacer aquello que considerase mejor. No tenía qué recordarle lo que estaba en juego porque él lo sabía a la perfección.

—Disfruta del vídeo, ¿vale? Mientras iré mirando que autobuses hay que vayan pronto por la mañana.

—Gracias.

Su tono sincero me relajó, pero mis terminaciones nerviosas se dispararon en el momento en que sus labios se posaron en mi mejilla izquierda, cerca de mis labios. Tragué saliva al sentir su contacto, esa tortura de acercarnos y alejarnos me estaba matando. A veces me encantaría meterme en su cabeza para saber en qué estaba pensando.

Por suerte, fue el segundo de su grupo en grabar el vídeo, así que al terminar nos dejaron

marchar. Decidimos llamar a un taxi para que nos acercase hasta nuestra zona, desde ahí iríamos andando al hotel.

El viaje en taxi fue extraño. Matías estaba callado, miraba por la ventanilla con la mirada perdida. Yo entablé un poco de conversación con la mujer que conducía, así podía distraerme.

Una vez en la habitación decidí dejarle privacidad yendo a darme una ducha. Supuse que agradecería que estuviera entretenida metida bajo el agua caliente, así podría hablar con tranquilidad.

Al salir me envolví con una toalla y me asomé. Matías estaba callado, sentado en una esquina de su cama mientras revisaba la pantalla de su móvil, así que caminé hasta él.

—¿Todo bien?

—Sí. Parece que no ha sido algo grave, pero hoy se quedará en el hospital. —Suspiró—. Con esto del Covid solo dejan que esté una persona de acompañante, y ya se queda su madre con ella, así que hablaré con Victoria un poco mañana por teléfono y en persona cuando regresemos. Quiero quedarme tranquilo.

—Y... —Me mordí el labio inferior, no sabía si insistir o no— ¿Estás bien?

—Sí, sí. No te preocupes —dijo tratando de sonreír—. Solo me quedé un poco rayado, pero se me pasará. Tienes razón en lo de que me tengo que centrar, Victoria tiene que asimilar la ruptura y yo de verdad quiero vivir de la música. Del rap.

—¿Qué tal la cuenta nueva?

Me aferré mejor en la toalla antes de acercarme a él. La pregunta había surtido efecto, pues se apresuró en toquetear la pantalla para ir a Instagram y meter los datos que le habían dado. Al entrar en el perfil me fijé en que el equipo le había puesto una foto de perfil, la única que tenía de *feed*.

—¿Te dejan subir alguna foto?

—Aún no —respondió—, pero mañana suben ellos algunas de las que han hecho hoy y nos dejan contestar comentarios. Tenemos que hacer algo de movimiento por las historias para que lleguen más.

—Es increíble que en unas horas vayamos a verlo por la televisión.

—Sí.

Sus ojos brillaron, emocionados. Mi estómago rugió al recordar que no habíamos comido gran cosa en horas.

—¿Buscamos algún sitio barato para cenar? —sugirió.

—Claro. Mejor nos apresuramos para no perdernos nada del certamen.

No hizo falta decir nada más. Me di prisa para vestirme y fuimos a buscar algún sitio de comida rápida que no estuviera muy lejos. Estaba ansiosa por ver en pantalla grande lo que había podido vivir por mi cuenta.



El lunes regresamos al estudio. Matías estaba pletórico porque, desde la actuación, había conseguido acumular setenta mil seguidores, pero Alessby había superado los noventa mil y eso le inquietaba. Aun así, para él no había nada mejor que volver al plató, la adrenalina de saber que iba a volver a subirse un escenario y, encima, con una canción propia.

Quise escucharla, pero no me dejó. Matías prefería que fuera sorpresa y me dejara llevar por la sensación del momento, así que no tenía claro quién estaba más nervioso. Barajé las posibilidades sobre lo que podía cantar, ¿otro tema fuerte? ¿De esos que provocaban que la gente

se levantara del asiento? O ¿uno más lento en el que fuera indispensable usar la linterna del móvil a modo de luz?

Al ser la mitad de participantes ya podían cantar la canción completa, así disfrutaríamos más. Todos volvieron a colocarse tras la pared después de haber pasado tras maquillaje, peluquería y sastrería.

—Mucha mierda —le susurré antes de dirigirme hasta un asiento libre del público.

Matías me guiñó el ojo y pasó un dedo por mi nariz hasta tocar la punta. De soslayo pude ver que Alessby estaba atento a nosotros dos.

Mi corazón se aceleró en el momento en que la presentadora dio paso al primer participante. Era nada más y nada menos que Alessby. Le habían levantado un poco el flequillo hacia arriba y llevaba una camisa blanca con unos botones sin poner junto a un chaleco negro y unos pantalones ajustados del mismo color.

Al subir al escenario el público comenzó a aplaudir mientras yo le mantuve la mirada, advirtiéndole de que ni se le ocurriese volver a hacerme subir, con una vez había tenido más que suficiente. Me fijé en que volvía a tener a unos bailarines detrás. Los músicos ya estaban preparados para tocar lo que hubieran organizado.

La canción cumplía con su objetivo principal: Era sencilla, con un estribillo repetitivo y con ritmo, lo que la hacía pegadiza. Su punto fuerte se notaba que era el baile y saber qué gestos hacer para ser el centro de atención. Explotaba su atractivo hasta tal punto en que la cámara parecía hacer más primeros planos que con el resto de participantes.

Cuando acabó aplaudí a un ritmo más pausado que los demás. Mi vista estaba demasiada ocupada en descifrar los detalles que componían la mirada de mi *crush*. Sabía que el estríper iba a tener una buena puntuación, y eso que los seguidores todavía no podían votar, si no seguramente acabaría en el *top* uno.

La siguiente fue Ana, la chica del pelo trenzado que, otra vez, lo volvía a llevar suelto. Esta vez cantaba una canción másailable, así que llevaba un *top* negro junto a un pantalón deportivo del mismo color y una chaqueta encima, también negra.

Era sorprendente que la primera vez que la vi me pareció una chica tímida y callada. Con ese conjunto parecía todo lo contrario.

No le fue mal. Disfrutaba de la actuación y se notaba que estaba segura con lo que había creado, pero de esa fase solo podían pasar cuatro, así que todos se la jugaban bastante. Tuvieron que pasar cinco personas más hasta que la presentadora llamara a Matías.

Me sorprendió verle subir con tranquilidad y mirar al público con el micrófono en mano y con una mirada vidriosa. Inspiró con fuerza mientras esperaba el gesto del trabajador que volvía a estar a mi espalda y las primeras notas de la base empezaron a sonar.

Mi mandíbula no quedó desencajada de milagro. Matías había optado por una melodía sencilla, con una luz tenue de fondo para que los focos se centraran en él de forma directa. Me recordaba un poco a la puesta en escena de la anterior actuación de Ana. Era una buena elección al escuchar la letra que sonaba de sus labios. Cada palabra vibraba al salir de su garganta con un deje ronco, profundo. Ese momento me transportó a su actuación en el *slam*. Estaba generando la misma sensación de seguridad y fiereza.

Cuando terminó, su respiración agitada se mezcló con los latidos acelerados de mi corazón. No sabía cómo lo hacía, pero la conexión que generaba podía llegar hasta los trabajadores que estaban al fondo, junto a las azafatas. Aplaudí hasta desgastar las palmas de mis manos, nunca sería suficiente para transmitir cómo hacía flaquear mis piernas.

—Ha sido increíble —susurré cuando, al terminar todas las actuaciones, pudimos juntarnos

—. Era una canción preciosa. ¿Pensaste en alguien al escribirla?

Matías me miró con los ojos bien abiertos antes de fruncir el ceño y menear la cabeza.

—¿En serio no te acuerdas?

—¿El qué?

Lo miré con extrañeza. No entendía a dónde quería llegar.

—Serendipia eres tú, chica de las letras.

Iba a abrir la boca para decir algo, pero el *shock* fue superior. Había estado tan absorta en escucharle y verle comerse el escenario que no había recordado nuestra conversación sobre las palabras especiales, como esa.

Parpadeé al ver que se acercaba y quise preguntarle por ello, pero me lo impidió al arrinconarme contra una pared del pasillo y atacar mis labios con los suyos. Cerré los ojos al sentir la fiereza de su beso, tan intensa como su canción minutos antes. Su mano se enredó por mi pelo, acariciándolo con los dedos mientras seguíamos sumidos en nuestro propio baile.

Todo quedó relegado a un segundo plano, salvo nosotros. La vorágine de sensaciones que me estaba provocando su beso me había hecho volar. Me aferré a su cuello con la esperanza de no poder hacerlo, mis pies se alzaron debido a un cosquilleo.

Al separarnos apoyó su frente contra la mía para coger aire, pues nuestras respiraciones se entremezclaron. No tardamos en sumergirnos en otro beso, esta vez más lento, para recompensarnos por todos aquellos que habíamos perdido.

—Yo... Quise hacerlo antes, pero no quería apresurarme por toda la situación.

—Lo sé —susurré antes de tragar saliva—. No pasa nada. Ha sido muy bonito así.

—Te debía una buena canción. —Sonrió.

—Y lo has hecho. Me ha gustado mucho.

Me sobresalté al sentir de repente la presencia de una persona cerca de nosotros. Al girarme vi que se trataba de una azafata. La hermana de Alessby.

—Yo que vosotros aprovechaba para ir al baño y beber algo, en poco regresará el jurado con el veredicto final —dijo con una sonrisa amable—. Mucha suerte, Matías. ¿Has pensado en algún nombre artístico? ¿o prefieres que te conozcan así?

Él me miró de reojo antes de esbozar una sonrisa que le generó unas adorables curvas en las mejillas.

—Fénix. Quiero que me conozcan por Fénix.

—Muy bonito, el ave que renace de sus cenizas.

—Justo, igual que ella —susurró antes de tirar de mí para atraerme hasta su pecho.



La hermana de Alessby tenía razón. Tuvimos el tiempo justo para ir al baño y beber algo de la máquina antes de que anunciaran que había que regresar al estudio uno. Volví a mi asiento y le deseé suerte haciendo el gesto con las manos antes de que el jurado regresara a su lugar.

Ya estaban los diez aspirantes en el escenario. Si en el primer programa los nervios eran notorios, en este la tensión se podía cortar con cuchillos. La presentadora volvió a explicar la dinámica y recordó que el jueves tendrían disponible una *app* para votar por su aspirante favorito. Miré a Matías con preocupación. Cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro y no paraba de revolver su pelo. Tragó saliva varias veces antes de atacar su labio inferior. Por el contrario, a Alessby se le veía bastante confiado.

—Nos lo habéis puesto muy difícil —comenzó a decir uno de los miembros del jurado—,

pero ya tenemos anotados a los cuatro finalistas. Mucha suerte a todos.

El sonido que pusieron para aumentar la tensión hizo que quisiera morderme las uñas, así que me aferré al asiento para intentar frenar el impulso. Inspiré con fuerza al ver que otro del jurado estaba a punto de nombrar al primero.

—¡Ana!

Sus ojos se abrieron de par en par al escuchar su nombre y su cuerpo se desinfló como si fuera un flan. Sus piernas cayeron hasta el punto de que casi tocaba el suelo. Ocultó su rostro con las manos para evitar llorar.

Cuando se calmó y se colocó en un lateral, un poco más adelante que sus compañeros, el jurado continuó nombrando a la segunda persona afortunada.

—El segundo participante que creemos que merece llegar a la final es...

Mi corazón amenazó con salirse del pecho. Todos los concursantes tenían su atención puesta en ese miembro del jurado.

—¡Alessby!

Los aplausos no tardaron en llegar. El estríper agradeció al jurado y al público con una sonrisa antes de colocarse cerca de su compañera.

—La tercera persona que nos ha tenido atrapados con su canción es...

Palidecí al ver que solo quedaban dos. Dos oportunidades. Dos posibilidades de que tuvieran escrito su nombre en algún papel. Tragué saliva sin dejar de mirarlo.

—Lucía.

No podía creerme que solo quedara una oportunidad. Ni siquiera fui capaz de alegrarme por esa chica que se apresuró en agradecer al jurado y al público el apoyo. Mis ojos estaban fijos sobre ese chico que estaba sufriendo tanto o más que yo.

—Y la última persona, y no menos importante, que pensamos que tiene un gran talento y que, por ese motivo, se merece llegar a la final es...

Sentí como mi alrededor se ralentizaba. Como si hubiera llegado el reto del *maniquí challenge*, tanto el público como el jurado y los participantes parecían haberse congelado. Las voces reverberaban en mis oídos en un segundo plano, generando un pitido molesto.

—... ¡Matías!

En ese momento parpadeé y solté una bocanada de aire. Todo pareció volver a la normalidad. El público se levantó para aplaudir y yo hice lo mismo, aunque de manera más lenta. Los nervios me habían agotado. Pero cuando su mirada conectó con la mía mi cuerpo se relajó.

Ya solo le faltaba dar un paso para conseguir cumplir su sueño. Matías había echado a correr con tanta firmeza que tenía el impulso suficiente para desplegar las alas y echar a volar.

CAPÍTULO 52: NUNCA DEJÉIS DE VOLAR

Gracias a tu luz hoy puedo brillar, me das esas fuerzas para continuar, apóyate en mí, juntos para seguir, recupera fuerzas, yo siempre por ti.
(Siempre por ti de Shé con Gema)



El jueves llegamos al estudio con los nervios a flor de piel. Ni siquiera habíamos podido disfrutar de nuestro tiempo juntos, puesto que había estado muy concentrado ensayando la canción que había elegido. Los dos días anteriores lo habían citado para prepararla bien en el escenario. Aunque su padrino no estuviera para cantar seguían teniendo que defender su canción, así que había terminado de ultimar los detalles. Además, había recibido una llamada de su madre y, aunque no me había contado qué había pasado, por su cara de preocupación y cómo repasaba una y otra vez la letra intuía que no había sido una buena noticia.

No quise interrogarle. Durante el tiempo que lo había estado conociendo había descubierto que su manera de protegerse era guardarse todo lo malo. No quería agobiarme a mí con sus problemas, así que había decidido distraerme escuchando unos *streams* de un canal que había descubierto hacía poco por Twitch. Se llamaba *la hora del búho* y eran dos chicos que hablaban de un tema diferente cada lunes por la noche.

Lo mejor era la frase con la que se despedía siempre uno de ellos al final: «Los búhos vuelan de noche, pero vosotros deberíais hacerlo todo el día. Nunca dejéis de volar. Nunca dejéis de soñar».

Salí de mis ensoñaciones al fijarme en mi *crush*. No sabía que había hablado con su madre, pero había hecho que su impaciencia aumentara a medida que pasaba por las distintas salas de preparación. En sastrería no paraba de quejarse conmigo diciendo que la tela le picaba y al salir de maquillaje había intentado quitarse los polvos porque según él se habían excedido y notaba su piel diferente.

—Ya vale, Matías —le regañé antes de suspirar para intentar serenarme yo. No quería decir algo de lo que me fuera a arrepentir por los nervios que me había pasado a mí—. Ya sé que es muy complicado todo y que quieres ganar más que nada, pero no puedes pagarlo con todos los trabajadores.

Matías frunció el ceño e hizo una mueca de desagrado antes de mirar la pantalla de su móvil. Estábamos al otro lado de la puerta del estudio, en cualquier momento podría vernos alguien y escuchar nuestra discusión.

—Es que... ¡Mira! No es justo, Alessby me supera en más de sesenta mil seguidores, Clara. ¿Entiendes eso? Necesito cada voto para ganar. No me vale un segundo puesto, no cuando

nuestra casa está en juego... joder.

Lo miré sin saber qué decir, me había quedado helada. Matías caminaba de un lado hacia otro revolviendo su pelo. Quería apoyarlo de alguna manera, pero decir alguna frase positiva sin asegurar que iba a ser la realidad no le iba a servir de nada. Me apenaba que no estuviera disfrutando del certamen, que para lo que otros era una oportunidad, para él era una soga al cuello. Para Matías no era un «bueno, lo importante es participar», sino «solo existe la posibilidad de ganar, lo demás es fracaso».

—Matías —susurré mientras me acercaba y atrapé su rostro entre mis manos, haciendo que me mirase—. Pase lo que pase estoy orgullosa de ti. Lo estás dando todo, con todo tu esfuerzo. No te presiones... por favor. De una forma u otra te ayudaré. No estás solo en esto.

—No es tu guerra, Clara. —Suspiró con voz rota—. No quiero que te ocupes de algo que no es cosa tuya. No te lo mereces.

—Y tú tampoco... Bastante estás haciendo ya.

—Es mi familia, Clara. Somos como un barco, si una parte se rompe nos hundimos todos. Y no las voy a abandonar.

—Lo sé, pero... No sacrifiques tu vida, tu felicidad.

Matías inspiró con fuerza antes de soltar el aire, acariciando mi piel. Nuestros ojos se buscaron con tristeza, presos de una impotencia a la que no veía solución. Ambos sabíamos que, con la situación actual, necesitábamos este golpe de suerte, pero Matías no era idiota, gran parte de los votos irían a favor de Alessby, se había despuntado de los demás en seguidores.

—Disfruta de la actuación, ¿vale? Rayden está haciendo una gran campaña.

—Lo sé. Gracias, chica de las letras —respondió tratando de esbozar una sonrisa.

Me puse de puntillas para darle un beso antes de que entráramos a plató. Todavía no había asumido que fuera capaz de hacer eso, que había podido conocer el sabor de sus labios.

Cuando él ya estaba dentro y yo tenía la puerta sujeta me giré. Me había parecido escuchar un ruido, pero no vi nada. Meneé la cabeza antes de seguirle y caminar hasta donde estaba ya la mayoría. Solo quedaban Alessby y Lucía por el edificio.

Uno de los trabajadores se dio cuenta de lo mismo, pues llamó a una azafata y escuché que preguntaba por ellos. A los pocos minutos apareció él y un poco más tarde, ella.

Mientras le deseaba suerte a Matías y me dirigía hasta el asiento me di cuenta de que nos miraba a los dos. Me tensé, sus ojos enigmáticos no me decían lo que podía estar pensando.

Tenía que reconocer que los cuatro estaban muy guapos. Gracias a las campañas por Instagram había descubierto que Lucía había escogido a Álvaro Soler y Ana a Lola Índigo. La apuesta que más me sorprendió fue la de Alessby, pues había elegido como padrino a Omar Montes.

Sin duda, eran apuestas fuertes, los tres habían llegado al millón de seguidores en Instagram, mientras que Rayden no había alcanzado los trescientos mil. Solo esperaba que Matías tuviera razón y seguir al corazón y los ideales fuera más importante. En una sociedad en la que la popularidad lo es todo, me preocupaba.

Al escuchar la voz de la presentadora saludar a los miembros del jurado y hablar sobre la dinámica de hoy me tensé. Solo de pensar que estábamos en directo y había cientos de miles de personas pegados al televisor mi piel se había erizado.

Lo primero que hicieron fue llamar al primer finalista y hablar un poco con ella antes de poner el vídeo del *casting*, donde salía con una guitarra acústica cantando su canción. Ahí volvía a apreciar a la chica que había conocido en el autobús, a Ana, con su pelo trenzado y su mirada tímida.

Cuando el vídeo terminó, mientras se posicionaba en el escenario, empezamos a aplaudir. La presentadora dio paso a otro que tenían preparado, donde aparecía Mimi, la cantante del grupo Lola Índigo, dándole un mensaje de apoyo y animando a sus fans a votar.

Desde mi posición podía ver cómo Ana cogía aire antes de sostener el micrófono y mirar al público. Era una experta camuflando los nervios en cuanto ponía un pie en la plataforma.

La actuación la disfruté como nunca, se notaba que era la final. Había decidido hacer como Lola Índigo hacía a veces en sus conciertos, un *remix* con tres canciones en una. Lo más impresionante de todo fue el baile, junto a las bailarinas y el espectáculo de luces que la acompañaban. Se notaba que había estado tiempo preparándolo pues si había hecho algún paso mal no se le había notado.

El siguiente fue Matías, lo que me hizo pegar un bote en el asiento. Disfruté como una niña viéndole en la pantalla cantar la canción que habíamos preparado juntos. Se me pasaron los minutos tan deprisa que ni me di cuenta de que ya se estaba colocando en el escenario.

El vídeo de Rayden fue bonito y motivador, lo que necesitaba justo en ese momento. Estuve tentada a mirar su cuenta de Instagram desde mi móvil para ver cómo iba en seguidores, pero decidí prestar atención a su actuación. Los votos podían esperar.

Matías no defraudó. Ni a mí ni al público, tampoco al jurado. Había escogido una canción muy bonita, *Haz de luz* era, desde hacía años, una de mis preferidas. La baza con la que jugaba era que los otros tres finalistas habían optado por cantantes y temas potentes, lo que focalizaba en él la atención al ser un estilo diferente. Matías era el mejor en el arte de jugar con las palabras y los golpes de voz, entremezclándolos con los gestos y las miradas. Además, el equipo de iluminación sabía qué focos usar para resaltarlo y cambiaban las luces según la parte de la canción en la que estaba. Al terminar esbozó una sonrisa sincera y dio las gracias sin dejar de mirar a la cámara que le enfocaba.

La persona que le siguió fue Alessby. No sabía cómo lo hacía, pero siempre parecían ir a la par. Estaba realmente atractivo con una camisa negra entreabierta y su cadena plateada, pero no dejaba de ser un estríper.

El vídeo del *casting* no defraudó, era bueno componiendo y el carisma que desprendía por cada poro de su piel en el escenario seguía ahí, en las cuatro paredes de su habitación. El vídeo de su padrino también fue una buena opción, estaba segura de que le votarían bastante.

La canción que escogió para cantar fue *Alocao*, que era un acierto. Esa canción había sonado muchísimo en las discotecas y su colaboración con Bad Gyal había disparado sus visualizaciones tanto en Spotify como en YouTube. Escucharla en la voz de Alessby había sido sorprendente y tentador, tenía un deje seductor que conseguía que no dejaras de mirarle. Era imposible centrar la atención en otra cosa.

Quien cerró la gala final fue Lucía, que cantó *Sofía*, un éxito internacional de Álvaro Soler. Tenía un ritmo tan alegre y contagioso que fue imposible no cantarla en bajo y moverse en el asiento.

Cuando llegó el momento de resolver la votación mi corazón empezó a latir a gran velocidad. Primero darían los votos del público, de nosotros, que teníamos un botón especial para elegir a un finalista u otro. Así, mientras tanto, podían seguir recopilando votos de la *app* y el jurado terminaba de dialogar.

Cuando en la pantalla apareció Lucía como la cuarta persona más votada solté una bocanada de aire. Aún quedaba mucho por delante, pero era un buen paso. Cuando salió Ana la tercera abrió los ojos con fuerza, estaba tan reñido que me esperaba algo más por su parte.

Miré a Alessby y a Matías como si estuviera ante un partido de tenis. La tensión que sentía

era tan grande que temía que mi garganta se estrechara, impidiendo que me saliera la voz.

La pantalla se iluminó, resolviendo que la segunda posición para el público se la había llevado Matías, lo que hizo que, segundos más tarde, saliera el nombre de Alessby junto a su fotografía brillando con la primera posición.

Miré a Matías. Sus ojos se encontraron con los míos y pude notar cómo su nuez descendió. Tenía las manos apretadas en un puño e incluso su cuerpo transmitía un ligero temblor.

No pintaba bien.

Por suerte, el voto nuestro era el 20% del resultado, ahora íbamos a pasar al del jurado, que equivalía al 50% y, por último, tocaría el de los seguidores de Instagram con el 30% restante.

—Por su originalidad, su valentía, su fuerza en el escenario, su precisión y su carisma hemos decidido que... para nosotros, el ganador de este certamen lleno de talento sea...

Hice un barrido con la mirada hacia todos los finalistas. Había un silencio tan sepulcral en el plató que estaba sintiendo escalofríos. Contuve la respiración hasta que uno de los miembros decidió terminar con la tortura.

—... ¡Matías!

Me levanté del asiento como un resorte para aplaudir y pegar saltos. Todavía faltaba una parte, pero eso le daba una buena ventaja. Lo que me preocupaba era qué pasaría si Alessby ganaba en votos de Instagram. ¿Quedaría en empate? ¿Compartirían el premio?

La presentadora llegó justo a tiempo con un sobre dorado en la mano, el que resolvería el misterio que me hacía tener la tensión por las nubes. Ana y Lucía sabían que no tenían oportunidad. De hecho, de salir una de ellas dos, ganaría Matías por porcentaje. La tensión se mascaba entre los dos titanes que estaban cerca uno del otro en el escenario.

—Ha estado muy reñido, pero por fin tenemos al ganador de este certamen. La persona afortunada, recordamos, ganará treinta mil euros y podrá sacar su primer disco con la compañía de Universal.

Dicho esto, se apresuró en abrir el sobre para luego deslizar con lentitud el papel por su mano. La presentadora le sonrió a la cámara antes de continuar.

—Y el ganador de este certamen es...

Miré a ambos mientras suplicaba por dentro que fuera Matías. Repetí su nombre una y otra vez con los ojos cerrados, incapaz de mirar.

—¡Matías!

Cientos de trocitos de confeti plateados y dorados salieron del techo, desparramándose por todos los concursantes. Mis piernas flaquearon al ver como mi *crush* comenzaba a llorar mientras dejaba caer al suelo, arrodillado.

Aplaudí como si no hubiera un mañana. Mientras tanto Alessby se acercó hasta él para ofrecerle su mano y ambos se dieron un abrazo rápido, dándose unas palmadas en la espalda.

La presentadora apareció en el plano para darle en enorme papel en el que aparecía el dinero que había ganado y dejó que Matías dijera unas palabras. Se acercó al micrófono con los ojos vidriosos y las comisuras de sus labios tirantes.

—Quiero agradecerlos a todos por el apoyo, al jurado por creer en mí y a mis compañeros por haberme hecho disfrutar tanto. Prometo que trabajaré duro para estar a la altura en este mundo. Muchísimas gracias, de verdad.

El público aplaudió, aunque podía escuchar en un pitido lejano que algunas personas se cuestionaban la veracidad de la votación si con los nuestros había salido Alessby. Intenté ignorarlas y focalizarme en lo importante para mí, la felicidad de Matías.

Ahora tenía un gran futuro por delante, pues había conseguido volar. La pregunta que me

atormentaba en ese momento era: ¿conseguiría hacerlo yo?



—Clara, tienes que hacerlo, no te he apodado la chica de las letras por nada —me advirtió Matías días más tarde, señalándome con el dedo.

—Pero no va a gustar —sollocé formando un mohín exagerado—. Seguro que nadie me va a leer. ¿Y si me dejan comentarios malos? No puedo... No puedo.

—Clara...

Reprimí un grito al sentir que rodaba en el sofá hasta verme atrapada por su cuerpo encima del mío. Matías me miró con fiereza antes de continuar.

—El no ya lo tienes. Y ya tienes un lector incondicional.

—¿Quién? —Suspiré.

—Yo, obviamente. ¿Acaso lo dudabas? Todavía me debes una historia y ha llegado el momento de cobrarla.

—Pero es que...

Me reí al ver que me callaba con un beso en los labios. Al separarse siguió con su *mitin* para intentar convencerme.

—Pero nada. Tú misma me dijiste que tenías ya unos capítulos escritos.

—Sí, tres. La chica acaba de llegar al palacio, todavía le falta conocer al príncipe idiota —gruñí—, pero no tenía que haberte dicho nada.

—Tarde. —Sonrió y empezó a darme besos por el cuello—. Venga, Clara, pero si ya tienes hasta la historia guardada, y *Buscaba un príncipe pero encontré una rana* tiene su gancho. Tardarás más o tardarás menos en que te vayan leyendo, pero sé que a base de paciencia y esfuerzo lo conseguirás. Tú siempre logras todo lo que te propones, es lo que más me gusta de ti, que da igual las veces que caigas, siempre terminas levantándote.

Lo miré. Tenía razón en lo que decía, pero el miedo a que no gustara, a que de verdad Victoria estuviera en lo cierto y no valiera, me bloqueaba. Lo peor era pensar que podía defraudar a Matías también, por eso un día me había animado a subirla a Wattpad, pero al segundo la había dejado en borradores.

Suspiré y decidí quedarme atrapada en sus ojos oscuros antes de tragar saliva y asentir. Extendí la mano para buscar mi móvil, que lo tenía encima de la mesa que teníamos enfrente, y se lo mostré.

—¿Juntos?

Matías sonrió antes de estampar sus labios contra los míos.

—Juntos.

Inspiré con fuerza antes de abrir la aplicación y buscar mi perfil. Al entrar en las opciones de mi novela lo busqué con la mirada y Matías atrapó mi mano con la suya antes de susurrar:

—Uno, dos y...

Pulsamos juntos. Ya no había vuelta atrás.

Oculté mi rostro con las manos para evitar mirar la pantalla y caer en la tentación de guardar la historia de nuevo. Escuchar la risa de Matías me hizo mirarlo otra vez.

—Siempre me había preguntado cómo sería mi vida si te fijaras en mí —admití—, pero nunca me hubiera imaginado que al final...

—¿Al final? —preguntó arqueando las cejas.

Apoyé la cabeza contra su pecho y seguí observándole con el ceño fruncido.

—Está claro, ¿no? Míranos.

—Nos veo. —Sonrió.

—¡Matías! ¿Por qué me miras así? No entiendo nada.

El sonido de su risa me relajó.

—Me había fijado en ti desde la primera vez, Clara. No sabía el motivo, pues reconozco que no era amor lo que sentía en ese momento. Era... diferente. No sé. Me ponía nervioso saber que se estaban metiendo contigo e intentaba hacer todo lo posible para evitarlo, pero era un idiota e intentaba hacerlo desde las sombras. Incluso le pedí a Héctor que te cuidase durante el viaje de estudios —caviló—. Lo único que tenía claro entonces era que haría lo que fuera por verte sonreír, que no perdieras la luz que te caracterizaba, y lo sigo teniendo claro a día de hoy. Eres muy especial, chica de las letras.

—Serendipia —susurré cerca de su oído.

Esa palabra resumía todo lo que sentía por él. Esperaba que se diera cuenta de que era mi forma de decirle «te quiero».

—Serendipia —respondió antes de envolverme en otro mágico beso.

Siempre había pensado que era la chica invisible y de tanto mirarlo me iba a convertir en polvo de estrellas, pues para mí Matías era el sol. Lo que nunca me hubiera imaginado era que, si me esforzaba y dejaba los miedos atrás, centrándome en quererme a mí misma y sanar las heridas, la vida me iba a demostrar que estaba equivocada.

Los sueños, si luchas por ellos, pueden hacerse realidad, solo necesitas alejarte de las personas equivocadas y apoyarte en las acertadas, y, sobre todo, creer en ti.

Porque eso es lo más importante, que nada ni nadie te haga pensar lo contrario.

Y vuela, vuela alto.

Sin miedos, sin peros, que no hay vuelta atrás.

Vuela tan lejos que sea difícil poderte alcanzar.

Que la vida se limita a eso,

conocer el truco de caerte para poder volverte a levantar.

Sobre la autora



Karlee Dawa (Oviedo, Asturias) tiene 28 años, es tauro, juega a pádel y le encantan los juegos de mesa y ver *streams*. Tiene la apariencia de una autora cuqui de romántica para pasar desapercibida y después sorprender con historias llenas de personajes malvados sin ningún tipo de excusa en el trasfondo. Para completar su disfraz estudió Magisterio Infantil y entre oposición y oposición corrige manuscritos. También es librera en la sección de juvenil porque no hay nadie que la supere en conocer todas las novedades de esta categoría. Ha explorado el duro camino de la autopublicación y sigue viva para contarlo.

La trilogía que la hizo conocida fue «Pecados Capitaes», pues supera el millón de lecturas en Wattpad y tiene más de 300 reseñas en Amazon. Con su novela de ciencia ficción *Ardor* ganó un premio watty en 2019.

Actualmente intenta compaginar esa vorágine de trabajo con la escritura, creando historias que van del romance al ámbito oscuro y paranormal. Puedes seguirle la pista por sus redes sociales, pues en todas aparece como [karlee_dawa](#).

[1] Red social española que existió del 2006 al 2013 y usaban muchos adolescentes.

[2] Boleto o rifa para algún sorteo que venden los estudiantes para financiarse el viaje de estudios.

[3] El libro real es *Los lugares que me han visto llorar* de Holly Bourne, pero en ese año aún no había salido. Aún así, quise incluirlo alterando el título porque ese libro fue claro para mí.